



Círculo Rojo

La sombra de Hess

Dos caras de una moneda

La sombra de Hess

Dos caras de una moneda

Juan Miguel Maldonado Vargas



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: agosto 2018

Segunda edición: julio 2019

Depósito legal: AL 1797-2019

ISBN: 978-84-1331-792-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan Miguel Maldonado Vargas

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imágenes de cubierta:

Medalla conmemorativa “Un nazi va a Palestina” (© “Die Wohnung” / zero one film)

Wikipedia.com - Rudolf Hess leyendo Jugend mientras espera su juicio en Núremberg en 1945Editorial

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*A mi mujer y
a mis hijos,
a los que adoro.*

Vendrá un tiempo en el que la racionalidad de los hombres deberá disolverse en la nada y entonces se deberá aceptar la inevitabilidad de la Verdad. Yo no tengo la libertad de divulgar la documentación que sigue; quizás nunca verá la luz. Pero debo, de cualquier forma, cumplir con mi deber y relatarla aquí con la esperanza de que un día todos puedan leerla, en un mundo en el que el egoísmo y la avidez de ciertos hombres ya no podrán suprimir la Verdad.

Richard Byrd

PREFACIO

Almería, diciembre, 1982.

Al deliberar sobre el holocausto una neblina acuosa veló sus ojos y derramó su mirada por el suelo. Entonces confesó, lo transcribo tal cual:

Es un error opinar que el pueblo alemán fue consentidor, consciente del exterminio cruel de miles de seres humanos. Mis compatriotas no son mejores ni peores que los demás, simplemente fueron abducidos, engañados, estafados por un comediante. Aquel loco no necesitaba razones para hacer algo, tenía sus propios planes y los llevaría a cabo por encima de cualquier circunstancia. Evitaría el asalto directo, el golpe de estado, y se serviría del propio sistema hasta destruirlo desde dentro.

Hitler, de la forma más sencilla y letal, logró que el avanzado pueblo alemán tolerara el nazismo y se implicara en él, solo tuvo que representar Mein Kampf: la tragedia cuyo argumento aderezó con las ideas de otros muchos. Eran tiempos propicios para aferrarse a cualquier utopía y contaba con el escenario adecuado: una Alemania escarnecida, humillada tras la Primera Guerra Mundial. En la escenificación él era el héroe; un soldado herido que encarnaba la valentía, condecorado con la Cruz de Hierro, encumbrado; el gran guerrero nórdico.

Como buen tirano exaltaba su prominente amor por el pueblo alemán, pero no admitía consejos de ese mismo pueblo, sí de los adivinos. El héroe trágico en este punto tiende a acercarse a las clases sociales medias y bajas y por tanto a asumir el tono de denuncia política; su verborrea llena de mensajes mesiánicos embaucó a las masas, las convenció de la superioridad racial. Los demás, los corruptores, se convirtieron en sus enemigos. Especialmente los judíos.

Sí, no lo niego, soy judío, pero juro que siempre me sentí alemán. Que aunque el nazismo nos confundió, otros también lo alentaron y de ello sacaron provecho. Y si no... ¿cómo es posible que los judíos cooperaran a través de sus dirigentes a la propia destrucción?

No quise rebatir sus palabras, pero al advertir en mí cierto escepticismo, el viejo, que parecía dispuesto a seguir indefinidamente con su alegato, tomó súbita conciencia de la situación y concluyó:

Aun cuando contemplo mi pasado entre la rabia y la apatía, aun cuando se me hace inexplicable que no haya sido capaz de derruirlo, de arrasarlo y extirpar con ello las cicatrices que me produjeron tales hechos. Déjame narrar esta historia, y quizá te ayude a comprender la verdad.

PRIMERA PARTE

Génesis

*Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de de-
mentes.*

William Shakespeare.

Capítulo 1

Alejandro, abril, 1894.

No era un día cualquiera. A pesar de que se cerraron los ventanales e incluso se echaron los postigos el polvo invadía las estancias aprovechando las rendijas, cualquier oquedad servía a su propósito. El aire terroso del desierto había enrojecido el cielo como si quisiera extinguir a la humanidad, cuando la figura de Abraham, una retorcida silueta: cara grande y plana, mofletes caídos, nariz carnosa, demudado el semblante por el esfuerzo y el cuello de la camisa suelto, surgió de la habitación. Se sentía agarrotado, abatido; por desgracia todo su saber y voluntad no habían bastado para revocar la decisión de las Parcas hacía tiempo tomada de cercenar el hilo de aquella vida.

—Lo siento —farfulló el anciano y se le ensancharon las ventanas de la nariz. Era como si el ambiente estuviera cargado de una tensión espesa, como si una presión le oprimiera los pulmones provocando que su respiración resultara más difícil.

—Hay una cosa de la que puede estar seguro, no es culpa suya, el parto produjo la hemorragia —quiso animarlo Fritz, mientras le propinaba unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Lo sé... lo sé, es designio de Dios, es su voluntad —respondió el buen doctor casi sin resuello enjugándose la frente húmeda con el dorso de la mano y sacudiendo la cabeza con torpeza.

—¿Qué opina? ¿Podríamos hacer algo más por ella?

Ante el evidente interés de Fritz, Abraham pareció recobrar la serenidad, frunció el entrecejo y se acarició la barba con aire dubitativo.

—A fe mía tan solo darle sepultura y un hogar a los recién nacidos. La vi soportar las peores calamidades a que nos podemos enfrentar sin tan siquiera rechistar. Dios trae a la persona a este mundo para que se esfuerce en cumplir su misión y finalmente se lleva el alma para la existencia eterna en el Mundo Venidero. Como judío... —elevó por un instante la mirada al cielo—, creo en la resurrección: la muerte y la vida tienen un significado y son parte de un Plan Divino, sus sufrimientos se verán recompensados.

Fritz Hess asintió con la cabeza como si se tratara de una apreciación justa, aun cuando sentía que un puño invisible le golpeaba el pecho y mantenía la presión.

—¡Una chiquilla tan hermosa...! —exclamó realmente conmovido.

Eran tiempos difíciles y costoso encontrar personal doméstico que prestase fiabilidad; hacía tan solo unos meses que Abraham, aprovechando su amistad con los Hess, les había solicitado el amparo de Adina, su contratación como doncella. Nadie advirtió entonces lo que a las pocas semanas la joven no pudo ocultar, su avanzado estado de gestación. Cuando lo hicieron no desecharon la posibilidad de despedirla, pero las lágrimas y súplicas de la muchacha impidieron tomar tal determinación. Clara Hess, la señora de la casa, tenía el corazón blando aunque siempre estaba en la intención de convertirlo en pétreo y sufrido. Además, en el corto periodo que les había servido, se había granjeado sus simpatías demostrando con creces ser voluntariosa y activa; aquella adolescente de nervios inquebrantables era una pura y rara criatura.

La joven fallecida era oriunda de la ciudad de Odesa y había huido del Imperio Ruso con la mediación y ayuda de Abraham Skorka, tras ser víctima de un pogromo¹. En Rusia, cuando agonizaba el largo siglo XIX, se reiteraban las ofensivas violentas organizadas y apoyadas en muchos casos por la Ojrana, la odiada policía secreta zarista. Se destruyeron miles de hogares judíos, y con ello muchas familias se vieron abocadas a la pobreza extrema. Por aquel entonces, ante la indiferencia de la policía rusa y del ejército que prescindían de actuar contra los que se ocupaban de incitar y azuzar a la muchedumbre sedienta de sangre, en los disturbios antisemitas estaban planeadas las aniquilaciones y el linchamiento multitudinario. Los judíos acabaron masacrados como alimañas; incluso los niños eran literalmente despedazados por la turba colérica. Como las autoridades locales no realizaban ningún esfuerzo para evitar el reinado del terror, no era infrecuente que al amanecer muchas de las calles de pueblos y ciudades aparecieran repletas de cadáveres y heridos. Aquellos que podían huían amedrentados para guarecerse y escapar a la muerte; un número incierto de mujeres judías fueron víctimas de violación, como fue el caso de Adina: ella se escondió, pero fue hallada, de nada sirvieron las súplicas ante el verdugo que profanó su virginidad y asoló su vida.

1. Pogromo (del ruso *porpom*, *pogrom*: «devastación»), consiste en el linchamiento multitudinario, espontáneo o premeditado, de un grupo particular, étnico, religioso u otro, acompañado de la destrucción o el expolio de sus bienes (casas, tiendas, centros religiosos, etcétera). El término ha sido usado para denotar actos de violencia sobre todo contra los judíos, aunque también se ha aplicado para otros grupos, como es el caso del linchamiento polaco contra las minorías étnicas (alemanes y ucranianos) en Galitzia. En línea: <https://es.wikipedia.org/wiki/Pogromo> [Consulta 06/07/2016].

Para Clara Hess habían quedado atrás aquellos momentos en los que hipnotizada por el exotismo de Alejandría² se había deleitado con la calidez del clima, lo abigarrado de sus gentes, los olores fuertes y las tardes plácidas en el jardín. A medida que el tiempo pasaba, poco a poco, se fue sintiendo cada vez más extraña y desamparada: los días habían perdido su ligereza y transcurrían con insistente pereza; es más, su escasa vida social la exasperaba y hacía languidecer. Fritz Hess no ayudaba precisamente a mitigar el hastío, pues era de esos maridos que pasan la mayor parte del día encerrados en sus despachos. Estricto y puntilloso donde los haya, se mostraba como el proverbial alemán disciplinado a la usanza prusiana, nada en él parecía estar sujeto a improvisación.

En las constantes ausencias de Fritz, Clara Hess se reconfortaba en largas conversaciones con Abraham Skorcka y en los propios recuerdos, pero nunca trabó amistad íntima con nadie. Le agradaba el cosquilleo profundo que se siente al recordar el pasado: el té a media tarde le hacía evocar con nostalgia el país que la vio nacer; añoraba la brillantez de fiestas y bailes en espaciosos salones; las agradables tertulias literarias o musicales; la ópera a la que acudía con puntualidad y en la que tan importante era ver como ser vista. Aunque ahora se había sentido hechizada por el nacimiento de los niños y las sensaciones maternas afloraron como un apagado rumor, no lograba eludir el pesar que la embargaba; se angustiaba al presuponer que no podría tener descendencia, fatídica idea que aprisionaba su corazón. Ansiaba,

2. Alejandría era una metrópoli populosa, que se había convertido en un importante puerto del Mediterráneo, desde donde se enviaba a Europa el algodón; en un centro estratégico para las comunicaciones con Asia y el Pacífico a través del Canal de Suez. En 1882, la flota británica había bombardeado el puerto, lo que provocó un gran incendio y el saqueo de la población por parte de los beduinos. Al cabo de un mes desembarcó un gran ejército que restauró el orden y dio inicio al protectorado británico sobre Egipto.

por encima de todo, dar un hijo a Fritz, al que amaba profundamente, y con frecuencia ese anhelo la martirizaba. Se había propuesto con firmeza y determinación que de una u otra forma lo lograría, que no acabaría convertida en una vieja reseca.

Al despuntar el alba en la distancia se oyó de pronto una plegaria desde algún minarete cercano. Clara Hess no le prestó atención como otras veces hacía; soledad y dolor a partes iguales iban y venían en largas oleadas y la detraían de lo cotidiano. No solo era el dolor de la soledad, pues conocía esa aflicción y se había acostumbrado a convivir con ella; ante todo crepitaba en su ser una sutil mezcla de esperanza y deseo, de instinto maternal no satisfecho, que Fritz quiso aliviar:

—¿Cómo estás?! —dijo imprimiendo a sus palabras un atisbo de ternura.

Ella negó con la cabeza.

—¡Por Dios! ¿No puede ser de otro modo? ¿Por qué tenemos que entregar los bebés?

—Serénate. No conocemos a pariente alguno de la fallecida, habría que buscar un orfanato.

—O sea... ¿que no tienen familia? ¡Entonces nos los quedamos! —aventuró con un destello en sus ojos, sorprendiéndose a sí misma al articular estas palabras en tono imperativo al tiempo que se le quebró la voz.

Fritz, persona adiestrada en el arte de ocultar sus sentimientos, aunque seguía experimentando un impulso por consolar a su esposa, desistió de tal empresa para no estimular vanas expectativas:

—Lo siento, querida, no pretendo llevarte la contraria, pero creo que sería una imprudencia, aún eres joven. Tengo la firme convicción de que acabaremos por tener nuestros propios hijos.

Ante la respuesta su semblante adquirió una palidez inaudita. No se sentía con valor para enfrentarse a él; se había habituado a estar sola, a renunciar, a debatirse trabajosamente con sus penas por laberintos de desilusión. Unos minutos antes sus pensamientos habían huido hacia la esperanza, un lenitivo para su alma, pero de nuevo la realidad se imponía. Se sentía desengañada, frustrada consigo misma. Llevaban más de dos años casados y a pesar de su continua disposición no había podido quedar encinta.

—¡Es terrible Fritz! ¡Por favor! —acabó por rogar descorazonada—. Hagámonos cargo de los gemelos, el destino lo preparó todo. Al fin y al cabo ¿qué les deparará el futuro si los entregamos a la custodia de un hospicio? Nadie, salvo nosotros y Abraham, conoce lo acontecido. Además, como tú sabes, el judío es persona comprensiva y muy consciente de nuestro sufrimiento.

Abraham Skorka le cerró los ojos, aún estaba el cuerpo caliente, e inició el rito judío tras pedir permiso a los señores. Al instante fue cubierto el cadáver y en la cabecera se colocó una vela en recuerdo de que el alma es la luz del Señor. También se cubrió con un paño el espejo, único objeto de adorno en el austero dormitorio de Adina, para que ningún símbolo de lujo o de la vanidad humana estuviera presente en tan luctuoso momento.

Por respeto, a falta de otra persona y para no dejar sola a la difunta hasta el instante del entierro, Abraham ordenó a Gerda, el ama de llaves, que no se apartase de ella y le asignó el cometido de guardiana: no debería Gerda ingerir alimentos o agua, ni realizar acción alguna en presencia de la fallecida; lo contrario sería tenido por una falta de consideración.

Esa misma tarde los restos mortales se trasladaron al cementerio, y una vez allí se practicó la tahará: el cuerpo fue lavado en señal de purificación por mujeres, que realizaron la limpieza

ritual de la manera prescrita que se ha transmitido de generación en generación, evitando a toda costa ponerlo boca abajo. Se amortajó luego con una túnica tradicional de lino en color blanco, antes de introducirlo en un modesto ataúd de madera. En breve se llevó a término una sencilla ceremonia en la que se pronunció el Tziduk Hadin: el rabino emitió unas lacónicas reflexiones sobre la muerte y la finada, para acabar recitando una plegaria en recuerdo de su alma.

Después de bajar el féretro a la fosa, tanto Abraham como Fritz echaron tierra en la sepultura con una pala que les cedieron; tuvieron especial cuidado de no pasarse esta herramienta de mano en mano y, tras usarla, cada cual la dejó en la tierra para que el otro la tomase de allí: simboliza este acto la voluntad de no transmitir desgracias a otra persona. Del mismo modo, siguiendo la costumbre, se colocó una pequeña piedra sobre la sepultura y a la salida del cementerio se lavaron las manos para alejar la impureza creada por el contacto con la muerte.

Ultimado el sepelio, se apresuraron en certificar el fallecimiento de la sirvienta por causas naturales silenciando que lo fuese debido al parto. Las autoridades británicas, cuando no se trataba de sus compatriotas, olvidaban por comodidad el hacer demasiadas preguntas salvo que hubiera quejas o reclamaciones.

Regresaban cuando apareció sobre el cielo una nube pesada y oscura, el viento se arremolinaba con fiereza y al despegar del suelo con terribles aletazos levantaba oleadas de polvo que cegaban el horizonte. La atmósfera, más bochornosa que nunca, hacía intolerable algo tan sencillo como respirar. Se desencadenó la tormenta y la lluvia se abatió en torrentes que desgarraron la reseca tierra.

Sobrevino el nuevo día y a Clara le pareció tan anodino como los demás. Hasta que sobre media mañana...

—¡Cariño! ¡Tenemos un hijo! —se le oyó gritar a Fritz. Parecía de buen ánimo.

—¿Cómo? ¡No te burles por favor! —exclamó ella con el rostro congestionado, desdibujados sus labios por la sorpresa.

—¡Sí! ¡Lo que has oído! ¿Qué? ¿Es que no lo quieres? —al decirlo esbozó una pícara sonrisa, mientras le ofrecía una cesta con el recién nacido.

—¡Sí, sí, claro que lo quiero! Es solo que... no sé qué decir. ¡Me siento tan feliz!

—He solicitado —añadió Fritz— algunos favores que eviten futuras incomodidades y, por qué no decirlo, Abraham dio tintes de veracidad al engaño, pues no solo se avino a no revelar lo sucedido por el bien de los menores, sino que ha respaldado ante los funcionarios que tú has parido un varón, que él mismo te prestó asistencia en el parto.

Era evidente que Clara estaba profundamente emocionada, un sentimiento que últimamente le estaba resultando usual. Al parecer había conseguido que el corazón de Fritz se ablandase, penetrar la coraza que imponía a sus sentimientos.

—¿Y qué será de la otra criatura? —acertó a pronunciar.

—¿Quién sabe...? No hemos dicho nada al respecto. Abraham se ocupará —respondió Fritz.

Obedeciendo a una rutina de su soledad, Clara Hess se sentó en el jardín mirando al cielo con el niño en el regazo. Ahora experimentaba un placer nuevo. No pudo evitarlo, tuvo la frágil sensación de que estaba en una nebulosa como un pájaro remontando el vuelo, como si todo aquello no estuviera sucediendo de verdad.

Capítulo 2

Abraham Skorka, galeno y rabino judío que cumplía los preceptos de la Torah con fidelidad intachable, había dispuesto su marcha a París. Para ello embarcó en diciembre de 1894 en el buque de vapor, que desde Alejandría zarpaba todos los meses con destino a Marsella. Lo avanzado de su edad no lo amedrentaba, su voluntad parecía inquebrantable. Aunque no era ya el joven decidido y procaz que en su día fue, aún contaba con la suficiente vitalidad como para continuar su misión, se sentía un hombre nuevo.

Días antes de su partida, comunicó a la familia Hess su intención de viajar. Arguyó, omitiendo detalles que no le interesaba divulgar en este caso relativos a lo clandestino de su cita, que razones de vital importancia e ineludibles compromisos requerían su presencia en Francia. La despedida, antes del amanecer de aquel día ventoso y nublado, resultó pesadosa y pródiga en muestras de agradecimiento por ambas partes. El rabí había concertado en París una indispensable reunión con el grupo encabezado por Theodor Herzl³, periodista y escritor austrohúngaro, principal baluarte del sionismo⁴ político.

El verse inmerso en la rutina de tan largo viaje, le resultó un ejercicio molesto y frustrante al que trató de sacar provecho

3. Theodor Herzl 2 de mayo de 1860 - 3 de julio de 1904.

4. El sionismo es un movimiento político internacional que propugnó desde sus inicios el restablecimiento de una patria para el pueblo judío en la Tierra de Israel.

poniendo en orden sus ideas. Releyó con fruición la misiva, que hacía tan solo unos días había recibido:

Querido amigo:

No debemos consentir que tan solo se nos trate como a una comunidad religiosa, pues somos primordialmente un grupo nacional como los franceses o alemanes. Ha llegado la hora de que los judíos tomemos nuestras decisiones, las riendas de nuestro destino. El Pueblo de Israel necesita recuperar su tierra, disponer de un país propio. El problema del antisemitismo solo se resolverá, cuando los hebreos dispersos por el mundo vuelvan a reunirse y se establezcan conformando un Estado independiente.

Durante dos mil años hemos sido perseguidos, humillados, exterminados. La Aliyá⁵ debe persistir y convertirse en la base del judaísmo.

¡Tu pueblo te necesita!

Abraham Skorka, a la sazón León Pinsker, procedía de Tomaszow, ciudad polaca del entonces imperio ruso. En 1891, para evitar las presiones de los enemigos que sus ideas políticas le habían granjeado, fingió su muerte en Odesa y escapó a Alejandría bajo una nueva identidad, la de Abraham Skorka, que mantendría hasta el final de sus días.

Fundador y líder del movimiento «Amantes de Sion»⁶, fue el principal inspirador de la idea de que los judíos debían colonizar la tierra de Israel. Hacía más de diez años que había comenzado a trabajar en la instauración de asentamientos en territorio

5. Aliyá o Aliá, en plural aliyot o aliot, es el término utilizado para llamar a la inmigración judía a la Tierra de Israel. En línea: <https://es.wikipedia.org/wiki/Aliyá> [Consulta: 02/04/2016].

6. El movimiento toma su nombre de Sión, emblemática colina de Jerusalén. El proyecto consistía en dar a los judíos del mundo un centro espiritual y un estado territorial.

palestino, antes del surgimiento sionista. Estudió derecho en su juventud, pero apreciando que no tendría muchas posibilidades en esa actividad, resolvió dedicarse y probar fortuna con la medicina; su compromiso político le llevó a crear un panfleto que persuadiría a los sionistas: «Autoemancipación»⁷; un folleto que incitaba a los judíos a luchar por la independencia, a recuperar la conciencia nacional y formar una patria en la Tierra de Israel.

Nada más llegar a París, Abraham se presentó en el hotel Chambiges Élysées, situado en las cercanías de la Avenue Montaigne, a tiro de piedra de la más bella avenida del mundo: Les Champs-Élysées.

Todos los convocados fueron pasando a un amplio salón que serviría de cenáculo, presidido por una gran mesa ovalada. Theodor Herzl dirigía pero otros levantarían la voz con tanta o más fuerza que él, todos ellos judíos distinguidos: John Davison Rockefeller, el Barón Hirsch y el Barón Rothschild entre otros. Hasta doce hombres justos.

Cuando todo estuvo dispuesto, Abraham se levantó y en tono solemne profirió:

—¡Te damos las gracias oh Señor de los cielos y de la tierra, que nos has preservado y mantenido con vida para esta ocasión! —su voz atronó entre aquellas paredes.

A continuación se dirigió a los presentes, antes se habían cerrado las puertas, y les conminó para el reinstaurado y ancestral rito judío que precedería a la secreta asamblea.

—¡Poned vuestras manos debajo de mi muslo y os juramentaré por HaShem⁸, Señor de los cielos y de la tierra, para que no divulguéis lo que aquí se exprese!

7. Escrito en 1882.

8. HaShem (en hebreo: הַשֵּׁם) es un término hebreo que significa literalmente "El

Dicho lo cual los concurrentes fueron pasando de uno en uno ante Abraham, emulando el rito del juramento que ya en su día, miles de años antes como así consta en el Génesis, el Patriarca de las Escrituras llevó a cabo con su criado⁹.

Tras la promesa de silencio, culminados los actos protocolarios, todos tomaron asiento. Y, solo entonces, Theodor Herzl se pronunció:

—Estamos aquí reunidos para tomar decisiones importantes, pues tenemos constancia de la persecución y exterminio a que estamos siendo sometidos desde el asesinato del zar Alejandro II¹⁰ en San Petersburgo. Como consecuencia de aquel acto, los pogromos y la legislación antijudía se han extendido por Rusia. Se nos culpó de haber participado colectivamente en la conspiración contra el zar, simplemente porque uno de los magnicidas era judío. Muchísimos, que no tenían nada que ver con el que causó su muerte, fueron vapuleados hasta la aniquilación¹¹.

Nombre". Se utiliza para evitar referirse al nombre de D-os. Se usa igualmente para evitar deletrear la palabra YHWH (formada por las letras hebreas *yod hei vav hei*), y con la palabra Adonai que se usa solo en los rezos, cantos y cuando se está impartiendo una clase de Torá. En línea: <https://es.wikipedia.org/wiki/Hashem> [Consulta: 23/01/2019]

9. “Entonces Abraham dijo a un siervo suyo, el más viejo de su casa y que administraba todo lo que tenía: por favor, pon tu mano debajo de mi muslo y te haré jurar por HaShem, Elohim de los cielos y Elohim de la tierra, que no tomarás para mi hijo una mujer de las hijas de los cananeos entre los cuales habito.” Génesis 24: 1-3. En línea: <https://gozoypaz.wordpress.com/author/kehilagozoypaz/page/2/> [Consulta: 23/01/2016]

10. Hecho acontecido el 13 de marzo de 1881.

11. Bajo el gobierno de los zares, los judíos fueron confinados a una zona de residencia, estaban sujetos a muchas leyes discriminatorias y con frecuencia fueron víctimas de pogromos, muchos de los cuales fueron organizados por las autoridades zaristas o con su aprobación tácita. Como resultado de ser víctimas de la opresión, muchos judíos emigraron del Imperio Ruso o se unieron a los partidos radicales, como el Bund judío, el partido socialista-revolucionario.

Con Alejandro III, su sucesor, prosiguió el martirio de nuestra comunidad y se crearon condiciones que llevaron a nuevos embates contra los judíos, pues las autoridades rusas no tomaron ni toman la iniciativa para detener esta ola de crímenes. En cuanto a las leyes vejatorias, por las cuales no podemos comprar tierras ni vivir como los otros rusos, persisten. Nicolás II acaba de iniciar su reinado y no se auspician mejoras, muy al contrario la situación se agrava. Lo pagará con creces.

A consecuencia de este acoso y de los agentes de la Ojrana, que mantienen la persecución más allá de las fronteras de Rusia, cientos de miles de judíos han huido y se han establecido en Europa Occidental, los Estados Unidos de América y otras naciones tras haber sido usurpadas o destruidas sus vidas, hogares y propiedades. Incluso aquí, en el país del progreso y de los derechos civiles, en nuestra amada Francia, el Señor Drumont fundó «La Liga Antisemita».¹²

Ante esta perspectiva... —Herzl hizo una leve pausa para tomar aire— hoy decidiremos un plan para luchar contra las monarquías europeas, que han promovido y promueven un antisemitismo irracional. Hay que conseguir que los estados gobernados por sistemas monárquicos dejen paso, como en Estados Unidos y Francia, a repúblicas amparadas por la razón y la democracia. Estas naciones tratarán a los judíos como seres humanos con derechos inalienables, no como a parias. De la instauración de sistemas de gobierno democráticos depende nuestra supervivencia, ya que estos tienen más conciencia y evitan en mayor medida el antijudaísmo permitiendo la legítima solicitud de nuestro pueblo a formar un Estado propio.

En línea: <http://www.radiojai.com/rj/noticom.php?cod=851> [Consulta: 03/02/2017].

12. Fundada en 1890. Organizaba manifestaciones antisemitas, distribuyó panfletos, carteles electorales y provocó algaradas.

El liberalismo es una protección ante las persecuciones que sufrimos desde tiempos inmemoriales: «Los tiempos de penas y sufrimiento, de las persecuciones y humillaciones, que el pueblo de Israel ha sufrido, han pasado ya gracias al progreso y a la civilización de los cristianos. Este progreso es para nosotros el escudo más seguro, detrás del cual podemos ocultarnos y franquear, sin ser apercebidos, el espacio que nos separa aún de nuestro sublime objetivo». ¹³ Eso sí, deberemos seguir considerando al catolicismo romano como el principal enemigo de la emancipación de los judíos.

Henchido de gloria, Theodor Herzl remató la arenga en tono severo:

—¡Askenazis, sefarditas, mizrajim! Pronto nos reuniremos de nuevo en Basilea¹⁴ y decidiremos qué hacer. Os digo, que la Rusia de los zares, el Imperio alemán y el Imperio austrohúngaro, deben caer. Únicamente el régimen británico, una monarquía constitucional con un sistema parlamentario, podría salvarse. El pueblo judío debe instaurar los fundamentos para la creación de un Estado propio: «¡A sangre y fuego Judea cayó, a sangre y fuego Judea se levantará otra vez!!» ¹⁵

Así comenzó a tejerse la idea del establecimiento de una patria en Palestina para el pueblo judío.

13. Los Protocolos de los sabios de Sion. Edición completa con estudios y comentarios críticos de M.E. JOUIN, traducción española del Duque de la Victoria. Madrid. Editorial MAXTOR. Ediciones Fax. Edición Fascimil.

14. El primer Congreso Sionista fue realizado en la sala de conciertos del *Casino Municipal de Basilea* el 29 de agosto, 1897.

15. Del poema de Yaakov Cohen, “Habiryonim”, lema adoptado por el grupo subversivo de autodefensa Sionista, Hashomer.

Capítulo 3

Lo recuerdo como si de ayer se tratara, se podría decir que fue el periodo más satisfactorio de mi vida: en 1909 respiré por primera vez el olor de los campos de Palestina a donde mis padres Otto y Berta, judíos originarios de Viena, habían emigrado llevándome consigo; les atrajo la propaganda sionista de la nueva Tierra de Israel. El kibutz nos proporcionaba: alojamiento, comida, educación, ropa, medicinas, transporte e incluso cigarrillos. Trabajábamos allí donde la comunidad decidía, ningún miembro del colectivo recibía un salario y los bienes eran propiedad de todos.

Entre mis defectos no se cuenta el de la ingratitud hacia las personas que me enseñaron lo poco que sé, pues siempre aprecié los desvelos de Otto y Berta que padecieron lo increíble con Yesher, mi hermano, que tendría doce años menos que yo si viviera. Se pusieron como locos cuando nació, parecía un niño sano, pero desgraciadamente a partir de los seis meses se hicieron patentes en él los síntomas de una extraña enfermedad que no tenía cura. De forma progresiva el mal fue minando su salud: padecía sordera y ceguera, le temblaban las manos, no hablaba y estaba tan débil que ni tan siquiera llegó a andar. No era el único caso, pues se conocían otros bebés afectados que se habían quedado mentalmente retrasados y paralizados con tan solo uno o dos años. La mayoría no llegaban, como fue el caso de Yesher, más allá de los cinco. Más tarde nos dijeron que se trataba de la enfermedad de Tay-Sachs, de carácter hereditario

con predominio entre los judíos de ascendencia Ashkenazi¹⁶ de Europa Central y Oriental asociada a las uniones sexuales consanguíneas, una práctica común entre familias judías. Ellos eran primos carnales.

Alentado por la situación y el beneplácito de mis padres con edad suficiente ingresé en Hashomer¹⁷. La niñez se desmoronaba a mi alrededor, pero a medida que crecía se imponía la necesidad de ser útil y tuve que empezar a compartir con aquellas gentes sus entusiasmos, sacrificios y luchas. Era tan solo un chiquillo de quince años y David Grun mi inspiración, mi guía. Me endurecieron los triunfos y reveses que atravesamos juntos, sobre todo, cuando unidos por la camaradería en medio del ardor de la acción protegíamos nuestros asentamientos de las acometidas de algunos pobladores árabes disconformes con nuestra presencia.

David Grun había llegado a Palestina con tan solo veinte años, en la Segunda Aliyá¹⁸, procedente de Polonia en don-

16. El origen de los judíos ashkenazim es dudoso. Una teoría controvertida, indica que la mayoría de los judíos modernos de Europa serían descendientes de conversos. Los predecesores de los judíos ashkenazim, supuestamente no proceden de la Palestina antigua, sino más bien de la pagana Khazaria, un imperio medieval de la Eurasia, que existió entre los siglos séptimos y décimo. Según la teoría turca o judía, en el siglo octavo o noveno, el rey Bulan decidió que era tiempo para la realeza adoptar una religión formal. Estudió detenidamente las tres religiones monoteístas. Supuestamente la judía le llamó más la atención que sus rivales. El sucesor de Bulan, Obadía aprendió la Mishna y el Talmud y fortaleció los vínculos de su familia con el judaísmo, invitando rabinos en su reino y construyendo sinagogas. Hasta se supone que todo el reino se convirtió al judaísmo. En línea: <https://www.enlacejudio.com/2012/03/15/los-ashkenazim-conversos-o-hijos-de-abraham-parte-i/> [Consulta 18/07/2017].

17. Organización de defensa judía creada en 1909, para proteger los asentamientos.

18. La Segunda Aliyá se llevó a cabo entre 1904 y 1914, período durante el cual unos 40.000 judíos aproximadamente inmigraron a la Provincia Palestina del

de había sido arrestado dos veces. Siempre me asombraron sus convicciones sionistas y socialistas: decía que el judío debía volver a sus raíces y al trabajo de la tierra. Para predicar con el ejemplo, y siempre que podía, se dedicaba a la agricultura.

Cierto día fui reclamado de improviso por David, no me dieron al respecto demasiadas explicaciones. Me pareció todo muy extraño, no tenía la más ligera sospecha de sus intenciones.

Nada más verme, se deshizo en halagos y bendiciones. Me habló de que para mí se había previsto un destino superior, la posibilidad de servir al sionismo.

—Alégrate, Adolf —dijo en un tono que pretendía ser grato—, estás sobradamente preparado y confiamos en ti. Ya va siendo hora de que demuestres tu valía y seas útil a la causa.

Pese a todos los esfuerzos por ocultarlo, como me seducía la idea mi semblante debió de reflejar demasiado visiblemente la agitación que me dominaba. Me es imposible describir lo que sentía en aquel momento, solo sé que me asaltó un súbito escalofrío y por un instante permanecí callado mirando a ninguna parte. Mis sentidos parecían afectados por un efecto dominó.

—¿A qué te refieres? ¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. No me mires así —bosquejó una media sonrisa—. Me temo que no queda otro remedio, estamos en dificultades. ¿Nos vas a ayudar?

—Pero... ¿qué dices! Por supuesto —acabé por contestar aturdido. La responsabilidad me abrumaba.

—Entonces, ve a París sin demora; Abraham Skorka, él sabrá encauzar tus anhelos.

Imperio otomano, en su mayoría provenientes de Rusia y Polonia, y en menor medida del Yemen.

En un abrir y cerrar de ojos, no había terminado de decirlo, cuando David ya me había rodeado con sus brazos a modo de despedida. Estaba claro que al aceptar iba a meterme en un juego tan peligroso como imprevisible. Comenzaba la fase crucial de mi adoctrinamiento.

A pesar de su avanzada edad, Abraham me acogió con evidente interés bajo su protección durante una larga temporada. Me convertí en su más ferviente discípulo, me hacía pasar por su sobrino y cargaba para él con una bolsa de instrumentos de cirugía y una revista médica que le gustaba exhibir cuando visitaba a los pacientes. Sus predicamentos se acompañaron siempre de un afán desmedido por imbuirme en la doctrina sionista, por mostrarme los vericuetos de un mundo, que, según él, nos toleraba y despreciaba al mismo tiempo.

De sus modos de hacer nunca tuve la menor duda, jamás pude señalar algo indigno en su conducta. Abraham era tenido por hombre de modales delicados y corteses, pero con el paso de los meses su carácter se fue agriando hasta el punto de mostrar ocasionales episodios de violenta cólera. Me tuve que armar de paciencia, no pocas veces, para contener sus repentinas rabietas. La frialdad general, la sequedad y cabría decir la severidad con que me llegó a tratar, acabaron por resultar desagradables. Mas fui comprendiendo su intención, que no era otra que la de curtir mi carácter.

Uno de tantos días, hacía casi un año desde mi llegada, el anciano llegó hasta mí con una deslucida bata de terciopelo y el pecho cubierto de ceniza de cigarrillo. Como hacía de vez en cuando, me invitó a pasar a su despacho: era una estancia funcional y sobria, allí la atmósfera tenía ese débil olor dulzón de la vejez que ahora por desgracia no me es tan ajeno.

Tenía la puerta abierta, pero aun así llamé con los nudillos para no parecer maleducado.

—¡Siéntate ahí, muchacho! —bufó Abraham.

Arrastré una silla y me situé a su lado —él estaba en un gran sillón de cuero envuelto en la manta—, para sostener una de esas charlas con pretensiones didácticas a las que era muy dado y en las que en realidad derrochaba autoritarismo.

—Adolf —dijo—, los judíos necesitamos espaldas jóvenes y fuertes que aniquilen a nuestros enemigos; lucharás contra todo aquel que no siendo judío por decreto se crea con derecho a usurpar nuestra tierra —trató de que su voz restallase con briosa solemnidad, pero a mí me pareció cansada y un poco seca. Me sonó a despedida. Tenía el tono perverso de quien deja entender que había comenzado a hacerse realidad una profecía nefasta: mi adolescencia tocaba a su fin.

—Pero ¿por qué he...?

—No, nada de preguntas ahora —me cortó rotundo dejándome con la palabra en la boca—. No pretendas saberlo y entenderlo todo, habrá tiempo. Escucha —me miró para asegurarse de que lo entendía—. De mis opiniones y consejos no debes hablar con nadie, de momento guarda tu curiosidad para ti y con el paso del tiempo irás hallando respuestas. A partir de ahora tienes que mantener tu dignidad en la vida y comportarte como un buen sionista. No tengo nada más que enseñarte, ha llegado el momento de que pases a la acción.

—De acuerdo —asentí dejando escapar sin pretenderlo un desalentado suspiro—. Si lo ve necesario, así será.

—¿Acaso te encuentras mal? —me cuestionó con voz fría, pues debió pensar que me había dado un ictus, ya que lo natural era que aquel jovencito inquieto persistiera en los porqués.

—No —reiteré encogiéndome de hombros.

Ante mi asombro, de pronto, cambió la expresión de su cara y me miró con recelo. Su actitud se volvió tensa, casi cruel.

—¡Diablo de muchacho! —rezongó crispado— ¿No tendrías que estar preparando los útiles para las visitas? Pues ve a hacerlo, aún no he terminado contigo.

Así fue como la oportunidad que tanto anhelaba, para abandonar la falsa carrera médica, se presentaría de un modo bastante raro y daría origen a consecuencias inesperadas. El caso es que tras muchas idas y venidas, cuando Abraham estimó que estaba capacitado, me propuso un viaje a Toulouse aprovechando la coincidencia en aquellas fechas, febrero de 1912, de una reunión que los irredentistas serbios habían convocado en esa ciudad. Tendría que ponerme al servicio del Mayor Vojislav Tankosic: un serbio vinculado a la Mano Negra¹⁹, en concreto al mando y dirección de la sediciosa guerrilla.

Vojislav ya mostró interés por incorporarme a la causa nacionalista desde nuestra primera entrevista, que tuvo carácter confidencial y se produjo, no recuerdo con exactitud el día, pero sí el lugar, en el Jardín Royal: un discreto y bonito parque a las afueras de Toulouse, ahora convertido en jardín inglés.

Tras agradecerme caballeramente en nombre de su país el apoyo que el pueblo judío les estaba prestando, quedó fascinado por mis conocimientos sobre métodos terroristas. Como era joven y voluble, me jacté de pertenecer a Hashomer, de lo cual ya tenía constancia, y le detallé con entusiasmo varias experiencias que como alumno aventajado había sobrellevado con valor

19. Organización secreta de carácter terrorista de ideología nacionalista formada por miembros del Ejército en el Reino de Serbia. Fue fundada a principios de 1911, tenía conexiones con algunos elementos paneslavos del Gobierno de Serbia.

en ofensivas y encontronazos acaecidos con los árabes. Alardeé también de mi destreza en el manejo de armas y explosivos.

Pasados unos meses, convencido de mi utilidad, Vojislav me facilitó un sobre lacrado que debería entregar personalmente a Apis²⁰, ante el que me presentaría en Belgrado. Tras aquel encuentro, entablaría mi primera relación con jóvenes activistas serbobosnios.

Mi juventud e inclinación sin reservas a la causa sionista, hizo que no me cuestionase mi disposición a obedecer e integrarme con los serbios contribuyendo con todas mis fuerzas a su reivindicación²¹. Aun no adivinando ni alcanzando a comprender, en ese momento, la relación que podría haber entre el nacionalismo de los eslavos de Belgrado y las aspiraciones del pueblo judío a crear un Estado propio, tenía fe ciega en las órdenes de David Grun y di por sentado que en ellas habría algún fundamento vital que las justificase.

Ahora que acuden a mi memoria, después de tantos años evocar estos recuerdos me conmueve, podría asegurar que la vida es mucho más ancha y profunda de lo que uno cree; que lo que estaba experimentando era una señal de lo que en realidad más tarde devendría. Había en mí por aquel entonces, una necesidad apremiante de sentirme útil y estimado en el momento. En mi irreflexiva bisoñez, negaba toda elucubración sobre el futuro, los intereses o intenciones que pudieran tener los demás. No me planteaba ni necesitaba comprender cómo

20. Apis, Coronel Dragutin Dimitrijevic, jefe de los servicios de espionaje serbios. Nacido en Belgrado en 1876.

21. La anexión austrohúngara de Bosnia incentivó la movilización de los nacionalistas serbobosnios alrededor de organizaciones que se oponían al gobierno austriaco. Apoyados por el servicio secreto de Serbia, se prodigaron los atentados y conspiraciones contra los jefes del Imperio.

encajaban las piezas ni temía a lo venidero, sino que tal cual le daba la bienvenida.

Apis, jefe de la Mano Negra, confiado, me dio instrucciones para mi primera misión. Así fue como al poco tiempo me paseaba por Viena.

Capítulo 4

A primera vista puede parecer trivial, pero eran muchas las ideas que acamparon en mi cabeza durante aquellos días de deleite en la maravillosa ciudad de Viena. De la noche a la mañana el desierto se había trocado en exuberante paraíso tropical: un deseo febril de verlo todo, de penetrar en los laberintos, me dominó por completo. ¡Cuánta belleza en los palacios, avenidas y parques! ¡Qué algarabía de gentes e ideas! ¡Qué mujeres!

Viena era una ciudad fascinante para un joven con inquietudes, y más cuando este procedía como era mi caso de los humildes campos de Palestina. Todo iba como la seda hasta ese día, fue a mediados del mes de mayo del año 1914 y en aquel hotel... Sí, sonará extraño, disparatado como si se tratara de un sueño, pero tengo la firme certidumbre de que allí principiaron mis desgracias.

No debí dormir mucho, porque amanecía cuando desperté. Creo recordar que la luz del sol ya blanqueaba las mugrientas cortinas, mientras yo, inmóvil como un pez perezoso en una pecera, hacía denodados esfuerzos por vencer el sopor que me embargaba. Extasiado contemplaba el techo ennegrecido de aquel cuartucho mugriento del que apenas se advertía su color original, pero que en su día pudo ser blanco: una pequeña estancia, mohosa, marcadamente descuidada, con la pintura de las paredes resquebrajada y una minúscula claraboya que me permitía disfrutar de un retal de cielo azul. De vez en cuando

crujían las vigas de madera, hasta las mismísimas paredes se me venían encima. Por lo demás, allí reinaba un silencio sepulcral tan solo interrumpido por mi respiración fuerte pero regular.

En fin..., empezaba a reconocermme a mí mismo tras lo que había sido una larga noche de juerga y, aunque mis ojos no terminaban de adaptarse a la claridad, los sentidos sí comenzaron a registrar con mayor precisión las impresiones cotidianas. A través de la ventana abierta podía oírse el murmullo de la urbe al despertarse; el traqueteo quejumbroso y la sonora campana de un tranvía; el runrún lejano del tráfico e incluso los pasos de los transeúntes. Al inclinar la cabeza, aprecié el torso desnudo, la piel blanca casi lechosa y el cabello áureo ondulado, que se derramaba sobre la espalda del ángel que a mi lado dormitaba: un ángel alegre y atractivo que había sucumbido a los encantos de mi cartera en un turbio callejón; una criatura celestial y seductora que se aprestó solícita en pos de un generoso estipendio a compartir lecho con Belcebú.

¡Tenía la piel cálida! ¡Suave al tacto...! Y me dejé llevar por sus arrumacos, por una necesidad primaria que me hostigaba.

Excitado besaba su nuca con metódica precisión, cuando ese momento de dicha estalló: me sorprendió el golpazo en la puerta, un ruido seco al producirse la irrupción en el cuchitril de dos mastodontes que vestían traje negro. Juraría que los reconocí al instante, pues sin duda eran matones al servicio del contraespionaje austrohúngaro, esbirros de la vieja escuela educados por el ínclito y pocos meses antes obligado a suicidarse por marica traidor, Alfred Redl²².

Sin esperar a que me repusiera de la sorpresa, confuso, entrambos me izaron y arrastraron sacándome de la cama. El

22. Jefe de la Oficina de Evidencias, Servicio de Inteligencia Militar (De los servicios de contraespionaje del Imperio austrohúngaro), hasta 1913.

querubín que yacía junto a mí, se despertó y desconcertada comenzó a dar gritos como una posesa. Recibió entonces la trompada de uno de los asaltantes. Me pareció que perdía el sentido, cuando un hilo de sangre se propagó por entre sus labios al tiempo que su cabeza se desplomaba como un fardo sobre la almohada.

—¿Qué queréis? —acerté a proferir sin haberme repuesto de la inesperada visita, alzándome con evidente desprecio de mi desnudez. Sí, tal y como Dios me había echado al mundo.

—¡Vístete, pedazo de mierda! —exigió con sutil delicadeza uno de los sicarios y, sin darme la menor oportunidad, me golpeó a la altura del estómago. Noté que sonreía satisfecho de su bravura.

Tras el agasajo, me sentí aturdido. Por momentos creí perder el conocimiento, no podía respirar, me faltaba el aire y no me restaban fuerzas ni interés en seguir interrogándolos. Estaba en clara desventaja; sus explicaciones tuvieron tal contundencia, que no quise reiterarme ni poner en duda la solvencia de semejantes argumentos.

—¡Que te vistas! —insistió precisamente el que parecía tener más resolución en sus puños y llevar la voz cantante: un tipejo rechoncho de aspecto simiesco y fisonomía bestial, arrojándome con gesto desabrido la ropa que descansaba sobre una silla.

Con mi dócil comportamiento, esperaba no ser nuevamente apaleado. Me limité a embutirme el pantalón como buenamente pude, y proseguí el ritual e hice lo mismo con la camisa y un par de botas raídas. Aspiré con fuerza el aire que me faltaba, me lo tomé con calma.

—¡Deprisa o te arreo! —aulló entonces de mala uva el otro perdonavidas, más joven pero no menos cabrón, poniéndome claramente en mi lugar.

—¡Deja que al menos pueda refrescarme la cara! —pedí, mientras agilizaba mi mente a la búsqueda de un resquicio que me permitiera deshacer el entuerto.

—Bien. Hazlo. ¡Pero decídete, maldita sea! —rezongó la mala bestia y volvió a apremiarme con mirada hostil y evidente desprecio.

Con parsimonia disimulada, no tanto en la intención de ganar tiempo como en la necesidad de recobrar me del vapuleo, eché un cazo de agua en una palangana y me arrojé unas garfadas en el rostro. Sentí alivio y sin meditar el riesgo, aunque tenía conciencia de que iban armados, como si fuese un toro embestí al más fornido. Con tal fortuna intervine que cogí desprevenido al segundón, que se vio arrastrado en la caída de su compinche. La juventud jugó a mi favor: tenía tan solo veinte años, casi seis pies de altura y algo más de ciento ochenta libras de peso.

Aprovechando el desconcierto, salté sobre ellos con agilidad felina y me largué de aquel antro bajando los escalones de cinco en cinco so pena de romperme la crisma; lo cual no me importaba tanto como el hecho de ser cazado por los hijos de puta que me seguían aturdidos.

En mi huida no dejaba de pensar que en el bolsillo de la chaqueta, que había dejado colgada del respaldo de una silla, guardaba una carta comprometedora. Gracias a la providencia sin datos del remitente. Mi amigo, Gavrilo, me comunicaba que había estado tres meses en Belgrado y ahora se dirigía a Sarajevo para por fin culminar su sueño.

Era indudable que la policía austrohúngara seguía mis pasos y trataba de impedir que saliese de Viena. Mis temores no eran infundados, pues había hecho demasiadas preguntas y no debió

caer en saco roto mi interés por cuestiones y personas demasiado importantes. No obstante, mi instinto de supervivencia me permitió darles esquinazo con facilidad y culminar la misión que Vojislav me había encomendado.

Capítulo 5

Recuerdo con emoción mi regreso a la ciudad de Sarajevo el 26 de mayo de 1914. Caía la tarde, el día ya no podía retener su luz y el ocaso proyectaba sus desdibujadas sombras, cuando por fin la vi derramarse sobre aquel valle de intensos colores. Era mi recompensa por llegar al final del camino.

Conocida por su tradicional pluralidad religiosa se la consideraba la Jerusalén de Europa. Porfiaban en sus laberínticas callejas los ecos de las llamadas al rezo de los almuédanos desde los alminares con el tañido de las campanas de las iglesias católicas y ortodoxas. Hacía casi cuarenta años, según las cláusulas del Tratado de Berlín²³, que la provincia de Bosnia-Herzegovina y con ella Sarajevo habían dejado de ser otomanas y quedaron bajo la tutela austrohúngara.

Sí, era uno de esos días extraños, desapacible a pesar de que estábamos en primavera. Una llovizna gélida, al bajar del tren, me salpicó el rostro y dejaba sobre el cristal de las ventanas del vagón gotas que se deslizaban macilentas. Finalmente las ruedas chirriaron, la locomotora silbó y gimiendo prosiguió su camino abandonándome a mi suerte en la estación para que yo emprendiera el mío.

23. La guerra de 1877-1878 y el Congreso de Berlín de 1878, que con el Tratado de San Stefano privaba al Imperio Otomano de ricas provincias de los Balcanes. La provincia otomana de Bosnia-Herzegovina y el Sanjak de Novi Pazar cayeron bajo ocupación militar austro-húngara, aunque formalmente todavía pertenecían al Imperio Otomano.

No pude evitar alzar la vista al poner los pies sobre el andén. Desde allí admiré cómo serpentea el río Miljacka y gocé con la belleza de los picos montañosos que rodean Sarajevo, los veía recortarse contra un cielo pálido. En el horizonte los nevados Alpes Dináricos parecían tener una textura cremosa.

En un abrir y cerrar de ojos, escudriñé la estación. Nada sospechoso. Tuve la sensación de que el peligro a ser detenido se alejaba. Después, mientras rumiaba mis desventuras, apreté el paso por la pendiente y proseguí por la siguiente cuesta para finalmente recalar en la biblioteca: un edificio notable que se había construido hacía muy pocos años, mezcla de estilos que representaban la amalgama de culturas europea y otomana tan distintiva de la ciudad.

Precisamente allí, apartado de todos y enfrascado en la lectura, todo bastante deprimente, hallé a Gavriilo Princip: un joven judío de diecinueve años empapado por el nacionalismo serbio, enfadado con la iniquidad del mundo, enclenque, corto de talla, taciturno por naturaleza.

—¡Hola! —saludé con parquedad rozando su oreja con mi aliento.

Gavriilo dio un respingo y levantó la vista; lo que me hizo mucha gracia y no pude evitar reírme. En el acto me dirigió una mirada inquisitiva y parpadeó asombrado, lleno de desconfianza.

—¡Me has encontrado! ¿Qué te hizo pensar que estaría aquí? —inquirió con apenas un hilo de voz, temeroso de alertar a alguien.

—Tranquilo. ¿Dónde podrías estar? Simplemente lo supuse y acerté —respondí en un susurro irónico ante su excesiva cautela.

Gavriilo alzó su agostado cuerpo de la silla y me cogió del brazo, casi me arrastró hasta el fondo del pasillo. Volvió a mirar

a uno y otro lado asustadizo. Acabamos por parapetarnos tras unos estantes abarrotados de libros centenarios.

—¿Se te da bien suponer! ¿Qué noticias traes?

Ojeé a su alrededor en busca de alguien o algo que pudiera inquietarlo, pero no lo hallé dedicándole un gesto de sosiego y tranquilidad:

—No sé si te lo vas a creer, pero la visita está próxima. Si te parece vayámonos, charlaremos en otro lugar.

Dejamos la biblioteca.

Mi acompañante guardaba silencio, mientras cruzábamos las empedradas calles de Sarajevo ya sumidas en la oscuridad. Tras pasar el puente Latino, encaminamos nuestros pasos hacia el barrio turco de Bascarsija y nos adentramos en una tetería. En lo más recóndito tomamos asiento.

Más confiado, amparado en la penumbra, Gavrilo reanudó el interrogatorio:

—¿Así que has... has estado en Belgrado?

—No lo creo —respondí.

—¿Por qué?

Le sonreí y me encogí de hombros.

—En realidad vengo de Viena. Ya tengo la información que necesitábamos sobre la visita del archiduque, mi trabajo me ha costado conseguirla. Al parecer el veintiocho de junio hay maniobras de las tropas austrohúngaras, las supervisará. Además, quiere lucir a su puta la condesa Sofía Chotek por todo Sarajevo. Pronto los periódicos lo anunciarán a bombo y platillo. No sé qué sentido tiene que me haya jugado el pellejo tratando de averiguar lo que es un secreto a voces.

Gavrilo intentó, pero no consiguió evitar que lo asaltara un golpe de tos. Su aspecto huraño, sin ser desagradable, no era el

de una persona fuerte y sana: escuálido el rostro, la piel cetrina, la mirada extraviada y ese aire atormentado, melancólico, que parecía reflejar el sinsabor de su existencia. Me conmovieron especialmente sus ojos ingenuos y misteriosos, que solían examinarme con avidez. Al contemplarlos, me pareció que una chispa difuminaba sus pupilas siempre perdidas en quimeras. Tras revolverse huidizo, se lamentó abatido:

—No me lo puedo creer. En resumidas cuentas, por lo que has dicho solo falta un mes para la llegada del archiduque: ¡el cabrón cazador de ciervos! ¡Hay que eliminarle! Bosnia-Herzegovina debe formar parte de Serbia, es Serbia. Las humillaciones de los austriacos se acabarán, tenemos derecho a ser libres. ¡Será posible que el muy puerco haya elegido la fecha a sabiendas!

Ante sus últimas palabras, hice un gesto de extrañeza que Gavriilo detectó dispensándome a su vez una mirada incrédula.

—¿Acaso no lo sabías? —me cuestionó sorprendido—. Sí, estoy seguro de que es una provocación más. Ese día se celebra el Vidovdan²⁴. ¡Está claro que la única forma de cambiar el futuro es por la fuerza de las armas! —apretó los puños al decirlo.

—¡Diablos no! No lo recordaba. ¿Pero a quién se le ha podido ocurrir semejante barrabasada?

Por un instante, Gavriilo trató de que su respiración siguiera siendo normal, se mantuvo ensimismado hasta que no supo seguir disfrazando su verdadera y profunda agonía:

—Por favor, Adolf, tienes que apoyarme, habla con Apis, debo estar entre los elegidos. ¡Eres mi amigo! ¡No tengo a nadie... a nadie más! —su voz trémula sonó lastimera.

24. El 28 de junio, coincidía con el aniversario de la batalla de los campos de Kosovo, cuando en 1389 fue derrotado el ejército serbio por los otomanos. Los serbios lo consideran un día de venganza y martirio.

—Bueno, me voy, tengo que buscar refugio, es tarde —me excusé tratando de pasar por alto el espinoso asunto que proponía acudiendo a una despedida rápida, pretextando una súbita premura.

—¡No cambies de tema y contesta a mi pregunta! —gruñó malhumorado al percibir mi perversa intención.

—¡Maldita sea! —exclamé indignado— ¡¿Cómo que no tienes a nadie?! ¿Eso qué significa? ¡Me tienes a mí!

—Escucha. Hay miembros que desaprueban mi participación —Gavrilo veló su mirada al decirlo—. Aseguran que aunque tengo preparación soy débil, que me faltan temple y aplomo. Yo no dudaría en hacer lo que fuese necesario. A pesar de mi tuberculosis estoy dispuesto al sacrificio.

No pude esquivar un estremecimiento, la vehemencia de sus palabras me infundió la certeza de que no vacilaría si tuviera que actuar. En ellas pude vislumbrar la determinación. Pero... ¡era tan frágil!

—De acuerdo, como quieras, lo estudiaré con más detenimiento, veré qué puedo hacer. Somos amigos ¿verdad...? Siempre he estado satisfecho de ti y prometo que voy a darte una buena recomendación. Espero contar con al menos seis o siete hombres. ¡Tú podrías ser uno de ellos!

Una ligera pero satisfecha sonrisa aflojó los purpúreos labios de Gavrilo. Extendió su lánguida mano y me la ofreció. Ambos nos dimos un amistoso y sincero apretón. Parecía encantado. Por un momento sus ojos dejaron de reflejar su habitual indolencia, un asomo de esperanza los transformó con un brillo inquieto y casi febril. Su actitud alentó en mí la esperanza de que su merma física sería rebatida por la inquebrantable voluntad que exhibía.

Gavrilo había tratado de alistarse en el ejército serbio durante la movilización para la guerra balcánica contra Bulgaria²⁵, pero fue rechazado al considerarse que tenía muy poca talla y peso para ser soldado. Esta circunstancia marcó su carácter; vivía obsesionado con hacerse valer y demostrar su patriotismo.

—Por cierto... —Gavrilo frunció el entrecejo, carraspeó—. ¿Dónde piensas esconderte?

—De eso quería hablarte. Biljana... ¿Por casualidad sigue en la ciudad?

—¡Eso me suena bien! Creo que sí, pero hace meses que no la veo. Es posible que esté en el apartamento. ¡Hace falta que te de su dirección! —advertí cierta malicia en su ofrecimiento.

—¡Nooo! —al negarlo no lo pude evitar, me sobrevino un leve rubor.

Tras el encuentro, merodeé nuevamente por Sarajevo. Debía encontrar a Biljana, la guapa activista perteneciente a Joven Bosnia²⁶.

Atravesé con apuro un laberinto de callejas empedradas en el viejo barrio turco dejando atrás las pequeñas tiendas de artesanos, la mezquita y la fuente Sebilj con forma de quiosco. Por último, cerca del ayuntamiento, divisé un edificio de tres plantas. Accedí hasta la segunda, el pasamanos estaba pegajoso, tras trepar por una empinada y oscura escalera que terminaba en un pasillo infame y desnudo. Sobre el marco de la puerta, en un hueco casi invisible y que ya conocía, hallé la llave que me franquearía la entrada. No lo dudé, cogiéndola la introduje en la cerradura. Abrí suavemente, pero los goznes chirriaron

25. Enfrentamiento bélico que tuvo lugar en 1913, Segunda Guerra Balcánica.

26. Grupo separatista fundado en mayo de 1911, formado por jóvenes anarquistas, dependiente de la Mano Negra.

—debía hacer mucho tiempo que no los habían engrasado—. Me asomé y la penumbra del interior me envolvió. Podía captar con claridad el chasquido de mis propios pasos y socorrido por ese sonido crucé la habitación.

Era un pequeño y sórdido apartamento. Todo estaba en silencio, petrificado. Fisgué la oscuridad aliviada por el débil rayo de luz que hurtado de un farol del callejón penetraba por una escueta rendija en la ventana. Me dirigí a ella, la entreabrí con cautela, y comenzaron a hacerse visibles los enseres que lo hacían habitable: un viejo fogón, una pila de fregar, cuatro sillas, un sillón desvencijado, una mesa paticoja y un jergón instalado al fondo del único dormitorio. Algunas ollas y platos se apilaban en un estante que parecía colgar de un acantilado en aquella pared cubierta de hollín y mugre. Resultaba difícil creer que las sombrías estancias estaban habitadas de no ser por la presencia sobre la achacosa mesa de un jarrón desportillado que lucía un puñado de mustias flores.

De repente un mal presagio me asaltó, contuve el aliento cuando advertí que algo duro y romo me oprimía la espalda. Sospeché que era el cañón de una pistola lo que se incrustaba entre mis vértebras, y no me equivocaba.

El sudor frío comenzó a empaparme, el corazón me latía apresurado, un escalofrío me transitó la espina dorsal. Me giré despacio —«nada de brusquedades», pensé para mis adentros—, hasta que apareció el jovial rostro de Biljana y apartando el arma se abalanzó sobre mí sin disimular su gozo.

—¡Joder, qué susto me has...! —no llegué a terminar la frase porque me besó.

Las chispas estallaron como cuando el pedernal se golpea. La suave calidez que transmitían sus labios me fue cautivando y una mano invisible nos arrojó sobre la cama. Fuimos apar-

tando, sin sutilezas aun cuando se nos resistían, cada una de las piezas de ropa que aislaban nuestros cuerpos. Enervados los sentidos, enloquecidos, nos retorcimos y entrelazamos en un esfuerzo hercúleo por conformar una sola sustancia entre agitados jadeos. No llegamos a pronunciar palabra, gemíamos al unísono.

Perdí la noción del tiempo mientras conocía el paraíso, pero el silbido del viento y el ruido de la lluvia que restallaba contra la ventana me devolvieron a la realidad.

Ya habíamos dejado atrás el ardor del cuerpo a cuerpo y nuestras almas estaban satisfechas, cuando, aún soñolienta y perezosa, dejó que sus ojos aceitunados afloraran. Cosida a mí, notaba sus pechos en la espalda y podía oler su largo cabello negro, sedoso, que rodaba sobre mi cara como el agua de una cascada.

—¡Cuánto me alegro de verte! —dije esparciendo una sonrisa mientras escrutaba con deseo su talle desnudo.

Al percatarse de mi gesto, se ruborizó ligeramente. Ya no debió sentirse tan segura de sí misma como antes, apareció en su semblante una timidez que la favorecía.

—¡Y yo! —replicó Biljana con voz apenas audible, aterciopelada.

—¡Vaya! ¿Cuánto llevamos en la cama?

—No sé, quizá tres o cuatro horas —ronroneó de nuevo y se aferró a mi cuello.

—¿Y si nos levantamos y tomamos café?

—Como quieras. ¡Te eché tanto de menos! —exclamó apoyando su cabeza en mi pecho—. Estaría aquí sin moverme al menos un mes. ¿Cómo has podido desaparecer tanto tiempo? ¿Es que no te acordabas de mí? ¡Podías haber escrito!

No esperó respuestas, ya las conocía. Con una mirada pícaro llena de satisfacción, sin cubrir su cuerpo, se levantó y adentró en la cocina. La vi pasar frente a mí como a una gacela. Al incorporarme sin motivo aparente me embargó un sentimiento de inquietud, me embistió una tristeza indefinible. Absorto en mis pensamientos, no pude evitar rondar la ventana. El crepúsculo había dejado paso a una fosca y húmeda noche. Al entreabrir los postigos, descubrí cómo algunos noctámbulos, sombras sin identidad, atravesaban la turbia opacidad. Desgarbadas figuras se apresuraban en la intención de buscar refugio para luego desvanecerse en la neblina. Cerré los ojos y en mi cabeza se agitó un aluvión de recuerdos que, aunque no muy lejanos en el tiempo, alumbraron como luciérnagas en un pantano fangoso:

Apis, jefe de los servicios de espionaje serbios, líder de la Mano Negra, salvador de la patria, tenía como principal afán la liberación de todos los eslavos del sur, sobre todo de Austria-Hungría. Aunque Serbia era un país independiente, muchos compatriotas en Bosnia y Herzegovina, Croacia y Voivodina, se hallaban aún bajo el yugo Austrohúngaro.

Un año antes, siguiendo las consignas que había recibido del Mayor Vojislav Tankosic, me hice pasar por estudiante y asistí a las clases de derecho en la Gran Escuela de Belgrado²⁷. En el trato con aquellos jóvenes independentistas para poder integrarme sin crear malestar y mitigar el posible recelo que causaría mi condición de extranjero, pues tomaban todo tipo de precauciones para evitar la infiltración de agentes enemigos o indeseables en la organización, intercedió Apis. Allí, como por otro lado esperaba al mostrar interés por las cuestiones nacio-

27. En 1808 se fundó la *Gran Escuela* en Belgrado. Germen de la primera universidad moderna de Serbia, fundada en 1905.

nalistas, alterné con elementos activos del grupo Joven Bosnia, subordinado a la Mano Negra, y pronto ascendí de alumno a maestro cuando se me asignó un cupo de jóvenes al que instruir. En poco tiempo había pasado de los campos de Palestina a luchar junto a los serbios de Bosnia y Herzegovina, y a ello me dispuse con la mayor diligencia demostrándoles mi pericia en el manejo de armas y tácticas guerrilleras. Los ejercitábamos como terroristas siempre sembrando el odio hacia el imperio opresor austrohúngaro.

En aquellos días conocí a Biljana; una joven que rebosaba ideales patrióticos, que ansiaba renovar el mundo.

Estaba embebido en estos razonamientos, cuando me sobresaltó el ruido de la cafetera que borboteaba sobre el fuego. Ante mi sorpresa, Biljana movió la cabeza tras reír con insolencia juguetona y me acercó una taza de café, negro, cálido, que recogí sin dilación. La aproximé a los labios y di un largo sorbo. Lo necesitaba. Seguidamente se acomodó frente a mí: espléndida, con seductores labios carnosos, dentadura perfecta y cálida mirada desde sus ojos soñadores que sellaban unas inabarcables pestañas negras.

—¿Dónde has estado? Te encuentro frío, ausente como si quisieras librarte de mi presencia —Biljana había cogido la taza de café entre sus manos y la giró con bríos. La alegría de antes se había difuminado y, aunque perduraba una ligera sonrisa, ahora sus facciones denotaban cautela, una inescrutable tensión.

Fruncí el ceño dando a entender que me sentía ofendido por sus palabras.

—¡Cómo puedes decir eso! —exclamé— Sabes de más que tenía una misión en Viena. Las órdenes de Belgrado eran claras: desentrañar los planes del archiduque.

—¿Y qué propósitos tiene ese canalla? —preguntó mientras resoplaba nerviosa sobre el café humeante.

Carraspeé, paseé desconcertado la mirada por la habitación y, a sabiendas de que la respuesta la turbaría aún más, aduje:

—Visitaré Sarajevo en la festividad del Vidovdan.

Al oírlo, Biljana se descompuso.

—¿Cuándo? ¡Venga, Adolf! No te creo ni una palabra. ¡Pero cómo se atreve esa sabandija a escoger ese día! —de nuevo apareció en su rostro un destello malicioso, que acabó por tornarse inexpresivo.

En aquel momento nos sobrevino el silencio y como el que no quiere la cosa, en un gesto que pretendió ser comprensivo, tomé sus manos entre las mías y puse cara de víctima inocente.

—¿No estarás molesta conmigo? —susurré.

Para mi asombro, levantó el pulgar y soltó una risita. Comenzaron de nuevo a colorearse sus facciones.

—No, perdona, solo estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—¡Mejor! —exclamé mientras sacudía la ceniza del cigarrillo que acababa de encender—. Bueno, es igual, lo que intento decir es que así añadiremos otro motivo a la celebración del Vidovdan: la muerte de ese cerdo —mi satisfacción era auténtica.

Aun cuando la conocía y sabía de más que no daría el tema por zanjado, aproveché el momento e insistí en apaciguarla. Inicé el relato de un sinfín de inocentes aventuras, acontecidas durante mi estancia en Viena, omitiendo las que debía. Por un instante su fastidio pareció volatilizarse, sonreía hasta que me atreví a proponer...

—Gavrilo me ha pedido que interceda ante Apis, pues quiere ser uno de los elegidos para acabar con el austriaco. He pensado que quién mejor que tú para hacer esa gestión.

Biljana, que no sentía especial simpatía por Gavriilo, replicó con acritud:

—¿Qué clase de petición es esa? ¿Lo dices en serio? Bien sabes de sobra que esas decisiones las toma Apis y solo se deja aconsejar por los que están cerca de él. No es mi caso, me limito a cumplir sus órdenes.

—Sí, pero sé que por ti siente algo más que afecto. Deja entrever que Gavriilo es un seguidor fiel, que su deseo y voluntad suplirán con creces cualquier penuria física. Además... ¡es un magnífico tirador!

—Ya veremos, prefiero hacer mis propios juicios sobre en quién puedo confiar —dijo encogiéndose de hombros y apartándose de mí. Pude percibir su decepción.

—¡Estupendo! —asentí sin más en la intención de quitar hierro al escabroso asunto.

Rehuyendo su malestar, la miré con dulzura y le ofrecí mi más entrañable sonrisa. Acabé por acudir a los consabidos placeres gastronómicos en un intento por firmar la paz.

—¿Supongo que te apetecerá comer algo? ¡Adelante, pide por esa boquita! —mi tono era distendido.

—¡Muchísimo! ¡Tengo hambre! —de nuevo se mostró jovial. Me subyugó con un gesto travieso.

—¡Vamos pues! ¿Cómo quieres los huevos? ¡Di lo que piensas ahora mismo! ¡Lo que sea!

—¡¡Poco hechos!! —gritó como una chiquilla.

Abrí una alacena y me topé con fiambres, tocino y huevos en una cesta. Cogí una sartén y la puse al fuego. A los pocos minutos, ambos engullíamos como si llevásemos varios días sin comer.

La divertí durante la sobremesa, contándole cómo era la ciudad de Viena y con qué elegancia vestían caballeros y damas.

Al mencionar a estas últimas, hizo un gracioso mohín y rió con estruendo. Fui comedido en mi relato, pues las mujeres detestan a los libertinos.

Tras la intempestiva cena, nos fuimos a la cama. Bajo las mantas reiteramos nuestro pasatiempo favorito... Me fui apasionando, aunque yo necesitaba bien poco para enardecerme. Sus brazos desnudos, finos, se hundían con delicadeza en los pliegues de mi cuerpo. Parecía una mariposa que se hubiera posado por un momento sobre una brizna de hierba antes de echar a volar desplegando sus aterciopeladas alas.

Después nos rendimos al sueño profundo y reparador. Hacía demasiado tiempo que no lograba conciliarlo con tanta facilidad.

Capítulo 6

Me encontraba de muy buen humor aquella mañana de la que tan bien me acuerdo. De nuevo dispuesto a viajar, pero esta vez asociado a Biljana. Habían pasado varios días desde mi llegada a Sarajevo y juntos nos dirigíamos a Belgrado. No llevábamos mucho equipaje: una maleta pequeña de piel con varias mudas, una pistola y un par de libros.

El caso es que a esa hora otras muchas personas habían acudido a la estación, y allí se arremolinaban cuando a las siete en punto se oyó un silbido. Al cabo de unos minutos el andén tembló al aparecer de entre las brumas una máquina antediluviana de hierros anaranjados por el orín que inició la operación de enganche. El maquinista no sin riesgo se exhibió sacando medio cuerpo por la ventanilla, se afanaba en la maniobra mientras las nubes de humo se arrastraban por el suelo. Por fin la locomotora, marcha atrás, lentamente, alcanzó los vagones de pasajeros que arrastraría.

Al acomodarnos en los fríos asientos de madera, no pude evitar observar a los viajeros, gente gris, cansada. El revisor de aspecto mezquino, un hombrecillo tan menudo e ingrátido como un colibrí, conocido confidente de la policía austrohúngara, a poco de iniciarse el trayecto nos solicitó los billetes. Nos escrutó con ojillos porcinos y pestañeó con expresión sombría, pero no pareció detectar nada desacostumbrado. Tanto Biljana como yo resoplamos, cuando se dirigió al siguiente pasajero y persistió en su rutina.

El monstruo jadeaba con aspereza al alejarse de Sarajevo dejando escapar por su chimenea un largo penacho que tras permanecer unos instantes en el aire prontamente se desvanecía. Se adentró en un paisaje que me hizo sentir arrobado por su belleza: agreste, montañoso, poblado de vegetación, hasta dejar atrás el valle del río Miljacka y algunas laderas de ceniciento pedernal resquebrajado. Más tarde serpenteó por las verdes y onduladas tierras croatas, para acabar girando en las llanuras de Serbia en dirección a Belgrado. Fue un viaje muy agradable, aunque intentaba alejar de mi mente lo que al final de él me esperaba.

Anocheceía, estábamos agotados, cuando se perfiló la ciudad. Se detuvo el tren, el revisor bajó de un salto, tocó el silbato y comenzaron a salir de uno en uno los impacientes viajeros. La gente caminaba de un lado para otro, pero muy pronto las voces se fueron apagando mientras nosotros abandonábamos a toda prisa la estación para adentrarnos en la principal calle de la capital, Knez Mihailova, llena de edificios aristocráticos, aunque sin el bullicio que había conocido en otras grandes ciudades.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó Biljana con su habitual soltura.

—Desde luego —contesté—. Buscaremos refugio en uno de los apartamentos de Karadjordjeva, una calle que hay siguiendo el curso del río Sava.

—¿De quién es el apartamento? —persistió mi acompañante como una niña pequeña a quien la primera respuesta le supo a poco.

—De la organización, allí nos esperan, un lugar discreto. Podemos confiar, pero antes debemos dar un buen rodeo y asegurar que no nos acechan.

Tras haber deambulado incansablemente por estrechas calles, avistamos nuestro destino. Era noche cerrada, cuando nos plantamos ante una construcción de aspecto muy humilde, parecida a la que habíamos dejado en Sarajevo. Después subimos la chirriante escalera, hasta que Biljana percutió con la aldaba en la puerta. Como no obtuvo respuesta, esperó y volvió a repetir. Impaciente acabó por aporrearla tres veces seguidas para finalizar con un único y seco aldabonazo. Solo entonces se abrió sigilosa, apenas unos centímetros, y como emergiendo de una lobera, era una inmundada zahúrda gélida y mal ventilada, se manifestó una figura alta, desmañada, de piernas largas y ojos cobrizos en un rostro tostado e inexpresivo. Reconocí sin dudarle a Nedjelko Cabrinovic, que con gesto desabrido se apartó tras un discreto saludo y nos dejó pasar. Junto a una mesa, sobre ella en una palmatoria de hierro ardía una vela, había otros dos hombres que debían haber estado cenando; lo delataban las migajas de pan y unos vasos con restos de aguardiente sobre un mantel pringoso. Un cigarrillo humeaba en un cenicero colmado de flácidas colillas.

La sorpresa de Biljana fue mayúscula, cuando ante nuestros ojos surgió no solo Trifko Grabez sino también Gavrilo Princip.

Vi a Biljana contener la respiración, miró a Gavrilo, tragó saliva y prorrumpió con manifiesto fastidio:

—¡Dios mío! ¿Qué haces aquí?

Gavrilo se puso en pie, avanzó unos pasos y por un instante se mantuvo petrificado. Después se restregó vigorosamente las manos en señal de profunda satisfacción e irguió el pecho.

—¡Es formidable! —dijo con una risita alelada. Por alguna razón experimentaba un sentimiento de triunfo—. Al parecer Apis tiene nuevos planes de los que formo parte. Ayer mismo regresé a casa y encontré una nota en la que se decía que debía presentarme con urgencia en Belgrado.

—¿De veras? ¡Quieres hacerme parecer estúpida! —Biljana clavó en él una mirada furiosa—. ¿Y por qué no viajaste con nosotros?

—Pensaba hacerlo, pero no quise que nos viesan juntos por si los espías del emperador husmeaban y... —Gavrilo titubeó—, además, no tenía a nadie a quien pedir consejo, no sabía qué hacer. ¿Qué podía hacer...?

—¡Basta de tonterías! ¡Ya está bien de cháchara! —bramó Trifko Grabez interrumpiéndolo. Todas las miradas se plantaron sobre él al vernos sorprendidos por tan agrio talante—. ¡Mañana al medio día te presentarás en casa del primo de Muhamed Mehmedbasic en el barrio turco y recogerás las armas! Pero primero deberías hablar con Apis —dijo a Biljana en un tono grosero no exento de arrogancia.

—¡Eh! Las órdenes las doy yo. ¿Sabes qué significa eso? —tercié con aspereza.

Decidí que había llegado el momento, era cuestión de principios. Trifko había pasado por alto mi presencia y se había encarado con Biljana dándole órdenes que no le competían. No, no cabía duda de que aún no me había perdonado que siendo extranjero tuviese más autoridad que él en la organización. Una vez más percibí en su talante la sombra de un reproche, como si por no ser hijo de Serbia me estuvieran distinguiendo gratuitamente con un trato de favor. La conversación se paró, se produjo un silencio agobiante y de repente su voz y expresión cambiaron.

—Tú..., tú tendrás que lidiar con un ruso que nos proporcionará unas cápsulas de cianuro —farfulló algo más apocado—. En este sobre que destruirás una vez comprobado —lo agarré ante su atónita mirada de un manotazo, sin miramiento—, se contienen los detalles para el contacto. Nosotros a primera hora nos veremos con el Mayor Vojislav Tankosic.

Entretanto, Nedjelko, tratando de romper el hielo y ante el alborozo de Gavriilo, sacó una botella de rakia de un armario. Los tres se sentaron a la mesa y hubo un estallido general de risas nerviosas. Comenzaron a dar vueltas entorno a la botella, la examinaban como si de un gran tesoro se tratara. Quisieron compartir el aguardiente, pero declinamos la invitación.

Tras dar las buenas noches, ambos nos apartamos a una de las habitaciones y sin mucho ánimo echamos un colchón en el suelo. Allí el aire estaba viciado, olía fatal, pero necesitábamos dormir. Al día siguiente, Biljana debería entrevistarse con Apis para fijar los medios y forma de trasladar las armas necesarias hasta Sarajevo. Yo tendría que habérmelas con un ruso. Estaba malhumorado, confuso. Era la primera vez que me habían hablado de ello: «¡Me ocuparía de recoger unas cápsulas de cianuro!»

Pasé gran parte de la noche elucubrando sobre la necesidad del veneno. Desconocía en detalle quién y por qué lo habían incluido entre el material necesario para la conjura. Desde nuestra habitación, en donde reinaba la oscuridad más opresiva y asfixiante de una ciénaga, se oía la animosa charla que mantenían los compañeros. Brindaron varias veces y de vez en cuando parecía desvanecerse el alboroto, que era sustituido por cortos y embarazosos silencios.

Al despuntar el día salté de la cama, tomé dos tazas de café solo y me mojé la nuca con agua helada. Al poco nos pusimos en marcha, teníamos que solventar nuestros asuntos: Biljana fue al encuentro de Apis antes de que los demás se hubieran levantado, y yo abrí el sobre que me había entregado Trifko; comprobé los detalles para obtener las dichas cápsulas.

Como pude leer, mi cita sería con un agente del servicio secreto del zar y estaba prevista para las nueve y media de la mañana en el parque Kalemegdan de Belgrado. Se especificaba

que un tipo con aspecto de mendigo se acercaría a mí. Aunque mi guardarropa no era precisamente abundante, me las apañaría; vestiría chaqueta oscura, pantalón claro y camisa blanca, para que fácilmente me identificase. Tras requerirme el sujeto en cuestión dinero para comprar pan, le entregaría alguna moneda y él a su vez me daría las gracias añadiendo: «Larga vida al zar».

Con cautela di un gran rodeo entrando y saliendo de calles poco transitadas para después mezclarme con el gentío en otras, asegurándome de que no me seguían. A la hora convenida, me encontraba en el lugar previsto. Paseé y me dejé ver, hasta que la impaciencia se apoderó de mí. Transcurrió media hora, un cuarto de hora más y ya desesperaba, cuando, sin saber de dónde, como si lo hubiera regurgitado la maleza me salió al paso un hombre fornido, de escasa estatura, barba descuidada y vestimenta desaliñada. El cuello de su camisa se le veía amarillo, los puños sucios y deshilachados. Parecía un pordiosero. El tipo se apoyó contra la áspera corteza de un árbol y simuló contemplar el parque.

—¿Puede darme algo para comprar pan? —dijo con voz macilenta y sin matices.

Del bolsillo derecho, extraje una moneda que tenía dispuesta. Se la entregué.

—Gracias. ¡Larga vida al zar! —recitó diligente mientras en su mano apretaba nerviosamente el dinero.

Al pasar junto a mí, dejó caer una bolsita de piel que al instante recogí. La guardé celosamente en el bolsillo de la chaqueta. Después desapareció, lo cual supuso un consuelo, mientras yo apresuraba el paso para volver al apartamento. Nada más llegar, comprobé las dosis de la mortal sustancia.

Esperaba impaciente el regreso de Biljana, cuando pasado el medio día se abrió la puerta y con el rostro demudado se sentó

junto a mí. Era obvio que algo no marchaba, la alegría del día anterior se había disipado. Ahora sus manos se movían inquietas, su pelo aparecía hastiado y sin brillo.

—¿Has hablado con Apis? —al preguntar la atraje hacia mí, la agarré por la barbilla con la otra mano y levanté su cara para mirarla a los ojos.

—Sí... —respondió esquiva—. Ya he recogido las cuatro pistolas y las seis bombas que dijiste necesitar. Además, he localizado los medios y contactos para que a través de mi hermano lleguen a Sarajevo. Allí las ocultaremos.

—Muy bien..., pero te veo preocupada. ¿Qué pasa? ¿En qué puedo ayudarte? ¿Seguro que Apis no te ha puesto al tanto de algún otro detalle de interés? Cuéntamelo todo.

—¡Para nada! Me ha dado a entender que cuanto menos sepa mejor, que mi deber es conseguir que las armas alcancen su destino en la fecha fijada. ¡Ah!..., y que la víspera sean distribuidas.

—Bueno, francamente no veo el problema —traté de restar trascendencia a su evidente malestar.

—¡Me pasa... me pasa! —Biljana rompió a llorar, le temblaban los pómulos y la voz se le quebraba. Se cubrió el rostro con las manos al tiempo que las lágrimas anegaban sus mejillas—, que no podré estar ese día junto a vosotros, que me han tratado como a una chiquilla. ¡Siempre, siempre soñé que sería algo que haríamos juntos!

—¡No seas absurda! —la reprendí resuelto e incómodo con su llanto—. No lo veo de ese modo. En ese caso, él no te habría encomendado una misión de tanta responsabilidad.

—¡Oh, al diablo con eso! ¡Ni se te ocurra tratarme con condescendencia! ¡De esto sé tanto como tú! —me gritó indignada e incapaz de contenerse.

—Tienes razón, pero precisamente por eso no deberías esperar a que te den las gracias por cumplir con tu deber. Siento recordarte que no es un mundo para mujeres. Permíteme que te lo explique, deja que te dé un consejo: en este como en otros muchos casos lo importante es conocer y cumplir cada cual con su misión. En una escalera todos los peldaños son imprescindibles para llegar a la cima.

Biljana había estallado como un volcán. Estaba desilusionada, irritada, e intenté ser cariñoso y comprensivo con ella. Por su parte había esperado que la consideraran en mayor medida, que la dejaran participar directamente en el atentado. No pareció reconfortarse con mis palabras, su alma ardía. Aquella tarde se mantuvo ensimismada, sumida en el mayor de los desconciertos.

Hay mujeres que no quieren más que carantoñas y galanterías; eso está bien, pero no es lo verdadero. Con Biljana era distinto, los sentimientos bullían en mí: cuando la tenía cerca un gusano atravesaba mis entrañas y me sobrecogía un deseo irrefrenable, pero me decía a mí mismo que no debía sucumbir, que no podía dejar que mi corazón quedara atrapado por una mujer. Nuestros caminos estaban trazados en tinta de diferente color. Aunque los dos habíamos acordado no cargar nuestra relación con promesas de fidelidad innecesarias, mi alma enviaba al no poder dar rienda suelta a la pasión. Me carcomían los sueños en los que ella aparecía dulce y tentadora. Contracorriente luchaba por ser insensible, batallaba por desembarzarme de ese sentimiento, y más desde que me habló de su necesidad de libertad. Al abrazarla procuraba no dejar entrever otra inclinación que la sana amistad, o, cuando así lo requería, la mera atracción carnal; pero, sin proponérmelo, emergía tal ciclón en mí que resultaba ímprobo el esfuerzo por no declarar amor eterno a quien me correspondía.

Aún hoy, añoro los primeros días en que la conocí; con especial limpidez acuden a mi memoria los detalles: aquella muchachita que afligida por su timidez solía permanecer de pie ante la puerta escuchando con atención las conversaciones; la misma que me hacía suspirar, cuando en gesto afable y femenino entornaba los ojos y evitaba mis miradas; la que se ruborizaba con cualquier detalle. ¡Pero todo aquello ha quedado lejos, muy lejos!

Biljana era hermana de Danilo Ilic, profesor y empleado de banca, integrado asimismo en Joven Bosnia. Ambos vivían con su madre, que dirigía una pequeña pensión de Sarajevo en donde los adeptos al nacionalismo pernoctábamos con frecuencia.

Muchas noches, al amparo de unas copas de slivovitz, las lenguas se soltaban y enardecidos los ánimos nos prodigábamos en diatribas sobre el futuro de Serbia y Bosnia, en maldiciones al invasor austriaco. Biljana, entusiasmada con los cánticos y dada su cándida juventud, se nos unía proclamando soflamas que alentaban a los asistentes. Con el tiempo fue aceptada por el grupo, viajaba con frecuencia a Belgrado e incluso asistía a la Universidad. Terminó siendo de vital importancia: su sexo y dulzura personal inspiraban confianza a los enemigos.

Sí, formábamos un «simpático» grupo de jóvenes llenos de ilusión, proclives a situarnos en torno a una botella y a discutir apasionadamente. En aquellos días nos hubiese costado creer, que poco más tarde seríamos partícipes de que la historia sufriera un vuelco inesperado.

Anocheía, cuando llegaron: Trifko Grabez, Nedjelko y Gavriilo. Parecían excitados, rebosaban vitalidad y complacencia. El más animado era Gavriilo, que rápidamente y en dos días parecía haber pasado del abatimiento más absoluto a estar exul-

tante. El Mayor Vojislav les había facilitado una pistola FN Browning, modelo 1910, con la que habían realizado prácticas de tiro en un parque de Belgrado. Gavrilo había destacado por su puntería. Precisamente, él, se dirigió a mí en tono admonitorio, ufano de su éxito:

—¿Hay que tener decisión, Adolf! —anunció con jactancia—. El Mayor advierte que Sarajevo estará plagado de policías, que incluso es posible que el ejército participe en la protección de la comitiva del archiduque. Ha dispuesto que averiguemos el recorrido, y en su caso...

—¿Cómo dices...? —con mirarle a los ojos bastó para que se evaporara su ánimo triunfante y orgulloso—. ¡Que el Mayor Vojislav ha ordenado que indagemos sobre el itinerario! ¡Por el amor de Dios, ahórrame tu palabrería! Eso es cosa mía. ¿No?

—Nos... nos ha hecho saber —Gavrilo continuó azorado, noté rigidez en los músculos de su cara—, que además de las armas debes suministrarnos, a Trifko, a Nedjelko y a mí, las dosis de cianuro; que seamos los ejecutores.

—¿Qué significa? ¿A qué viene eso?

—Viene a que... —balbuceó Gavrilo—, aunque nos atrapen no podrán sacarnos información. No nos importa sacrificarnos. Nuestras vidas ya no tienen más sentido que darlas por la causa, que las generaciones venideras reconozcan nuestra abnegación.

—¡Vale héroe! Los mandamases no quieren correr riesgos, conque ese es el juego. No está mal..., muy listos —sonreí entre dientes.

—¡Ah!, por cierto... —Gavrilo sacó un envoltorio del bolsillo interior de su chaqueta y me lo plantó en las manos—. El Mayor me ha dado esto para ti.

Apartándome de los demás, leí atentamente el mensaje. El sobre contenía una nota manuscrita del propio Vojislav. Reco-

nocí su caligrafía. Me recordaba que debía organizar la intentona de la mejor manera, e insistía en que el fracaso no era posible. Del mismo modo, me aseguraba que para impedir que en el caso de ser apresado alguno de los actuantes pudiera delatar a los demás, esto se evitaría con el cianuro. Suya era la idea de las cápsulas del suicidio.

Arrugué la misiva con desdén arrojándola al fuego del hornillo. Aquello era demasiado. Puede que parezca cínico, tal vez lo sea, pero lo cierto es que no podía pensar en otra cosa. Sentía una pena indescriptible por aquellos muchachos que no dudaban en dar su propia vida proyectando ideales que para otros en realidad eran simples quimeras, ambiciones personales o políticas.

Erradicarse a uno mismo parece un acto asequible y, aunque la tentación de autodestruirnos a la mayoría nos espanta, ellos acogieron con entusiasmo la idea del suicidio. No admitirían que vacuos padecimientos los arrastraran a una muerte anónima, zafia. No les parecía encomiable, ansiaban ennoblecer su final. Antes de que la naturaleza arbitrara sobre sus vidas, ellos decidirían con libertad: «no hay nada más sencillo y más terrible que el acto por el cual decidimos irrevocablemente sobre nosotros mismos. En un solo instante, suprimimos todos los instantes. Este mundo puede quitarnos todo, puede prohibirnos todo, pero no está en el poder de nadie impedir nuestra autoabolição».²⁸

No fueron elegidos al azar, el comandante Vojislav los reclutó en los cafés de Belgrado atestados de extremistas serbo-bosnios huidos de Austria-Hungría y deseosos de combatir por Serbia. Todos eran cristianos ortodoxos salvo un carpintero

28. Cioran, Emile. Extraído de “Breviario de podredumbre”.

mahometano, Mehemedbasich. No era habitual que un musulmán se convirtiera en nacionalista serbio, porque en general los bosnios que profesaban la fe del islam respaldaban la soberanía austriaca; sin embargo, Mohamed Mehemedbasich, que ya había asistido a alguna reunión de la Mano Negra y fue escogido en su día para asesinar al general Oscar Potiorek, Gobernador de las austriacas provincias de Bosnia y Herzegovina, con una daga envenenada, fue admitido como integrante del grupo a pesar de que su intento resultó un fracaso.

No desdeñaba disfrutar de aquellos días de sol y de suave brisa, de los paseos cotidianos. No me gustaba ni me gusta llevar una vida sedentaria, me apetecía caminar, recapacitar sobre las incertidumbres que nos acechaban. A medida que lo hacía, las nubes fueron encapotando el cielo. Empezó a llover, y las calles, tan oscuras como mi alma, relucían como el charol.

Serían las nueve de la mañana, cuando sospeché que alguien me seguía. Lo advertí al pasar junto a un escaparate. Apresuré el paso tratando de zafarme de mi supuesto perseguidor sin mirar atrás. Creí haberlo logrado al entrar en una cafetería, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando noté que me tocaban la espalda. Al volverme, descubrí que se trataba de mi Jefe, David Grun. Salimos del local sin cruzar palabra. Hasta que...

—¿Cómo estás Adolf?! —David denotaba un inusitado entusiasmo en sus palabras.

—¿Y tú? —repliqué con sequedad, pues traté de mostrarme indiferente al tiempo que se agolpaban en mi cabeza los recuerdos y me asaltó un cosquilleo. No quería dar a entender que realmente me alegraba de ver a aquel cabrón que dirigía mi vida desde la sombra, que tanto me había enseñado.

—¡Genial! ¿No pareces muy contento de verme? —añadió David, mientras en su rostro se dibujaba una amplia sonrisa que dejaba entrever su habitual talante como de estar por encima del bien y del mal que a veces tanto me molestaba.

—¿Cómo están mis padres..., Otto y Berta? —dije por decir tratando de eludir su jovialidad y una respuesta clara sobre mi estado de ánimo.

—De fábula, orgullosos de ti. Claro que sí, todos hemos hecho un gran trabajo contigo. Estás cumpliendo a la perfección tus cometidos. He charlado personalmente con Apis y el Mayor Vojislav, agradecen enormemente tu aportación.

—Perdona..., mera curiosidad, pero es que llevo demasiado tiempo devanándome los sesos. Dime. ¿Qué pretendemos realmente al asociarnos con los nacionalistas serbios?

David levantó la cabeza, encendió un cigarrillo y me miró fascinado. En su rostro había una expresión incrédula:

—Mira, Adolf. La política de cuyos avatares depende nuestra supervivencia es sencillamente insondable. No malgastes tu tiempo, no pretendas entenderla. Hay que cultivar la diplomacia, la tolerancia, la amistad, olvidar rencores y dar prevalencia al interés futuro. Los serbios quieren anexionarse Bosnia-Herzegovina, y para ello no dudarán en desestabilizar el Imperio austrohúngaro; lo cual creen que conseguirán con la eliminación del heredero al trono. De ello, no lo niego, obtendremos cierta rentabilidad.

—Me parece bien. Pero... ¿cómo encajo yo en toda esta historia? Supongo que merezco saberlo.

—¿Por qué piensas en eso? ¿Quién te ha inculcado esa desconfianza? Tu misión desde hace varios meses es hacer que se cumpla un deseo que satisfará a todas las partes en liza: la muerte de Francisco Fernando. Ya deberías conocer el dicho:

«Hoy por ti y mañana por mí» —forzó una estúpida sonrisa al decirlo.

Traté de digerir sus palabras, pero no pude en especial por el tono de complacencia en que fueron pronunciadas.

—¿Qué quieres decir? No sabía que tenía que contentar a todo el mundo. Mira, David —intenté serenarme—, no me apetece jugar con la vida de los que me rodean: jóvenes intrépidos, patriotas. Ahora resulta que con asesinar a Francisco Fernando, el archiduque, haré feliz a un montón de gente extraña. Asumiría mi rabia sin rechistar, pero mi conciencia rechina. Aunque pase por necio, insisto: ¿qué ganamos al favorecer a Serbia?

Esto le hizo reír. David movió la cabeza, estaba perplejo. Quizá había pensado hasta entonces que trataba con un cordero. De pronto comprendió que estaba poniendo en duda los intereses sionistas, pero no perdió la compostura.

—De acuerdo, es complicado, solo puedo decirte que Francisco Fernando tiene una peculiar visión política que ha sido estimada como un futuro peligro por y para todos. Desean su muerte los serbios de la Mano Negra, que temen que sus posibles reformas y carisma conciliador en Bosnia les reste protagonismo en la zona. Serbia es un país eslavo, aliado y amigo de los rusos. Necesitamos colaborar con los serbios, pues es posible que a su vez nos devuelvan el favor de la ayuda que ahora les prestamos intercediendo ante el zar. Queremos que se eliminen en Rusia las trabas que se imponen a la salida de judíos. Al mismo tiempo, nos entendemos con sus enemigos los austrohúngaros, sin que lo sospechen rusos ni serbios, ya que igualmente recela el emperador Francisco José, quien presume que en su heredero al trono priman quimeras federalistas que pueden deshacer el Imperio que con tanta sangre y esfuerzo

ha culminado. En definitiva, aunque no participásemos, el fin sería el mismo.

No me sedujeron sus argumentos.

—Y... ¿para qué el cianuro? Costará la vida a personas con ideales nobles. ¿Qué necesidad hay de llevarles a una muerte cierta?

—¡Al diablo con eso! —exclamó esta vez más enojado. Por momentos pareció que las venas del cuello le iban a estallar—. Ahí entras tú en juego, ese es el motivo de mi visita. Lo siento, pero habrá que seguir adelante. Vojislav nos ha puesto al tanto de que se van a servir cápsulas de veneno a los principales intervinientes, ya que tanto si aciertan como si fracasan no se dejarán apresar vivos, pues hablarían bajo presión y comprometerían la paz entre serbios y austriacos. Como ves no ha sido idea nuestra, los serbios prefieren que no se conozca su participación, desean que parezca un acto propiciado por anarquistas sin guión preestablecido, temen un enfrentamiento con el adversario austrohúngaro muy superior en fuerza. A nosotros en cambio nos interesa que sean arrestados y hablen, que se deduzca la intervención serbia.

—¡Pero eso llevará a la guerra entre serbios y austriacos!! —Se había apoderado de mí la indignación, me sudaban las manos. De buena gana lo habría estrangulado en el momento.

Entonces, como el que no quiere la cosa, David soltó la parafraseada más tópica y falsa que se pueda argüir:

—Vale, vale —carraspeó e hizo un gesto de apaciguamiento con las manos—, no tiene sentido que gritemos. ¿Qué quieres que haga? Te agradecería mucho que me dijeras lo que harías en mi lugar. No encuentro nada más espantoso que tener que decidir la suerte de los demás. ¡Quién sabe! Quizás el fin justifique los medios.

Bien sabe Dios que estaba haciendo todo lo posible por dominarme, pero el muy cretino me desquició por completo con sus premisas. Sin poder evitarlo, volví a levantar en exceso el tono de voz:

—¿A qué fin te refieres?! ¿Acaso crees que estamos tomando el camino sensato? La guerra solo traerá desgracias y destrucción a estas gentes. ¡Tienes que hacer algo!

David Grun suspiró. Esas palabras lo irritaron aún más. De nuevo torció el gesto y gruñó:

—¿Hacer qué? ¡Que el diablo se me lleve! ¡Nosotros sí que sabemos lo que son desgracias y destrucción! ¿Quién ha protegido a los judíos? ¿Quién se ha lamentado de nuestro éxodo, persecución y miseria? ¿Has olvidado que convivimos con la injusticia? Con los años comprenderás que la vida es cosa seria y muy a menudo trágica. Ahora que tenemos un atisbo de esperanza no podemos ablandarnos, si hay guerra será porque ellos la desean. No hay nada más que ver a las grandes potencias: Alemania, Francia, Gran Bretaña y a la misma Rusia, que no paran de rearmarse, advertirse y amenazarse. Solo les falta la excusa. Tú te ocuparás, puesto que tienes las cápsulas de cianuro a tu disposición, de inutilizarlas. Las sustituirás por éstas —me entregó una cajita—. Deseabas que tus amigos no pudiesen y no lo harán, al menos por el veneno.

—¡Caramba, es verdad! Sí, este si que ha sido un sermón de los buenos. Me dejas boquiabierto. Ya empiezo a entender. Así que la liamos parda, y a los muchachos... ¡que los jodan! Posiblemente los ahorquen, pero total ¡qué importa! ¿No consiste en eso mi trabajo? Gracias a Dios que no los matamos con cianuro. ¿Sabes? Danos tu bendición para que podamos compartir debidamente esta suerte —recalqué con descaro.

La tensión con David se había disparado, pues nuestras deliberaciones transcurrían a menudo de forma extraña. Era la primera vez que discutía sus órdenes.

Finalmente nos despedimos. No fue como otras veces, nos limitamos a un simple apretón de manos y a una mirada esquiva.

Capítulo 7

El emperador austrohúngaro, Francisco José, enclaustrado en su despacho se sentía como un náufrago atormentado. La noche y el día se confundían, le molestaba la luz, no quería saber del mundo e insistía para que se echasen las cortinas. La oscuridad era para él como un bálsamo.

¡Cuánto le había costado mantener incólume su lema personal: «Viribus Unitis».

Se había proclamado emperador, no sin altercados y conmociones, a los dieciocho años de edad. Había soportado guerras, revoluciones e intentos de minar el poder de la monarquía, pero su fuerza de voluntad y tenacidad se habían impuesto a los avatares implantando el más rancio absolutismo. Riesgo, responsabilidad, cargas. ¡Eso era para él la felicidad!

Con más de ochenta años demasiados hechos luctuosos habían amargado su existencia. Llevaba tanto tiempo cargando a solas con todos aquellos fantasmas y aquel horror, que enfrascado en sus pensamientos las vivencias acudieron en cascada. Por momentos experimentaba en su cuerpo una sensación alarmante de caída en picado y se veía a sí mismo desmoronándose como una piedra por un pozo. Era tan fuerte el poder del silencio que no pudo resistir la tentación de revivir aquellas horas infelices, evocar emociones que en realidad era mejor que permanecieran en el pasado. Tal vez como resultado de la proximidad de la muerte, por alguna razón, no podía dejar a un lado los viejos recuerdos que tanto lo consternaban y entristecían;

aquellos en los que su hermano, el emperador Maximiliano, era fusilado en Méjico por las tropas de Benito Juárez.

Para colmo de males... ¡Qué decir de sus otros deudos!

Carlos Luis murió de tifus. No se le ocurrió otra cosa, que darle a beber agua milagrosa del río Jordán que tenían a buen recaudo en una botellita.

Y el menor..., Luis Víctor: una criatura atormentada y asustada, familiarmente conocido como Bubby, que nunca aceptó ni tuvo anhelo por conocer mujer y pronto mostró su tendencia homosexual. Tuvo Francisco José que condenarlo al exilio por abuso sexual de un menor de edad en un baño público.

Sí, habían sido tiempos de decadencia, de cambios destructivos en los que la única fuerza unificadora y moderadora en la corte había sido su esposa, Sissi, mientras vivió. Tenía la sensación de que el vínculo con ella se había mantenido, pese a los años de ira, pese a todo. ¡Ah!, a esa mujer, ¡cómo la amó!

Sissi, que gustaba de viajar, encontró trágica muerte a manos de un terrorista anarquista de ascendencia italiana, Luigi Lucheni, que sería condenado a cadena perpetua. Al conocer durante el juicio la personalidad de su víctima, su azarosa y triste existencia, Luigi pronunció desolado: «Y yo que creía haber matado a una persona que vivía en una felicidad insolente».

En cuanto a Rodolfo, su único hijo, este decidió entregarse a una vida disipada y entreverada de conspiraciones. La versión oficial de su fallecimiento fue el suicidio: se estimó que no habría sido un acto impetuoso sino premeditado, impulsado el suicida por la inadmisibles idea que lo debió acuciar de convivir con el deshonor que entrañaba el fracaso de las conspiraciones que había propiciado contra su padre. Fuentes extraoficiales apuntaron a un complot y asesinato. Se sospechó que el gobierno austríaco debió ocultar detalles del suceso, como la presencia, aquella no-

che fatal, de algunos desconocidos en Mayerling. Hubo rumores de que el archiduque presentaba heridas de sable, que tenía una mano amputada y para encubrirlo cuando se mostró el cadáver en el funeral le habrían puesto un guante relleno.

Sobre estos sucesos y otros, que habían hecho mella en su salud, meditaba con amargura su majestad imperial. Sentía con ello malestar e incluso angustia: «¡Cuánto tiempo había pasado! ¡Cuánto!», rumiaba desesperanzado, perdido en el laberinto de sus alborotadas reflexiones. Pero aún podía evitar que su mundo zozobrase.

Entretanto su secretario personal golpeó la puerta y, ante la falta de respuesta, se deslizó por el despacho. Encontró al emperador adormecido, de bruces sobre la mesa en la que había varios documentos pendientes de firma.

Dejando escapar un tenue hilo de voz, de mala gana, llamó insistente:

—¡Majestad, majestad!

Francisco José levantó la cabeza. Tenía un aspecto de terrible abandono, su deterioro era visible. Se humedeció los labios con la lengua y se excusó:

—Perdonad, pero pasé mala noche.

—¡Pero señor...!

—¿En qué fallé? —dijo sin más con un repentino fulgor en la mirada.

—Se equivoca, su majestad no falló, le han fallado —respondió condescendiente su fiel servidor tratando de aliviar su falta de vitalidad y autoestima.

—¡No debió obligarme a elegir! —clamó con amargura—. No pude hacer otra cosa con mi hijo, la vida me apretó y tuve que decidir, la existencia de la monarquía estaba en juego; pero

quizá no debí arrogarme la facultad de administrar justicia divina; tal vez no tuve que arrancarlo de los brazos de su madre y entregarlo a otros para que lo educasen. ¡Dios me perdone!

Se hizo una calma que el propio Francisco José interrumpió con un profundo suspiro. El secretario calló un instante. Tantas veces había sido testigo de sus estériles quejas, que prefirió no alentar su enfermizo desasosiego.

—Majestad, ya se ha fijado fecha para la visita de su sobrino Francisco Fernando a Bosnia-Herzegovina. Será el próximo veintiocho de junio. El archiduque asistirá sin falta a las maniobras militares que se desarrollarán en Sarajevo. El gobernador de la región, Oskar Potiorek, tiene instrucciones precisas al respecto. Asimismo me entrevisté, a principios de mayo, personalmente, con el judío ese... Sí, con David Grun. Le transmití los detalles que a su majestad interesan.

—Bien, supongo que se habrán dado las órdenes oportunas a nuestros agentes. Quiero que se confirmen las acciones a tomar y se aseguren de que todo vaya según lo previsto.

—No desespere, majestad —apostilló el secretario, mientras trataba de ordenar los documentos esparcidos sobre la mesa.

—¡Tonterías! ¿Qué quiere decir? —protestó el emperador—. Antes tuve que soportar las traiciones de mi hijo Rodolfo y poner fin a sus despropósitos. Ahora es mi sobrino Francisco Fernando. ¿Qué motivos tiene para estar tan lleno de soberbia? Los soberbios no hacen más que dañarse a sí mismos. Ese gusano, como te habrás dado cuenta, sueña y se imagina sentado en mi sillón. ¡Este maldito bastardo es una vergüenza para la familia! Quiere convertir mi Imperio en una federación. Además..., desoyendo mis advertencias contrajo y hube de bendecir su matrimonio con esa condesita a la que ni una gota de sangre real llegó nunca.

—Majestad, no se altere —el secretario entendía perfectamente su decepción—, recuerde los consejos médicos. Le aseguro, que todo saldrá según lo previsto: la Mano Negra llevará a cabo la ejecución de Francisco Fernando sin saber que se la cedemos en bandeja. Las consecuencias, una vez demostrada la implicación de los serbios en el crimen, os darán la excusa perfecta para declararles la guerra. El homicidio será un magnífico pretexto. El zar de Rusia, ante tal magnicidio, no apoyará al gobierno serbio. El conflicto será bastante ventajoso, pues evitará que persistan las intromisiones serbias en los territorios eslavos que el Imperio anhela para sí. ¡Por fin podrá ponerles en su sitio!

—Esperemos que todo resulte tan fácil. ¡Derramar mi propia sangre no es cualquier cosa! —sugirió sin mucha convicción Francisco José, al que seguir exhibiendo esa fachada plácida se le hacía cada vez más difícil.

—Señor, el barón Lionel Walter Rothschild espera y desea audiencia con su Alteza Imperial. A cambio de los servicios encomendados a David Grun, solicitará de su majestad que apoye la futura creación de un Estado judío en Palestina, que interceda ante los turcos para que faciliten en mayor medida el asentamiento de judíos.

—Mal asunto —acertó a decir Francisco José, procurando contener una náusea repentina—. Me veré obligado a recibir a un judío. ¡A dónde vamos a llegar! ¡Si no fuera porque necesitaremos financiación para la guerra...! No obstante estaría bien que todos se marchasen a Palestina, son realmente molestos.

Al cabo de un rato, el secretario hizo pasar a Lionel Walter Rothschild. El judío hizo una pronunciada genuflexión ante el emperador. Fue invitado a tomar asiento frente al escritorio que les separaba; se vería en la necesidad de levantar ostensiblemente la cabeza para seguir la conversación.

Capítulo 8

Todos los veintiocho de junio se conmemora el Vidovdan, San Vitus, patrón nacional de Serbia. Es la festividad más importante del calendario ortodoxo, símbolo de la resistencia de un pueblo. En esa fecha se recuerda la trágica batalla de Kosovo Polje²⁹, en la que el reino medieval serbio del príncipe Lázaro fue derrotado por los turcos. En el devenir de esta tierra se inició a partir de entonces un largo período de sufrimiento bajo la dominación otomana.

Para los nacionalistas serbios de Bosnia-Herzegovina ahora la situación es similar, la represión está personificada por el emperador Francisco José a la cabeza del vigoroso Imperio austrohúngaro; que cuenta con ocho nacionalidades, diecisiete provincias y súbditos que pertenecen a diversas culturas que se extienden por todo el mapa de Europa.

Durante cientos de años las montañas de Bosnia han sido terreno abonado para el descontento, los campesinos serbios que allí residían estuvieron sometidos a un sistema feudal que les obligaba a entregar un tercio de sus cosechas a los señores musulmanes bosnios. Con el tirano austriaco siguen arrinconados por la miseria, pero soliviantados por anhelos nacionalistas y reivindicativos. Muchos jóvenes de origen serbio no dudan en sumarse a las sociedades secretas como la Mano Negra y amenazan la unidad del Imperio.

²⁹15 junio 1389 según el calendario Juliano.

Danilo Ilic, hermano de Biljana, participe en el complot que se está fraguando, trajo desde Belgrado las armas necesarias que han permanecido ocultas a buen recaudo. Su intervención ha hecho que su madre, en la pequeña pensión que dirige en Sarajevo, acepte a regañadientes y nos ceda una habitación modesta.

Me senté, me coloqué un cigarrillo en la boca y lo fui moviendo con los labios sin encenderlo. No sé por qué, pero experimenté una sensación desagradable, malsana. Apenas quedaban unas horas para actuar y no lograba controlar un retortijón prematuro, el azar planeaba sobre nuestras cabezas. Cuanto más los examinaba y analizaba el alma de cada uno, más y más me convencía de que aquello no podía salir bien. Ajenos a mis cavilaciones, ellos se esforzaban en el mantenimiento y cuidado del armamento asignado.

Junto a mí, Gavriilo Princip llenaba el cargador de su pistola Browning con balas explosivas. Mientras la acariciaba afectuosamente, reflexionó en voz alta:

—La revolución no puede acabar aquí o todos nos convertiremos en buenos súbditos imperiales. La farsa ha terminado. ¡Ahora o nunca! —exclamó finalmente en un intento por avivar los ánimos. Su ingenuo rostro sonreía y resplandecía de entusiasmo. ¡Lo veía todo tan claro!

—No digas tonterías, ¿aunque todo el mundo muera? A eso lo tildaría de estupidez, no sé cómo lo llamarían otros —apostilló Biljana sin poder contener una risa nerviosa.

Un poco más allá, Trifko Grabez: hijo de un sacerdote ortodoxo; el más veterano con veintitrés años y conocido por la policía, pues era el único que ya sabía lo que era la cárcel en donde pasó dos semanas por agredir a su profesor, no quiso entrar en disquisiciones. Estaba a lo suyo, distraído con su ju-

guete y la expresión feliz de un niño a quien acaban de darle una golosina:

—¡Pim-pam-pum! Lo sabía, esta arma es perfecta. Espero darle buen uso con esa chusma. ¡Caramba, vamos a dar una buena tunda a los austriacos! —musitó de pronto entre dientes. Manipulaba una pistola a la que dio una vuelta con desenfado.

—Palabras, palabras, palabras... —de nuevo medió Gavri-
lo—. ¡Zerajic pagó el error con su vida! Ahora tenemos la oportu-
nidad de cobrar venganza por él y otros muchos.

—¿Qué quieres decir? Me da igual. Será mejor que no en-
tremos en consideraciones estériles y nos pongamos manos
a la obra. ¿Acaso podremos devolver la vida a Zerajic? ¡No!
Por tanto solo nos cabe impedir más muertes echando a los
austriacos. Espero que se vayan de una maldita vez y no vuel-
van por aquí —protestó Nedeljko mientras acondicionaba
con esmero unas bombas de mano. También de diecinueve
años y oriundo de Trebinje, había abandonado la escuela a los
catorce. Posteriormente llegó a Belgrado en donde encontró
trabajo como tipógrafo en una empresa especializada en lite-
ratura anarquista.

Gavrilo Princip, Nedjelko Cabrinovic y Trifko Grabez: los
tres procedían de familias pobres y hogares desgraciados, su-
frían de tuberculosis y sabían que no iban a vivir demasiado.
Eran buenos amigos, que pasaban mucho tiempo en mutua
compañía. Estaban dispuestos a dar la vida por lo que creían
que era una gran causa: que Bosnia-Herzegovina lograra la in-
dependencia de Austria-Hungría. A ellos se unirían otros cua-
tro serbobosnios, reclutados también por Tankosic, que junto a
los anteriores formarían el núcleo principal para llevar a cabo el
asesinato. Todos a mi disposición.

Gavrilo, que ya tenía el arma dispuesta, tomó una profunda bocanada de aire para intentar calmar el ritmo desbocado de su corazón. Después se miró al espejo, y solo vio apatía y palidez. Su cara estaba rígida como un trozo de madera labrada. Prontamente le sobrevino el enfado, porque vio en el cristal las mismas cosas que aborrecía de sí mismo. La desolación lo embriagaba tanto o más que el odio que sentía por los déspotas austriacos, que era para él como una droga que le mantenía vivo. Ni siquiera su novia, Jelena Milisic, una bonita joven revolucionaria, había consentido en hacer el amor con él la noche pasada, aunque fuese por compasión y a pesar de que posiblemente morirá mañana. Así pues, Gavrilo había pasado la noche en vela. La ira y el dolor lo mantuvieron despierto. Admiraba y se veía por momentos como Bogdan Zerajic³⁰; el radical que pocos años antes tuvo agallas para realizar cinco inútiles disparos sobre el general Varesanin, gobernador austrohúngaro. Zerajic usó la última bala, la sexta, para suicidarse, mientras su víctima resultó ilesa. La policía cortó la cabeza de Bogdan Zerajic y la guardó como muestra y ejemplo de un espécimen de cara anarquista. Más tarde su cuerpo sería secretamente enterrado.

Francisco Fernando está a punto de llegar a Sarajevo y Gavrilo está decidido a ser un mártir sin saber que otros tejen su destino. Creía que un revólver en la mano significaba tener el mundo agarrado por los huevos. Su mirada se tornó sórdida, al tiempo que se repetía: «El hijo del cartero será recordado».

30. (1 de febrero de 1886 - 15 de junio de 1910). Zerajic fue el primero entre los jóvenes de Bosnia y Herzegovina en buscar el tiranicidio como método de lucha política. Su acto tuvo un gran impacto en los jóvenes de Bosnia y Herzegovina.

Capítulo 9

Ajeno a la conspiración que se urde, Francisco Fernando, sobrino y heredero del emperador Francisco José a la corona de Austria-Hungría, aunque sabe que se han producido varias acometidas terroristas contra miembros de la familia real y que los Serbios de Bosnia-Herzegovina sienten inquina por el régimen de su tío, aun así, desafiando al destino, se prepara para visitar Sarajevo.

El archiduque ha aceptado el viaje, conoce el riesgo que conlleva, como demostración de osadía y por amor a su esposa. Asistirá a las maniobras militares de verano y, terminadas éstas, se ha programado una visita a la vecina ciudad de Sarajevo en donde serán recibidos con gran ceremonial, cortesía y por igual. Algo impensable, puesto que Sofía no es de sangre real. Este día es significativo para ellos: desean celebrar el decimo-cuarto aniversario de su matrimonio. Ella, embarazada de su cuarto hijo, podrá por fin acompañar a su esposo en el mismo automóvil en un acto oficial, lo que le está vedado en el estricto protocolo de Viena.

Hace escasamente un mes que el primer ministro serbio, Nicola Pasic, les ha prevenido sobre la posibilidad de una conspiración; incluso los asesores más cercanos han opinado que el viaje es una innecesaria provocación. Todo el resentimiento acumulado por siglos de ocupación musulmana se centra ahora en el Imperio austrohúngaro, que los serbios ven como su más reciente opresor.

El archiduque se pone todo tipo de amuletos de la suerte, es supersticioso, y sobre ellos se acomoda una guerrera fabricada en una fibra especial que supuestamente le puede salvaguardar de las balas. No obstante, aunque no puede evitar recordar las advertencias de quienes le han desaconsejado el viaje, está dispuesto a homenajear a Sofía y a ganarse la confianza y simpatía de la población de Sarajevo. Aspira a mitigar con su presencia los sentimientos nacionalistas de los serbios de Bosnia; anhela anunciar sus planes de reforma para cuando herede el trono y poner fin a la opresión que sufre la población. Estas ideas ambiciosas, que ya muchos conocen, juegan en su contra y no interesan a los serbios confabulados. También recelan muchos ilustres del propio Imperio.

El conspirador serbio, Coronel Apis, teme que con estas reformas que promete el archiduque se aplaque el ímpetu nacionalista en Bosnia-Herzegovina, que la rebelión armada que persigue anexionarla a Serbia no siga su curso y esta región continúe por mucho más tiempo bajo el dominio austrohúngaro.

El general del Imperio austrohúngaro, a la sazón gobernador de la provincia de Bosnia y Herzegovina, Oskar Potiorek, está eufórico. Su vanidad está servida. Mientras se acicala, no puede remediar un guiño de autocomplacencia al contemplar sus facciones angulosas en el espejo: luce impecable con uniforme militar. El cabello plateado le procura dignidad y revela que ha llegado al otoño de su madurez con sesenta años, pero aún mantiene el porte egregio que para todo militar austriaco al servicio de su majestad imperial se exige. Se están consumando sus propósitos, su afán por halagar al emperador. Considera que ha cumplido un sueño: el archiduque ha pasado los últimos dos días con los oficiales de su ejército y ha presenciado las

maniobras de las tropas. Entretanto, Sofía, dama de alta cuna, ha visitado escuelas, orfanatos e iglesias.

Finalmente, Potiorek, recibe con secreto regocijo el comunicado de que el Príncipe y su séquito han salido en tren de Ilidza hacia Sarajevo. Con presteza, dispone seis coches en la estación para trasladar a la comitiva real hasta el ayuntamiento en donde tendrá lugar la recepción oficial. Había amanecido un día caluroso, despejado, una mañana de un domingo resplandeciente. El cálido sol dora las montañas que rodean la ciudad.

Un poco antes de las diez de la mañana el tren real, con parsimonia, tras un último resoplido se detuvo. El general, con sonrisa afectada, presidía la comitiva que expectante pudo ver cómo descendía altivo y magnífico el Príncipe Imperial de Austria, Príncipe Real de Hungría y Bohemia, heredero al trono austrohúngaro. Sofía, que había llegado unas horas antes, estaba junto al andén y ansiaba unirse al acto. Quería resarcirse de los catorce años de ausencia en el palco imperial de la ópera de Viena. La sangre lo prohibía. Ahora era distinto, estaban en una remota ciudad de provincias donde el amor se sobreponía al peligro que acechaba. Recuerdo con absurda melancolía ese día: como ella vestida de seda blanca y él luciendo el uniforme de Caballería subieron al Graf & Stift Double Phaeton, sin saber que en él se firmaría con sangre el ocaso del Imperio.

Mientras tanto..., trataba de pasar desapercibido entre los que ovacionaban a los regios visitantes.

Capítulo 10

El 28 de junio de 1914, Sarajevo se deshace de la rutina y amanece emperifollada para recibir al archiduque. Seis coches circulan sin prisa, en caravana, mientras sus regios ocupantes saludan a las gentes más diversas que arrastradas por la curiosidad o por verdadera devoción se hacinan con sus mejores galas al paso. El populacho, que se agolpa a lo largo del muelle Appel y en la ribera del río Miljacka, prorrumpe mayormente en vítores, pero no por ello deja de oírse algún tímido abucheo e incluso alguna soez imprecación.

En el tercer coche del cortejo, el Gräf & Stift Double Phaeton descapotable, va Francisco Fernando, Sofía Chotek, el gobernador Potiorek y el conde Franz von Harrach. La comitiva sigue el programa oficial de la visita: tras una primera parada en un cuartel para una rápida inspección, ahora se dirige al Ayuntamiento.

Confieso que deseaba con todas mis fuerzas intervenir, que lo último que quería era estar como un maniquí en un escaparate, pero debía ceñirme al plan y limitarme a situar a cada cual en su lugar. Aunque la tensión que sentía en la nuca me provocaba un fuerte dolor de cabeza, contemplé con verdadero alivio que los siete hombres estaban en sus puestos, se mantenían vigilantes y deseosos de actuar: Danilo Ilic, Gavriilo Princip, Nedjelko Cabrinovic, Trifko Grabez, Muhamed Mehmedbasic, Vaso Cubrilovic y Cvijetko Popovic. Todo parecía estar bajo control.

Discurría el séquito, cuando un objeto salió de entre la muchedumbre, rebotó sobre la capota del Gräf & Stift Double

Phaeton y fue a parar bajo el siguiente automóvil. De inmediato un estallido ensordecedor, una columna de humo oscuro se elevó hacia el cielo. La sangre salpicó el empedrado, cundió el pánico, la gente corría. Después se produjo un corto y extraño silencio tan solo roto por las desgarradas quejas de los heridos. Ingenuamente, albergué la esperanza de que el archiduque estuviera entre ellos.

Pasados unos minutos, despejado el sobresalto inicial de los espectadores, muchos fueron los que recapitaron y dejando atrás su temor dieron rienda suelta al odio por la acción. Alguien gritó, ha sido ese, y la multitud se abalanzó hacia el supuesto culpable, Nedjelko Cabrinovic, que cuando vio venir al gentío desesperado se tragó el contenido de la cápsula de cianuro y de súbito se arrojó al río Miljacka. Para colmo de su infortunio, ni el cianuro funcionó, de eso me había ocupado yo, ni el río llevaba suficiente agua como para verse arrastrado por la corriente. Fue rápidamente capturado por la policía.

Antes de que Nedjelko actuara, el cortejo había pasado por delante del primer apostado, Mehmedbasic, que se hallaba en las inmediaciones del café Mostar. Sin embargo no había conseguido arrojar la bomba que llevaba: lo acobardó la inmediatez de un policía.

Tras lo ocurrido me dirigía sin pausa al apartamento compartido con Biljana, cuando, al pasar por la puerta de la cafetería Moritz Schiller, me topé de bruces con Gavrilo que había podido ver cómo la explosión no había afectado a Francisco Fernando. Por sus gestos deduje que la congoja lo agobiaba. Su cuerpo estaba rígido, su cara desencajada. Comenzó a toser y escupió sangre, mientras balbuceaba algunas palabras con voz pastosa que me resultaron incomprensibles. Deambulaba como desconectado de la realidad. Diríase un autómatas.

Di un paso hacia Gavriilo y le miré a los ojos. Justo le pedía que me siguiera, cuando gruñó apartando la mirada. Escudriñaba tras de mí, paralizado, con sonrisa inmóvil. Perseveré alzando la voz, y solo entonces asintió como si estuviera reorganizando sus pensamientos hipnotizado por lo que a mí también me sorprendió al girarme y otear en la dirección que él lo hacía. Asombrosamente, el Gräf & Stift Double Phaeton, se encontraba justo a mis espaldas maniobrando. El vehículo había intentado adentrarse en la calle Francisco José, pero en la confusión alguien dijo: ¡No es a la derecha, es en línea recta! Y el conductor trató torpemente de dar marcha atrás para seguir por el muelle.

El automóvil se encontraba a tres metros de nuestra posición, cuando percibí dos detonaciones y advertí con estupor que Gavriilo tenía la Browning en la mano. De repente la cruda realidad se hizo patente ante mis ojos: acababa de disparar sobre el archiduque y su esposa. Después lanzó una mirada de temor y desesperación; estaba fuera de sí, se había quedado tan atónito que no hizo nada por huir; tan solo levantó el arma y se la llevó a la sien, pero instintivamente le di un manotazo y me aferré a su brazo evitando el suicidio. Pronto varias personas se echaron sobre él y pude ver impotente cómo en el suelo lo apaleaban.

En medio de tal conmoción nadie me prestó atención, me aparté y seguí mi camino sin poder hacer nada. Ya en la distancia volví la vista atrás, aún se distinguía el tumulto, las voces confusas fueron desvaneciéndose.

Llegué sin aliento al apartamento. Allí estaba Biljana. Ajena a lo acontecido, se me acercó pero no dijo nada. Mi cara debía de ser todo un poema.

—¡Nos vamos, recoge lo imprescindible! —la apremié sin titubeos.

—¿Adónde? —preguntó con expresión de pánico en el rostro, sin poder ocultar unas lágrimas. Sus ojos parecían ausentes como si en realidad estuviese en otro lugar totalmente diferente.

—¿Qué importa eso ahora? ¡Salgamos de Sarajevo! Iremos a Montenegro. Una vez allí ya decidiremos qué hacer.

Nos encaminamos a las afueras de la ciudad evitando las calles principales. Avistamos gente que corría, pero seguimos sin detenernos. Acabamos por dejar atrás el barrio turco hasta atravesar campos que nos contemplaron indiferentes, el colorido me pareció apagado. Después giramos hacia el oeste y caminamos junto a unos setos que bordeaban un serpenteante sendero en la falda de una colina. Al acercarnos a la casa, los perros iniciaron su lastimera cantinela alertando de nuestra presencia.

Como estaba previsto, el anciano Radovan nos acogió con preocupación, pues ya le habían llegado noticias de que posiblemente Francisco Fernando podía haber muerto en un atentado. Él era un incondicional proserbio, aunque jamás había sido detenido ni encausado. Al llegar intercambiamos un par de frases corteses y sin más preámbulos nos llevó hasta el corral. Junto a un roble que proyectaba su lánguida sombra, bajo unas tablas, apareció una escalera que nos transportó a las profundidades de la tierra. Era mediodía cuando entramos en el zulo, allí el aire era cálido y extrañamente húmedo. Un cabo de vela iluminaba un habitáculo diminuto con un jergón arrimado a la pared y varios recipientes que contenían agua y algunos alimentos. Nos dejamos caer extenuados en el viejo camastro, acurrucados como conejos en una madriguera.

Sin dar señales de vida, pasaron fugaces las horas. Estaba a punto de caer la noche, ya el olor del cuarto y la falta de oxígeno se hacían insoportables, cuando irrumpió Radovan acompañado de un joven delgado, su hijo. Nos sacaron del cubil.

—Debéis marcharos —nos advirtió el viejo con firmeza, mientras gesticulaba mucho con las manos que llevaba enfundadas en unos guantes de lana agujereados—. Se ha confirmado la muerte de Francisco Fernando y su esposa; él fue herido en el cuello y Sofía en el abdomen, ambos fatalmente. ¡Dios nos ayude!

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunté.

—Totalmente. ¡Ya descansan en el seno divino! Que Dios les dé la paz eterna. En Viena hoy estarán de luto. Escuchad. Posiblemente los caminos ya estén plagados de policías y podrían registrar la casa. Mi hijo, Mico, os acompañará parte del trayecto hasta que estéis encaminados hacia Montenegro. No nos queda otro remedio. He preparado dos morrales con víveres para el viaje; procurad no acercaros a los caminos, evitad cualquier encuentro con los aldeanos y sobre todo desconfiad de quienes afirmen conocerme.

Así fue como aquel muchacho que reconoció ante sus verdugos: «Bogdan Zerajic fue mi primer modelo», encendió la mecha que hizo estallar Europa. La suerte estaba echada. En unas semanas los ejércitos más poderosos de la tierra se enfrentarían.

Juzgaron a veinticinco personas por el magnicidio: nueve quedaron absueltas, trece fueron condenadas a diferentes penas de cárcel y tres a morir en la horca. A Princip le cayeron veinte años de cárcel. Era demasiado joven para ser ahorcado, le faltaba menos de un mes para cumplir los veinte. Cada veintiocho de junio sería encerrado en una celda totalmente oscura. Ya no podría llevar flores a la tumba de Zerajic como le gustaba hacer. No se arrepintió de la muerte de Francisco Fernando, pero sí lamentó la de Sofía.

Gavrilo Princip murió de tuberculosis, también un día veintiocho, pero de abril, encerrado, aislado del mundo en la prisión

de Thereisnstadt. Aun atado con unos grilletes afirmó: «Soy un nacionalista yugoslavo y creo en la unificación de todos los eslavos bajo cualquier forma de Estado libre de Austria».

Lo enterraron en secreto, y uno de los soldados encargado de hacerlo, preveyendo que en el futuro sería admirado, dibujó un mapa para recordar la tumba.

SEGUNDA PARTE

La guerra

La verdad es más importante que la paz, porque la mentira es la madre de la guerra.

Mahatma Gandhi

Capítulo 11

Así pues, en agosto de 1914, tras mil sinsabores, peregrinaciones e incertidumbres, con suerte pude salir de Montenegro y recalar en Constantinopla. Allí David Grun me acogió.

En aquellos días de inactividad y pereza, en los que permanecí oculto para evitar ser reconocido y detenido, a sacudir mi melancolía venía con frecuencia la imagen de Biljana. Lo cierto es que la añoraba. Me maldije por haberla abandonado, por no ser capaz de decirle que no había nada que no hubiera hecho por ella. Se separó de mí en Podgorica, la principal ciudad de Montenegro, y se alojó con unos parientes lejanos que la ampararon. Huelga decir que una parte de mi corazón quedó con ella: siempre la recordaría.

Una cosa llevó a la otra, era joven y recluso entre aquellas paredes, aun cuando contaba con amigos, empecé a sentirme incómodo, con ganas de estar en cualquier otro sitio menos allí. Se precipitaron los acontecimientos y decidí regresar mis orígenes, al más antiguo de los catorce kibutzs que ya existían en la región de Palestina.

¿Para qué ocultarlo? La vuelta a casa exigió más valor del que creía tener. En Degania³¹ había pasado gran parte de mi ado-

31. Fue el primer kibutz fundado en Palestina. La difícil convivencia con el pueblo árabe, más las teorías socialistas o marxistas, que muchos habían importado de sus lugares de origen, sobre explotaciones comunales y cooperativas; dieron lugar a las primeras granjas colectivas donde los trabajadores compartían: las labores, el alimento, las instalaciones y los beneficios. Se fundaron una serie de asentamientos agrícolas con el apoyo financiero de filántropos judíos de Europa.

lescencia, aquellos años se pueden contar entre los más afortunados de mi larga existencia, mas mi sueño, aunque agradable, duraría muy poco. Ahora ya no podría contar con mis padres. Nada más llegar me dieron la fatídica noticia: Otto y Berta habían fallecido a causa de la malaria.

«¿Cómo pudo ser?», me dije al tiempo que me acuciaba un sentimiento de culpa por no haber estado allí. Ante la idea de la muerte, trastornado, surgieron en mi imaginación los recuerdos más íntimos y lejanos. La no aceptación produjo el desgarró de una parte de mi ser. Experimenté un inicial letargo que acabó por convertirse en indolencia vital, pero en todo ser humano el tiempo cicatriza las heridas; uno no puede, no puede llorar indefinidamente la pérdida de sus seres queridos. Para mi consuelo, comprendí que hay que tolerar la muerte: «Esa compañera invisible a la cual no hay que dar la espalda y cuya presencia no nos atrevemos a admitir hasta su consumación».

Estas y otras apreciaciones menos trascendentes hicieron que me aferrara con más tenacidad a la vida, la vida tenía que continuar, aunque a veces inspire más espanto que la muerte.

Ahí no acabaron las sorpresas. Aún andaba aturdido, actuaba como si llevara puesto el piloto automático, cuando averigüé que en realidad Otto y Berta no eran mis padres biológicos sino adoptivos, que me habían mentado sobre mi origen.

Con esta revelación sufrí un nuevo descalabro, otra experiencia decisiva que reafirmó aún más mi desconfianza en la naturaleza humana. Me sentía incapaz, pero acopíé fuerzas de flaqueza y acabé por enfrentarme a la dramática verdad.

—Perdona David, no me lo puedo creer —la cabeza me daba vueltas como el contenido de una cazuela al removerlo

con la cuchara—. Aún estoy esperando a saber, quiénes son realmente mis padres y por qué me trajeron a Palestina.

David Grun tenía la frente y las manos empapadas en sudor. Después de una larga caminata le costaba respirar. En un esfuerzo inconcebible, aspiró profundamente el aire cálido y se enjugó el rostro. No era mucho mayor que yo, pero su actitud y comportamiento eran el de una persona curtida en mil batallas: no solía abrir la boca en vano ni acostumbraba a decir una sola palabra sin meditarla primero. Todos le tenían por hombre lógico, precavido, que no carecía de cierto encanto y osadía.

Ante mi duda, bajó la vista y volvió a encender otro cigarrillo. Luego se lo quitó de entre los labios y vació con parsimonia el humo de sus pulmones antes de responder con afabilidad:

—No sé por dónde empezar —dijo plantándome su manaza en el hombro—. La verdad, Adolf, es que no puedo aclararte demasiado las ideas. No sé mucho y eso me obliga a ser breve. Todo lo que te puedo decir, lo relató Abraham muy de pasada. Por cierto, ¡qué gran pérdida para todos nosotros fue ese hombre! —se lamentó mientras parecía rumiar la respuesta.

—¿Podrías hacerme un favor, un pequeño favor? —dije al ver que daba al asunto más vueltas que un asno a una noria.

—¿De qué se trata? —David me observó con aire distraído. Creo que intentaba relajarse, sonrió de oreja a oreja como en él era habitual.

—No divagues —insistí con inquietud—. ¿Qué sucedió? Cuéntame lo que sepas sin reparos. Sería de agradecer que...

—De acuerdo, de acuerdo —me interrumpió—, espero que me escuches atentamente si tan importante es para ti —dijo enarcando las cejas, lívido—. Desconozco los detalles, pero al parecer tu madre se llamaba Adina y..., bueno, en Rusia era

habitual... En fin las cuestiones judías siempre han sido un problema y hemos tenido que...

—¡Señor! ¡Señor! —clamé enojado—. Todos conocemos la situación de los judíos en Rusia. Olvida ese asunto. Déjate de enredos y ve al grano. Te lo ruego.

—Supongo que tienes razón —añadió David, cuando se rehízo de mi queja—. Bien —prosiguió—, en primer lugar deberías saber que en Odesa se produjo un pogromo en el que desgraciadamente tu madre fue violada. En resumidas cuentas, al poco se confirmó que estaba embarazada. ¿Sabes qué te digo chico? —me miró a los ojos como intentando dar credibilidad a sus palabras—, su situación era penosa. Esa mujer, Adina, de no ser por la ayuda de Abraham, jamás podría haber sobrevivido. Gracias a él pudo dejar ese nefasto país y trasladarse a Alejandría, refugiarse con una familia alemana. Allí sirvió unos meses, con los Hoss o los Hess, no sabría decirte. Pero la joven falleció al nacer tú, y de nuevo intervino Abraham. No sin riesgo debió conseguir que te trasladaran a Viena con tan solo unos meses de vida, y encomendar tu crianza a Otto y Berta como si de un hijo se tratara. A cambio de sus desvelos con el tiempo les facilitaría la entrada en la Nueva Tierra de Israel.

—¿Estás bromeando? ¿Y por qué lo mantuvieron en secreto? ¿No era más fácil confiarme la verdad?

—¡Cómo si no hubiera bastantes cosas raras en este mundo! Quizá no se vieron con ánimos para confesar que no eran tus padres, te querían demasiado. ¡Con ellos te has hecho todo un hombre!

—Ya lo veo. ¿Eso es todo?

—Sí, eso... eso es todo —David parecía tener un nudo en la garganta y empezaba a costarle hablar. Algo me decía que prescindía de parte de la historia, pero era tan solo una corazonada.

—¡Por el amor de Dios! ¿Mi padre fue un asesino, un jodido violador?

—Bueno..., si quieres verlo así. ¿Pero por qué te preocupas tanto? Ya te he dicho que no tienes por qué inquietarte, los padres no se eligen. Yo no me afligiría con reflexiones morales, no deberías quejarte de tu suerte.

Confieso que el muchacho que era empezó a preguntarse si el destino no lo habría salvado para ofrecerle la oportunidad de acabar con quienes habían asesinado a tantos judíos y ultrajado a su madre, pero con el paso de los días concebí que torturarme por algo que sucedió hacía tantos años, eso no impediría que la Tierra girase. En cierto modo, sin pretenderlo, la rutina diaria me detrajo de tales deliberaciones y a ello contribuyó David; su compañía hizo más soportables mis atormentadoras experiencias.

David fue uno de los promotores de la organización defensiva a la que yo pertenecía, Hashomer. Se convirtió en mi sombra mientras permanecí en el kibutz. Me incitaba de continuo a mantener la destreza en el manejo de las armas, a participar en las incursiones de escarmiento contra los árabes díscolos que repetidamente nos acosaban. Además, sin saber por qué, aunque más tarde advertiría la razón, me impuso un preceptor de ruso; idioma que en cierto modo ya entendía por el constante trato con la amplia colonia eslava.

Por lo demás, a mi regreso, todo seguía igual. No aprecié grandes cambios, salvo que las casas de adobe del antiguo poblado habían sido reemplazadas por cabañas de madera. Hacíamos jornadas de hasta doce horas en el campo, con escasos medios para cultivar y sin apenas agua, en una tierra desolada y descuidada durante siglos. Sin embargo, el entusiasmo pudo con las contrariedades y logramos reverdecer el desierto. El

principal pilar, la propiedad conjunta, tenía un lema: «Cada uno da conforme a sus posibilidades, cada uno recibe conforme a sus necesidades». Los sionistas llevábamos años organizándonos y teníamos el dinero aportado por la comunidad judía internacional. Los mandamases estaban al acecho para adquirir casi a cualquier precio tierras a los palestinos que querían venderlas, siempre con la condición de que fuesen desalojadas.

Las noticias corrieron como la pólvora, había comenzado el conflicto. Austria atacó a Serbia, ya que no le habían bastado ni interesado las explicaciones del gobierno serbio sobre su no implicación en el asesinato de Francisco Fernando. Asimismo Alemania había invadido Bélgica, y se dispusieron también a entrar en la contienda, que dieron en llamar «Gran Guerra», los rusos, franceses e ingleses. Los turcos no quedarían indiferentes; seguramente pronto se unirían al baile del lado de alemanes y austriacos, para contrarrestar la presencia de sus archienemigos los rusos en el bando contrario.

Por mi parte sentía un gran pesar, pues no dejaba de ponderar que era en gran medida responsable de lo que estaba sucediendo. De una cosa estaba seguro: millones de personas se enfrentarían y posiblemente habría cientos de miles de muertos. El embrollo que había dejado tras de mí era difícil de deshacer, y me torturaba por ello.

Precisamente en una de nuestras incursiones nocturnas de vigilancia, me quedé a solas con David y comenzamos a hablar de las últimas noticias recibidas sobre el inicio de la guerra. No pude evitar mostrarme malhumorado, esquivo. De lo cual se percató.

—¿Qué ocurre Adolf? —me cuestionó con aspereza.

—Nada —respondí, sin poder disimular el malestar que sentía.

David tragó una bocanada de humo y, tras escupir una hebra de tabaco que se le había pegado al labio, insistió:

—Entiendo. Pero esta noche te noto más embabiado que de costumbre, como perdido. Sabes que soy de fiar. ¿Qué sucede?

Aunque trataba de eludir el asunto, acabé por sucumbir, por soltar la bilis que me amargaba:

—¡Dios! —me lamenté derrotado— ¿Qué necesidad había de precipitar semejante masacre? ¿Tú crees que era imprescindible propiciar este enfrentamiento asesinando a Francisco Fernando?

—¿Cómo has metido en tu cabeza esas tonterías? Lo que hemos hecho son simples gestiones, para obtener de los gobiernos el acuerdo que permita la culminación de las aspiraciones sionistas. Realmente solo les hemos dado la excusa. ¿Acaso tú crees que la muerte de un solo hombre debería ser suficiente para dar pie al sacrificio de millones en una guerra? Los Estados que han entrado en la contienda lo habrían hecho de todas formas, aun a sabiendas de que miles de personas morirán y serán sacrificadas. El pueblo de Israel solo obtendrá migajas de la pugna entre los antisemitas, pues somos los únicos que realmente reclamamos algo que en derecho nos corresponde, la tierra que nos arrebataron.

—No es justo. ¿Y los inocentes!?

—No soy yo buen paño de lágrimas... Y ya que hablamos de justicia, que conste que has sido tú quién ha utilizado ese término. ¿Qué mayor justicia podría haber? Ofrecemos el apartarnos de los no judíos y esta oferta hará que muchos países tengan tarde o temprano predilección por ayudarnos a conseguir la soberanía que anhelamos. Apoyarán la construcción de un Estado de Israel en el deseo de que nos vayamos a otra parte.

Sus palabras no carecían de sentido, pero en lo más recóndito de mi corazón se alojaba la certeza de que nunca habría suficientes argumentos que justificaran semejante holocausto.

—No acabo de entenderlo —porfié—. Antes de llegar a Palestina, Otto y Berta, si no recuerdo mal, ellos se sentían austriacos; trabajaban y aunque no eran ricos nunca nadie los tachó por ser judíos. Es más, en Viena asistí sin problemas a un jéder en donde pude aprender el alfabeto hebreo y cómo leer en ese idioma mientras estudiaba la Torá hasta los doce años.

David Grun, tras brindarme una cáustica sonrisa, replicó:

—Si así fue, te puedes considerar afortunado. Sin duda es más frecuente que aún se nos recuerde que matamos a Jesucristo, que se nos acuse de ser una casta de usureros y corruptores. Aunque no creo en justificaciones religiosas, que amparen la creación de un Estado para el pueblo de Israel en Palestina, sí veo necesario que persista la tradición de una religión y de una civilización. Somos un pueblo definido por un conjunto de tradiciones y de hábitos culturales en el que la religión es uno de sus componentes, pero no indispensable. El judío es un superviviente y su fuerza radica en la capacidad para enfrentarse a la adversidad; aunque a veces se olvide de lo que es, incluso durante generaciones, un día viene alguien y te lo recuerda al intentar humillarte o eliminarte aludiendo a tu raza.

—¡Pero bueno...! ¿De veras tú crees que somos una raza?

—Te voy a ser sincero. Para muchos rabinos y para otros que no lo son, un judío siempre será un judío: no importa cómo viva, ni siquiera importa si esa persona se convierte en el más fiel de los católicos, su identidad judía está inscrita en su sangre y nunca podrá deshacerse de ella. Su conducta es meramente provisional, pues su verdadera identidad radica en la esencia biológica. Simplemente por tener madre judía se nos puede considerar como a tales, aunque jamás hayamos practicado nuestra religión. Además, aún somos muchos los que estamos en contra del matrimonio mixto y abogamos por el manteni-

miento de la pureza de sangre. Otros entienden que no hay especificaciones genéticas, físicas o morfológicas, que puedan identificar al judío con precisión; de hecho puede haber judíos con narices grandes o narices pequeñas.

—¿Y lo que afirmas no sería una manifestación racista por nuestra parte?

—¡Me importa un comino! —exclamó David haciendo un gesto despectivo con la mano—. Quizá nos asista el derecho después de tantos siglos de guetos y exclusión social. Además, no se me ocurre una razón mejor para advertir a los que pretendiendo la supremacía racial nos han odiado y despreciado objetando que somos una casta inferior.

Algo más calmado, cambié de tema. Estaba cansado de los discursos de David. Con ellos ratificaba lo que pensaba; que era un fanático.

Tuvimos que interrumpir la conversación, cuando advertimos la presencia de varios extraños que se adentraban en los huertos más alejados del comedor comunitario. Era habitual que nos sisaran frutas y verduras de nuestros pequeños vergeles, normalmente eran palestinos que vivían en los alrededores; bastante míseros y hambrientos, solían cubrir parte de sus necesidades alimentarias con los hurtos. Nos apostamos expectantes.

El grupo de árabes avanzaba sigiloso, agazapado, arrastrándose por el sinuoso terreno cercano a un arroyo seco, abriéndose camino a través de la maleza. Desconocíamos si llevaban armas y si su intención era la de atacar aprovechando la oscuridad.

La excitación se apoderó de nosotros, no había nada peor que esperar. Miríadas de insectos nos atormentaban, cuando David me hizo una señal para advertirme de que no actuara en

tanto no lo hiciera él. Un instante después le vi apuntar con su fusil hacia la espesa negrura y disparar. De inmediato sonó un rugido espantoso, un grito casi animal que no parecía lanzado por voz humana brotó de entre unos matorrales que se agitaron. Varias siluetas aprovechando la penumbra se diluyeron entre las sombras y corrieron en dirección opuesta a donde nos encontrábamos. Fue suficiente, se daban a la fuga. Al menos eso creíamos.

Más tarde quietud, de nuevo la noche se llenó de mutismo, hasta que nos sorprendió otro ruido apagado que se quebró con el resurgir de unos quejidos amortiguados por la vegetación. Sin duda alguien había sido alcanzado por el disparo de David.

Temerosos de lo que podíamos encontrar no quisimos acercarnos, tal vez era una trampa. Esperamos. Mientras tanto arreciaba el viento y los grillos redoblaron su canto, estábamos al raso y las estrellas sin el fulgor de la luna parecían candiles que colgaban del firmamento. Una noche de estío, un calor sofocante que alimentaba aún más nuestro resquemor. Al poco aparecieron varios compañeros alertados por la detonación. Solo entonces nos aproximamos, y tomando precauciones nos adentramos en la maleza.

Aún hoy siento náuseas al reconstruir aquella escena en mi cabeza: era casi un niño, sus vestimentas empapadas en sangre. El proyectil le había partido el corazón, no respiraba. Entre todos recogimos el cadáver y lo trasladamos al comedor comunitario. Al día siguiente tendríamos que vérnoslas con la familia.

David Grun estaba realmente apesadumbrado. No paraba de decir que solo pretendía intimidar a los intrusos, y no causar una muerte:

—¡Maldición, maldición! ¿Qué demonios he hecho? —repetía sin cesar en un lamento sincero.

Conocía al muchacho, Farouk, de apenas diecisiete años. Los niños judíos y palestinos, hasta hacía bien poco, solíamos jugar juntos ajenos a las luchas e intereses políticos. Posiblemente los padres ya estarían al tanto de que su hijo había muerto. Esta acción traería más inconvenientes a las ya tensas relaciones con los árabes.

Tras aquel lance, nos relevaron y regresamos a las habitaciones compartidas. No dejaba de considerar lo sucedido, por momentos me sentía vacío, las dudas me asaltaban y el malestar rugía en mis entrañas como cuando atrapas un moscardón en el interior de una caja. El desengaño deformaba y desteñía aún más la ilusión y entusiasmo a que había estado acostumbrado desde la niñez.

La guerra es tal locura que cualquiera es aspirante a morir. ¡Los jóvenes mueren antes de empezar a vivir! ¡Que más da ser judío, cristiano o musulmán! ¿Por qué no podemos convivir? ¿Por qué los hombres siembran confusión e insensatez? «¡Maldita religión que todo lo emponzoña con cruzadas falsamente teñidas de sublimidad!».

Aún hoy me siguen royendo estas cuestiones, cuando me apetece despilfarrar lágrimas por algo sin solución.

Capítulo 12

El Imperio Otomano entró en la Primera Guerra Mundial, pero nos cogió por sorpresa. Los turcos se aliaron con las Potencias Centrales: junto a Alemania y Austria-Hungría pretendían derribar al enemigo ruso.

En el kibutz Degania estábamos amedrentados. El primero yo, que había oído muchas historias de vidas desperdiciadas sin ton ni son, de hombres que enloquecían de rabia en la guerra. La guerra nunca ha sido buena para nadie, ni siquiera para nosotros que desde siempre hemos convivido con ella.

Todo discurría con normalidad, pero los turcos corruptos que hasta entonces habían sido permisivos³², ahora pretendían apretarnos las tuercas. Los muy canallas empezaron a bloquear los suministros y escasearon las provisiones. Las donaciones dejaron de llegar con la fluidez que lo habían estado haciendo, y cada día que pasaba se hacía más y más difícil sostener la convivencia en el Kibutz.

En este estado algunos dejamos de ser tan solidarios, la armonía se disipó y dio paso a agrias polémicas cuando las necesidades más básicas apenas podían ser cubiertas. En una confusa mezcolanza fueron surgiendo amenazas, protestas y hasta maldiciones.

No se me dan muy bien los traumas de guerra, pero aún guardo la imagen de aquella mañana en la que llegó al Kibutz un pelotón de soldados turcos bien pertrechado. Nos reunie-

32. Palestina estaba en esas fechas bajo dominación de los turcos.

ron y a punta de fusil confiscaron varios animales de carga que usábamos en las tareas agrícolas. Se apoderaron también de la mayor parte de las herramientas, requisaron nuestras reservas de grano y hasta de la comida que se preparaba ese día dieron buena cuenta. Parecían hambrientos y quizá por eso no me lo tomé a mal, pues con el jaleo había perdido el apetito. Lo peor fue que tuve mala conciencia por no haber reaccionado; en realidad nadie lo hizo ante semejante abuso. La rabia y la conmoción se mezclaron con una sensación de alivio al ver que se iban, que todo había sido muy rápido.

Tales sucesos y otros, cuya redacción puede resultar tediosa, dieron pie a que David Grun me ordenara dejar Palestina, continuar, según dijo, con la misión que tenía encomendada: esparcir la semilla del sionismo y luchar por sus intereses. Yo, que aún confiaba en David, comprendí que necesitaba salir de allí, romper con ese pasado oscuro que no lograba esclarecer y que me atormentaba, otear horizontes más amplios. Supe que había llegado el momento de soltar amarras y seguir adelante sin mirar atrás.

Así fue, tras una larga odisea, cómo en diciembre de 1914 llegué en medio de una guerra a San Petersburgo, la capital de Rusia, ahora llamada Petrogrado dada la enemistad con Alemania. Aron Simanovitch, amigo de David Grun, me amparó y facilitó los documentos y medios para mi traslado a esta ciudad. Sería a partir de entonces su protegido, velaría por mis intereses y yo por los suyos.

Simanovitch, que había nacido en una familia judía de Kiev, era odiado y vituperado por sus enemigos que lo tachaban de usurero y administrador de tabernas. Las malas lenguas rumo-reaban que se enriqueció aprovechando la guerra entre Rusia

y Japón³³, porque al final de la contienda regresó a Petrogrado como comerciante de diamantes y abrió casinos de juego. Si-manovitch a su vez era secretario de un personaje extraño, extravagante y muy influyente en la corte de los zares, Rasputín.

33. 1904-1905. Conflicto surgido por las ambiciones imperialistas. Fue la primera vez que un pueblo no caucásico, Japón, se enfrentaba y vencía a una potencia europea.

Capítulo 13

¿Qué sería de Petrogrado sin el río Neva? Totalmente helado en esta época del año, muchos lo cruzaban a pie a pesar de que infinidad de puentes lo atraviesan como jirones de nube arrastrados por el viento. Sus canales le daban un aire veneciano, pero lo que más me sorprendió fue que algunas noches eran tan claras como el día y cómo cientos de trineos tirados por caballos deambulaban a cualquier hora por sus parques y avenidas no desprovistas de grandiosidad y encanto.

El barrio judío se ubicaba en la zona de comercio y artesanía adyacente a la calle Sadovaya, que iba de norte a sur en el distrito denominado Spasskaya Chast: la arteria comercial más importante de todo Petrogrado. En esta parte de la ciudad y alrededores se prodigaban las tabernas en las que corría el vodka a raudales, así como peculiares pensiones donde hospedarse, algunas poco recomendables. Aquí se situaban la mayoría de los establecimientos y mercados más grandes que abastecían a la capital, con numerosos talleres de artesanos regentados por campesinos del metal y peleteros entre otros muchos que fabricaban sus productos para la venta: ropa, zapatos y utensilios. También abundaban los sitios para comer muy baratos, que eran una necesidad para la gente del barrio que a menudo no tenía familia ni casa. La vía Sadovaya jugaba un papel vital en el día a día de la gente pobre, al igual que la Avenida Nevski lo era para las clases privilegiadas.

Simanovitch, un tipo alegre, delgado, de pelo cano y ojos grises que hacían juego con el cielo de Petrogrado, acostumbra-

ba a beber algunas veces pero jamás se emborrachaba. Aunque emprendía de pasada algunos negocios no libres de reproche, nunca le vi llevarlos más allá de lo legalmente permitido; en general se mostraba sumiso a los preceptos del decoro y la decencia ciudadana. Simanovitch era por naturaleza un mediador, su buen carácter le llevaba casi siempre a gestionar idóneas reconciliaciones entre aquellos que requerían su dictamen. Se codeaba con la más selecta aristocracia, con notables judíos y lo más granado de la intelectualidad, pero, por qué no decirlo, no se escandalizaba ni hacía ascos si tenía que alternar con gentes de mal vivir.

A poco de llegar, una noche, me invitó a acompañarle en la supuesta intención de que conociera la ciudad: ¡Quién despreciaría un vodka en tan buena compañía!

—¡Vamos Adolf! —prorrumpió exultante—. Tenemos que relacionarnos con la más selecta escoria de la nocturna Petrogrado. Te llevaría a mi local preferido, El Perro Vagabundo, cueva de la bohemia petersburguesa, pero como últimamente allí el ambiente ha decaído mucho debido a las restricciones que se han impuesto al consumo de alcohol desde que se inició la guerra, iremos a un establecimiento que aunque impropio de caballeros el vodka adulterado no escaseará.

Nos acomodamos en un Mercedes Touring, una maravilla que yo jamás había disfrutado. Allí estaba en la puerta, el mismo Simanovitch lo conduciría. El vehículo giró en redondo haciendo rechinar los neumáticos, para acabar por enfilar la esplendorosa avenida Nevski y adquirir velocidad. Por fin amminoró la marcha al adentrarnos en callejones poco convenientes, y se detuvo frente a una fachada roja en la que lucía un farol perezoso: el conocido reclamo de la tasca de Vladimir.

Presurosos, apenas caminamos unos metros, nos expusimos a la bruma nocturna mientras una luna menguante nos brinda-

ba una luz débil. Hacía muchísimo frío cuando entramos en lo que me pareció el Infierno de Dante, una caverna de osos, una timba llena de fulanas ligeras de ropa y algún que otro señor con levita o frac impecable que desentonaba con el ambiente. Todo parecía desordenado, anárquico: el ir y venir de los sirvientes, la retumbante música, las risas desbocadas. La viscosidad del aire se habría podido cortar con un cuchillo. Reinaba el más absoluto caos, una actividad frenética bajo la espesa nube de humo que desprendía un olor a tabaco malo y barato. Una mesa cenagosa nos acogió con sus dos sillas desvencijadas a un lado. Sin pensarlo dos veces nos apoderamos de ellas. Solícitas busconas se acercaron husmeando nuestras carteras, trataban de acurrucarse en nuestros regazos y mostraban los pechos sin rubor. Nos incitaban y hostigaban con sus tórridos cuerpos, un acoso que se acompañaba de miradas lascivas a la búsqueda de respuesta.

Una botella de vodka y dos vasos llorosos como por arte de magia fueron a parar a nuestra mesa. El tabernero, un apaleado alcohólico, un tipejo de aspecto infame y cara de muy pocos amigos, los arrojó sin mediar aviso mientras recitaba con voz recia:

—¡De parte del staretz!

Simanovitch alzó la vista y brazo en alto saludó desde la distancia a un desgreado de largo cabello e hirsuta barba que vestía como los mujiks rusos: un blusón de cuello redondo recogido en la cintura con un ancho cinturón; calzones abombados embutidas las perneras en botas altas de media caña y envuelto en un grueso chaquetón de piel tan zarrapastroso y descuidado en su aspecto como él. De mirada penetrante imponía su presencia, pues era realmente muy alto y delgado, pero fuerte. Su voz grave, de beodo empedernido, se dejaba oír por encima de

los demás pidiendo vino. Seguidamente, mientras zamarreaba sus enormes brazos, aulló entre balbuceos:

—¡Mi vida será corta! Lo sé y por eso pretendo disfrutar de ella mientras pueda. ¡Sí, no nos rasguemos las vestiduras! Hay entre vosotros borrachos, mentirosos, necios, hipócritas, displicentes y hasta puede que algún ruín traidor. Seguro que ningún inocente bienaventurado. Escuchadme. Solo os digo a todos... —sentenció achispado—, que para alcanzar a Dios hay que pecar, después podremos humillarnos y afligirnos. No hay mayor ventura que la del que transgrede y llegado el momento es capaz de conocer arrepentimiento. Dios siente agrado al perdonar a los grandes pecadores³⁴.

—¡Qué insólito personaje! ¿Quién es? —interrogué a Simanovitch.

—Una bendición y una maldición para los rusos, se trata de Grigori Yefímovich Rasputín. Las palabras que ha pronunciado y que para ti pueden tener escaso o nulo valor, para otros son una religión, como si las hubiera articulado «El Altísimo». Se le considera un hombre santo, amigo de los Romanov, confidente de la Zarina Alejandra Fiódorovna Románova, su gran valedora. Predica la palabra de Dios, pero no duda en dejarse querer, recibir favores y coger buenas curdas. Su poder es inmenso y sus enemigos mortales. Se le supone aliado, pues nos protege y suele hablar en favor de los judíos, si bien es cierto que nos

34. Al parecer Rasputín estuvo asociado a la secta de los khlysty (flagelantes). “Hombres sabios” que eran conscientes de que las pasiones siempre terminan ganando. Estos “perseguidores del goce”, de una frenética actividad sexual, seguían el dogma del “arrepentimiento a través del pecado”. Enseñaban que dentro de cada ser humano habita una pequeña chispa divina. Creían que un pequeño reconocimiento de esta esencia mágica dentro de cada hombre era suficiente para liberarse de cualquier tipo de restricciones, ya fueran sociales, sexuales o intelectuales. En línea <https://lasmonedasdejudas.blogspot.com/2013/09/los-khlysty-y-rasputin.html> [consulta 03/05/2017]

cuesta muchísimo dinero. Tú puedes estar aquí ya que gracias a su influencia has obtenido el certificado de residencia. El starets es un hombre del pueblo, y un campesino como él requiere de alguien que lo oriente en el laberinto de Petrogrado; para eso estoy yo, su secretario.

—¡Sea como fuere, saber que se puede acudir a alguien al igual que el alcohol es un gran consuelo! —dije en tono jocosos y algo templado por el vodka. Ya nos habíamos pimplado casi media botella.

—Hasta ahora se podría decir que sí se puede acudir a él —apuntó Simanovitch—. De hecho te podría relatar muchas acciones benefactoras que ha realizado en favor de los judíos, como la que propició hace unos meses: se acusaba en Kiev a un joven judío, Mendel Beylis, arrestado tiempo atrás por haber participado en un supuesto crimen ritual contra un niño ortodoxo, cuando Rasputín hizo comprender al zar lo absurdo de esa historia que fue urdida por antisemitas a la cabeza de los cuales estaba entre otros el mismísimo ministro de justicia. La acusación de que los judíos utilizan sangre cristiana en sus ceremonias secretas, fue finalmente refutada y Beylis absuelto³⁵.

Unos metros más allá se les apreciaba vigilantes, dos tipos con trajes baratos no quitaban ojo al starets. Estaban pendientes de todos sus movimientos y examinaban a los clientes con avidez. Sin duda eran de la Ojrana, destinados a protegerle, pues había sufrido según Simanovich alguna que otra agresión.

—Entonces..., ¿seguro que podemos confiar en él? —insistí preocupado.

35. Los libelos de sangre o calumnias de la sangre fueron acusaciones en las que se afirmaba que los judíos realizaban crímenes empleando sangre humana durante sus rituales religiosos. Con cierta frecuencia se les culpabilizaba de cometer una recreación de la muerte de Cristo sacrificando a niños cristianos durante la Pascua judía.

—Bueno, como alguien dijo: «El demonio tiende sus redes de malla gruesa para las almas toscas y fina para las más sutiles». De momento sabemos que es adecuado a nuestros intereses, pero sin duda hay incógnitas que solventar.

—¿Incógnitas...? —mostré inusitado interés.

—Sí, la principal es... —Simanovich se encogió de hombros y moderó el tono de voz—, que Rasputín está rogando al zar que evite la guerra contra el Imperio austrohúngaro y sus aliados. Espero que no sea suficiente para convencerle.

—¿Y qué mal hay en ello? ¿Acaso sus rogativas podrían implicar un peligro?

—Ya lo veremos, nuestras preferencias no van precisamente por esos derroteros. Queremos que Rusia se mantenga en la contienda, para que el zar se debilite y sea posible un cambio de régimen con el que podamos aspirar los judíos a liberarnos de la esclavitud y aniquilación a que se nos somete en este país. Me sumo a la opinión de quien llegó a referir: «El inmenso pavor que le invadía al ver la servidumbre material de los judíos en Rusia y la servidumbre espiritual de los judíos emancipados de occidente». Somos inmundicia, heces que pueden pisotear con sus lindas botas los aristócratas del Imperio y, cuando se les alienta, también nos patea el desarrapado populacho aunque vayan descalzos. Los rusos nos han tratado siempre como extranjeros no aceptados. Nos menosprecian y acorralan, de cualquier mal somos culpables³⁶. Si un judío ansía estudiar solo le es posible si paga la matrícula de otros varios cristianos. Al judío que pretende viajar se le exige un permiso, y si quiere

36. NICOLÁS I. Zar de Rusia. Siglo XIX: “La ruina de los campesinos en estas provincias son los judíos. Son inmensas sanguijuelas chupando a estas desafortunadas provincias, al punto de agotamiento.” En Línea <http://historiadeltercerreichenlibrosyvideos.blogspot.com/2015/03/150-genios-opinan-sobre-los-judios-en.html> [Consulta 03/01/2018].

respirar precisa que le sea consentido. Los negocios, o simplemente vivir en Petrogrado, nos tienen que ser autorizados. Es imperdonable tanta discriminación y vileza, tanta humillación. Sospechosos de todo, ser judío en Rusia es una verdadera proeza. Las autoridades rusas siempre han tratado de reducir la población hebrea del modo más rápido y drástico posible; para ello es frecuente canalizar el descontento popular, especialmente entre los campesinos, alimentando su odio y recelo contra nuestras gentes al proponernos como causa de su precaria existencia. Te aseguro, Adolf, de hecho lo creo firmemente, que con el tiempo y a pesar de los intentos por controlarnos y extirparnos de la sociedad rusa una ola revolucionaria mucho mayor acabará destruyendo el pútrido régimen zarista.

—Ya que hablas de creer. ¿Crees en el instinto? —se me ocurrió la cuestión mientras me recostaba en la silla y estiraba los pies. Como Simanovitch abrió la pitillera, aproveché, cogí un cigarrillo y lo encendí.

—Supongo que sí —respondió suspicaz.

—Bien, pues hay veces que ese instinto es lo único que uno tiene para avanzar y no hay más remedio que confiar en él. A mí este sujeto me huele a fiambre.

Sin saber cómo, la música arreció. Dos gitanos que estaban sobre una tarima de madera aceleraron el ritmo de una melodía. Frenéticos movimientos comenzaron a invadir a Rasputín, bailaba el hoppak como poseído; seguía el compás cada vez más excitado, cuando, asiendo de la cintura a una opulenta mujer que servía las mesas, la arrastró consigo. Nadie la defendió a pesar de la resistencia que opuso. Ambos giraron alocadamente.

Por momentos parecía, que el starets y aquella desgreñada saldrían despedidos por efecto de la fuerza centrífuga. Finalmente se despeñaron, arramblando con vasos y bebidas, sobre

una mesa en donde aquel loco echándose sobre ella le desgarró parte de la ropa y dejó sus pechos al descubierto. La algarada se generalizó entre no pocos de los presentes. La besuqueaba y de vez en cuando levantaba la vista desafiante, lujurioso. Como un animal metido en su guarida, comenzó a dar voces y gruñidos invitando e incitando a los asistentes a sumarse al banquete.

Sin más la sirvienta dejó de oponerse al abuso e incluso sus sonoras risotadas acabaron por llenar el local. Su inicial desacuerdo parecía formar parte de un juego. De pronto se puso a corretear describiendo círculos pequeños y grandes, para oportunamente detenerse y esperar a que la atrapasen. Por nuestra parte simulábamos no ser conscientes de lo que allí ocurría, observábamos de soslayo con fingido desinterés.

La música cesó, para dar paso a otras distracciones, y pareció despertar nuevamente Rasputín, que ya dormitaba entre los enormes pechos de aquella mujerona. Apartándose de ella, dirigió sus pasos hasta nuestra mesa. Se balanceaba como un corcho en un charco de agua.

—¿Qué haces en este sitio, tú que tanto te cuidas en tus modales y velas por los míos? —cuestionó con voz turbia.

—Señor —respondió respetuoso Simanovitch—. Estoy aquí para que conozca al muchacho que mencioné: Adolf; un aprendiz que seguirá mis pasos y custodiará vuestros intereses como yo hago.

—¿Mis intereses, dices? ¡Mis intereses son los del pueblo ruso! —sentenció Rasputín con ojos vidriosos—. Mi desazón no tiene fin, la guerra me atormenta. No entiendo el empeño de la madre Rusia en este conflicto que ha principiado. Un solo hombre en Sarajevo, el estudiante bosnio Princip, ha matado al archiduque Francisco Fernando, heredero a la corona de Austria-Hungría, y a su esposa. La actuación de un solo individuo,

me niego a creerlo, ha desencadenado la actitud belicosa de las naciones. Adivino matanzas, advierto hambre y miseria. Miles de rusos perderán la vida. ¡¡Y tú me hablas de intereses!!

Su mentalidad era la de un simple mujik a pesar del estatus alcanzado, pero conocía muy bien la inhumana existencia de la gente humilde en la inmensa Rusia, sus penalidades y contradicciones. Se mostraba en desacuerdo con la entrada de su país en la Primera Guerra Mundial.

En el verano, cuando se iniciaron los primeros conatos del conflicto, Grigori Rasputín se encontraba en Siberia, en la aldea de Pokrovskoi, convaleciente de las heridas que una mendiga al parecer en venganza, Khionia Guseva, le causó al atacarle con un cuchillo. Enviaba desde su lejano retiro telegramas al zar rogándole que no se dejara arrastrar por el enfrentamiento, pero esto no fue suficiente para convencerlo; ministros y consejeros apostaron para que el país entrara en la guerra. La orden de movilización general había sido publicada en julio y, a los pocos días, Alemania declaró la guerra a Francia; a la noche siguiente Inglaterra hizo lo propio con Alemania y de inmediato era Austria-Hungría quien iniciaba hostilidades contra Rusia.

Al parecer hubo júbilo inicial del pueblo y miles de ciudadanos abarrotaron las calles de Petrogrado, aclamaron al zar cuando apareció en el balcón del Palacio de Invierno. Aquel día en todos los rostros, me dijeron, se reflejaba la misma expresión de entusiasmo por el inminente comienzo de las hostilidades.

Pero el clamor patriótico se fue aplacando según aparecían las primeras noticias luctuosas del frente y emergían los primeros detractores que ponían en duda la capacidad del mando ruso. Por supuesto la prensa, acallada por la censura, no refería ese descontento. Solo un tal Vladimir Ilitch Ulianov, conocido

por Lenin, desde su refugio en Suiza pregonaba que la derrota rusa sería preferible al triunfo del zarismo.

Al despuntar el día, ebrios como cosacos, salimos a trompicones del chamizo de Vladimir. El starets quedó allí, como de costumbre, desplomado sobre una mesa.

Capítulo 14

La idea de pasear sin rumbo me seducía, y de vez en cuando dedicaba parte de mi tiempo a vagar por la ciudad. Pude comprobar que la huelga y el conflicto callejero dominaban Petrogrado, era el pan de cada día. Se respiraba un ambiente que preludiaba un estallido social. En los grandes centros industriales, en las fábricas, las condiciones eran durísimas y los salarios indecentes; los menores y mujeres explotados hasta límites insospechados. En las calles coexistía la pobreza y el infortunio de cientos de veteranos mutilados que regresaban del frente, junto a aristócratas decadentes que vivían ajenos al sufrimiento del pueblo. Entretanto, los agentes de los servicios secretos de medio mundo y la Ojrana, la temida y cruel policía política del zar, se afanaban en todo tipo de conspiraciones.

Procurábamos seguir nuestra rutina en medio de la sinrazón que nos rodeaba; éramos privilegiados que podíamos evitar los tumultos y las interminables colas para conseguir el pan y el carbón, que para otros suponía una necesidad apremiante. A pesar de hacer mucho frío esperpénticas criaturas aguardaban su turno sin esperanza, mendigaban la justicia que siempre se ha negado a los desheredados. Además, en tanto que proletarios y campesinos no escapaban de ir al frente, los aristócratas y adelantados de la madre Rusia solían conseguir, cuando interesaba o mediante pago, que sus hijos se librasen de la guerra. La gran masa del pueblo ruso se ahogaba en la sangre de las trincheras, sufría mil y una privaciones mientras Petrogrado agonizaba sin saberlo en medio de fiestas, habladurías y corruptelas.

Casualmente, distinguí el gentío. Varios miles de personas, con gritos y cánticos, avanzaban despreocupadas por la avenida Nevski ocupando todo el ancho de la calzada. Coches y peatones se apartaban a su paso; los comerciantes cerraban con premura las puertas de sus negocios; algunos transeúntes temerosos, barruntando el peligro, se apresuraban o refugiaban en los soportales. Una muchedumbre, de niños famélicos, mujeres marchitas y hombres de aspecto embrutecido, exhibía una deslucida e inmensa pancarta en la que se podía leer: «Libertad y pan para el pueblo».

Al instante..., ¡juraría que salieron de la nada!, un escuadrón de caballería se desplegó y quedaron frente a frente. El tiempo se eternizó, se calmó el vocerío, se cruzaron las miradas, la algarabía de los miserables se aplacó y el tic-tac de los corazones se acompasó. Flotaba en el aire un silencio hostil, hasta que... al principio con timidez y a continuación con renovados bríos, los obreros avanzaron con una sola voz. Al unísono entonaban la Varsovia:

*Hostiles torbellinos soplan sobre nosotros,
fuerzas oscuras nos esclavizan con furor,
En mortal combate entramos con el enemigo,
y todavía un extraño destino aguarda.*

*Pero vamos a plantar con orgullo y valor
la heroica bandera del trabajador.
Bandera de lucha de todos los pueblos,
por la libertad y un mundo mejor...³⁷*

37. En Línea: <https://notasperiodismopopular.com.ar/2017/10/04/canciones-revolucion-rusa-1917/> [Consulta 25/03/2018].

La inquietud se apoderó de mí, no puedo negarlo. Me encontraba entre dos fuegos y pude contemplar cómo el oficial que dirigía la tropa aguijaba su montura. Bramó enervado:

—¡Desenvainen para cargar!

El tintineo de los sables quebró el aire. En un abrir y cerrar de ojos los unos corrieron hacia los otros: el clamor, la algarada, los aspavientos, engulleron la avenida dando paso a una profusión de cuerpos caídos, de caballos encabritados que ante el estupor de los alborotadores se erguían sobre sus cuartos traseros. Los revoltosos se afanaban en agarrarse como podían a los estribos de las monturas, a las mismas crines de los corceles, y si podían alcanzar a los soldados los derribaban. Algunas cabalgaduras sin jinete, enloquecidas, despavoridas, desbocadas, arrollaban a los agitadores que se desplomaban como juguetes rotos. Fue catastrófico, grotesco, atroz. La muchedumbre enfebrecida arremetía y a su vez era hostigada sin piedad. No hubo clemencia y, por lo que pude ver, nadie la reclamaba.

Pasados unos minutos, me pareció que transcurría un tiempo larguísimo, muchos manifestantes fueron arrastrados por sus compañeros. Una formidable escena. Se dolían algunos caídos, pero la mayoría extenuados y abatidos no emitían lamento alguno. El horror se apropió de la avenida Neski.

Por fin se replegó la caballería y ambas facciones ahora en derecho trataban de auxiliar a los maltrechos. Los antes exaltados parecían haberse dado una tregua no pactada. Menguado el ardor y dispersos los huelguistas algún que otro trasnochado aún se atrevía a salir de su refugio y, desde la seguridad que le otorgaba la distancia, profería ofensivas amenazas e improprios.

Mientras la turba se diluía, me oculté en una esquina e intenté evitar encontronazos, pasar desapercibido, pero al punto

me sentí atrapado: dos hombres, se me antojaron obreros que querían escabullirse del alboroto, me acorralaron e inesperadamente me apalearon con tal saña que perdí el conocimiento.

Cuando salí de mi letargo e intenté abrir los ojos, una venda me cegaba. Me habían atado y yacía en el áspero suelo: desnudo, desorientado, aturdido. Intentaba pero no lograba adivinar un rastro de luz a través de la tupida tela. Una sensación sofocante de angustiosa fatalidad, un terror como no había conocido nunca se instaló en lo más profundo de mi ser. Mi desconcierto era tal, me pareció tan irreal la situación que no era capaz de valorar si llevaba tan solo unos minutos, horas o días, en aquellas condiciones.

Dominado el pánico, me fui serenando y acabé impotente por considerar que al fin y al cabo nada podía hacer, que estaba en manos de no sabía quién y batallar desde la indefensión no tenía sentido.

En aquel momento, alguien se dirigió a mí conciliador:

—¿No ha sido un día muy feliz? Tenías prisa por salir de allí, ¿verdad?

—Uno de los peores —contesté sin reparos y sin saber a quién.

—No te culpo por opinar así. Todo este asunto de las revueltas se está volviendo bastante espantoso.

Quedé sorprendido por el tono de falsa amabilidad. Además... ¡hablaba yidish!

—Pero... ¿quiénes sois? No creo que seáis amigos. Los amigos no amordazan, no te sacuden, y a mí me estáis machacando —porfié atemorizado.

—¡Maldito idiota! —vociferó otro tipo sin razón aparente por encima de mi hombro. Pude sentir su agrio aliento junto a

mi cara—. Y así será hasta que respondas a unas preguntas. Será corto el interrogatorio.

—¡Me parece absurdo! Me temo que hay algún error —preferí incrédulo.

—¡Cállate, maldita sea! ¿Cómo te llamas? —insistió al tiempo que gratuitamente me golpeaba.

—¡Soy Adolf Jellinek! ¡Adolf Jellinek! —repetí hastiado, superado por el suplicio.

Pronto llegó a mis oídos un murmullo, como si estuviesen acordando qué hacer, y sin mediar razones me alzaron y obligaron a introducir la cabeza en lo que intuí que debía ser una cubeta de agua. Resistí cuanto pude, pero mis pulmones ardían. No lo soportaba más, estaba al límite. El líquido ya gorgoteaba en mi garganta, cuando me elevaron y dejaron respirar.

—¿Eres judío!? —me interpeló con estridencia el gorila. De nuevo noté, esta vez sí, la calidez de su saliva al salpicarme el rostro.

—¿A qué te refieres?

—Eres judío ¿verdad? —repitió en un tono más sereno.

—¿Acaso lo parezco? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí, desde luego.

—Si su «señoría» desea que confiese..., lo confieso: soy judío. ¿Qué más necesita saber su «señoría»? Desátame y se lo cuento.

—¡Oh, claro! Eso es lo que dices ahora. ¡Cuéntamelo y a lo mejor te desato! —repuso a mi ironía.

—¿Qué más quieres?! Ya te lo he dicho. Sí, soy judío, ayudante de Simanovitch, el secretario de Rasputín.

—¡No enredes si sabes lo que te conviene! —rugió aún más encabronado, fuera de sí a pesar de mi interés en colaborar.

No era baladí su amenaza. Creo que por puro placer me atizó como a una estera, con sus manos duras, pesadas como de piedra. ¡Menuda granizada me cayó encima! Ni en mis peores delirios habría sospechado tanto dolor. Noté cómo los nudillos del que me zurraba reblandecían mi cuerpo. Tenía los miembros entumecidos, no me retiraban el antifaz y seguía con ambas manos anudadas a la espalda; las piernas inmovilizadas. El desconsuelo y el frío que me penetraba como un punzón de hielo eran mi tormento.

—¡Parece que te recuperas bien! ¡Ánimo, Adolf! ¡Mierda sionista! ¡Seguro que te estabas divirtiendo al ver cómo nos apaleaban! Deberías ser más modesto, no eres el primero que necesita confesarse —acabó el muy cabrón por referir en tono burlón e hizo un alto en su macabro castigo.

—¿Quiénes sois? —acerté a preguntar. Y quería desmayarme, desaparecer. Las dudas daban en mi cabeza más vueltas que el dolor. Saqué fuerzas de flaqueza.

—Ya te digo... ¿No lo imaginas? ¿Qué crees? Para que lo recuerdes y no se te olvide: somos de la Unión General de Trabajadores Judíos³⁸. Patriotas de verdad y no puercos traidores como tú.

—¿Y qué demonios pretendéis?! ¡No sé de qué estás hablando!—me desgañité todo lo que pude. Y tal vez aquellas palabras no fueron las más adecuadas para dirigirlas a quienes me tenían en sus manos. En un periquete me las hicieron tragar, partiéndome el labio y casi los dientes de una patada que se me antojó una coz.

—¿Ah, no? ¡Ya basta! ¡Pretencioso! Tú te lo has buscado. ¿Quién coño te crees que...? ¡No finjas! ¿Quieres que te diga lo

38. Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia (Bund). Movimiento político judío de corte socialista creado en Rusia y contrapuesto al sionismo.

que pienso? Creo lo que afirman los serbios, que eres un jodido agente sionista y estás aquí para ayudar al zar. Sabemos lo que hiciste en Sarajevo. Reconoce que estás al servicio de la Ojrana. ¿Qué te ha traído aquí? ¡Más te vale tener una buena excusa!

Daba la impresión de que estaban muy al corriente de mis asuntos. De nuevo me aporrearon. Ellos esperaban su respuesta, notaba su impaciencia pero no tenía la sensación de compartirla en absoluto. Tenía ante mí un panorama nefasto, desolación total, la obligación de aguantar insultos y humillaciones sin la posibilidad de defenderme.

—¡¡No conspiro contra nadie!! ¡¡No sé nada de la Ojrana!!
—bramé en un definitivo hálito.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¡Mientes, mientes, te destrozaré! ¡No tendrás ninguna oportunidad con nosotros! Aprenderás la lección.

Hubo una pausa, un largo silencio, inquietante, perturbador, y en ese momento me abandonaron los sentidos, me derrumbé exánime. Cuando volví en mí, esperaba resignado lo peor pero sucedió lo inaudito: sin saber cómo ni por qué, estaba solo. ¡Se habían ido! Habían cortado las ligaduras que me retenían y tenía libres las manos y las piernas. Me restaban pocas fuerzas, sentía tanta fatiga y estaba tan aterido que casi no podía respirar. Un movimiento de un milímetro significaba un dolor de otro mundo.

—¡Ya hablaremos con más tranquilidad, hoy no tenemos tiempo! ¡Espero que al menos se te hayan bajado los humos!
—me pareció escuchar que voceaba uno de aquellos energúmenos desde la distancia.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y me costó quitarme la venda de los ojos. Me encontré tendido en medio de una gran nave sobre una capa de hielo que cubría los charcos fangosos.

No sé cuánto tiempo me mantuve allí, arrastrándome por el gélido suelo, tratando de recuperar mis ropas húmedas. Poco a poco me fui despabilando, remitía el sufrimiento, pero no había una sola pulgada de mi cuerpo que no me martirizase. Nunca reconocería, por haber tenido los ojos vendados, a los «adorables» muchachos que me habían vapuleado de lo lindo y así devolverles el favor. Solo supe que eran «colegas» del Bund.

Debía de tener un aspecto patético, deplorable. Habían sido muchos los sopapos recibidos. Así que como pude salí de aquel lugar en medio de la nada.

Estaba indignado, a partir de este incidente procuraría estar siempre alerta. La regalada vida de Petrogrado me había refinado en exceso y reducido mi instinto de conservación. En el kibutz dormía con un ojo abierto y tenía las manos encallecidas.

Llegué cuando anoecía, para colmo llovía, a casa de Simanovitch. Sin pensarlo dos veces me metí en la bañera, hasta que el sueño y el cansancio me vencieron. Al día siguiente me sobresalté al mirarme en el espejo. La rojez de los chichones y rasguños impresionaba. La verdad es que no había quedado tan mal, «un trabajo fino»: aquel rostro aún mostraba cuajarones de sangre seca, los pómulos como albóndigas y, aunque en el resto del cuerpo apenas tenía marcas, sin embargo al palparme noté que los golpes me habían desgarrado por dentro. Intenté girar la cabeza pero me dolía demasiado.

Estaba concentrado en estos menesteres de exploración corporal, cuando se abrió la puerta del baño y apareció Simanovitch. Se quedó petrificado.

—¿Qué ha pasado? Seguro que te han asaltado y robado. ¡Demonios, estás hecho unos zorros!

—Que va... —respondí con desgana—, mi cartera está intacta, al parecer he caído simpático a dos «compañeros» del Bund. Creo que querían darse un festín a mi costa y me han puesto a caldo.

—¿Les conoces? ¿Qué aspecto tenían? ¡Estúpidos idiotas! Son todos escoria —afirmó visiblemente afectado.

—¿Estás de coña? No pude verles la jeta, pero ellos por lo visto a mí si que me conocían.

—Te advertí que Petrogrado es peligroso, que hay que ser precavidos: la Ojrana nos pisa los talones, las algaradas se producen a diario y los judíos nos pegamos entre nosotros. Tal vez no podamos mantener a raya a los bundistas, al menos yo no he podido hasta ahora. Me he estrujado la mollera noche tras noche y llegado a la conclusión de que lo mejor sería acabar con ellos.

—¿Qué vas a hacer?, olvídalo —insistí agitando la mano con desdén.

—No lo sé. Algo haré.

—Genial. Cuando tengas un plan, hazme saber en qué consiste. Mientras tanto, me voy a la cama.

Sin más ganas de continuar la conversación, puse cara de afligido y me arrastré como buenamente pude.

A pesar de mi negativa, Simanovitch llamó a un médico que logró encajarme el brazo. Posteriormente examinó mis otras heridas y afirmó que no debía temer consecuencias de ninguna de ellas, pero me ordenó que permaneciera inmóvil y me resignase a una recuperación penosa y aburrida. Estuve varios días que casi no podía dar un paso sin ver el firmamento estrellado. Había conocido de primera mano a judíos que no adoraban precisamente el sionismo, que estaban dispuestos a golpear si era necesario.

Capítulo 15

Tras el desafortunado incidente, vivía retirado como un eremitaño. A Dios gracias una agradable sirvienta se ocupaba de mí, sus ungüentos me proporcionarían inestimable consuelo. Además, apreciando Simanovitch que el vapuleo me había dejado bastante maltrecho, durante varios días fue compasivo y no me apremió en negocio alguno. Aquella tarde, como últimamente tenía por costumbre, yacía sobre la cama observando cómo la menguante luz que restaba al día iluminaba el techo.

—¡Despierta! ¡Venga haragán! ¡Ya has tenido bastante! —se le oyó gritar. Era él, que trataba de alentarme con su alborozo. Con toda sinceridad, estuve tentado de no responder a sus requerimientos, me sentía derrotado.

—¡A dónde quieres que te lleve! No podemos dar esquinazo a la vida alegre. Tenemos que ir al teatro, asistir al club y en todo caso no volver la espalda a la botella. Quedarse en casa no es de ningún provecho. ¿Qué te parece si quedamos para tomar una copa? Una rápida.

—¿Cómo? ¡Casi no puedo moverme! Lo siento, pero estoy seguro de que podrás arreglártelas sin mí —me mostré quejumbroso.

—¡Vamos! —insistió—. No se puede condenar a nadie por desear un poquito de felicidad. ¿Acaso estás haciendo guardias de día o de noche? No te puedes pegar la vida echado, tenemos trabajo. Te serviré un poco de vodka y después podremos hablar.

A veces no era fácil quedar con Simanovitch, dado lo poco convencional de sus horarios. Aun así, ¿qué sentido tenía discutir con un loco por la juerga? Me vestí con cuidado y acicalé con esmero mi reciente barba, que trataba de ocultar los rasguños que aún quedaban en mi rostro. Escogí mi traje más caro de andar por la ciudad y un par de zapatos nuevos. Pasada la media noche, salimos de nuevo en su fantástico coche. Recorrimos Petrogrado y esta vez sí nos adentramos en el edén de la bohemia: El Perro Vagabundo. El local abría tres días a la semana: lunes, miércoles y sábado. Era sábado.

Cabaret, café, teatro, cantina; quizá era todo ello al mismo tiempo, pero mayormente parecía un club, un espacio donde se podían exponer libremente todo tipo de temas, discutir asuntos acerca de la creación artística o mostrar cada cual su arte a los amigos; un lugar de reunión hasta el amanecer, para artistas, poetas, pintores, actores y directores de teatro; sitio predilecto para algunos, en su mayoría aristócratas imbuidos de fervor artístico.

Se ubicaba El Perro Vagabundo en una vieja mansión y no todo el mundo tenía cabida en ella. Simanovitch, hombre de mundo y muy hábil en estos menesteres, se ocuparía de los trámites que nos facilitarían la travesía.

Como si de una carrera de obstáculos se tratara, atravesamos diversos patios nevados bajo la tibia luz de un farol y tras empujar una puerta revestida de hule descendimos hasta un sótano. No sin esfuerzo alcanzamos la meta en la que nos recibió un tipo que se presentó como director del local, Boris Pronin. Nos abrazó efusivamente nada más vernos como si nos conociera de toda la vida. Alegre como un cascabel, regalando sonrisas y con una estrafalaria corbata de abigarrados colores que revoloteaba en su pecho, dijo ser modulando su aguda voz con socarronería

teatral: «doctor honoris causa de estética». Lo acompañaba un mofletudo descomunal de semblante agrio, que le seguía desalentado, mientras Boris se contoneaba y lucía andares majestuosos más propios de aquellos que desfilan por la pasarela de París, consciente de que ninguno de sus gestos pasaba precisamente desapercibido y a la espera de que en cualquier momento el público prorrumiera en vítores y aplausos. Al poco, supe que Boris era el dueño de aquel negocio y no dudaba en echar, o no aceptar, a los que no tenían relación con la literatura o el arte como era nuestro caso. Más tarde descubriría la razón por la que fuimos tan cordialmente recibidos.

—¿En dónde se habían metido? ¡Cuántos años, cuántos inviernos! ¡Señores, síganme por favor! Espero que disfruten de la velada —Boris nos acompañó un buen trecho para luego abandonarnos a nuestra suerte. Se deshizo de nosotros con una cándida sonrisa tan sumisa y gentil como farisaica.

—¿En qué piensas? —quiso saber Simanovitch mirándome con atención.

—¿Yo...? En nada. No pienso en nada. Bueno..., diría que se le ve muy optimista.

—¿De quién hablas?

—¡De Boris!

—Sí, adecuadas maneras y cordialidad no han de faltar precisamente en este club. Es su obligación.

—¡Estoy impresionado! —musité sin poder evitarlo.

—¡Te lo dije...! —exclamó mi amigo, cuyo ánimo victorioso, que hasta entonces parecía haber estado encorchado, se derramó como el champaña al abrir la botella.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—¡Que pareces un niño pequeño el día de Navidad! ¡Tendrías que verte!

—¿En serio? ¿Tanto se me nota?

—Un poco... ¿Estás cómodo?

—¿Por qué? Sí, claro. Estoy bien..., muy bien. ¡Qué maravilla! —dije a sabiendas de que debía tener cara de lelo.

—De acuerdo, de acuerdo —sonrió petulante Simanovitch, se le vio la satisfacción en la cara y en la voz.

¿Cómo explicarlo...?

Algo semejante a un escalofrío recorrió mi piel al entrar allí, un raudal de penetrante gozo. En la sala principal un tragaluz y una gran chimenea de ladrillo; las paredes cubiertas con admirables pinturas de Kulbin, Sudeikin y Belkin; las mesas bajas; los taburetes como de mimbre... Era genial. Aquel lugar me pareció el nirvana a pesar de ser ruidoso y sofocante, aun cuando las idas y venidas de deslumbrantes damas emperifolladas a la última y de caballeros bien ataviados, o de pelaje estrafalario, eran constantes y te obstruían el paso.

Simanovitch tiró de mí, me arrastró hasta una zona apartada. Un caballero que llevaba traje gris, me fue presentado. Aparentaba ser mayor y un tanto excéntrico. Delgado, cadavérico, de pelo claro, barba rala y ojos castaños muy juntos con ojeras oscuras. Se trataba de un americano llamado Jacob Schiff. Al parecer nos esperaba.

Tras los saludos de rigor, Jacob cruzó una mirada de complicidad con Simanovitch y tomó la palabra para dirigirse a mí:

—Su mentor —dijo refiriéndose a David Grun— me ha hablado de usted y puedo asegurar que le tiene gran estima. Habitualmente resido en Nueva York —añadió en voz baja para evitar que le oyeran—, sin embargo estoy de incógnito en Ru-

sia y he aprovechado mi amistad con importantes aristócratas de este país para presentarme aquí. Francamente... —me tocó el hombro en gesto afable desplegando una convincente sonrisa—, soy un judío comprometido con el sionismo. ¡Pero bueno...!, ya estoy como siempre perdiéndome en insustanciales discursos. Cuánto lo lamento, no quisiera ser desconsiderado. En fin, creo que usted habrá podido intuir que su estancia en esta ciudad tendría como desenlace el cumplir alguna misión en favor del proyecto que compartimos.

—Sí —afirmé con tibieza—, la verdad es que siempre he sido consciente de que tarde o temprano se me impondría algún cometido.

—De acuerdo..., si no tiene inconveniente quisiera saber si le han puesto en antecedentes sobre el asunto que ha propiciado nuestro encuentro.

—No —terció Simanovitch, que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Durante estos meses he procurado que el señor Jellinek se relacione, que tome contacto con la realidad social de la ciudad y con algún que otro personaje, en especial con el que motiva nuestra reunión, pero no se preocupe, Adolf es de confianza, es de los nuestros y lo demostrará con creces.

—Bien... —apostilló Jacob Schiff arrugando la frente—. No importa. La cuestión, señor Adolf, es que le necesitamos. Me han hablado de su excelente preparación en la gestión de atentados y en el manejo de armas, lo que para esta empresa son factores esenciales. Creo que los británicos ven en Rasputín una amenaza real. Si el muy cretino persuade al zar para que se retire de la guerra, entonces las tropas alemanas aventajarán a los Aliados en el Frente Occidental al no tener la necesidad de combatir a los rusos en el este. Hay que evitar que Rasputín

siga influyendo en la corte, hay que liquidar, mitigar su pernicioso influencia y garantizar que Rusia siga presentando batalla.

—No se lo tome usted a mal, ¿pero no sería mejor que los rusos se apartasen de la contienda? Si británicos y franceses siguen como aliados de Rusia y acaban por ganarla, Nicolás II se afianzará aún más en el poder. Pensaba que al sionismo le favorecía que el zar no se perpetuase.

Jacob Schiff me miró con aire paternal, pareció meditar mis palabras y agregó con una sutil sonrisa no exenta de indulgencia:

—Cómo no..., naturalmente. No deja usted de tener razón. Pero a corto plazo estimamos más rentable que Rusia se mantenga junto a los aliados. Llegado el momento, cuando el ejército ruso no sea imprescindible, daremos rienda suelta a los enemigos del zarismo, lo que se avecina y parece inevitable. También tenemos proyectos para el zar y su familia, pero eso es harina de otro costal.

—¿Y qué precisan de mí?

—Señor Adolf, confiamos ciegamente en usted. Lo que pretendemos significará un cambio en la historia del pueblo judío. Rasputín, por no decirlo de otro modo, es muy molesto. Asóciese con Oswald Rayner: un hombre de recursos muy bien relacionado; un británico al que conocerá en breve. Él tiene los detalles y sin duda los compartirá con usted.

En ese instante, Jacob Schiff se levantó. Tras un cortés saludo de despedida, se dirigió al encuentro de otro grupo de caballeros de aspecto distinguido, figurines que vitoreaban y producían alboroto en una mesa situada a tan solo unos metros de distancia. Se acompañaban de una mujer morena, cliente habitual del local, a la que algún tiempo después saludaría. Recuerdo, aunque jamás llegaríamos a intimar, si acaso a inter-

cambiar algunas palabras con cortesía, que despedía un suave fragancia, fumaba cigarrillos sin parar y su charla se me antojó desenvuelta e ingeniosa. La dama se alzó entre ellos para recitar un poema en tono lánguido:

*¿Cómo puedes mirar el Neva,
cómo puedes pararte sobre los puentes?
No importa si la gente piensa que sufro,
su imagen no me dejará partir.*

*Las alas de los ángeles negros pueden acabar con uno,
pero yo cuento los días hasta el juicio final.
Las calles están manchadas con piras espeluznantes,
hogueras de rosas en la nieve.³⁹*

De pelo negro como el tizón, pómulos delicados, nariz fuerte, labios carnosos y grandes ojos castaños. Se la veía sencilla y natural, al tiempo que elegante y primorosa en sus maneras. Esbelta aunque no delgada, tenía una bonita figura y lucía un traje refinado y caro; como alguien dijo: «Una lección magistral de cómo minimizar sus defectos y realzar las propias cualidades».

Juraría, aunque no era mi tipo, que me fascinó.

Más allá se acomodaba un fulano, que no nos quitaba ojo. Pensé que iba demasiado elegante para ser de la Ojrana, y no me equivoqué. Nada más marcharse Jacob Schiff, se acercó.

—Caballeros —susurró—, soy Oswald Rayner. Señor Jellinek... —me miró a los ojos—, nos volveremos a ver.

39. En Línea: <https://verseando.com/blog/poemas-ana-ajmatova-como-puedes-mirar-el-neva/> [Consulta 14/02/2018]. ¿Cómo puedes mirar el Neva? 1914. Anna Ajmátova.

Era un hombre apuesto, ligeramente perfumado, de rostro anguloso. Me turbó su exquisita familiaridad, aunque desapareció al instante.

Al respecto me asaltó la curiosidad e interrogué a Simanovitch.

—¿Le conoces? ¿Qué más sabes de él?

—Prácticamente nada, aparte de que debe de ser un auténtico gilipollas. Se trata del británico mencionado por Jacob Schiff, un miembro del MI-6⁴⁰. Tienen su cuartel general en el Hotel Astoria, en el centro de Petrogrado. Lo que sí te puedo asegurar es que es bastante amigo del príncipe Félix Yusúpov; al parecer mantienen relación, algo más que una simple amistad desde que se conocieran en la universidad de Oxford.

—No comprendo... ¿Quieres decir que son maricas?

—Interpretalo como quieras. Solo he dicho que mantienen algo más que una simple amistad.

—Serás cabrón. ¿Cómo lo sabes?

—Recuerda que una de mis funciones consiste en enterarme de cosas que no tengo por qué saber.

Sonrió.

—¿Y los lechuguinos de aquella mesa?

—¿Qué mesa? —Simanovitch me contempló con extrañeza.

—¿A ti qué te parece...? Sí, los de aquella en la que se ha sentado Jacob Schiff —sentía curiosidad, pues no pasaban precisamente desapercibidos. Con sus elegantes y entallados trajes, sus finos modales, se me antojaron pavos reales en un corral de gallinas ponedoras.

Simanovitch me exploró con estupor, se puso más tenso que la cuerda de una guitarra y alegó en tono serio:

40. Agencia de inteligencia exterior del Reino Unido. Responsable de espionaje.

—¡Esos... esos a los que tu llamas lechuguinos, son nada más y nada menos que algunos personajes del círculo aristocrático que rodea al zar! Aquel joven espigado es el príncipe Félix Yúsúpov, descendiente directo de los Khanes Nogai tártaros y biznieto del Rey Guillermo IV de Prusia, su fortuna es inmensa; a su lado está Vladimir Purishkévich, miembro de la Duma; el otro es el Gran Duque Dmitri Pávlovitch Románov.

—¿Y todos esos que has nombrado están en el comité de organización de este asunto?

—Puede. Me da la sensación de que nos estamos metiendo hasta el cuello en un feo propósito.

—¿Y la señora que acaba de recitar el poema? ¿Verdad que es encantadora? —por razones particulares tenía vivos deseos de conocer algo más de lo que su fachada exterior revelaba.

—¡Ah, sí! La poetisa Anna Ajmátova —apuntó Simanovitch algo más relajado, sin darle mayor importancia—. Es una dama muy considerada por algunos de los aquí presentes siempre que no sean rusos, pues estos la tienen por contestataria.

Capítulo 16

Fui testigo de cómo gentes de todo tipo acudían a Simanovitch, en busca de la recomendación o la mediación que los aproximara al starets. Rasputín residía en un apartamento de la calle Gorójovaia, y con él sus dos hijas, María y Varvara, que no se inmiscuían en los quehaceres del padre. La policía secreta rusa vigilaba noche y día, les protegía a instancias del zar. El acceso a su domicilio era el preludio para ganarse el favor de la realeza. Multitud de personas y personajes, tanto de alta alcurnia como de baja estofa, hacían cola para ser recibidos por el hombre santo; le realizaban todo tipo de peticiones y no eran pocas las señoras que acudían atraídas por su reputación sexual. Con todos ellos se mostraba en general pródigo y dadivoso; siempre se podía contar con el inestimable beneficio de su «consejo».

Transcurrían los días y Simanovitch tuvo que ausentarse. No me dio explicaciones ni yo se las pedí, pero en el tercer piso de la calle Gorójovaia se había dispuesto que me ocuparía, sustituyéndole, de la agenda de visitas de Rasputín. Tendría que anunciar a todos aquellos que tuvieran interés en ser recibidos por el starets.

Anochece, cuando se presentó una jovencita engalanada con un gracioso tocado y el rostro velado por un fino tul que dejaba entrever suaves rasgos; unos guantes largos se ajustaban a sus brazos; envuelta en generosas pieles que apenas ocultaban un complicado vestido de color lila adornado con rosetas y encajes. Me debió parecer seductora, aun cuando advertí cierta

pretenciosidad en sus ademanes como en la intención de recalcar su feminidad. El singular timbre de su voz, al pronunciar que la esperaba el starets, sin ser fastidioso no me resultó tan femenil, sí algo áspero y enigmático.

—¿A quién debo anunciar? —la requerí con gentileza, y me sorprendí a mí mismo al tomar conciencia de que estaba cotejando sus encantos con desfachatez temeraria.

—A Guelia Markízova —expresó la joven con deleite, quizá un poco burlona sacándome de mi estado hipnótico.

En un soplo y como fuere que Rasputín no estaba entregado a menester alguno, accedí a sus aposentos. Le hice saber que una dama de noble porte, que decía llamarse a secas Guelia Markízova, deseaba ser atendida.

Me dio la impresión de que al oír el nombre de la dama en cuestión, el starets sonreía —a lo cual no era muy dado—, al tiempo que de buen ánimo me espoleó para que sin dilación le franqueara la entrada. Lo hice con la mayor diligencia.

La reunión del starets con la damisela se alargó por más de dos horas y, en cuanto la vi salir, me apresté solícito y la conduje hacia la gran puerta de caoba que se abrió para mostrar las escaleras. Se deslizó por ellas con la pausada armonía de una colorida cabaretera, mientras yo la seguía con los ojos sin dejar de sonreír.

Unos días después, en concreto el diez de diciembre, aunque ya había pasado bastante tiempo desde mi primer encuentro con el británico Oswald Rayner, volví a tener noticias de él a través de una nota manuscrita. Me la entregaron en mano.

Leí el comunicado con vehemencia, solo un breve apunte: Oswald Rayner quería entrevistarse conmigo. Me convocaba para el día dieciséis en el cuchitril de Vladimir. A media noche.

Puse la cuestión en manos de Simanovitch; lo sondeé en la intención de comprender mejor los intereses de mi ocasional socio.

—¿Pero qué traman los británicos? ¿Por qué esa necesidad de deshacerse de Rasputín?

—Ya te lo aclaró Jacob Schiff —repuso paciente—. Es imperativo que los rusos sigan en la guerra, pues así se mantendrán divididas las fuerzas del ejército alemán en dos frentes. Los intereses británicos coinciden con los del príncipe Yusúpov, algunos aristócratas, y otros miembros del gobierno ruso que empiezan a odiarle y temen su creciente influencia en la corte. Desde que el zar abandonó Petrogrado para ponerse al frente de las tropas, el starets ha tomado el control casi absoluto al doblegar la voluntad de la zarina. Además, su excesiva potestad y actos de depravación y vicio le han granjeado una pésima reputación.

—Desde luego tiene sentido, pero ¿cómo es que el zar lo consiente?

—La zarina es la que lleva los pantalones y le cree un enviado del cielo para restaurar la salud de su hijo. Cualquier acusación contra el starets no pasa de las mesas de los funcionarios interesados, que no se atreven a actuar en su contra. Los que lo han intentado han perdido el favor del zar y la zarina, que no dan crédito a las noticias sobre sus excesos. Se está creando un clima de animadversión, sus orgías se han hecho tan públicas y notorias que escandalizan al pueblo. Además, como tú sabes —me miró inquisitivo—, con harta frecuencia se comporta como un bribón. Es un aldeano que es mirado con disgusto e incredulidad por muchos aristócratas; le consideran un advenedizo ambicioso y sin escrúpulos que ha alcanzado prerrogativas inimaginables.

Llegó el día y me emperifollé como si me hubieran invitado a una boda. Uno no podía ir con harapos a ver a un señor así. Barba acicalada y recortada con esmero, traje impecable con camisa y corbata a juego. Quería estar a la altura de mi flamante colega.

Pedí a Simanovitch que me llevara al encuentro, pero no presenciaría la reunión con Rayner, pues debía mantenerse al margen por su propia seguridad. Además, él mismo era demasiado inteligente como para no advertir que corría serio peligro.

En el trayecto, mientras mi camarada conducía, le quise poner al tanto, no niego que con cierta inquietud, de las citas de Rasputín:

—Por cierto... el otro día, cuando me dejaste a cargo de los compromisos del starets, se presentó una enigmática joven...

Simanovitch me lanzó una mirada divertida y para mi sorpresa la acompañó de una sonora carcajada.

—Ja,ja,ja...

—¿De qué te ríes si puede saberse? —pregunté suspicaz, refunfuñando—. Sí, una tal Guelia Markízova. ¿Qué tiene de gracioso?

—¿A ti que te parece? ¡Es que no te resultó bonita la dama! Claro que tú conoces mejor que nadie tus gustos en ese terreno. ¡Es sencillamente genial! Sabía que eras el hombre perfecto para este asunto.

—Bueno, digamos que era una mujer muy atractiva —aseguré aturdido—, tenía buen tipo y no carecía de elegancia y distinción, mas no pude apreciar con claridad sus facciones pues se cubría el rostro con un velo.

Simanovitch soltó otra risotada como si hubiera dicho algo muy divertido. Evidentemente se desternillaba a mi costa. Finalmente, volvió la cara hacia mí con gesto benévolo:

—Tenías que haberle metido mano entre las piernas. ¡Pero seguro que Rasputín, hechizado por sus encantos, lo hizo por ti! —sus palabras tuvieron una vivacidad ridícula.

—El caso es que... ¡Ah, ya lo pilló! ¡No me digas que era un hombre! Ya me pareció su tono de voz poco delicado —declaré desconsolado.

—¡Pues claro alma de cántaro! Parece mentira. Podría haberte ahorrado todo eso, sin embargo, pensé que sería mejor que lo vieras con tus propios ojos. Se trata del príncipe Félix Yusúpov; debe tener toda una colección de pelucas, vestidos de fiesta, abrigos de piel y zapatos de tacón alto. Con frecuencia se maquilla y entrega a la animada vida nocturna de Petrogrado para sostener afiebrados coqueteos con los hombres. A Rasputín le encanta y lo recibe de vez en cuando; no puedo asegurar si llegan o no a mantener algún tipo de relación, pero tampoco me extrañaría. Solo los más allegados conocemos las andanzas del príncipe y no debemos hacernos eco de ellas, pues nos podría costar la cabeza.

Ya me podía considerar un cliente asiduo de la taberna de Vladimir, plagada como siempre de tipos animados, vocerío, música estridente. Allí me planté a media noche. Afortunadamente no estaba Rasputín.

Aquel desbarajuste formaba parte del ajetreo nocturno; el ambiente estaba en su punto álgido. Los retales de seda pululaban a discreción, abundaban los hombros desnudos y algunas piernas femeninas al descubierto. Una multitud se agitaba y era difícil moverse.

Dos señoritas se me acercaron, repartí unas monedas y gentilmente decliné sus mimos. Con las mismas, solicité la compañía de una botella de vodka y llené un buen vaso que me aclaró el

reseco gaznate. En la espalda, me regocijé, notaba el peso de un compañero fiel con el que hice prácticas de amistad en un bosque cercano, por si precisaba de su amparo: un revólver Nagant, M1895, calibre 7.62 con su tambor de siete cartuchos. Me lo había facilitado Simanovitch. Escruté el tugurio a la búsqueda de fisgones de la Ojrana, mas no los advertí con tal confusión.

No tuve que esperar mucho, solo quince minutos, para que apareciese mi «secuaz», Oswald Rayner: vigoroso, atlético, curtido, alto, de mentón robusto y aires aristocráticos. Nada más llegar a mi altura, me ofreció su mano y noté como a mí me gusta un breve pero contundente apretón. Sin más preámbulos se sentó a mi lado, al tiempo que daba las buenas noches e iniciaba la conversación.

—Señor Jellinek ¡qué tal! —dijo permitiéndose la licencia de echarse un buen vaso de vodka y de colmar el mío que ya estaba casi vacío.

—¡Bien, señor Rayner! —le correspondí complaciente y encendí un cigarrillo.

Otra fulana que libaba por las inmediateces hizo amago de acercarse, tratando de embaucarnos con sus zalamerías, pero al ver la mirada de desprecio con que Rayner la gratificó, debió pensárselo y aleteando se fue en busca del néctar de otra flor. Se alejó adentrándose en la febril actividad de la colmena.

—¿Qué hora es? —quiso saber Rayner.

Miré de soslayo mi reloj bajo el mortecino brillo de la lámpara:

—Las doce y media —contesté—. Perdone... ¿acaso tiene otra cita?

—No, es que pensé que era más temprano. Me alegro de estar aquí, estoy ansioso por tratar la cuestión que nos ocu-

pa —al decirlo arqueó levemente los labios. Pude apreciar una vaporosa sonrisa.

—Desde luego, ¡cuanto antes mejor! —le animé—. Estoy realmente intrigado, quisiera conocer los pormenores que me atañen en esta historia.

—Le resultará pueril —usó Rayner un tono amistoso—, pero creo que entre nosotros no hay que ocultar detalles. Mi jefe, John Scale, ha acordado con el suyo en aras del bien común, que trabajemos juntos para eliminar a Rasputín. ¿Qué opina del asunto?

No entendí la pregunta al final de la frase. Me sobrevino la sospecha de que me ponía a prueba.

—Perdone, pero lo que a mí me parezca carece de importancia —mentí como un bellaco—, pues supongo que las decisiones las toman arriba con visión más reflexiva y acertada que la mía. Le confieso que mi voluntad está supeditada a mi deber.

—Comprendo..., dispéñeme —titubeó Rayner y se echó hacia atrás cruzando sus largas piernas—. Como sabrá —prosiguió—, Rasputín es una mala influencia para el zar, pues de continuo le incita a dejar a sus aliados en la estacada; pero sobre todo es fatídico para la zarina, que lo apoya y defiende fervorosamente porque supuestamente consiguió mejorar a su hijo, el zarévich Alekxéi, de las hemorragias que le produce su enfermedad.

—Disculpe, pero esos aspectos los conozco bien. Dígame. ¿Cómo han pensado liquidar a Rasputín sin que seamos apresados y torturados? Temo que no será cuestión fácil, pues siempre lleva guardaespaldas de la Ojrana. Personalmente estimo que sería tremendo fracasar, que se conociera que un judío ha intervenido, pero supongo que para ustedes los ingleses, aliados del zar, tampoco sería una bicoca que les pillasen.

—Usted y yo salvo causa mayor no actuaremos directamente. Cuento con algunos personajes del círculo más allegado al zar, que han tomado la decisión de acabar con la tiranía de Rasputín. El príncipe Félix Yusúpov y su amigo el Gran Duque Dmitri Pávlovitch Románov están dispuestos a ejecutarle, pero precisan de nuestro apoyo, de que tracemos un plan adecuado. Colaborarán y harán lo que les pidamos.

No pude evitar una generosa sonrisa. ¡Menos mal que no solté una carcajada!

—¡Válgame Dios! ¿Usted cree que Yusúpov tendrá suficientes arrestos para asesinar a nadie? Sus costumbres sexuales no me conciernen, a mí no me importa, pero en confianza le aseguro que es una loca escotada que ha tratado de lavar su imagen casándose con una de las sobrinas del zar. No es otra cosa que un homosexual de armario que corre por las heladas calles de la ciudad. Además..., ¡está liado con Rasputín!

Oswald Rayner me miró atónito, se puso rojo como un tomate. Realmente parecía contrariado, por un momento pensé que perdería su envarada compostura británica —lo cual me importaba un bledo—. A pesar de todo, aguantó flemático la embestida y replicó con acritud:

—Me es indiferente la tendencia sexual de Félix Yusúpov, es mi amigo y... —hizo una pausa para tomar aire—, créame cuando le digo que odia profundamente a Rasputín. Opino que sus observaciones han sido impropias de un caballero, que está de más juzgar al prójimo tan solo por apariencias.

Quedé estupefacto, la cabeza me zumbaba a causa de ello. La actitud de Rayner me sacó de quicio: ¡llamaba apariencias a las evidencias y me acusaba de valorar comportamientos que nos podrían costar el cuello! A pesar de todo, traté de contemporar para salvar la relación. Aunque no me considero

versado en diplomacia, cuando quiero puedo ser más falso que Judas.

—Perdone..., espero que mi comentario no le haya resultado injurioso, no era mi intención. No acabo de entender cómo podremos fiarnos de un señor que se convierte en dama al oscurecer para dar rienda suelta a sus devaneos e intimar con el presunto odiado. Me parece un juego peligroso; yo no pondría la mano en el fuego por un tipo así. En mi trabajo se suele encontrar un poco de todo, y si uno no aprende a tener en cuenta los detalles nunca llegaría a ninguna parte. Es una cuestión de principios, porque una cosa así nos puede traer problemas...

—Señor Adolf, a fe mía que de usted también se podría decir que confraterniza con el enemigo —dijo Rayner encrespado—. ¿Podría explicarme si no es bien cierto que sirve a Rasputín y en cambio está dispuesto a asesinarle? Usted, más que nadie, debería saber que nuestro trabajo requiere de esfuerzos adicionales que nos obligan a transgredir las reglas de conducta y, si lo exige la patria, recurrir al engaño y la traición. Estoy acostumbrado a oír los secretos de la gente y habituado a tener la boca cerrada. Si un hecho no tiene relación directa con el caso, no me sirve para nada.

Sin duda no había obtenido el resultado apetecible. Rayner se había enojado, se acababa de lanzar por un tobogán demasiado escorado, pero ahora me tocaba a mí tragarme sus palabras. De momento preferí obviar sus ofensivas y sopesar la posibilidad de que el ácido que le había obligado a expulsar lo amordazara.

Felizmente, mi compinche, tomó conciencia de su desatino y fue lo bastante sagaz como para suavizar el tono, aparcarse su insolencia y frenar a tiempo. Tenía las aletas de la nariz contraídas, sus ojos se habían oscurecido. Agregó tras una breve y angustiosa pausa:

—Bueno, no tiene importancia, ya sabe usted como son estas cosas, no sé cómo decirlo. En fin..., creo que estamos convirtiendo una menudencia en tragedia, tenga la bondad de escucharme y no disputemos, no merece la pena. ¿Supongo que estará de acuerdo?

Aunque en el fondo me la traía al paio, antes de seguir por el mismo camino, me lo pensé dos veces y también quise dar por zanjada la cuestión, enterrar el hacha de guerra, que de continuar no nos llevaría a buen puerto. Acudí por necesidad a la indulgencia:

—¡Desde luego! —exclamé en tono más distendido—. Me gustaría oír lo que tenga que decir. Imagino que conoce al príncipe Yusúpov mejor que yo y responde por él. Tendré que confiar en usted. Espero y deseo que tenga razón, o de lo contrario nos encontraremos con un sinfín de quebraderos de cabeza.

—Sin duda —alegó Rayner algo más sereno—. De hecho ya tenemos un proyecto para acabar con el starets; no obstante necesitaremos de su colaboración. Usted tiene acceso directo a él, sin su contribución resultaría muy complicado llevarlo a cabo.

—¿Y cuál es el plan? —le miré a los ojos tratando de que recuperara en mí la confianza extraviada.

—El príncipe Félix lo atraerá sirviéndose de su esposa, la princesa Irina Alexándrovna Románova, como cebo. Le hará saber que ella le tiene en gran estima y ansia conocer si sus poderes sanadores podrían mitigar las insoportables jaquecas que la aquejan. Propondrá, como condición para dejar que la princesa se ponga en sus manos y salvar de paso su reputación como marido, que la reunión sea totalmente confidencial y se deshaga de la escolta. Conseguido lo cual, usted que mantiene trato diario con él, deberá estudiar la manera de distraer a la

Ojrana para que en el momento preciso pueda salir de su madriguera y dirigirse al encuentro de la dama.

Aunque la idea no se me antojó descabellada, aun así, puse reparos:

—¡Pero Rasputín recelará, se amedrentará ante la posibilidad de una encerrona! Si le piden que la escolta sea burlada, sabe de más que quedaría a merced de sus posibles enemigos. No para de repetir que teme por su vida.

—Creemos que no sospechará —añadió Rayner—. Félix Yusúpov conoce de buena tinta, que desea fervientemente mantener relación íntima con su esposa. Señor Adolf..., ¿qué otra cosa le puedo decir? Irina es una belleza, una criatura celestial sobre la que ese libertino desea poner sus garras como ha hecho con otras ilustres señoras.

Capítulo 17

Procuraba no implicar a Simanovitch, sin embargo, precisaba de su mediación para poder concretar el plan que dejase fuera de juego a los perros del zar. Debía conseguir que el starets saliese de su guarida sin ser visto y conducido a un funesto final.

—Por pura casualidad..., ¿no hay alguna manera de llegar al apartamento de Rasputín sin tener que pasar por el portal principal?

Simanovitch se rascó la incipiente barba, reflexionó un momento mientras rumiaba la respuesta.

—Bueno..., aunque sé muy bien lo difícil que resultaría, hay una puerta en la cuarta planta que habitualmente está cerrada y lleva al inmueble colindante. Ya no se utiliza, pues la Ojrana la inhabilitó por seguridad, pero hasta hace bien poco ambas construcciones estaban conectadas por ahí.

—¿Se podría volver a abrir?

—No sé quién tiene la llave, pero creo que te las arreglarás muy bien —fue su respuesta.

—¡Genial! Lo intentaré.

Mientras planeaba los detalles, decidí verificar lo que Simanovitch me había sugerido. Como siempre, los de la Ojrana se situaban en el pasillo que conducía al domicilio del starets y controlaban a todo el que entraba y salía. Si sospechaban de alguien lo cacheaban, salvo a las damas claro está.

Aquella misma tarde, cuidándome de pasar desapercibido, aproveché un descuido. Acerté, pues hallé la puerta en cuestión

y forcé la cerradura con una ganzúa. Para mí fue un simple truco del oficio. La dejé entreabierta, sin que a primera vista se notara la operación, y pude confirmar que efectivamente conducía al edificio anejo; de hecho bajé el largo tramo de escaleras con tal suerte que no tropecé con nadie asegurándome de que desembocaba en un callejón cercano alejado de miradas indiscretas.

En la mañana del veintiocho de diciembre, Simanovitch me advirtió de que Oswald Rayner deseaba reunirse de nuevo. Esta vez junto a la columna de Alejandro, situada en la plaza del Palacio de Invierno, un edificio de estilo barroco que se distingue por su color verde llamativo.

A las doce del medio día, hora convenida, me hallaba en aquella inmensa explanada a diez grados bajo cero abrigado con todo lo que pude encontrar. Aun así me tableteaban los dientes y a mi cuidada barba se adherían inmisericordes los copos de nieve. La nevada, un grueso manto, destacaba aún más la belleza del Palacio que fue construido para la emperatriz Elizabeth, la hija de Pedro el Grande, y desde entonces servía de residencia a los zares de Rusia. En el centro del foro se encuentra la aludida columna sustentada por su propio peso. Se trata de una inmensa mole de granito rojo, coronada por un capitel de bronce a su vez culminado por la figura de un ángel que sostiene una cruz. Una altura total de más de ciento cincuenta pies.

Oswald Rayner apareció puntual y elegante, enfundado en un hermoso abrigo de fuina y un estupendo gorro que le cubría hasta las orejas; «un tipo práctico y con clase», pensé nada más verle llegar.

Nos saludamos siguiendo el protocolo habitual:

—Adolf, ¿qué tal está usted? Me congratulo de su puntualidad, no entiendo esa costumbre de comparecer tarde que para algunos parece inevitable —apuntilló con cierta vehemencia.

—Bien... estoy bien. ¿Y usted, señor Rayner? —le correspondí sin más.

—Lamento hacerle salir con este tiempo, pero todo se ha dispuesto para la media noche de mañana. Antes de esa hora deberá estar Rasputín en el palacio de los Yusúpov, junto al malecón del río Moika. Solo nos hace falta conocer, salvo que usted lo haya averiguado, cómo podrá el starets dejar su apartamento sin que la Ojrana sospeche.

—Bueno..., detonaré a la hora que usted me indique una pequeña cantidad pólvora en el zaguán del edificio. Que no cause daños, pero que al estallar se alarme la escolta y con suerte baje a comprobar lo ocurrido. Rasputín, cuando advierta el estruendo, aprovechará la ausencia de los guardaespaldas y resuelto correrá hasta la cuarta planta. Allí, al fondo, hallará una puerta que posibilita el acceso al inmueble colindante. Acto seguido podrá descender por las escaleras y alcanzar la calle.

Rayner, conforme con la propuesta, hizo un gesto de regocijo:

—Es curioso, parece fácil... ¡muy fácil! —enfaticó entusiasmado—. Le felicito. ¿Qué otra cosa puedo decir? No sabe cuánto se lo agradecemos y lo muchísimo que valoramos su esfuerzo.

—Claro, muy amable. Gracias. No hay problema. Pero ¿después qué?

—Únicamente le ruego que tras explotar el artefacto, lo que deberá producirse exactamente a las veintitrés horas, usted se dirija y me aguarde junto al palacio Moika. Allí permaneceremos hasta que sea ejecutado. Después nos desharemos del cadáver. ¿Puede hacerlo?

—Sin duda —dije forzando una sonrisa.

—¿Está seguro, Adolf?

—Sí, lo estoy. ¿Quiénes le ajusticiarán?

—Como puede imaginar, Yusúpov ya ha convencido al starrets para que mañana se desplace a palacio y se entreviste a solas con Irina. El doctor Lazaver será el encargado de poner cianuro en el vino y en unos pasteles a los que es muy aficionado, y que no dudará en saborear. También estarán: Vladimir Purishkévich, miembro del parlamento ruso; el Gran Duque Dmitri Pávlovitch, primo del Zar; y el teniente Chakotin, amigo de Yusúpov. Así que tan solo hace falta que Simanovitch sirva de mensajero e indique a Rasputín el procedimiento a seguir para burlar a los esbirros de la Ojrana. En la calle, a la vuelta de la manzana, aguardaré en un automóvil junto a Yusúpov y lo trasladaremos a palacio para el fatal encuentro.

—De acuerdo —apostillé sin más.

Pasé la mañana del día veintinueve de diciembre fabricando un buen triquitraque; lo aderecé con la pólvora de varios cartuchos que destripé; y sería contundente pero en absoluto dañino, salvo que se sentaran sobre él. Después, sobre el medio día, mientras Simanovitch distrajo a los tipos de la Ojrana, volví a recorrer pacientemente el itinerario que debería hacer Rasputín. Me cercioré de que la puerta seguía abierta. Todo estaba en orden.

Hay que tener un punto de insensibilidad para dedicarse a este trabajo, pero enfrascado en mis reflexiones quise pasar las horas previas a solas, encontrar el valor y razonar sobre el acto en el que iba a intervenir. Al fin y al cabo, me repetía a mi mismo tratando de insuflarme valor: «¿Quién es Rasputín?». Le había tratado, era tan solo un hombre. No tenía nada personal contra él, pero tendría que morir. De ser necesario yo mismo le ejecutaría.

El starets era como Rusia: duro, supersticioso, un mujik que amaba y odiaba al límite. Decían que cuando mendigó por los campos los aldeanos le brindaron cobijo y comida, que pagaba el amparo ofrecido por los más pobres ayudándolos a mejorar o a curar sus enfermedades y preocupaciones. Siendo un iletrado se sabía de memoria las Sagradas Escrituras y las interpretaba de tal forma que dejaba estupefactos a los jerarcas más doctos. Fue admitido por la zarina y el zar en palacio para poder asistir al zarévich, enfermo de hemofilia. Rasputín los llamaba papá y mamá demostrándoles respeto y amor, y ellos se referían a él como nuestro amigo.

Místico, vidente tocado por la mano de Dios, para unos; loco, incontinente sexual, monstruo de lujuria al que no era raro ver borracho y frecuentando lupanares en compañía de prostitutas, para otros. Pero me consta que ayudaba a mucha gente y que nunca deseó la guerra. No considero que fuese más abyecto que esos aristócratas decadentes, sanguijuelas del pueblo ruso.

Serían las diez de la noche, cuando me dirigí a la calle Gorójovala número sesenta y cuatro. A las veintitrés horas, como se había acordado, me acerqué y encendí la mecha del artificio que llevaba conmigo. Desde allí se abarcaba una buena vista de todo el vestíbulo. Lo lancé al interior. Después me alejé precipitadamente y..., al poco, oí la detonación. No miré atrás, pues debía estar lo antes posible en las inmediaciones del palacio de Yusúpov. Era una noche fría y algunos copos algodónados revoloteaban macilentos a la deriva, los arrastraba una perezosa brisa, mientras yo corría como una exhalación al encuentro de Rayner.

A Oswald Rayner lo encontré impasible, sentado al volante de un automóvil que había estacionado en los aledaños del palacio. Parecía acartonado, la mirada extraviada. Ante mi pre-

sencia ni contestó al saludo ni me cuestionó por nada. Cuando encendí un cigarrillo, le ofrecí el paquete. Lo rechazó con un gesto de la cabeza. Me limité a arrellanarme junto a él y permanecimos taciturnos, pendientes de los que en el interior del palacio debían acabar con el *starets*; expectantes e impacientes a que ocurriera lo inevitable.

Pasaban las dos de la madrugada —la luna tenía luz propia pero no iluminaba nada, era como mortecina—, cuando percibimos al menos dos detonaciones de pistola o revólver. Alertados contemplamos cómo una silueta recorría titubeante el jardín del palacio, a contraluz era difícil vislumbrar sus rasgos, mientras varias sombras la seguían. Luego se desplomó sobre la nieve en conjunción con el estallido de otro disparo. Nos precipitamos fuera del coche. Era Rasputín el que yacía al final de un reguero de sangre. Boqueó una, dos, tres veces, y por primera vez en todo aquel rato sentí miedo. Balbuceó sus últimas palabras, vagas, inconexas, tratando en vano de decir lo que fuera.

—Es un animal peligroso, una bestia abyecta, un ser diabólico y brutal. No había forma de acabar con él y casi consigo huir —dijo en cambio Yusúpov.

El *starets*, ensangrentado y con la cara blanca como la muerte, se ahogaba en la propia sangre que a borbotones asomaba por la comisura de sus labios. La nieve había quedado densamente teñida, formaba un inmenso óvalo rosáceo a su alrededor. Aun cuando sus ojos vidriosos me miraron, no leí en ellos señal alguna de que me reconociera. Rayner extrajo su revólver, un Webley 455, e impertérrito le descerrajó un tiro entre ceja y ceja.

En las sombras del alba el viento arreciaba, aullaba arrastrando con él cortinas de nieve, mientras lo arrojábamos al helado Neva que lo acogió en su seno. Era 30 de diciembre de 1916.

Fue enterrado Rasputín en el parque del palacio de Alejandro, donde vivían los zares. Su cadáver fue profanado el once de marzo de 1917, después de la revolución de febrero. Finalmente el jefe del gobierno temporal, Alexander Kerenski, ordenó desenterrar el cuerpo y quemarlo. Catorce meses después de su muerte, Rusia firmó la paz con Alemania; cuando ya la victoria aliada era inevitable.

Capítulo 18

En el horizonte afloraron sombríos nubarrones, cuando a los pocos días el cadáver de Rasputín emergió del río Neva. La Ojrana, espoleada por los incondicionales del starets y la zarina, no suspendía las averiguaciones. Simanovich sugirió: «Quien cambia de lugar cambia de suerte». Así entendí que debía ser, al menos por una temporada, y huí como un animal acosado.

A comienzos de 1917 llegué a Suecia, pero no me sentía cómodo en un país tan gélido como sus gentes. Sin pensarlo, embarqué en Gotemburgo y logré arribar a Hull en la costa norte de Inglaterra, desembocadura del río del mismo nombre, estuario de Humber. Atravesé entonces la isla de Gran Bretaña de este a oeste hasta Liverpool, y aquí conseguí con suerte un pasaje en un navío de la compañía Wilson Line rumbo a Nueva York. Iba a América con el escaso dinero que me habían facilitado. Mi intención era localizar a Jacob Schiff, pedirle ayuda y refugio.

Ellis Island, bajo la sombra de la Estatua de la Libertad, fue para mí la puerta de entrada a Estados Unidos. Contaba con una instalación principal donde se realizaban todo tipo de trámites y controles a los inmigrantes, un hospital para cuidar a la gente que llegaba enferma con zonas destinadas a las dolencias contagiosas, y, cómo no, un puerto. Después de una travesía en condiciones inhumanas, a diferencia del resto de pasajeros de primera y segunda clase, al llegar a Nueva York los de tercera fuimos transportados a Ellis para ser sometidos a revisiones sa-

nitarias. Nos obligaron a desembarcar y atravesamos un calvario, todo un proceso de inspección. Así eran las cosas.

La isla de Ellis también era conocida como la isla de las lágrimas, porque a muchos de los que habían cruzado el océano no se les permitía la entrada al país a pesar de que lo veían y casi tocaban con las manos.

Tras no pocas penalidades, fue un milagro, me afiqué en Manhattan, situada en la desembocadura del río Hudson en el norte del puerto de Nueva York. Allí, era uno de los distritos metropolitanos que formaban la ciudad, los italianos se asentaban en los barrios de East Harlem y Little Italy, los irlandeses en Hell's Kitchen, los alemanes en Yorkville, los chinos en Chinatown, y los judíos, a ellos les tocó el este del Lower Manhattan, el Lower East Side⁴¹. La peor fama la tenía la judería del Lower East Side, que era el barrio con mayor densidad de población, también uno de los más castigados por la delincuencia y las epidemias. En unas pocas manzanas se hacinaban miles de inmigrantes, sobre todo, de Europa del Este. Miseros junto a los muelles.

¿Qué decir de Nueva York? Me gustaba aquella ciudad, su arquitectura impregnada de modernidad, su locura. El Puente de Brooklyn ofrecía la portentosa ilusión de una tela de araña generada por el cruce de los cables que sostienen su calzada. La iglesia de San Pablo, entre rascacielos, parecía insignificante. Park Row, con más de trescientos pies de altura, se distinguía

41. El puerto de Nueva York, fue el escenario de la llegada de millones de personas que acudían a América trayendo consigo sus costumbres, tradiciones e historias diferentes. Primero irlandeses y luego los alemanes escapando de la pobreza. A finales del XIX fueron los judíos y otros de la Europa Oriental quienes huían de la opresión política. Muchos se asentaban en el "Lower East Side" de la ciudad. Los suburbios eran el punto de encuentro de multitud de nacionalidades.

por sus dos cúpulas y unas cariátides que adornaban la entrada; me recordaban a las que en fotos había visto y que sostienen el Erectión de Atenas. Detrás, a la izquierda, se alcanzaba a ver parte de la American Tract Society y otros como el Woolworth.

Un mundo complejo, su ajetreo ¡increíble! La metrópoli estaba tan segregada, que hasta las profesiones se dividían por nacionalidad: los irlandeses ejercían el monopolio entre policías, bomberos y transportistas; los italianos en los muelles y obras en construcción; los judíos dominaban el sector textil y las lavanderías. La política municipal también se decidía en gran medida por el voto étnico: cuando se presentaba un candidato irlandés contaba con el apoyo de toda la comunidad irlandesa; cuando lo era un italiano, contaba con el voto de los italianos.

En el barrio de Lower East Side me hice, casualmente pues no era fácil moverse en este ambiente, con una plaza en un albergue para inmigrantes. Naturalmente era una casa de vecinos en Bayard Street, donde un grupo de doce hombres compartíamos una habitación de escasos metros. Por unos pocos centavos de dólar diarios, al menos tenía cobijo. El olor a humanidad lo impregnaba todo, y la fetidez más insultante acabó por resultarme natural. Nunca había sufrido semejantes condiciones de miseria. Desde el primer día tendría siempre presente la intención de salir de allí a cualquier precio.

El poco dinero que me quedó, después del viaje, tuve que doblar los billetes e introducirlos en una cápsula que de forma humillante me alojé en el ano. Varias veces y a punta de navaja, me atracaron e intentaron desvalijar. Averigüé que el proceso de ser engañado, robado, estafado y burlado, constituía una intrincada parte de la existencia en Norteamérica.

La cochambre en las calles de Lower East Side era deprimente, no parecía haber ley alguna. Miles de niños sin hogar

pululaban a menudo abandonados por sus padres. Una muchedumbre, al amanecer, serpenteaba como podía a la búsqueda de sustento en un mundo al borde de la hambruna y la barbarie. La extrema riqueza y la indigencia parecían no estar distantes si levantabas la cabeza y oteabas el horizonte. Desde allí se adivinaba una civilización urbana más refinada y discreta, que solo los elegidos acabarían por gozar.

Quedé sorprendido por la abundante presencia de judíos ortodoxos de la rama jasídica en esta colmena letal. Todos sus negocios tenían los rótulos en hebreo, y en muchos casos también en yiddish; respetaban el Sabbat y vestían: ellos sombrero y abrigo negro, no se rasuraban la barba y se dejaban crecer mechones largos de pelo a ambos lados de la cabeza delante de las orejas, que solían arreglar, aún hoy en día lo hacen, como caireles. Ellas no podían mostrar el cabello y lo ocultaban con un pañuelo o peluca, la falda por los tobillos y tupidas medias. Los jasídicos, por cierto, son contrarios al sionismo, ya que creen que el pueblo judío solo debe retornar a la Tierra Santa con la llegada del Mesías.

Mientras los chiquillos desarrapados de pies pequeños y encallecidos correteaban descalzos, los vendedores ofrecían en carros junto a las aceras todo tipo de mercaderías. Entretanto, las fulanas ocupaban las esquinas y se pavoneaban a la búsqueda de clientes. En las tascas, abarrotadas de vagos y maleantes, era bastante común que algunos hicieran sus necesidades en las escupideras que colgaban para no perder su sitio en el mostrador. Lower East Side era una original urdimbre donde rivalizaban y se enfrentaban, a veces violentamente, diferentes grupos étnicos; pero también se amalgamaban las razas: africanos, irlandeses, ingleses, judíos e italianos, que descendían en su mayoría de los antiguos ha-

bitantes del distrito de Five Points⁴², arrasado treinta y cinco años antes en un esfuerzo por erradicar la delincuencia. Con la demolición de Five Points no se venció al lumpen, ya que las clases pobres simplemente se mudaron al vecino Lower East Side. El delito campaba por doquier: asesinos, pillos, bribones, ladrones, rufianes y proxenetes, eran moneda corriente. Un descenso a los infiernos.

¡América, América, América! Desde el primer instante percibí la sempiterna cantinela de que imperaba la ley del más fuerte, y me hice con un arma de fuego: una Webley Pocket Mark III, calibre 38. La conseguí por tres dólares. No era ninguna maravilla, pero estaba en buen estado. Me la facilitó un chico judío con el que hice buenas migas. Recuerdo que su físico aún desafiaba a la pubertad, delgado y más pequeño que sus compañeros con los que le veía gandanejar, pero con reputación de iracundo y corajudo en las peleas callejeras. Lucía gorra de color indefinible, enormes y herrumbrosas botas, chaquetilla deshilachada, pantalones descosidos por las rodillas y martirizados por la suciedad. Meyer Lansky, dijo llamarse.

Varios meses después de mi llegada era habitual que me pasara confiado e incauto por el Lower East Side, que visitara los antros a la búsqueda de cualquier trabajo. Subsistía como podía, pero evitaba delinquir. No perdía la fe.

42. Barrio marginal antiguamente ubicado en la intersección de la calle Worth (originalmente calle Anthony), la calle Baxter (originalmente calle Orange) y un sector demolido de la calle Park, en Manhattan, Nueva York. El nombre Five Points deriva de las cinco esquinas que forman esta intersección. El vecindario se formó alrededor del año 1820 cerca del antiguo lago colector de la ciudad, el cual tuvo que ser drenado debido a un grave problema de contaminación. En Línea: [https://es.m.wikipedia.org/wiki/Five_Points_\(Manhattan\)](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Five_Points_(Manhattan)) [Consulta 03/01/2017].

Y sí, así fue, justamente estaba en la taberna aquella mañana de septiembre en la que desde el mismo amanecer las nubes se cernían amenazantes en el horizonte y principiaron la descarga de un aguacero tedioso que restallaba sobre tejados y callejones, cuando apareció aquel tipo hosco que no iba mal vestido si se le comparaba con el resto de la fauna local. Ante él, al atravesar con su séquito y aires de grandeza el umbral de aquel santuario a la podredumbre, todos se echaron a un lado. Tenía la cara picada por la viruela y, aunque aparentaba ser algo más joven que yo, advertí en él esa actitud arrogante y malencarada que demuestran los de baja estofa cuando se sienten arropados por sus correligionarios.

No sabría determinar el motivo, pero al pasar junto a mí me mascó con la vista y escupió deliberadamente a mis pies. Lo ojeé yo a él también con descaro y, sin mediar otro diálogo que el visual, me apartó de su camino con un empujón llamándome cerdo judío.

Empezó a latirme el corazón con violencia. Ciego de ira, apreté los dientes y decidí actuar con severidad. Me disponía a reprender su desdén, cuando reparé que en sus manos centelleaba amenazante una navaja. Con tal viveza la manejó, que de no apartarme al instante me habría ensartado. Al esquivarla, eché mano a la espalda y saqué con inaudita rapidez mi revólver, le apunté a la sesera. Me había subestimado y eso fue una gran equivocación. Se quedó paralizado, puso cara de póquer al verse encañonado, mientras yo permanecía muy rígido.

El fulano, primero carraspeó, luego aulló:

—¡Quién cojones es este tarado que se atreve a encararse conmigo! —me contempló confundido, sudoroso, con aquellos ojos oscuros y profundos que parecían poseer una facultad hipnótica.

En aquel momento surgió Lansky como por arte de magia, pues ya se consideraba por propia iniciativa mi amigo, y con un valor pasmoso a pesar de su juventud se interpuso entre ambos.

—¡Tranquilo Adolf! Lucky es mi socio, por favor no malgastes munición.

Sin apartar la vista del arma que yo empuñaba, el tal Lucky se carcajeó ante mí como si no hubiera oído lo que acababa de decir Lansky e hizo un ademán despectivo mientras gritaba:

—¡Eh, dile a este hijo de perra que aparte el hierro de mi jeta! ¡Quita a este loco cabrón de mi vista!

El silencio, una tensa expectación, se impuso entre los borrachines que se habían sentido atraídos por el barullo, cuando Lucky en un alarde de estúpida frialdad encendió un cigarrillo muy despacio como si se tratara de un ritual, y me lanzó una bocanada de humo a la cara.

—¡Pero, dispara coño! —me retó farruco y avanzó un paso más hacia mí, desafiante, arqueando las cejas. Había algo en aquel hombre, una especie de bestia que me infundió pavor y repugnancia.

Ya comenzaba a sentir los primeros cosquilleos de la adrenalina en mis venas, cuando Meyer Lansky me sujetó sin violencia. Advertí en sus ojos un tono de sincera súplica:

—Adolf, guarda el arma, Lucky es un gran tipo —a renglón seguido instó al camarero—. ¡Pon Whisky, Howard!

Estuvo diligente Howard —un tipejo atezado, escuchimizado, de unos treinta años, en cuyos ojos legañosos se reflejaba la codicia—, arrojando sobre el mostrador con ímpetu tres vasos inmundos colmados de licor.

Me calmé cuando pude apreciar, que el rufián que se había encarado conmigo con ansias depredadoras a pesar de su torva

mirada también pareció aflojarse y poner a buen recaudo la navaja.

La inquina que nos había atrapado se fue disipando desde que bruscamente nos echamos al colete las copas que había servido Howard. Lucky exigió entonces, sin dar tiempo a desenvainar de nuevo los sables y prescindiendo ya de sus frecuentes e insultantes miradas de resentimiento, una botella y tres vasos limpios. Aún estaban algo desabridos los ánimos, cuando nos fuimos a una mesa sin perdernos la cara. El gentío, defraudado, volvió a ocupar el mostrador y su rutina.

—¿Quieres trabajo? Parece que tienes cojones —me soltó Lucky tras un sonoro bostezo, de sopetón, con ojos vidriosos y dando a entender que lo sucedido era agua pasada.

Cuando Howard hubo traído la botella de whisky, me llenaron el vaso y bebí un largo sorbo mientras reflexionaba el ofrecimiento.

—¿Y qué clase de trabajo es? No me vendría mal, estoy sin blanca —dije más distendido, pero aún suspicaz. Me había sentado a la mesa obligándome a fingir animación.

—El negocio es bien sencillo, pero arriesgado. Es algo que hay que tratar con cierto grado de cautela —comenzó a explicar Lucky, al tiempo que entreabrió los labios y mostró unos dientes de lobo—. Te llevarás el tres por ciento de cada cobro si te ocupas de recaudar la renta a los comercios de Lower East Side. El cabrón que hacía ese trabajo pasó a mejor vida, me robaba. Al que se niegue le rompes las piernas, o te lo cargas, según te parezca. Pero... ya sabes: siempre será mejor un tullido que paga poco, que un muerto que no da provecho —algunos fisgones que se mantenían atentos prorrumpieron en palmo-teos y risas ante el gracioso comentario, los más comedidos en murmullos de aprobación. Una puta flaca, negra de cojones

y con las tetas caídas, soltó una risotada dejando entrever sus encías descarnadas.

—Supongo que no es cosa mía —terció Meyer Lansky en medio de la conversación—, pero si así lo quieres el amigo Bugsy te puede echar una mano. Le gusta solucionar problemas arrimando fuego. ¡Eso acojona, eh! —al decirlo sus taimados ojillos se iluminaron.

Meyer Lansky tenía pasta de líder. Un imberbe con agallas, que a pesar de su tierna edad tenía su propia banda. Bugsy era uno de los suyos, más joven que él pero espigado. Quizá no tendría más de doce o trece años. También descendiente de judíos rusos.

Aun siendo tan solo un muchacho, Bugsy Siegel ya había demostrado su talento y brutalidad en la extorsión por encargo: incendiaba los puestos de los comerciantes con ayuda de otro compinche, uno de esos muchachos atolondrados, Moey Sedway, si no apoquinaban la cuota exigida.

La amistad, entre Meyer Lansky y Bugsy, se había fraguado hacía no mucho a raíz de un favor. En una trifulca, Lansky disparó un arma de fuego que llevaba y apareció la policía; Bugsy logró esconderla a tiempo salvándole el pellejo.

La calaña de mis nuevos socios no tenía límites, eran auténticos depravados sin escrúpulos, organizados en bandas que aprovechaban la miseria y el desamparo de los inmigrantes. Pero si querías sobrevivir en semejante jungla, tenías que estar a bien con ellos y jugar tus cartas sin pudor. La vida de un hombre, se decía en el Lower East Side, por mucho que costase valía menos que el volumen de aire que desalojaba.

Medité la respuesta antes de contestar a la proposición de Lucky, justo lo que tardé en apurar otro vaso de Whisky:

—Creo que de momento prefiero dedicarme a algo más tranquilo, aunque sea menos provechoso. Me gustaría trabajar en la construcción, o algo así.

—¡No hay problema! —replicó al instante Lucky, cada vez más achispado—. Puedes controlar varias obras. De vez en cuando hay algún «listillo» que exige más sueldo y me revoluciona la cuadrilla. Te darás un garbeo en compañía de uno de mis hombres como el que no quiere la cosa, y visitarás a los jefes de obra. Si alguien se queja, lo solucionas. Todo depende de que el asunto se lleve de manera cuidadosa. ¡Pareces un tipo cultivado!

No era eso lo que quería decir, me refería a un trabajo honrado, pero claramente no cabía otra interpretación en la mollera de mis nuevos camaradas. Experimenté un gran deseo de precipitarme fuera de aquel lugar, de saltar al mar e ir nadando como un loco hasta Europa. Me imaginaba volando por encima del océano. De momento no podía aspirar a una ocupación decente, o sería víctima de aquella gentuza. Me vi atrapado por mi propia palabrería y no encontré el modo de salir del paso. Asentí al ver que todos parecían felices con la propuesta. ¡Y qué cojones! Salvaría el pellejo como fuera, no debía enemistarme. Trataría de seguir la corriente, hasta poder contactar con Jacob Schiff y largarme de allí.

Con el paso de los meses, descubrí que mi problema era el de todos los seres vivos: adaptarse o perecer. La necesidad humana se cernía sobre mí como una sombra, me llenaba de temor y respeto al tiempo que me acuciaba el perpetuo vaivén de la supervivencia. Así fue como acabé en las garras de Lucky Luciano, el gran amigo de los judíos que colocó a Lansky como consiguere, pues supo demostrarle lealtad y servirle de contacto entre estos y los italianos.

Tuve suerte, pues en las obras cuyo control se me asignó, junto a Doménico el Grasas, apenas hubo contratiempos que no se solucionaran. Doménico —puedo jurar que jamás había visto un tipo con un cuello tan grueso—, era un secuaz de Lucky que se limitaba a acompañarme sin más; un siciliano brutal de casi siete pies de altura, que no articulaba una palabra de no ser en italiano y cuya sola presencia causaba pánico. En un par de ocasiones intentaron intimidarme sin éxito; mas con solo levantar la mano y repartir unas leches a diestro y siniestro, el Grasas aclaró quién tenía la razón.

Enrico Capobianco era un joven napolitano de cutis acetinado, nariz aguileña y mirada estrábica pero inteligente, que trabajaba con su cuadrilla en la construcción de un edificio situado al noroeste del Lower East Side.

Llegamos de mañana, a fin de comprobar cómo avanzaban las obras, cuando encontramos a Enrico y al resto de los peones sentados. Les pregunté el motivo de no estar en el tajo. Enrico, el más espabilado, se erigió en portavoz de sus compañeros. En tono sosegado quiso parecer duro a la vista de todos, pero lo delataron sus balbuceos ante la enormidad del siciliano. A trompicones, consiguió dar a entender que no habían cobrado desde hacía tres semanas y que no estaban dispuestos a seguir en tanto no se les diera algún dinero. Añadió entre dientes, cabizbajo e inseguro, que sus hijos no tenían nada que llevarse a la boca.

Sintiéndome incapaz, preferí, craso error, no recurrir al persuasivo Doménico. Me marché de allí malhumorado, pues entendía que tenía razón: cobraban poco y a destiempo. Me propuse con determinación hablar en su favor.

Cuando al caer la noche me reuní de nuevo con Lucky y su cuadrilla, les expliqué la situación. Lucky se puso como loco,

maldijo a todos los italianos y a su ralea. Nadie osó contradecirlo.

—¿Veis lo que pasa? —ladró con la cara vuelta hacia un lado con malicia.

—No te preocupes, todo se enderezará —dije tratando de ser conciliador.

—¿Qué te parece, Lansky? ¡¡Se enderezará!!

—Seguro que sí —respondió este dejando escapar una retorcida risotada.

—¿De veras? —insistió Lucky.

—¡Sí! —asintió nuevamente Lansky, irguiéndose arrogante y saliendo por la puerta.

Al día siguiente, Enrico, «casualmente» se desplomó desde la quinta planta del edificio en construcción. El corazón me dio un vuelco y se puso a latir locamente al conocer la noticia. Nadie vio nada. Los trabajos continuaron sin interrupción. Dicen que el albañil tenía cuatro hijos y una jovencísima mujer de la que se ocuparía a partir de entonces Lucky «el benefactor», al que empezaban a llamar El Don.

A raíz de esta cuestión, Lucky, que no era amigo de contratiempos, que perseguía con implacable venganza a quienes se oponían a sus deseos, se encabronó y me relevó del cometido. Me advirtió, que podía haberse evitado el accidente de Enrico si hubiera sido más expeditivo. Me recordó que un par de hostias a tiempo siempre evitan males mayores. Sus pasiones eran violentas y no ahorra ningún trabajo por satisfacerlas.

Capítulo 19

No creo en adivinos, pero si he de decir que Rasputín acertó al predecir que pocos meses después de su muerte la revolución se adueñaría de Rusia. Con las revueltas y la anarquía que se instaló en un primer momento, el zar y su familia fueron asesinados, el partido bolchevique tomó el poder y se decretó la retirada de Rusia de la guerra. Alemania, Austria y Rusia, firmaron el armisticio el 15 de diciembre de 1917, con lo que la lucha cesó en el frente oriental. Pero, lo que Alemania había ganado con Rusia lo desperdició con el ingreso de Estados Unidos en la contienda.

En junio de 1919, representantes de veintiuna naciones se congregaron en Versalles para firmar el tratado que oficialmente terminaría con la Primera Guerra Mundial. Los sionistas pensábamos que se habían cumplido las premoniciones de Theodor Herzl: «La Rusia de los zares, el Imperio Alemán y el Imperio Austrohúngaro deben caer». El fin que habíamos codiciado para tales regímenes se produjo.

Volviendo a mis andanzas, diría que a pesar de mi indisposición con Lucky ya me desenvolvía en Nueva York como pez en el agua: hablaba con soltura en inglés y reconozco que hacía por mi cuenta pequeños negocios, algunos no muy deseables, que me daban para vivir. Me cuidaba entre otros de facilitar mano de obra a contratistas poco escrupulosos, y trataba con los nuevos judíos que seguían llegando y desconocían el idioma, las costumbres, buscaban trabajo en lo que fuese, o simplemente albergue.

Mi estancia en Estados Unidos se estaba prolongando más de lo que yo mismo había podido predecir, pero no fui ajeno a las noticias de los periódicos, a las que aireaban los mismos inmigrantes que llegaban a raudales. La guerra había acabado y Nueva York seguía su rutina. La vida se impregnó de una nueva energía vital, las trincheras habían quedado muy lejos de la ahora boyante ciudad.

A contrariar esta alegría llegó la Volstead Act⁴³, que prohibía la fabricación, el transporte y la venta de bebidas alcohólicas en todo el país, mas no el consumo. Estos nuevos delitos se castigarían a partir de entonces con multa y prisión. Estaba previsto el cierre durante un año de cualquier establecimiento donde se detectara la venta de alcohol. La Liga Antitabernas y el Movimiento por la Templanza⁴⁴, entre otras corrientes activistas, habían ganado una batalla de varias décadas.

En vísperas de la entrada en vigor de la Decimoctava Enmienda a la Constitución de Estados Unidos y con ella la Prohibición, se habían difundido por todo el país las palabras del diputado abstencionista de Minnesota, Andrew Volstead:

*Esta noche, un minuto después de las doce, nacerá una nueva nación. El demonio de la bebida hace testamento. Se inicia una era de ideas claras y limpios modales. Los barrios bajos serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos; los transformaremos en graneros y fábricas. Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán todos los niños. Se cerraron para siempre las puertas del infierno.*⁴⁵

43. Ley seca promulgada en 1919 en los Estados Unidos de América.

44. Movimiento social contra el consumo de bebidas alcohólicas y grupo de presión prohibicionista, movilizados desde hacía tiempo, se hicieron finalmente oír en le Congreso.

45. En Línea: <https://duartefalco.wordpress.com/2018/03/16/el-fracaso-de-la-ley-seca/>. [Consulta: 05/05/2018].

Pese a lo emotivas que pudieron parecer aquellas declaraciones en un intento por acabar con el devastador efecto del alcohol sobre las familias y comunidades, la realidad fue que la bebida pareció extender aún más su hechizo entre consumidores y proveedores. En vez de cerrarse las puertas del infierno se abrieron y amaneció el desafío a la prohibición. Contrariamente a lo pretendido, las medidas prohibicionistas extremas fomentaron una gran industria del crimen organizado. Los *speakeasies*⁴⁶ florecieron por miles en Nueva York, protegidos por la complicidad de los ciudadanos enemigos de la restricción. La Ley seca fracasó, porque los ciudadanos anularon sus efectos a través de la desobediencia civil generalizada. El soborno y la corrupción iniciaron su ascenso. La barbarie de la Gran Guerra había tenido un particular efecto en parte de la población, empeñada ahora en disfrutar de la vida como nunca tomándose de alguna forma su particular compensación por las penurias y horrores padecidos.

—¡Lucky quiere verte! —me advirtió Meyer Lansky. Mostraba cierta ansiedad y urgencia en el tono áspero de su voz, mientras se frotaba detrás de la oreja y me contemplaba con los ojos entornados.

—¡Maldita sea! ¡Qué hartito estoy! Ya sabes de más que no quiero cuentas con él —respondí rotundo.

—¡Joder! ¡No seas necio, coño! ¿De qué hablas? Con Lucky no se juega. Mira, no hay tiempo para explicaciones, ya sabes cómo se las gasta.

Aquello fue demasiado, Lansky había usado un tono exigente, desacostumbrado para conmigo. Con gesto rápido y una

46. Habla con calma o habla bajo, es lo que antes de la Prohibición significaba *speakeasy*, después de que el alcohol quedara fuera de la ley en Estados Unidos, se juntaron las dos palabras, *speakeasy*, se denominaba al bar clandestino.

sola mano lo agarré por el cuello y lo estampé contra la pared. Después hundí mi antebrazo libre en su garganta, al tiempo que recalqué:

—¡No vuelvas a hablarme así! ¡Me caes bien, pero no me amenes!

Intentó liberarse, pero no podía hacer nada. Oía cómo su aullido estrangulado perdía aliento. La gente se arremolinó entorno a nosotros y acabé por soltarlo.

Lansky me miró incrédulo. Balbuceó:

—¡Es... estás loco Adolf! ¡Lucky podría matarte! Hasta ahora te ha dejado tranquilo, pero hay un buen negocio a la vista y necesita gente.

—Pues mejor para él. ¿Entiendes? Ya sabes que sus asuntos no me interesan.

—¡Venga! ¡Vamos hombre! Creo que te equivocas. La Ley Seca es una oportunidad que no hay que desaprovechar. El alcohol se ha prohibido, pero la gente no va a dejar de beber. Habrá que buscar mercancía donde la haya, el dinero vendrá fácil. Lucky se ha dado cuenta de que en vez de matarnos si nos organizamos saldremos ganando, y quiere contar contigo.

—¿Pero qué os pasa con Lucky? ¿Acaso le pertenezco? No tengo por qué someterme a matones como él. ¡Si es necesario le parto el alma! —la rabia que sentía me incitaba a superar el temor, los nervios me atenazaban y el corazón me martilleaba.

—Veo difícil que cumplas lo que dices. De momento todos hemos aceptado a Lucky como jefe, siempre tiene que haber alguien que mande. Además, este negocio promete, vale la pena —trató de apaciguarme Lansky.

—¿Sabes? A mí no me interesa acabar en la cárcel, tengo otros intereses.

—¡Pero hombre! —se lamentó Lansky—. Si quieres buscarte la vida, es lo que hay, no te queda otra.

—¡Eso lo veremos! ¡Hemos terminado! Ocupate de tus asuntos. Nunca he sido un delincuente y desde que estoy en América no veo otra cosa que violencia, drogas, alcohol y ladrones. No salgo de un lío, cuando ya tengo otro a la vista. Esta parece la tierra prometida para los criminales.

—¡No te pases Adolf! Lucky sabe que tienes agallas. ¡Pero ojo! También se dice que eres un cabrón de corazón blando y aquí no hay lugar para los templados. En cuanto no le sirvas te manda a paseo con un tiro en los huevos.

—¡Pobre diablo! ¡No me digas! —volví a levantar la voz—, de blando nada, lo que tengo es conciencia. Me jode que confundáis la buena educación con debilidad. Pero ¿qué coño te pasa? ¡Desaparece de mi vista!

—Mira, Adolf —hizo Lansky una leve pausa, suspiró; deduje por su mirada huidiza que empezaba a emocionarse ligeramente—, los emigrantes representamos una carga para cualquier país y no es nada agradable sentir que uno molesta. Desde luego hay una gran diferencia entre llegar cargado de pasta, o hacerlo como un perro en busca de refugio y justicia. Soy como tú, uno de tantos perros que llegaron a América huyendo del hambre y la persecución. No soy rico, pero tampoco un perdedor, quiero abrirme camino como sea: a puñetazos, a tiros, y si tengo que burlar a la justicia, lo haré. Me parece que fue ayer, cuando desembarqué en Ellis al pie de la Estatua de la Libertad. Solo tenía once años. Dejé en la otra orilla del Atlántico el fantasma de la opresión y del acoso que sufría mi familia en Grodno, un pueblucho de mierda en Bielorrusia, donde la mayoría éramos judíos o parias. Mi destino quedó sellado cuando mis padres decidieron instalarse en el Lower

East Side, que aunque no es precisamente el paraíso al menos se respira libertad y la posibilidad, a pesar de toda esta impudicia, de mejorar. Estos son ahora mis hermanos, Bugsy, Lucky, y tú mismo me has demostrado que puedes serlo. Ten por seguro que ahí fuera no hay nadie esperándote, solo temo que estés haciéndote ilusiones. ¿No es así?

Empecé a preocuparme seriamente. Lansky parecía decidido a persuadirme, y yo estaba cada vez más resuelto a no dejarme doblegar por la vorágine delictiva. Nadie está a la altura de cargar sobre sí los fardos de otro; de nada habría servido contarle lo que me estaba ocurriendo, pues su propia desgracia era mucho más real, simple y abrumadora, que la mía. Lansky no había conocido la honestidad.

Con las ganancias que había conseguido, podía permitirme el lujo de tener una habitación para mí solo; en parte gracias a Lansky había logrado no acabar bajo un puente, o, peor aún, muerto. Tenía que mover ficha y dejar Nueva York. ¿Pero a dónde ir? ¿Qué hacer? Me sentía abandonado a mi suerte, estaba como siempre en el filo de la navaja. De continuo se me ofrecía la tentación más simple y primitiva en la que muchos otros cayeron, el dinero fácil. Aunque no es posible ocuparse de lo ya hecho y más cuando uno se siente incapaz de hacer algo mejor, al menos tenía claro que debía recuperar los supuestos valores que me habían inculcado, aquellos por los que había luchado hasta entonces. Pero, muy a mi pesar, de momento pospondría tal probidad, pues de seguir allí tendría que involucrarme en los negocios de Lansky, asumir que Lucky era el jefe y trabajar para ese jactancioso asesino.

Esa noche transcurrieron lentas y penosas las horas de insomnio. La cabeza me iba a estallar. Sudaba a mares entre las sábanas de mi cama. Una imagen me perseguía sin descanso:

el rostro de Lucky con el ceño fruncido y sus ojos viscosos. Ya casi al alba, después de fijar la vista en la nada me giré sobre mí mismo y el cansancio me venció.

Capítulo 20

Pasaba un año desde la entrada en vigor de la Ley Seca y pude cerciorarme de que a pesar de todo se seguía bebiendo en Nueva York. Había en la calle 49, entre Broadway y la Séptima Avenida, en pleno Manhatan, una tienda de refrescos en la que en realidad las botellas estaban llenas de Whisky. No era una excepción, pues los bares clandestinos en cada esquina habían sustituido a los antes legales. En los locales de mala reputación, los cocktails que enmascaraban el alcohol y el uso de la discreta petaca de bolsillo se pusieron rabiosamente de moda. Para muchos el beber ilegalmente resultaba emocionante. Pero los capos no dudaban en adulterar las partidas de alcohol para aumentar el rendimiento, causando con ello enfermedades incurables. Las primeras muertes se produjeron pronto.

Sí, trataba a diario de no claudicar, de demostrarme a mí mismo que aún era posible tener principios, mas atormentado por la nefasta perspectiva comencé a malvivir. Los ahorros se esfumaban y con el paso de los meses mis prejuicios se fueron reblandeciendo. Mis convicciones perdían fuelle hasta transformarse en sueños extravagantes, pero la necesidad se imponía y acabé por comprender, que aunque la prohibición era una estupidez que estaba produciendo el efecto contrario, peor aún, consecuencias irremediables para la salud en muchos casos, también era una oportunidad para evitar la miseria.

Las calles estaban dominadas por la cuadrilla de Lucky, y yo no advertía luz al final de aquel túnel. Me costaba seguir contracorriente, apenas tenía saliva que escupir en tanto que

mi colega Lansky acompañado de Bugsy fanfarroneaba por los garitos, se codeaba con sus amistades e intimaba con los proclives a sus gracietas. Se sentía tranquilo y reconfortado, cuando tenía la oportunidad de contar un nuevo chiste.

Lansky y Bugsy, ambos con aires de grandeza, me saludaban con cortesía y no dejaban de insinuarme el camino que debía seguir si quería no acabar arrastrándome por el lodo, o apuñalado en cualquier callejón de mala muerte. Se empeñaban en hacerme creer que no eran sumisos sino iguales a Lucky; miraban al resto de los mortales con desdén y parecían relajados, exentos de cualquier responsabilidad. Finalmente, decidí que debía apuntarme a la juerga. No me quedaba otra.

Uno de tantos días me acerqué a Lanski, que repartía sonoras carcajadas y golpeaba el tablero cada vez que bebía de su simulada taza de café un trago de Whisky. Recuerdo que conversaba animadamente con una fulana en una mesa del tugurio de Howard, que ahora se había transformado en una aparente tienda de refrescos, café y helados. Eso sí, debía de haber licor camuflado hasta en la cisterna del retrete. Iba bien vestido: traje gris, corbata y camisa a juego; un figurín si se comparaba su atuendo con el que exhibía pocos meses antes. Le acompañaba Bugsy, diríase el convidado de piedra, que evidentemente se aburría con el parloteo de su socio y la chica. Bugsy también debía de estar obsesionándose con la moda, pues lucía como el portero de un burdel de lujo.

—¿Podemos hablar, Lansky? —me dirigí a él en tono afable, obviando a la muñequita de corta falda y lengua larga que le manoseaba la entrepierna. Saludé de paso a Bugsy con un escueto gesto de la mano. Pareció indiferente a mi cordialidad.

—Claro Adolf. ¿Qué tal? ¿Tú dirás? Hace varias semanas que no te veía. ¿Cómo te van los negocios? —Lanski se puso en pie,

y con solo mirar a la chica esta se esfumó no sin antes dirigirme una mueca de repugnancia. Le acababa de fastidiar el jornal.

—Mal... me va mal, qué quieres que te diga. Veo que todos progresan y me lo he pensado. Si es posible... —titubeé—, me pregunto si aún podría trabajar con vosotros.

—Claro Adolf, tú siempre tendrás las puertas abiertas, pero... ¡joder! —su tono era de reprimenda—. No te olvides de Lucky, creo que con él tienes poco saldo. Te tendió la mano y se la mordiste. Espero que esta vez no me vengas con remilgos, estás con nosotros o contra nosotros, otro despiste y no podré hacer nada por ti.

—Desde luego, tienes razón, en eso estamos. Trataré de no meter la pata.

—¿Y si tus arrebatos se repiten? —añadió con recelo.

—¡No jodas, hombre! No me parece posible.

—¿De repetirse, tú los perdonarías?

—No sé... —contesté.

—Bueno —arrastró Lanski la palabra—. Ya te avisaré, supongo que algo habrá. No obstante tendré que tratarlo con Lucky, no te doy garantías absolutas. Las cosas van bien y lo que sobra es personal, pero tienes cojones y eso sí que escasea.

—Gracias, Lansky —respondí embuchándome el orgullo.

Pasaron las semanas, mi economía crepitaba y los pocos centavos que me quedaban eran pura nadería. Los repartía entre una sola comida diaria y el pago de la habitación. Prefería disfrutar de sábanas limpias, aunque el hambre apretara.

Cuando ya tocaba fondo, me reencontré con Lanski.

—Adolf, ¡hecho! —clamó con vehemencia—. Trabajarás para nosotros. Mañana nos vemos en la heladería de Howard al anochecer.

Respiré hondo, las piernas se me aflojaron como un fuelle. Ya creía que no saldría del pozo. Lanski me sorprendió al poner en mis manos con acrecentada sonrisa un doble sawbuck⁴⁷, al tiempo que decía:

—¡Un anticipo, que te veo jodido!

Lo acepté de buen grado. Lo primero que hice fue pedirme un enorme bistec con abundante guarnición de patatas y una buena pinta de cerveza. Comí como un rey; las penas con la tripa llena son menos penas.

Al día siguiente, no sin amargura pero con la preclara idea de ser práctico, me engalané con lo poco decente que me quedaba y me presenté al caer la tarde en el chiquero de Howard. Allí estaban: Lucky, Lanski, Buggy, Doménico el Grasas, y al menos cinco espaguetis más a los que no conocía de nada. Me dejé ver sin mezclarme demasiado con ellos, hasta que Lanski se percató de mi presencia y como fuera que estaba junto a Lucky le hizo una seña. Este asintió con un leve balanceo de su mortecino cabezón. El muy cabrón ni se inmutó, solo una fría ojeada. Su cara aguijoneada me produjo arcadas; adoptaba la típica pose del sabelotodo que disfruta de la situación. Pero era yo el necesitado y tuve que hacer de tripas corazón. Ante su examen visual, me doblegué, asentí; lo cual debió interpretar como un signo de sumisión. No me quedaba otra.

El garito cerró, y Howard expulsó a todos los tunantes que se adherían como lapas al mostrador. Tras espolearlos con firmeza, solo quedamos Lucky y sus acólitos.

—Bienvenidos —dijo el energúmeno con su hablar pausado pero firme. Al instante, escudriñó en derredor e inició la supervisión de los asistentes.

47. Billeto de veinte dólares estadounidenses.

Todos fuimos gesticulando con una leve inclinación, cuando su mirada escrutadora nos alcanzaba. Él, por su parte, escenificaba la aceptación de cada uno de sus súbditos como siempre hacía, con un imperceptible ademán de la testuz. Yo intentaba pasar desapercibido, pero no por estar asustado sino encabronado; en mi espalda el frío metal de la Webley Pocket me insuflaba valor.

—Señores... —dijo Lucky, y se dio un momento de respiro haciendo una parada como dándose importancia—, tenemos trabajo. Mañana llega una partida de Cutty Sark⁴⁸; la trasladaremos al garito de Rudy y desde allí la distribuiremos. Una barcaza que viene desde las costas de Florida entrará en los muelles de madrugada. Sin problemas con la bofia, todo está previsto. ¡Tú...! —se encogió de hombros y alzó la mirada para dirigirse a Lanski—. Tú te ocuparás. Llévate el camión, dos conductores y seis o siete hombres.

En aquellos años, los speakesies tenían tres maneras de conseguir alcohol: adquirirlo a través de destilerías clandestinas y distribuidores que elaboraban licores caseros de baja calidad; formar parte del control de las mafias que traían alcohol a través de la frontera con Canadá, o comprárselo a contrabandistas que tenían acceso a primeras marcas extranjeras. En este caso, no sé cómo, pero Lucky había logrado entrar en contacto con un tal William McCoy: un contrabandista muy popular afincado en las Bahamas, que tenía un gran buque desde el que aprovisionaba a otros barcos menores por toda la costa de Estados Unidos.

48. Creado en 1923, cuando el whisky se empezaba a hacer popular por el mundo. Los hermanos Berry fueron de los primeros destiladores que apostaron porque el 'blend' resultante debiera ser de color claro, oro pálido, logrando hacia el futuro que esa fuera una característica de la buena calidad para el resto de las bebidas de su tipo. En línea: <https://www.comprar-bebidas.com/whisky-cutty-sark> [Consulta: 05/08/2017].

Capítulo 21

La noche, cauta, se tragaba para no alertar sus propios murmullos. Una ola de frío había cubierto la ciudad de Nueva York dejando el cielo de un gris insondable. Mientras las menudas gotas de agua se arremolinaban aleteando como una nube de insectos en el haz de luz de las farolas, la bruma nos acorralaba en la espera interminable junto al muelle. Traslúcida, acuosa, la humedad me perforaba hasta la médula de los huesos. Me sacudí como un perro mojado. De no moverme acabó por entumecerse hasta el alma, y desesperado resoplaba acercándome las manos a la boca para expeler como una chimenea el vaho reconfortante y templado. Con el paso de las horas intenté sincronizar movimientos que me proporcionasen calidez y evitar con ello el martirio de los pies fríos. Aunque daba pisadas enérgicas sobre el pavimento, pese a que los golpeaba y friccionaba, apenas sentía alivio. Eran carámbanos.

Por fin aprecié un candil flotando en el puré de la neblina que cubría las aguas del puerto. Poco a poco el diminuto destello se fue precisando hasta perfilarse la barcaza que ansiábamos. Todos nos afanábamos en la recogida de los cabos que asegurarían la nave al embarcadero, cuando atronó el primer disparo. Un fognazo crepitó y el cielo se nos vino encima, la dársena se pobló de ruido y gritos. Corrimos a parapetarnos. Después una Tommy Gun repiqueteó, y varios tipos se dejaron caer de un automóvil en marcha formando un círculo desde el que dispararon a quemarropa. Dispersos los nuestros, aprovecharon para arrojar varias granadas sobre la barcaza que estalló en mil

pedazos. Con las mismas, amparados por la fuerza del fuego y la sorpresa, los atacantes se agarraron a los estribos de una camioneta y desaparecieron. La niebla se lo tragó.

Nos quedamos petrificados. Doménico el Grasas tenía el cráneo partido en dos, y tres más estaban sangrando. Lanski se aproximó rápidamente con uno de los coches y cargamos heridos y muerto. Nos marchamos sin mirar atrás. Doscientas cajas de whisky Cutty Sark habían sido destruidas de una sola tacada.

—Dios santo —jadeó Bugsy—. ¿Por qué...? ¿Por qué hicieron esto? —e hizo un chasquido con los dientes en señal de fastidio.

—La competencia —arguyó Lanski con expresión sombría.

En el camino nos fuimos desperdigando. De las bajas se ocuparían, Lanski y Bugsy Siegel. Yo, en estado de shock, me apresuré a resguardarme en la habitación que había conseguido a buen precio hacía pocos días en casa de Sophie Marceau: una francesita amable y cercana, muy dispuesta a animarme y bromear. Frisaba los cincuenta y en su juventud había sido una belleza, pero sus encantos fueron mayormente los que peor soportaron el paso de los años. Ahora ocultaba los surcos de su rostro con apelmazadas capas de afeite.

De Sophie Marceau se decía que era parisina, del mismo Montmartre. Su carácter admirable, divertido y afable, la hicieron famosa durante sus años de algarabía en los lupanares de Five Points, antes de que el barrio fuese arrasado y cuando las batallas campales entre irlandeses y afroamericanos aún se prodigaban y cobraban sus víctimas.

El salón de baile, Pete Williams's Place, ubicado en el lado este de la calle Orange, fue coto de caza para Sophie Marceau. De ahí provenían sus retoños: Tadhg y Caleb. Entre baile y

baile, Sophie debió de tener algún que otro desliz y con ello contribuyó a fusionar en sus propias entrañas parisinas el ritmo africano y la música irlandesa. A sus hijos les llamaban, irónicamente, Tap y Claqué: un mulatazo de labios carnosos con enormes y profundos ojos negros, y un pelirrojo de pelambreira ensortijada color zanahoria, ojos claros y cara de mala leche. Ambos mariposeaban por el Lower East Side, más empeñados en la alegría de vivir que en la de trabajar y dar provecho.

De vez en cuando, Sophie, aprovechando mi paciencia, daba rienda suelta a sus épicos recuerdos:

—¡Qué tiempos aquellos! ¿De quién sería la idea de prohibir a los esclavos negros el uso de los instrumentos de percusión?⁴⁹ ¡Qué ocurrencia! ¡Fue brillante! Dicen que la prohibición les motivó a realizarla con los pies y las manos —afirmaba con rotundidad envuelta en la niebla de su tristeza un poco infantil.

—No lo sé, Sophie —solía contestar con gentileza.

—¡Si me hubieses visto...! Ya no estoy para andar pensando en flirteos..., pero entonces ¡que ganas de vivir! Prohombres de la ciudad, ricos y famosos, con sus guardaespaldas se aventuraban en la noche de Five Points. Muchos lo hacían tan solo por gozar de mi amable compañía —Sophie se ruborizaba y entornaba los ojos como si lo reviviera, mientras su voz temblaba sutilmente de emoción.

A pesar del contratiempo, la destrucción del cargamento de whisky y los muertos, ¡ya vendrían las venganzas! Los negocios

49. El esclavo negro en países como Estados Unidos, donde se les prohibió el uso del tambor, participaban en los oficios religiosos cristianos sustituyendo ese instrumento primordial en toda manifestación ritual, por el ritmo de las palmas, el movimiento del cuerpo y el canto, dando así origen a la música “gospel”. De esta manera el negro norteamericano seguía sintiendo interiormente el sonido del tambor. En línea <http://soydecaravaca.laverdad.es/actualidad/2013-11-19/sonidos-esclavitud-0027.html> [consulta: 04/08/2017].

prosperaban y eran lo primero. En el The Back de Ratner, allí se perfilaban las transacciones y desquites. Allí, Lucky Luciano, Lanski, Bugsy Siegel y otros esbirros sicilianos, celebraban sus reuniones de trabajo. Al lugar se accedía por una escalera que costaba Dios y ayuda encontrar, para evitar las redadas. Una vez dentro se bailaba al ritmo de Louis Armstrong y Duke Ellington, porque en aquella época dorada el jazz gustaba y las copas se servían en respetables tazas de té. La trompeta marcaba el canto de la melodía con su sonido potente y vivo; el clarinete desarrollaba los adornos melódicos; el trombón señalaba la rítmica; y la guitarra era soporte rítmico y armónico. Cuando la improvisación solista de los instrumentos se armonizaba, te transportaba al cielo.

Lucky sabía que Salvatore Maranzano, un siciliano que nada más llegar a Nueva York se puso al frente de un nutrido grupo de mafiosos, había sido el promotor del ataque. Salvatore era demasiado poderoso y Lucky solo no podría oponérsele; debía contar con el verdadero Don, Joe Masseria, al que apodaban sencillamente «el Jefe». Tan solo un metro y sesenta y tres centímetros de hombre, que culminaba su figura con una cara regordeta. Los que cometían el error de prejuizarlo por su aspecto físico, pensando que se trataba de un inofensivo duende cabezón, terminaban en el fondo del río Hudson metidos en un barril según las prácticas que los mafiosos sicilianos aprendieron de las sanguinarias bandas irlandesas de Nueva York.

Hasta hacía poco el máximo rival de Joe Masseria había sido Umberto Valenti, que atentó contra él en agosto del veintidós. Masseria esquivó las balas incomprensiblemente, y ese suceso le creó un halo de respeto entre «la Hermandad». Joe Masseria convocó entonces una conferencia de paz con Umberto Valenti y aprovechó para asesinarle. Desde ese momento no tuvo rival,

se convirtió para todos en Joe el Amo. Con el tiempo, Joe el Amo, situaría a Lucky al frente del Bajo Manhattan.

Para la Mafia, el alcohol era una fuente inagotable de poder y dinero. En ese momento producía mucho más que otros negocios como el juego, las loterías ilegales o la prostitución. La Prohibición fortaleció el sindicato del crimen hasta niveles desconocidos hasta entonces, y con ello se prodigaron los conflictos, tiroteos y atentados en los que corría la sangre. Los bajos fondos de diversas ciudades se transformaron en campos de batalla en donde se dirimía la supremacía. El caso de Nueva York no era una excepción.

Partiendo de la nada había parecido muy fácil para Lucky Luciano, Lanski, Bugsy Siegel y otros, prosperar; pero ahora que estaban en la cima debían seguir asumiendo riesgos, matando y luchando para mantenerse ellos con vida.

Por mi parte no me sentía capaz de seguir en aquel mundo incierto, que alentaba la codicia y beligerancia que uno debiera controlar. Algo de honestidad me restaba, un afán por conservar la honradez pese al impulso de vivir y tener que alimentarme. En aquellos días anduve desquiciado, en perpetuo debate con el pasado que me lastraba. Cada paso significaba una incógnita, la oscuridad se cernía a mi alrededor y a ella me habían llevado todos los caminos que conocí hasta entonces. Como alguien dijo al respecto: «La persona nace buena, pero la sociedad la corrompe».

Capítulo 22

Haraganeaba en la taberna de Moe Dalitz, cuando vocearon mi nombre. Quedé desconcertado y al volverme le vi:

Vestía traje negro con chaleco, camisa blanca completamente abotonada y gorra de lana abombada con visera dura. Su figura parecía levitar en medio del barullo sin que nadie le prestara la menor atención.

—¡Adolf Jellinek! ¡Señor Jellinek...! —repetía el peculiar personaje elevando cada vez más el tono de voz.

—¡El mismo que viste y calza! —acabé por responder abochornado, sorprendiéndome a mí mismo de mi poca precaución, descuidando que la cautela es el mejor remedio para conservar la vida ante desconocidos cuyas intenciones ignora.

—¡Alguien desea verle, señor Jellinek! ¡Soy Arnold Beichman! —se desgañitó el tipo en medio del gentío, mientras hacía ímprobos esfuerzos por llegar hasta mí.

—¿Usted dirá, quién y para qué? —acabé por recabar del vocero, cuando ya se había acercado lo suficiente.

—¿Conoce a un caballero llamado Jacob Schiff?

—Puede ser —reclé—. ¿Acaso podré verle?

—Desde luego —asintió con la cabeza—. Si tiene la amabilidad de seguirme...

Me fui tras aquel fulano. A veces andaba a su altura y otras por detrás, pero procuraba no darle la espalda. Seguía manteniéndome cauto cuando cruzamos el East River hasta Brooklyn

a través del puente, y llegamos a las inmediaciones de una cafetería con cierto estilo en donde el singular Arnold Beichman parloteó con un sujeto que aunque tenía la apariencia de un hombre semejaba ser el perro guardián. El tipo avanzó pesadamente balanceando los brazos como si fueran gruesas vigas de madera, mientras sellaba con la enormidad de su corpachón la puerta de entrada. Ambos discutieron acaloradamente, pero al fin nos dejó pasar.

Era un establecimiento sin pretensiones, luminoso, agradablemente amueblado con butacas de piel y vistas al otro lado de la calle, pero sin duda vetado a cierto tipo de gentes consideradas poco gratas. Esa era la función del matón. En la entrada no había ningún cartel, quizá porque no hacía falta. Quienes necesitaban conocer su ubicación ya sabían dónde encontrarlo.

Allí, sentado en una cómoda silla de madera con el asiento redondo tapizado en rojo, se encontraba Jacob Shiff. Hojeaba con deleite un diario que sostenía a lo largo del brazo, mientras degustaba una taza de café. Al llegar a su altura, tardó unos segundos en reaccionar palpándose los anteojos que llevaba atornillados a su nariz judía; sus ojos se desviaron del papel por un instante, que me pareció una eternidad, pero no se levantó. Tras contemplarme con aparente curiosidad desde su fachada de indiferencia desdeñosa, como distraída, acabó anunciando en un tono que se me antojó de falso fervor:

—¡Me alegro de verte, Adolf! ¿Quieres tomar algo? Siempre que no sea alcohol, claro está.

Y como debió parecerle que traía cara de pocos amigos, añadió:

—¿Estás bien, Adolf?

—Sí —respondí con sequedad a su hipócrita entusiasmo—, pero no deseo beber nada. ¡Gracias!

Creo que no se sintió agraviado o molesto por mi gesto, pues hizo un ademán con la mano, que aunque se me antojó una amanerada reverencia en realidad me daba a entender que podía sentarme junto a él. Evidentemente no era persona acostumbrada a pedir disculpas, pero sí diplomático. Se percató de que estaba demasiado apurado por mi rencor como para seguir edulcorando en exceso el encuentro.

—Bien, muchacho, te agradezco que hayas acudido. En fin, ya ves, permíteme decir que al parecer todo ha terminado. En cualquier caso lo que interesa es tu vuelta al redil.

—Disculpe. Ahora que según usted todo ha terminado. Dígame con franqueza... ¿Dónde han estado todos estos años?

—¿Cómo qué dónde hemos estado? —en el rostro de Jacob se reflejó la sorpresa y con sus maneras finas y delicadas cambió de postura en la silla donde se hallaba recostado, adoptó una posición más erguida—. Ya sé que te debemos algunas explicaciones, no creas que somos insensibles. ¡Dios sabe cuánto nos ha costado llegar hasta aquí!

—¡Cómo no! ¡Lo imagino, señor! —no pude evitar una sarcónica sonrisa que no pasó desapercibida.

—Sí, aunque no te lo haya parecido, todos nos sentimos dolidos por la excesiva tardanza en acudir en tu ayuda. Supongo que habrás pasado apuros, pero entenderás que temíamos por tu seguridad tras la muerte de Rasputín. Además, la guerra nos ha tenido tan abstraídos que casi no podíamos dedicarnos a otro menester —con las mismas, Jacob abrió su pitillera y me la ofreció.

—¡Caramba! ¡Ya entiendo cómo pudieron descuidarse tanto! —persistí en la ironía, mientras tomaba uno de sus cigarrillos.

—Ya sé que no has salido muy favorecido —me miró ecuánime obviando mi sarcasmo—, pero la gente como nosotros,

y tú deberías saberlo mejor que nadie, tiene que ir a donde le ordenan.

—Así tiene que ser, es mi trabajo, pero podían al menos haberme ayudado a paliar las contrariedades que he soportado durante estos años: sin dinero, sin conocidos, mi vida ha estado ligada a la delincuencia, siempre pendiente de un hilo.

—Bien..., lo sé muchacho, lo sé. Conozco tu celo y constancia, lo he visto y lamento de veras que hayas tenido la necesidad de relacionarte con el hampa neoyorquina para subsistir. Por otro lado... —se removió nuevamente en su silla—, seguro que estos años pueden servirte de experiencia e incluso puede que necesitemos de tus nuevas amistades.

Sus palabras no lograron en mí el efecto terapéutico deseado, pero Jacob Schiff poseía una especie de sexto sentido para saber cuándo le iban pisando los talones e insistió subiendo la apuesta.

—Para demostrarte que nunca te hemos ignorado —continuó su jabonosa perorata—, tengo aquí una carta de tu jefe y amigo, David Grun. Me ha encomendado que personalmente te la entregue. Si no tienes objeción alguna, me gustaría decirte que sigues estando muy bien considerado. En cuanto a lo que te depara el futuro, lee la misiva. Me imagino que estás al tanto de todas las novedades que en el ámbito político se han producido estos años: la caída del zarismo, la desaparición de las monarquías en Alemania y Austria. Actualmente los británicos ocupan Palestina, pero, desde la declaración Balfour⁵⁰,

50. El 2 de Noviembre de 1917 se había redactado por los británicos la declaración Balfour en forma de una carta que Lord Balfour mandaba a Lord Rothschild, y que decía lo siguiente: “El gobierno de su majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará sus mayores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, quedando entendido claramente que no se hará nada que pueda

al menos contamos con su apoyo. Progresamos, Adolf, a pesar de que seguimos perdiendo vidas —Jacob aderezó sus palabras con una vaporosa sonrisa, mientras sorbía de su taza de café.

—Verá... No estoy tan seguro de ese progreso —dije con malicia y le sostuve la mirada—. Al parecer los problemas con los árabes de Palestina son cada día mayores. ¿Es que vamos a hacer con ellos lo mismo que hicieron con nosotros? No creo que lo más adecuado sea seguir presionándolos para que abandonen la tierra de sus antepasados.

Jacob Schiff me ojeó admirado, parecía no creer lo que acababa de oír. Sin perder las formas, trató de disimular la tensión de su voz:

—Disculpa..., no entiendo bien a dónde quieres ir a parar, confío en no malinterpretar tus palabras, pero lo que acabas de decir es lo mismo que suelen alegar nuestros enemigos. No quisiera pensar que nos estamos equivocando de hombre, no lo tendré en cuenta, eres joven. Con el tiempo, entenderás que solo reclamamos lo que en derecho nos corresponde; los árabes tienen extensos países y pueden acogerse los unos a los otros, mas los judíos ¿qué tenemos? ¿Quién nos acogerá? Somos víctimas del desapego, del odio y malestar de los gentiles, apátridas, extranjeros en todas partes. Israel es la tierra de nuestros ance-

perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y situación política de los judíos en los demás países”. El Ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur James Balfour, como parte de su desesperado intento por derrotar a Alemania en la Primera Guerra Mundial, transformó el futuro de Oriente Medio con estas palabras. Antes de esa fecha, el sionismo era un movimiento marginal que dividía a los judíos y era rechazado por los gentiles. A partir de la Declaración Balfour, el proyecto nacional judío contó con el apoyo de la primera potencia imperial de la época. El conflicto entre árabes y sionistas estaba servido. En línea: <https://www.Monografias.Com/trabajos/sionismo/sionismo.shtml> [Consulta 01/09/2017].

tros y a ella estamos obligados a volver. No nos fuimos de allí por nuestra voluntad, se nos expulsó y arrebató. Aún hoy se nos destierra y persigue.

Aprecié al final de su diatriba que intentaba sin resultado aflojarse el cuello de la camisa. Tenía la frente perlada de sudor. Tras una pausa para tomar aire, prosiguió tajante:

—«El dolor anida hasta en los palacios más suntuosos y es imposible escapar de él». Espero que todo te vaya bien. Cualquier cosa que necesites, y quiero decir cualquier cosa, lo que sea..., si precisas de mí habla con Roger, el dueño de este local. Él sabrá cómo ponernos en contacto, porque todo puede ocurrir. Te respeto, pero hay algo más que deseo pedirte, una última cosa —adoptó un tono majestuoso—. Sería muy conveniente que pasases una temporada en Berlín, pues va siendo hora de que contraigas nuevas responsabilidades y te veas libre de tener que soportar a esa chusma del Lower East Side. En fin..., esa es mi recomendación. Además, quiero que admitas esta recompensa, es solo una pequeña gratificación —con las mismas me puso en las manos un sobre que contenía mil dólares americanos.

Después se levantó de la silla, avanzó y cortésmente me estrechó la mano. La suya estaba fría y un poco húmeda. Con un escueto apretón se dio por zanjada la nauseabunda entrevista. Tomó su sombrero de fieltro y pausado caminó hacia la puerta.

¡Igual que si me hubieran echado una losa encima! Así estaba yo. El otrora considerado una estrella del naciente sionismo se había transfigurado en gusano de la «Gran Manzana», en deslucido fracaso. Apenas podía contener la rabia. Había estado desamparado una eternidad, sin poder contar con aquellos que me habían encomendado misiones en las que me había

jugado el pellejo, y ahora aparecían de la noche a la mañana y volvían a acordarse de mí. Para ser exactos, creí ver que su tardío interés no era precisamente una compensación por todo lo ocurrido después de haberme visto obligado a sobrellevar una miserable existencia.

Hay quien afirma que los seres humanos por naturaleza son desinteresados y pacíficos, que ese estado es la verdadera juventud del mundo. Que males como la codicia, la ansiedad y la violencia, son producto de la civilización. Yo me estaba civilizando a medida que me hacía mayor. Recogí el dinero. Debía tomarlo. Me lo merecía. Me serviría para salir del agujero que era para mí el Lower East Side.

En el trayecto de vuelta, mientras caminaba, había metido la carta de David en el bolsillo del pantalón. Mi mano se cernía sobre ella como una garra. La soledad del camino producía en mí el desánimo, y me aferré a aquel papel como si fuera el salvoconducto que haría que recuperase mi vida. Era mi tesoro, el cordón umbilical por el que de nuevo fluiría mi identidad. Las dudas emergían como un susurro calinoso en mi conciencia. «¿Qué querrán?», me preguntaba.

Finalmente llegué a casa de Sophie y me parapeté en la cotidianidad. Aunque era un día fresco y la atmósfera tenía una gran transparencia, sudaba por todos los poros de la piel, la sangre no me llegaba al cuerpo. Estábamos en 1925. ¡Hacía casi ocho años desde mi salida de Rusia y no había vuelto a tener ningún contacto con David!

Sin fuerzas, plomizo, me dejé caer sobre el lecho. No pude rehuir el desconsuelo. Miré el sobre y sentí un escalofrío. Con el anhelo de un niño acabé por extraer la cuartilla, ajada, marchita. Efectivamente, era él:

Querido amigo.

Lamento la tardanza, siento que el calvario de la guerra mundial y la entrada de los británicos en Palestina no nos haya permitido estar en contacto. Los disturbios de 1920 en Jerusalén, de los que quizás no estés al tanto, ocurridos durante la celebración de la fiesta religiosa de Nabi Musa, fueron muy violentos. Incitados por los líderes nacionalistas, los árabes atacaron indiscriminadamente a los judíos en la Ciudad Vieja de Jerusalén y sus alrededores. Los británicos no ayudaron a paliar la matanza, que nos causó una docena de muertos y cerca de doscientos cincuenta heridos. ¡Inocentes masacrados sin razón!

Y qué decir de los disturbios de Jaffa en mayo de 1921. Se produjeron varios días de revueltas y asesinatos. Nuevamente los árabes inmolaron a cuarenta y cinco judíos, y otros ciento cuarenta y seis fueron heridos.

Estos acontecimientos nos han empujado a crear la Haganá. Hemos considerado, que los kibutz y moshavim necesitan protección armada frente a la población árabe. El Mandato británico de Palestina no hace nada para evitar los ataques. Defenderemos los kibutz y granjas, alertaremos a los residentes y rechazaremos a los atacantes.

En cuanto a ti y a mí, seguiremos con nuestra empresa. Sé que eres un superviviente y sigues velando por el Pueblo de Israel. Espero que no hayas renunciado y prosigas con el ánimo que te conocí. Si así es, has de saber que con el dinero que te facilite Jacob Schif deberás regresar a Europa, en concreto a Berlín, y allí...

De nuevo mi pasado venía a rescatarme, pero... ¿de qué? David Grun era pretérito, faro de una época en la que traté de imitarle y concentrar mi voluntad en satisfacer sus deseos. Siempre quise ser un guerrero valiente y leal, pues al fin y al

cabo no tengo inconveniente en que los héroes sean venerados, aunque realmente solo deberían ser considerados como tales aquellos que creen en el ser humano y lo demuestran. David Grun solo creía en sí mismo y en el sionismo, y yo que siempre me comporté como su perro fiel nunca llegué a ser adalid, ni lo pretendí.

Capítulo 23

En 1925 sorprendían en Berlín no solo las modernas casas cercanas a la avenida Unter den Linden, en las que los burgueses adinerados vivían alegre y ociosamente a la última moda, sino también las sucias y estrechas calles con pequeños apartamentos donde los pobres trataban de sobrevivir. La Puerta de Brandemburgo, uno de los principales símbolos de la ciudad, exhibía la mitología clásica: Marte, Hércules, Minerva, y culminaba el monumento la inspiradora diosa de la Victoria montada en una cuadriga. Sí, Napoleón la desmontó y se la llevó a París como trofeo de guerra. Allí estuvo hasta que retornó a la ciudad gracias al general Blucher. Fue entonces, cuando la diosa recibió un báculo con el águila prusiana y la cruz de hierro con la corona de laurel.

La humillación del pueblo alemán se había hecho patente en el Tratado de Versalles, había caído el imperio, la Gran Guerra se tragó su gloria. Pero llegó la Constitución de Weimar que proporcionó a los alemanes más igualdad ante la ley, menor diferencia de clases, el derecho de libre opinión y la libertad de culto y conciencia. Las nuevas libertades de la República las aprovecharían, sobre todo, los artistas e intelectuales.

¡Qué tal un night club! ¡Por ejemplo Eldorado! Atestado de gente y humo que forma un muro de terciopelo entre sombrías luces. Imagínense el tecleo distante de un negro al piano, y cómo se agita mientras lleva el ritmo con los pies. A su alrededor una interminable hilada de pequeñas mesas donde los pre-

sentes pueden comer, beber, y ver las actuaciones. Maravilloso popurrí de cuerpos y aromas, dorada ostentación...

De madrugada, estábamos en aquel cubil de perversión y decadencia para algunos. Para otros aquellos salones de baile eran una bocanada de libertad: Aldon Ballroom, Tü-Tü, Komödie, Winter Garten, Haus Vaterland, Moka-Efti, Atlantis, Scala...

¿Qué ocurría? ¿Se había trasmutado la moral? ¿Tal vez la locura se había impuesto? ¿Era Berlín la Babel del mundo, una cloaca donde no había límites a los apetitos lascivos?

El cabaret se había convertido en anzuelo para la audiencia burguesa y bohemia. Todo amante de la diversión, trasgresor o no, encontraba en Berlín lo que buscaba. Algunos opinaban que: «en el aire de la ciudad había un extracto volátil que estimulaba las pasiones y despertaba los más bajos instintos asociados a la perversión sexual». Los hombres bailaban con los hombres, las mujeres con las mujeres, en los cabarés más desenfadados atiborrados de homosexuales, lesbianas e intelectuales: Dorian Gray, Hohenzoffern-Café, Toppkeller, Verona-Lounge, Alexander Palast, Adonis Lounge.

¿Qué sería de nosotros sin el goce sexual? En la sexualidad, bien o mal entendida, ¿quién sabe dónde está la diferencia?, subyace el ego en todas sus versiones, la frustración, el dilema, la inspiración que alimentan la música, el arte e incluso el mito erótico de ciertas razas. La sofisticación sexual denota el grado de civilización alcanzado por un pueblo. El atractivo del sexo, «ese sexo a veces voraz», es tan potente y perturbador que la sabia naturaleza lo ha dispuesto como gancho para perpetuar la especie. Pero... como alguien dijo: «¡La sexualidad puede ser un bello corcel desbocado!».

Estábamos ante una generación con sed de vivir experiencias. La ambigüedad y la permisividad sexual eran una etiqueta

de esta época. ¡Y qué espectáculo!, cuando la lujuria personificada, Anita Berber, con todo el aspecto de una vampiresa puta y drogadicta, aparecía cualquier noche casi desnuda excepto por lo que ocultaban sus zapatos de charol y un elegante y entreaabierto abrigo de marta cibelina, que apenas cubría sus níveos hombros. Radiante y decadente como su poesía:

*Salto sobre la sombra.
Esa sombra que me tortura.
Esa sombra que me martiriza.
Esa sombra que me devora.
¿Qué desea esa sombra?
Cocaína,
Gritos,
Animales,
Sangre,
Alcohol,
Dolores.⁵¹*

En Berlín, cualquier perversión conocida por el hombre se podía encontrar. «Las viudas de paja» ofrecían sus servicios carnales a los hombres disponibles. Lo hacía también la juventud de ambos sexos venida de provincias, e incluso los chicos de familias burguesas. Se veía a prostitutas ofreciendo cualquier cosa o a cualquier persona: mujeres libidinosas, niños y niñas, jóvenes, animales. En algunos clubs nocturnos se permitía a los clientes disfrutar de la sodomía, la bestialidad, la homosexualidad, la necrofilia, el sadismo, o todo al mismo tiempo. ¡Y el público aplaudía y exigía más y más!

51. En Línea: <https://www.avelinalesper.com/2010/10/anita-berber-la-bella-promiscuidad.html> [Consulta: 12/02/2017].

¡El colapso general de los valores! «¿Acaso la demencia había prendido en los habitantes de Berlín, que hasta entonces parecían inquebrantables y sometidos al orden y la disciplina? ¿Había desaparecido cualquier tipo de represión para dar paso a una era en la que todo valía?».

«¡Una ciudad repugnante este Berlín!», parlotaban los piletos e hipócritas advenedizos, que no advertían algo tan elemental como que para que una rosa florezca hay que abonarla con estiércol. Muchos Berlineses se cuestionaban si no eran los judíos responsables de la decadente moral y de haber perdido la guerra. Por mi parte consideré, que quizá los alemanes estarían tratando de olvidar la responsabilidad exclusiva que se les achacaba por el estallido de la contienda. En aquellos días, tras la derrota, Alemania estaba sumida en el oprobio, la depresión moral y material que supuso la firma en un vagón de tren en Compiègne⁵².

Georg Kareski, residente en el barrio Bayerisches Viertel, era un esbelto gentleman de mediana edad, cara bien afeitada y delicados ojos verdes enmarcados en unas cejas escuetas. El cabello negro, algo rizado, lo peinaba con raya a la izquierda dejando entrever una frente despejada. Era un judío burgués pulcramente trajeado, de talante soñador y aire distraído, al que su cetrina piel delataba como putero y noctámbulo empe-

52. Rendición de Alemania. Todo empezó en noviembre de 1918, cuando una débil Alemania abandonada por su Kaiser y con una población que lucha por la supervivencia, pide un armisticio a Francia. Será el vagón 2419-D, un coche restaurante de lujo que durante el conflicto se había destinado a prestar servicio a los altos mandos franceses, el escenario de la firma de tan histórico armisticio el 11 de noviembre de 1918. Años más tarde, el Führer exigió que fuese en ese mismo vagón y en el mismo claro del bosque de Compiègne donde Francia firmase su rendición. En línea: <https://www.trenvista.net/cultura/pinceladas/la-historia-del-vagon-del-armisticio-de-compiegne/> [Consulta: 08/07/2017].

dernido. Era el digno sucesor de una estirpe de banqueros, un oportunista metido en intrigas políticas. Ahora él representaba al Banco Anglo-Palestino en Berlín, fundado en Londres por Theodor Herzl y que servía de instrumento financiero al Movimiento Sionista.

Se nos ocurrió pasar por el Adonis Lounge para tomar unas copas, y así lo hicimos. A Georg, cuando entraba en faena, lo mismo le daba coquetear con hombres que con mujeres. Aquella noche se había asociado y flirteaba con un joven de aspecto andrógino: un chico maquillado como una putilla de vodevil, que con su cintura artificial se contoneaba ante él al compás del charlestón. A mi lado un pervertido de edad indefinible manoseaba y estrechaba entre sus brazos a una niña de no más de doce años, una cochinateda, mientras otro le animaba. ¡Sentí ganas de vomitar! «Esa clase de cerdos tendrían que estar a buen recaudo». Pensé.

Tan mal sabor de boca me dejó la escena, que me pedí una ginebra. El primer sorbo largo trajo consigo una agradable sensación, tan potente que me despertó el paladar. A los pocos segundos noté una oleada de placer adormecedor y me bebí dos más, una tras otra. Y sin saber por qué, eché a dos putas que estaban en la barra. A continuación nos marchamos, cuando Georg Kareski hubo retozado a sus anchas y alternado con todos a su manera.

Era difícil seguir la pista a mi protegido, pues llevaba una vida nocturna bastante disipada, pero he de reconocer que no faltaba a sus obligaciones. Entretanto, me mantenía como su niñera y velaba por su integridad. Cuando llegué a Berlín, la Haganá me había encomendado la seguridad de Georg y en ello andaba.

Durante el día sus entrevistas con financieros y otros personajes eran habituales, pero al anochecer se transformaba en

un crápula. Amparaba y excusaba los devaneos nocturnos, ante su recatada esposa, en las consabidas disculpas: «¡Querida, hoy tengo una cena de negocios!». «¡Amor mío, hoy tendré que sufrir a otro cliente!».

Muy de madrugada, una de tantas veces, salíamos precisamente del Adonis Lounge. Hacía un calor asfixiante y aires de tormenta. La luna ya había desaparecido detrás de una alfombra de nubes bajas, cuando Georg Kareski me preguntó:

—¿Qué música es esa? —apenas se percibía el murmullo de unos rítmicos y susurrantes acordes en la distancia. Todo parecía mecerse al son de aquella melodía.

—Es jazz, ¡la absoluta libertad! —proferí encantado y me sobrevino una chispa de melancolía.

—Estás exagerando otra vez, no comprendo el jazz, a mi entender es solo ruido hecho por negros y para negros —repuso Georg Kareski.

—Cállate, ¿quieres? No digas memeces —repliqué molesto.

Justamente le corregía, cuando dos tipos de uniforme: camisas pardas, pantalones bombachos y botas militares, nos cortaron el paso. Parecían policías, pero en realidad pertenecían a las Sturmabteilung. Fantoques nazis que estaban causando estragos en la vida nocturna de Berlín. Casualmente Georg llevaba los ojos pintados, un descuido imperdonable tras sus jueguecitos en el Adonis. Se había olvidado de adecentar su aspecto antes de salir.

—¡Mira Egbert, dos maricones! —berreó uno de los nazis con evidente algazara. Era un sujeto grande, corpulento, grueso, el pelo partido por una raya, de labios prietos y mirada pendenciera.

—Sí, ¡dos mariconazos cojonudos! ¡Seguro que son judíos! Son basura, Emil, ¿les aplasto los hocicos? Eso es lo que haré

con ellos —alardeó Egbert, un larguirucho con aspecto de garza, al tiempo que se detuvo con las piernas bien separadas y los brazos en jarras. Luego escupió en la acera.

Por un instante miré a mi alrededor, por si había alguien más, pues no me sentía identificado con lo de maricón. Tampoco me habría importado serlo, pero no era el caso.

—Enséñales lo que es una buena verga alemana —dijo Emil con sorna y voz estridente—. ¡Qué asco de gente! Los conozco, estos mariquitas son unos chicos mal educados a quienes hay que explicar modales.

Iba desarmado, pero me puse en guardia. Un temor cargado de adrenalina recorrió mi cuerpo. Tensé los músculos. Tenía claro que de allí no saldríamos sin batallar, comprendí que lo teníamos crudo.

—¡Afeminados de mierda! ¡Os voy a dar vuestra ración de rabo! —aulló mientras levantaba, el tal Egbert, una porra en la intención de golpear con ella a Georg.

Fue lo último que hizo Egbert. Solo pronunció esas palabras, ni una más; las mismas que se tragó, porque sin pensarlo dos veces me interpuse y mi rodilla fue a parar a su entrepierna. Daba alaridos como un verraco en celo, mientras se sujetaba sus partes pudendas.

Su colega, Emil, encolerizado, quiso devolverme el golpe y me vi obligado a forcejear un momento con él, pero perdió el equilibrio. Aproveché para patearle los riñones. De allí salimos a la carrera como almas que lleva el diablo, hasta toparnos con un taxi.

Georg Kareski tenía dos hijas, una de seis y otra de ocho años, educadas y corteses, señoritas que no carecían de nada. Una institutriz alemana, Adele, las acompañaba permanentemente y reforzaba su educación.

En esa casa se respiraba armonía. Siempre había alguien que tocaba el piano o el arpa, y una biblioteca con infinidad de obras clásicas y modernas. La esposa de Georg, Adalia, era una auténtica belleza de origen judío, conocida no solo por sus encantos sino también por su moralidad. Su rica y atareada vida social apenas le dejaba tiempo libre.

Recuerdo que procuraba pasar desapercibido, pues disponía de mi propia habitación. Cuando entré en ella por primera vez, desprendía un olor a rancio que sugería que no la habían utilizado ni siquiera ventilado en mucho tiempo.

Precisamente, una mañana...

—¡Herr Adolf!

Al oír mi nombre, me volví y encontré a la encantadora Adele. La institutriz me miró, sonreía confiada. ¡Estaba tan llena de vitalidad! Tenía el rostro algo pecoso y unos dientes blancos, perfectos. Su pelo negro producía un asombroso contraste con su piel de porcelana, ojos celestes y sonrisa traviesa. Era la primera vez que me abordaba. ¡No podía creerlo! Llevaba tantos meses en casa de Georg y ni tan siquiera me había mirado. Yo sí la observaba, la veía enérgica a la par que cariñosa con las niñas y fría y distante conmigo a pesar de que hacía mil esfuerzos por llamar su atención.

—Dí... dígame, Frau Adele —respondí embarullado.

—Perdone..., aunque me precio de ser sociable sin duda estoy siendo descortés con usted —afirmó en un tono sedoso—. Reconozco que me he mostrado esquiva y poco amistosa. Acepte mis disculpas.

Cada una de sus palabras me hizo estremecer de sobresalto gozoso. No fui capaz de responder, estaba sorprendido, el estómago se me encogió y de pronto toda la serenidad de que hacía alarde comenzó a esfumarse. Veía mariposas revoloteando a mi

alrededor. ¿Por qué seré tan imbécil? ¿Acaso el amor nos hace volvernos inseguros? De acuerdo..., en mi caso rotundamente sí.

En aquellos días anduve como loco, embebido. Y ahora ella siempre se dirigía a mí con cortesía y calidez. Cada uno de mis pensamientos se difuminaba para ser sustituido por su imagen que se abría como una flor ante mis ojos. No, no era hombre de aventuras sentimentales, había huido siempre de ellas, amaba mi libertad, pero esta mujer era distinta.

Por fin reuní el suficiente valor para hablarle, determiné jugarle el todo por el todo. Cierta día me presenté armado de un ramo de flores y la invité al cine. Aceptó. Y el recuerdo es uno de los más felices de mi vida. Arrancó una relación, que una vez empezada no tuve intención ni ganas de dejar extinguir. Bueno..., unos meses después nos casamos por lo civil.

Capítulo 24

El Romanisches Café en la avenida Kurfürstendamm estaba de moda. Aquí los artistas más importantes de Berlín tenían su punto de encuentro. ¿Qué lugar podría ser mejor que este para una discreta reunión con David Grun?

A la vista de todos podríamos encontrarnos, pasar desapercibidos. Me sentía angustiado, en mi mente se apilaban los recuerdos, pero entendí que debía sosegarme y no sacar a paseo el rencor que anidaba en mi corazón.

Corrían los primeros días del mes de febrero de 1933, cuando sobre media mañana acompañé a Georg Kareski al Café Romanisches. Nos acomodamos en un lugar discreto y de inmediato se presentó David Grun con su nariz ganchuda, frente despejada, ojos oscuros de mirada penetrante y esas orejas que a medida que ascendían desde el lóbulo se despegaben del cráneo como si quisieran ayudarlo a volar. Había envejecido, le clareaba el cabello y ahora sus sienes estaban nevadas. El viejo zorro era Secretario General de la Histadrut⁵³, función que él consideraba como una potencial base de poder para la realización de los objetivos sionistas. Saludó con entusiasmo, y especialmente a mí me dedicó un fuerte abrazo de bienvenida. Por un momento olvidé el pasado y las maldiciones que sobre su persona había arrojado en no pocas ocasiones.

53. *HaHistadrut HaKlalit shel HaOvdim B'Eretz Israel, conocida como la Histadrut, es la organización de sindicatos de Israel. Fundada en diciembre de 1920 durante el Mandato Británico de Palestina, se convirtió en una de las más poderosas instituciones de la mayor parte del Estado de Israel.*

Tras él, en segundo plano, lo acompañaban dos tipos: Haim Arlosoroff, un joven sindicalista que representaba a la Agencia Judía para Israel⁵⁴. Vestía un traje color tabaco, de mediana estatura, muy serio, su nariz también corva sujetaba unas gafas de montura redondeada que encuadraban un severo rostro en el que destacaba un acusado prognatismo, y Kurt Tuchler. Este último estaba involucrado en la junta directiva de la Federación Sionista de Alemania. Aparentaba ser de mi edad a pesar de que unas diminutas gafas de media luna le conferían un aspecto algo anticuado aunque distinguido. De apacibles modales, iba pulcramente ataviado con un traje de franela gris.

—Preferiría no estar presente —declaré ante el pasmo de todos.

—Como quieras —asintió Georg Kareski con naturalidad, al tiempo que se recostaba en la silla y sacaba una caja de rapé del bolsillo de su chaleco y la abría con la uña del pulgar.

—¡No! —exclamó David reprendiéndolo con la mirada— Eres de los nuestros, lo que aquí se hable estará a salvo contigo. Por favor —con un ademán de la cabeza me indicó una silla—, siéntate y atiende, eres digno de hacerlo. Te debemos mucho.

—Está bien, pero no lo creo necesario —respondí con un suspiro de inquietud.

Los demás también tomaron asiento y tras las presentaciones de rigor se deslizaron algunos comentarios triviales. Al fin habló David Grun:

—Señores, quiero ir directamente al meollo de la cuestión. Tengo la certeza de que Alemania jamás podrá ser la patria de los judíos; ya lo apuntó Theodore Herzl: «Alemania tiene de-

54. Organización gubernamental judeo-sionista creada en 1923 con el objetivo de ejercer como representante de la comunidad judía durante el Mandato Británico de Palestina.

masiados judíos y cada país puede absorber solamente un número limitado de ellos si no quiere problemas de estómago».

—Estoy de acuerdo con usted —intervino Haim Arlosoroff, mientras se apresuraba a dar a su fisonomía una expresión de decoro y sosiego con una punta de afabilidad—. No solo comprendo lo que afirma sino que además añadiría, que contrariamente a lo que muchos piensan el antisemitismo alemán es una política racista que puede favorecer los intereses sionistas en tanto que la defensa de la igualdad de derechos podría ser un obstáculo a nuestras pretensiones. Sin duda les puede parecer deleznable, pero hay que victimar al pueblo judío hasta tal punto de que las generaciones venideras acepten de una vez por todas la creación de un Estado en Palestina. Nuestro objetivo, el del sionismo, debe ser el separar a los judíos de las sociedades en que viven, conducir una corriente inmigratoria hacia Palestina con el propósito de fundar el Estado de Israel. Puestos a hacer citas, recuerden la de Moses Hess, me adhiero a sus palabras: «El hebreo que niegue el nacionalismo judío no solo es una apóstata, un renegado en el sentido religioso, sino también un traidor a su pueblo y a su familia». Por consiguiente..., señores, diría que los asimilacionistas⁵⁵ no tienen cabida, es más, no son verdaderos judíos, pues pretenden que sigamos existiendo dispersos en el seno de comunidades que siempre acaban por rechazarnos.

55. El asimilacionismo constituye una propuesta de uniformidad cultural, supone y propone que los grupos minoritarios deben adoptar la lengua, valores, normas, señas de identidad, de la cultura dominante y en paralelo, abandonar su propia cultura. La asimilación va más allá de la aculturación. El proceso de asimilación puede afectar a varias generaciones y, por lo general, no se perciben diferencias visibles entre la población nativa y aquellos que no lo son. En línea: <http://www.gloobal.net/iepala/gloobal/fichas/ficha.php?entidad=Terminos&id=2175>
[consulta: 01/05/2017]

Fue Kurt Tuchler quien a continuación y en voz baja, casi tanto que nadie podía escucharle a más de dos palmos de distancia, susurró:

—De acuerdo..., de acuerdo. Haré lo posible por persuadir al barón Leopold Itz, es mi amigo, para que escriba en favor del sionismo. Haremos que la estupidez racista de algunos alemanes sea combustible para nuestros intereses y ayude a vaciar Europa de judíos. Creo que sería conveniente llegar a un acuerdo con los nazis. Si los antisemitas de este país quieren desembarazarse de sus compatriotas judíos, y los sionistas queremos aumentar la cantidad de ellos en Palestina, ¿por qué no aunar esfuerzos? Intentaremos, como sea, un pacto de colaboración a cambio de que permitan la salida a los judíos ricos o útiles con todas sus posesiones siempre que sea con destino a Palestina. Con el tiempo, cuando seamos mayoría, no habrá otra salida que transferir a los árabes a países vecinos, a todos, que no quede ni una aldea, ni una tribu, nadie. No hay espacio para dos pueblos en Palestina⁵⁶.

A medida que avanzaba la conversación, la indignación me invadía. Pedí que me sirvieran rápidamente otra copa y me quemé la garganta al tragarla. Observé de soslayo el rostro de Georg Kareski, aprecié que este en cambio iba perdiendo la expresión preocupada del principio y volvía paulatinamente a rosearse. Parecía disfrutar con cada una de las intervenciones. Finalmente, aprovechó un intervalo para asegurar en tono intrascendente:

—Señores, estoy metido en este asunto hasta las cejas, totalmente comprometido, es decir... —hizo una pausa que pareció mantener a la audiencia en ascuas— francamente creo y debo

56. El Acuerdo Haavara se firmaría el 25 de agosto de 1933, entre las autoridades nazis y la principal organización sionista mundial.

decirles, que el Banco Anglo-Palestino está dispuesto a cualquier medida. Me responsabilizo de ello.

David, ante la insulsa mediación de Georg Kareski, derramó su mirada opresiva y se removió incómodo en la silla. Después consultó las notas y reanudó con contundencia su disertación:

—Bien..., por favor, evitaré dobleces en las palabras. Déjeme decirlo con claridad y llaneza: estoy seguro de que es necesario el sufrimiento de los judíos en este país; el antisemitismo es inevitable y en cierto sentido justificado contra aquellos que desean permanecer lejos de la tierra de Israel. Todos debemos comprender los absolutos beneficios de la separación racial en Alemania, el activo antisemitismo de los nazis es una oportunidad para aumentar el flujo inmigratorio a Palestina. Para convencer a nuestros compatriotas de la bondad del sionismo, habría que inducir a los antisemitas alemanes a liquidar la riqueza de los judíos. Los gentiles hostiles serán nuestros mejores aliados y, el cabo de Bohemia, ese chiquilicuatro de escueto bigote y no tan exigua ambición, sin duda llegará a ser útil. Solo hay que darle tiempo, en pocos meses habrá alcanzado el poder absoluto y será el más importante promotor de nuestros intereses.

—¡Dios mío, esto es el colmo! —me lamenté y todos me examinaron desconcertados—. Lo que están proponiendo me parece una bajeza, un desatino.

—¿Pero qué dices? —objetó David indignado sin dar crédito a lo evidente. Debió acuciarle una sensación hartamente desagradable que le hizo estremecerse y contrajo el rostro como un infeliz a quien le arrancan una uña. Las aletas de la nariz se le abrieron y cerraron repetidamente al contener la rabia.

—Lo que han oído —continué con voz queda—. No estoy dispuesto a jejar a mis hermanos. Seré respetuoso con aquellos

judíos que se sientan alemanes, franceses o de cualquier otra nacionalidad, y no deseen emigrar a Palestina. Me da igual si me tachan de apóstata o renegado. Lo que ustedes pretenden es dividir a la sociedad alemana y a los mismos judíos en facciones hostiles. ¿Acaso no ven que ese comportamiento podría derivar en una persecución horrenda?

—¡Basta, basta, déjate de monsergas! —rugió Georg Kareski, mascullando las palabras con furia, frunciendo el entrecejo y negando con la cabeza—. ¡Ya podías haber dicho que jugabas en otro equipo! ¿En serio, crees eso? ¿Con quién estás?

—¡Sí, lo creo! En cuanto a con quién estoy es algo que debo averiguar por mí mismo, aunque tengo la impresión de que la respuesta la he sabido siempre. Mi ceguera no me dejaba reconocer lo evidente, pero por fin voy comprendiendo que no tiene ningún sentido que siga entre ustedes —al decirlo me invadió un sentimiento extraño.

Poco a poco recobraba la serenidad, cuando no sin cierta conmoción vi que Kurt Tuchler se disponía a plantear otro alegato. Había permanecido serio, sin pestañear. De pronto entornó los ojos con gesto miope y se aclaró la garganta con un leve carraspeo:

—Un momento —dijo mientras levantaba su escuálida mano pidiendo un receso—. En mi opinión, señor Adolf, no debería extrañarse de lo que aquí proclamamos. Lo comprende ¿verdad? Una cosa tenemos que meternos bien en la cabeza, esto no es un juego, a veces hay que tomar decisiones drásticas o desgraciadamente tendremos que esperar otros dos mil años para gozar de una oportunidad como esta. Debería estar con nosotros, como siempre ha sido.⁵⁷

57. La Federación Sionista de Alemania, a la que pertenecía Kurt Tuchler, dirigiría al Partido nazi el 21 de junio de 1933 un memorando en el que

—Sé que no es un juego, señor Tuchler, y siempre quedará la posibilidad de que esté equivocado. ¡Ojalá lo estuviera!

Era obvio lo que estaban planeando, era consciente de dónde me hallaba y de lo que sucedía, ya lo veía claro. Se pretendía demostrar a los judíos alemanes, por las bravas, lo que significaba coexistir entre los no judíos; convencerlos de que tan solo podrían vivir con dignidad en Israel y por consiguiente abandonar Alemania. No quería tener nada que ver con ello, me sacudí las dudas de encima. La situación me pareció tan repulsiva, que no me contuve; me levanté ante el murmullo desaprobador, agarré mis cosas del perchero y me encaminé hacia la puerta con paso firme.

Mientras lo hacía, tuve la certeza de que me había transformado ante los ojos de todos en un ingrato. La cabeza me daba vueltas y, como un autómata, con cada paso que daba la llama del sionismo se extinguía en mí.

expresamente se declaraba: “En la fundación del Nuevo Estado, que ha proclamado el principio de la raza, deseamos adaptar nuestra comunidad a las nuevas estructuras nuestro reconocimiento de la nacionalidad judía nos permite establecer relaciones claras y sinceras con el pueblo alemán y sus realidades nacionales y raciales. Precisamente porque nosotros no queremos subestimar estos principios fundamentales, es por lo que también nos pronunciamos contra los matrimonios mixtos y a favor del mantenimiento de la pureza del grupo judío. Los judíos conscientes de su identidad, en el nombre de los cuales hablamos, pueden encontrar sitio en la estructura del Estado alemán, pues están libres del resentimiento que los judíos asimilados deben experimentar; creemos en la posibilidad de relaciones leales entre los judíos conscientes de su comunidad y el Estado alemán. Para alcanzar sus objetivos prácticos, el sionismo espera ser capaz de colaborar incluso con un gobierno fundamentalmente hostil a los judíos. La realización del sionismo no está molesta más que por el resentimiento de los judíos en el exterior, contra la orientación alemana actual. La propaganda para el boicot –actualmente dirigida contra Alemania- es por definición no sionista.” (Dawidowicz, Lucy. A Holocaust reader). En línea: <https://www.aporrea.org/ddhh/a71799.html> [Consulta 21/02/2018]

Esta disolución de mi personalidad no era en modo alguno una aventura agradable y divertida, era por el contrario sumamente dolorosa. El desengaño recrudeció mi tristeza, sentía que algo que había tenido por hermoso y profundo, que al principio me hizo concebir las más elevadas esperanzas, nunca más volvería. Una extraña convulsión me envolvía, como si en ese momento todo lo que había hecho y dicho se volviera en mi contra. Había creído en la Tierra Prometida, que ahora se trocaba en infierno y por añadidura me obligaban a odiarme. Me despedí de mi mundo anterior, comprendiendo que la naturaleza de mi propia culpa no era muy diferente de la de otros muchos que no habían levantado la voz en contra el sionismo, cuando pudieron hacerlo. En este sentido fue para mí un fracaso, una huida.

Capítulo 25

Adele, alemana de pura cepa, era sobre todo soñadora y rebelde a su manera. Ella siempre me aguardaba sin importar cuán tarde regresara a casa. Por fin era posible arrancar la miseria, engranar mi vida.

Habíamos contraído matrimonio en octubre de 1932, y durante algún tiempo mis ahorros nos permitieron vivir holgadamente en un apartamento muy coqueto en el Bayerische Viertel. Fueron días de una felicidad insultante. Me afanaba incansablemente en complacerla; la vida cotidiana gravitaba entorno a nuestro amor y nos hacía ignorar la adversidad y sus dilemas. Por primera vez me sentía realizado: el mundo exterior coincidía con mi mundo interior, tenía alguien a quien querer y me atendían y querían a mí. Todo parecía estar en orden, deseaba, necesitaba volver a empezar.

Como no tenía secretos para Adele, aunque habían pasado varios días, le relaté con calma el desencuentro con los sionistas y mis temores, fue una catarsis. Tras ello nos quedamos en silencio un rato, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

—¡Adolf! —dijo al fin mirándome a los ojos—, no pasa nada, no te preocupes, me gusta que tengas principios. Un hombre sin principios es un animal. Mira..., deberías saberlo: «La injusticia causa desdicha y la justicia brinda felicidad». Tú has actuado con justicia —al decirlo me obsequió con una sonrisa llena de inocencia.

La suave voz de Adele era persuasiva, me aliviaron sus palabras, no deseaba verme triste y abandonado a la nostalgia. Me besó y acarició. Adele era como un rayo de luz que se filtra por entre las rendijas de una ventana e ilumina un cuarto oscuro, un tallo tierno que no se doblaba ante el viento ni la lluvia.

—Ya, ¿pero qué haremos? —pregunté aunque no estaba seguro de querer saber la respuesta. Por momentos sentía una insólita alegría mezclada con la amargura de una perspectiva poco halagüeña.

—No temas, no hay motivo alguno, puedes emprender otras muchas cosas. ¡Ya tendrás tiempo de plantearte el futuro! Ahora descansa, recapacita y no te angusties. Además, si es necesario nos mudaremos a un barrio más modesto. Lo único que cuenta es tu bienestar, y el de nuestro hijo.

—¿De veras? ¡No me digas que...!

—Sí, amor mío, lo sé desde hace una semana, pero quería estar segura.

Mi desconcierto fue total, mi mente se negaba a aceptar que todo aquello estaba ocurriendo. «¿Qué hacer? ¿De qué viviríamos ahora? Era un momento decisivo y lo estaba echando a perder». Nada aliviaba el dolor y la rebeldía que sentía.

—¡Te quiero Adele! —tenía un nudo en la garganta y me costaba hablar. Fue lo único que acerté a pronunciar. La abracé queriendo protegerla, reconfortarme a mí mismo. ¡Todo en ella me resultaba tan cálido y natural!

Durante bastantes semanas vagué por Berlín, por los ahora no tan rebosantes cabarés, cafés y locales, a la búsqueda de un empleo. Cualquier clase de trabajo merecía la pena, pero no quería recurrir a mis amigos judíos. Había pasado bastante tiempo desde mi altercado con los sionistas y de nuevo estaba

en la picota. Cada vez que me apartaba de ellos tenía dificultades, estaba claro que no sabía hacer otra cosa que espiar o servir como guardaespaldas. Tendría que unirme a los cientos de miles de desempleados que a diario se devanaban los sesos buscando una fuente de ingresos, una forma aunque fuera pequeña de subsistir. Muchos jóvenes deambulaban por las calles de Berlín y tenían como único refugio las pandillas o la aventura; algunos eran huérfanos; otros habían sido abandonados a su suerte. Los más huían de los crueles reformatorios.

—¡Ponme una cerveza! —la necesitaba más que respirar, pero el tipo no debió escucharme y prosiguió con su rutina atendiendo a otros clientes.

—¿Estás sordo? ¡Qué cojones tiene que hacer un hombre para que le sirvan! —abronqué con gesto agrio al desafortunado tabernero, que se camuflaba tras un enorme y canoso bigote que no terminaba de ocultar la cicatriz de su labio casi amputado.

—¡Sé un poco más respetuoso, chico! Las cosas se piden... por favor —replicó arrugando su despejada frente y entrece rrando sus obtusos ojos.

—¡Váyase al diablo! ¡El respeto ya no existe! —exclamé fuera de mí al tiempo que señalaba con el dedo la bandera con la esvástica que se exhibía junto al botellero—. ¿Les tienes simpatía a los nazis? ¿Les tienes simpatía a esos perros?

—¿Qué quieres decir? Cada uno cuelga de la pared lo que se le pone en los cojones. ¡Si buscas jaleo lo vas a encontrar! —amenazó el cantinero arremangándose y frunciendo el ceño—. Lo mismo da un cliente que otro, aunque sea nazi. Para nosotros, los comerciantes, la política no existe. Paga tu cerveza, siéntate y di tantas tonterías como quieras. Este es mi lema. Lo demás

me importa un rábano —sin miramiento alguno, furibundo, casi me arrojó la jarra de cerveza. Parte de la espuma cayó sobre el raído mostrador de madera.

—¡Vale hombre! —exclamé a modo de disculpa tratando de aplacar su mal humor.

En ese mismo momento se oyó una carcajada distante..., áspera:

—Ja, ja, ja... ¡Tiene toda la razón! —bramó un sujeto que levantaba su jarra en señal de saludo.

El timbre de su voz me era familiar, aunque quizá un poco cambiada por el alcohol. Tuve que examinarlo dos veces para averiguar quién era, pues se amparaba en la penumbra de un rincón de la cervecería repantingado en una silla. Me acerqué más y al fin lo distinguí con claridad; tenía los ojos turbios y la mandíbula bastante prominente.

—¡Pero si es Georgi Dimitrov, el viejo comunista! —voceé sin reparos. Estaba claro que la bebida me había hecho perder toda prudencia.

—¡Qué tal, Adolf! ¿Acaso no te va bien? —espetó mientras sus labios sugerían un mohín que habría podido tildarse de divertido de no haber sido por la fea cicatriz que le cruzaba la cara.

—¡Que va, estoy de coña! ¡Sin dinero, sin trabajo y con una mujer preñada!

—¿Y qué hay de tus sucios socios? —Dimitrov deslizó una estúpida sonrisa de falsa frivolidad—. ¿No me digas que te han abandonado?

—Más o menos —dije acompañándolo de un gesto despectivo de la mano—. No sé si me han desahuciado ellos, o los he dejado yo. Ahora voy por libre. ¡Qué más da! Me importa un carajo. Necesito trabajo. ¿Es que no lo entiendes?

—¡Ah! ¿Qué me dices? Adolf... Adolf —repitió sentencioso—, que cabeza más dura tienes. Cuídate, pareces desconcertado. ¡Camarero...! Ponga otra jarra a mi camarada.

—¡No, no quiero beber más! —negué con la cabeza—. Me voy, tengo cosas que hacer. De todos modos estoy tratando de no empinar demasiado el codo. No quiero llegar a casa borracho y sin trabajo.

—¡Vaya, eso es admirable! ¡Si así es, creo que te mereces una placa! —dijo con socarronería.

—¿Acaso te interesa mi vida? —repuse molesto.

—¡Eh, tranquilo..., era broma! ¿Qué mosca te ha picado? ¿Qué prisa tienes? Tenemos todo el día por delante. ¿No quieres charlar y echar un trago con un viejo conocido? Anda, dime ¿qué te preocupa?

—¡No jodas! ¿Lo preguntas en serio? ¿Quizá no estás en este mundo? No ves a esos nazis lo que están haciendo. Han quemado el Reichstag⁵⁸ y libros en la plaza de la Alte Bibliothek⁵⁹, los comercios de los judíos destrozados, leyes racistas. ¿Es que no te quieres enterar?

—Y mientras tanto... —arrojó Dimitrov, esta vez sí, una amarga mueca—, tus colegas de la Federación Sionista de Ale-

58. La noche del 27 de febrero de 1933, en plena campaña electoral, el parlamento alemán fue destruido por las llamas. El principal sospechoso y condenado a muerte fue un joven holandés: Van der Lubbe. Algunos historiadores han apuntado a una posible manipulación de los nazis para culpar de la autoría de este hecho a los comunistas.

59. El 10 de mayo de 1933. En pleno ascenso al poder del régimen nazi, con Hitler ya como canciller, esa noche voluntarios de las milicias nazis de las Juventudes Hitlerianas y numerosos ciudadanos quemaron en una enorme hoguera 20.000 libros de autores considerados antialemanes o decadentes (muchos de ellos judíos). Obras de Heinrich Mann, Bertolt Brecht, Kafka, Proust, Wilde, Hemingway, Freud... y otros, ardieron en la que entonces era la Plaza de la Ópera.

mania se dan la gran vida dando lecciones de moralidad y patriotismo. ¿Has visto cómo colaboran con los nacionalsocialistas? ¿Sabías que pronto vas a poder tener en tus manos una medalla con la estrella de David en el anverso y en el reverso la cruz gamada?

—¡Pero Georgi, por Dios...! ¡Qué coño te pasa! ¿Adónde quieres llegar? —confieso que me quedé pasmado al escuchar aquello.

—¡Adolf, pobre iluso! No me creerías si te lo dijera.

—¡Ponme a prueba!

—Sí, nuestro amigo, el contrahecho e inteligente Ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, piensa acuñar una medalla para conmemorar el viaje del barón Leopold a Palestina⁶⁰. El nazi ha regresado contento de cojones, y dice que los sionistas son una maravilla, que todos los judíos deberían marcharse a la Tierra Prometida.

—¡Ah, conque así están las cosas! ¡Pandilla de cretinos! Sé lo que está pasando. ¡Por favor...! ¿O sea que nos odian por ser una raza maldita que no merece ni tener la ciudadanía alemana y resulta que por otro lado fomentan el sionismo?

—Pues sí, así andamos, Adolf. A estos nazis solo les falta instituir el día del orgullo sionista. Si tienes mujer e hijo sería mejor que te alejaras de Alemania, o la Gestapo podría aparecer. Las cosas se están poniendo feas para el pueblo escogido.

60. Para conmemorar el viaje del barón Leopold Itz Edler von Mildenstein a Palestina, Goebbels mandó acuñar una medalla. Del lado de la estrella decía en alemán: EIN NAZI FÄHRT NACH PALÄSTINA (Un nazi viaja a Palestina); y del lado de la esvástica, UND ERZÄHLT DAVON IM ANGRIF (Y se lo narra en el Angriff). Por esa misma época ya estaba en funcionamiento el Acuerdo Haavara entre el Gobierno del Tercer Reich y el Sionismo Laborista de Ben Gurion. En línea: <http://nazismosionismo.blogspot.com.es/2012/03/nazismo-sionismo-las-dos-caras-de-la.html> [Consulta: 25/03/2017].

Los sionistas y los nazis suman fuerzas. Yo diría que si no aprovechas ahora, más tarde no podrás hacerlo; a no ser que te hagas una transfusión aria o como lo llamen ahora.

Sus palabras retumbaban en mi cabeza, cuando me soliviantaron las voces provenientes de la calle.

—¡Maldita sea! ¿Qué sucede? —pregunté alarmado.

—Sin duda una redada. Sí, aquí en Friedrichstadt —apuntó Dimitrov con indiferencia—. Seguro que los cabrones con camisas pardas buscan a quien joder. En este barrio abundan las putas y maricones. Les encanta machacarlos.

El tabernero del mostacho se lanzó como un rayo hacia la puerta, echó los pestillos y bajó la persiana interior. Nos quedamos encerrados. Georgi Dimitrov se quejó en voz alta y todos lo oyeron:

—¡¡Bien por los nazis!! —aulló como loco, mientras movía maliciosamente la cabeza—. ¿Ahora qué? ¡Nos lo vamos a pasar en grande! Eso es lo que tenemos, cerdos nazis revoloteando alrededor. Es tan sencillo como que las ratas han tomado el barco. Estos desgraciados hundirán Alemania en la barbarie, este es su modo de hacer las cosas. ¡La república ha muerto! ¡¡Viva la república!! —gritó desencajado.

Tenía la cabeza embotada, los nervios desechos. Fui a levantarme, y de nuevo me retuvo Dimitrov.

—¿Adónde vas...? —se oía en ese momento el chirrido de un tranvía al pasar y un distante murmullo de voces—. Tienes que esperar a que escampe. Si sales ahora, tú que eres judío —me susurró al oído y pude oler el alcohol de su aliento— puedes ser detenido por cualquier antojo de esa gentuza. Si te llevan a los sótanos de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Gelände, las puedes pasar canutas. Acuérdate, este no es tu problema, ahora tienes una familia que te espera.

Asentí con lentitud y bebí un trago. Sus palabras frenaron mi ímpetu. Bajé la cabeza como un niño enfadado, lo estaba conmigo mismo y con el mundo, tocaba fondo. Comprendí que mi indecisión estaba poniendo en peligro a Adele.

Me senté de nuevo a la mesa y lo repasé todo mentalmente: no lo consentiría, tenía que tomar una determinación. Creo que allí mismo y en cuestión de segundos lo hice, estaba dispuesto a marcharme de Alemania.

Regresaba a casa, el viento arreciaba pero el cielo seguía despejado, cuando me sorprendió el mar de banderas y enseñas nazis que portaban los soldados. Venían por la calle marcando el paso, la cabeza alta encasquetada en el casco gris de acero y ondeando los estandartes rojos, negros y blancos, con la cruz gamada. Los viandantes entusiasmados se agrupaban pletóricos de fervor patriótico. Avivé el paso.

Después de estar dos días desaparecido, Adele, con su natural inteligencia, no solo no me castigó con su desprecio sino que me abrazó con calidez al tiempo que me reprendía cariñosamente:

—Es necesario ocuparse de la apariencia tanto en el vestir como en el aseo y el arreglo personal, así que cuídate de no llevar esas pintas cuando busques trabajo —las quejas no se asomaron a su boca, en su lugar mostró una deliciosa sonrisa.

Estábamos al borde del abismo, pero la esperanza de un mañana mejor me reconfortaba. A ello me aferré mientras la bebaba.

TERCERA PARTE

Locura

Los que creen en su verdad, los únicos de los que la memoria de los hombres guarda huella, dejan tras ellos el suelo sembrado de cadáveres.

E.M. Cioran

Capítulo 26

Tenía más de treinta años y un hijo por nacer. Regía nuestros destinos el gobierno de Adolf Hitler, que como canciller de Alemania estaba poniendo fin a la democracia del país. Guiados por ideas racistas y autoritarias, los nazis se esforzaban por abolir las libertades básicas y buscaban crear una comunidad Volk⁶¹. En realidad, el Tercer Reich era un estado policial donde las personas eran sometidas arbitrariamente al arresto y al encarcelamiento. Hacía tiempo que se habían iniciado las oleadas de actos de terror contra los judíos y las campañas propagandísticas con el fin de boicotear tiendas, grandes almacenes, bufetes de abogados y consultas de médicos. Estábamos siendo expulsados de las universidades y colegios, mientras los nacionalsocialistas dictaban leyes que impedían a todos aquellos que no fueran de la raza aria el trabajar en determinados sectores.

«¿Cómo sería la vida para mis hijos si Alemania se convertía en un estado fascista? ¿Qué futuro tendríamos en este país?». Se cumplían los deseos del sionismo, y eran muchos los que huían ante la equívoca perspectiva y se echaban en sus brazos.

61. Debe precisarse el significado de la palabra “nacional” expresada por el término alemán *VOLKISCH*. Se podría hablar aquí de un “nacionalismo étnico” en la medida en el que *VOLK* (de donde proceden *VOLKISCH* y *VOKSTRUM*) fue entendido como una especie de entidad determinada por una raza común y cuya identidad se mantendría a través de los siglos. En línea: <https://juliusevola.blogia.com/2006/092601-notas-sobre-el-iii-reich-01-.el-concepto-del-volk-y-comunidad-popular.php> [Consulta 25/07/2017].

Adele sentía más pereza que nunca por las mañanas, y ese día tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para poder levantarse e ir al baño. Tenía dificultades para moverse y una figura visiblemente afectada, a lo que se añadían las náuseas, el malestar y la somnolencia. Después de haberse duchado, con el pelo recogido en una cola de caballo, se sentó junto a mí. Aunque andábamos extasiados el uno con el otro, ensombrecía nuestras vidas la incertidumbre, éramos plenamente conscientes de la adversidad que se cernía.

—¡Debemos escapar, Adolf! —dijo con evidente zozobra—, aún estamos a tiempo. Ayer vinieron dos hombres y me advirtieron que debías presentarte en comisaría. Parecían de la Gestapo.

—¡No nos dejaremos intimidar por unos lunáticos! Tú no estas en condiciones de viajar..., no permitiré que corras riesgos.

—¡Ah, por favor, no te preocupes por mí! Iré a donde tú vayas, no te dejaré. Sabes de más que te amo, que sin ti mi vida no tiene sentido —Adele negaba con la cabeza, mientras sus manos me apretaban nerviosamente y se secaba los ojos en la manga; unos ojos tristes rodeados por unos cercos azulados e impregnados de un hálito de desesperanza.

—Adele, querida —la cogí del brazo—, eres un ángel. Escúchame pequeña, tienes que comprenderlo porque es importante: márchate, yo estaré bien. En tu ausencia me cuidaré, piensa en nuestro hijo.

—Desde luego que no —dijo conmovida—, velaré por él y no se criará sin un padre. Dios sabe que te seguiré al fin del mundo.

—¡No! ¡Hablo en serio! ¡No lo consentiré! Eres alemana. Volverás con tus padres a Bamberg. Allí podrá nacer. Cuidarás bien de él, lo sé. En cuanto me sea posible iré a Nueva York, tengo amigos y te enviaré dinero para que puedas viajar.

—¡Ojalá sepas lo que estás haciendo! ¡Estoy tan cansada...! —su voz temblorosa se extinguió al terminar la frase.

La separación, el momento que tanto temíamos, llegó. A la mañana siguiente tan solo provista de una maleta, Adele regresaría a casa de sus padres. La despedida bajo el gran tejado de cristal de la estación Anhalter, cercana a la Potsdamer Platz, fue un valle de lágrimas. Aun cuando el tren estaba a punto de partir, seguía colgada de mi brazo. Empezó a tiritar y permaneció agarrada hasta que dieron el último aviso. En ese instante, después de intercambiar miradas en silencio, su pelo me acarició la mejilla al alzar la cara. Tenía la boca ligeramente entreabierta, sus labios ahuecados. La besé con pasión. Más tarde la vi agitar el brazo desde la ventanilla, mientras la distancia diluía nuestra felicidad.

No los vi acercarse. Estaba sentado en un banco de madera con la cara entre las manos, tratando de retener en mi cabeza la imagen de Adele. Quería atesorarla en mi memoria, impregnarme de tal forma que no pudiera olvidar ni un detalle de sus ojos claros, de su mirada limpia, soñadora..., y, cómo no, de su perfume y del sabor dulce con que sus labios en un último beso me habían obsequiado. Nuevamente tuve la sensación de que la mujer de mi vida se perdía en las sombras. ¿Pero qué derecho tenía a exigir que siguiera a mi lado?

—¡Herr Adolf! ¿Es usted Herr Adolf Jellinek? —el tipo me dirigió una mirada penetrante y enseñó su placa de la Gestapo. Sonreía, pero yo no tenía ninguna intención de fiarme mucho de esa sonrisa. Era un hombre alto y robusto, entrado en años, con cejas y patillas muy pobladas.

Sentí náuseas, una profunda tristeza bajó desde mi pecho hasta lo más recóndito de mis entrañas. Tenía la boca seca y apenas pude pronunciar:

—Sí.

—¿Tendría la bondad de venir con nosotros? —dijo mientras el otro Gestapo se había quedado a cierta distancia expectante con un cigarrillo colgado del labio.

—¿Qué quieren de mí? —pregunté con amargura.

—Eso lo hablamos en comisaría. Espero que no oponga resistencia. No quisiéramos emplear métodos más expeditivos —su voz sonó hueca.

—No será necesario, solo era una pregunta.

—Perfecto, Herr Adolf. Ahora hará exactamente lo que le digamos.

—De acuerdo, como usted vea —asentí sin más.

Nos esperaba un BMW 1800 de oscura carrocería. El ronquido del motor me hipnotizó y en el trayecto permanecí ausente, ensimismado. Aun así, recuerdo que al pasar levanté la cabeza y vislumbré cómo el antes imponente Reichstag ahora exhibía una fachada ennegrecida y la cúpula quebrada. Su sombra distorsionada se proyectaba al cielo.

Llegamos al cuartel general de la Gestapo, que nadie quería visitar, en el número ocho de Prinz-Albrecht Strasse: un edificio formidable de cinco plantas con su balaustrada de mármol, altas bóvedas y una escalinata monumental que se dividía en dos brazos. La entrada daba a un gran hall cubierto de un mármol de tonos gris y blanco, preludio de un sombrío laberinto de pasillos flanqueados de esvásticas y bustos de los líderes del partido nazi. De inmediato permanecí sentado durante horas en una habitación de paredes vacías. La espera fue espantosamente larga, casi me vuelvo loco.

¿Qué más quieren que les diga? A partir de ahí fue coser y cantar. En un soplo estaba en Dachau, a trece kilómetros al

noroeste de Múnich, allí donde el trabajo hace libres a los hombres: ARBEIT MACHT FREI, rezaba a la entrada del campo. Era veintitrés de septiembre de 1933 y sin un juicio previo ni poder alegar nada en mi defensa, fui considerado un adversario político del gobierno. Me achacaron ser comunista, me acusaron de conspirar contra el Reich, de ser un peligro para la sociedad. Alguien había interpuesto denuncia contra mí: me dieron a entender que habían sido los sionistas. Y lo creí, pues conocía la Gestapo demasiados detalles de mi estancia en Rusia y América.

El campo había sido construido sobre una fábrica de pólvora en desuso. Al acercarme a él por primera vez, tuve la sensación de ir descendiendo a lo más abyecto de la barbarie. Fue el primer campo de concentración regular creado por los nazis, y el único que permaneció activo durante los doce años de gobierno hitleriano. Dachau era un centro de entrenamiento para los guardias de las SS; su organización y rutina se convirtieron en un modelo a seguir.

Los primeros meses, Dachau estuvo gestionado por las SA y las SS locales. Los prisioneros fuimos los encargados de mejorar las deficientes instalaciones, pues solo el edificio principal y las cercas eran servibles. Éramos custodiados por la policía, no llevábamos uniforme de prisionero y no nos raparon el pelo. Pero llegó el verano de 1934, y el nuevo comandante del campo era ahora el SS Oberführer Theodor Eicke. A partir de ahí los castigos físicos de los guardias se volvieron brutales. Se impuso una máxima que comenzó a aplicarse en Dachau y se extendió como principio rector a los demás campos hasta el final de la guerra: «Ser tolerante significa ser débil»; por lo cual cada guardia juzgaba por sí mismo las presuntas faltas de los prisioneros y las castigaba. Estas faltas podían ser tan nimias como una respuesta equivocada, un botón perdido o algo de suciedad en la

barraca, y su pena veinticinco azotes; sin que hubiera desmayo, porque en caso contrario se volvía a empezar. Otros castigos eran habituales: colgamiento durante horas, plantón de varios días continuados a la intemperie, encadenamiento y hasta la pena máxima. En ocasiones los guardias de las SS ofrecían una soga al preso para que se colgara a sí mismo, si así lo decidía. No pocos optaron por esta muerte trágica. En Dachau había destinos mucho peores que la muerte, y los SS tenían buen cuidado de que sus víctimas los tuvieran siempre presentes en su mente.

¿Cómo se puede describir lo indescriptible? ¿Qué decir de Dachau? El trabajo inhumano en el crudo invierno y en el tórrido verano. Dominio de la muerte y el escarnio. Las barracas diseñadas para doscientas personas, cobijaban a cientos. Lo que me esperaba allí no era más que la explotación, hambre hasta la desnutrición, fatiga hasta caer bajo la brutalidad y el sadismo de los guardias. Las humillaciones y los golpes buscaban destruir al ser humano. Mejor olvidarlo.

Nombrado por Himmler, allí estaba: de mediana estatura, pero fornido; el pelo rapado y una verruga sobre la mejilla izquierda; abundantes cejas canosas y chispeantes ojos azules. El uniforme negro con el brazalete de la esvástica en el brazo, resaltaba aún más la amenaza.

Aquel día varios cientos de SS-Wachverbände se alineaban en perfecta formación ante él en la Appellplatz⁶². Podía verlos desde mi barracón, una escena que jamás olvidaré. El Oberführer Theodor Eicke subió a una tarima de madera desde donde todos pudieran contemplar y oír cómo vociferaba:

62. La Appellplatz de los campos de concentración era la gran plaza central en la que por la mañana y por la tarde se llevaba a cabo el recuento (*Appell*) de los prisioneros.

*¡Camaradas de las SS! Todos sabéis para qué nos ha llamado el Führer. No estamos aquí para tratar a esos cerdos de ahí dentro —señaló los barracones— de modo humano. No les consideraremos hombres como nosotros, sino como hombres de segunda clase. Hace años que venimos aguantando su criminal naturaleza, pero ahora tenemos el poder. Si esos cerdos hubiesen llegado al poder, nos habrían cortado a todos la cabeza. Por ello no tendremos miramientos. Quien de entre los camaradas aquí presentes no sea capaz de ver la sangre, no es de los nuestros y debe renunciar. Cuantos más de esos perros matemos, menos tendremos que alimentar.*⁶³

Al día siguiente estábamos los presos en la misma Appellplatz, sin poder mover ni las pestañas, para que hicieran el recuento. Un pobre desgraciado tuvo la osadía de estornudar y dos SS-Wachverbände le cayeron encima. Sollozaba y temblaba, pero fue golpeado sin piedad hasta que no se movió.

Me temí lo peor, cuando un oficial que paseaba entre las filas me miró de forma sostenida y me preguntó el nombre:

—¿Cómo te llamas, judío? —la voz terrosa provenía de un ser alto, esquelético, un Totenkopf de cara larga y pálida carente de toda expresión.

—Adolf Jellinec, Herr Oficial —respondí en un segundo y empecé a sentirme mareado, un temblor convulsivo me agitó todo el cuerpo.

Al momento, ordenó a dos guardias que me llevaran a las duchas.

—¡Mierda! —exclamé cerrando los ojos, mientras el ácido olor a sudor proveniente de los que me agarraban me inundó las fosas nasales.

63. En línea: https://es.wikipedia.org/wiki/Campo_de_concentración_de_Dachau#cite_note-Grünwiedl3-3 Grünwiedl 1934: 3, [Consulta: 23/06/2017].

Pensé que no lo contaría. Me resistí. No aceptaría ir a la muerte como un cordero. Me apalearon sin piedad, hasta que...

—¡No, en la cara no! —gritó el oficial. Y dejaron de aporrearme.

Repentinamente los dos guardias, tras cuchichear entre sí algo que no pude entender, me arrastraron hasta uno de los barracones. Quedé desconcertado, cuando me obligaron a darme una ducha de agua caliente. ¡Hacía tantos meses que no había visto una pastilla de jabón!

Al acabar, el SS-Oberschutze Adler, dijo a su compañero y subordinado el SS-Schütze Stever:

—Hemos de asegurarnos de que no ha ocultado nada en algún escondrijo indecente. ¡Las palmas de las manos en el suelo! ¡Las rodillas extendidas! ¡Inclínate hacia delante! ¡Stever, explórale el agujero del culo! —ordenó el muy cabrón.

—Déjate de chorradas Adler. Sabes de más que hoy no estoy para gracietas —ambos se echaron a reír. Se descojonaban a mi costa.

Después de haberme aseado, me condujeron hasta una fría sala en las oficinas de las SS. Una hora después me encontraba ante el Oberführer Theodor Eicke. Estaba en un gran salón que se habría podido considerar elegante de no ser por la presencia del despreciable miserable que tenía enfrente. ¡Nazi hijo de puta!

—Es curioso —dijo Theodor Eicke, mientras me escrutaba indeciso con la boca abierta y la incredulidad reflejada en sus ojos—, salta a la vista que es idéntico al Reichminister Rudolf Hess, aunque más delgado. ¿De dónde es usted? —preguntó.

—Soy austriaco, Oberführer, de Viena —respondí comedido.

—¿Nunca... nunca le han dicho que se parece a nuestro camarada Rudolf Hess? Seguro que sí —afirmó condescendiente.

—No, jamás, Herr Kommandant.

El Oberführer cogió el teléfono y llamó. Solo le llevó un par de minutos gritar como loco y decir al que estaba al otro lado que lo tuviese todo dispuesto. Al poco colgó el auricular, se atuó el pelo con las manos y, mientras cruzaba las piernas, extrajo una pitillera de plata bruñida. Encendió un cigarrillo para él y sorprendentemente me ofreció otro a mí.

—Gracias, Herr Kommandant —dije realmente asombrado por el gesto, y me lo puse tras la oreja—. Si no le importa, me lo fumaré después.

—¿Está usted casado con una alemana? —el Oberführer usó un tono conciliador.

—Así es, Herr Kommandant.

—¿De verdad? Bueno..., hubo un tiempo en que tuve amigos judíos, algunos de ellos buenos alemanes. Precisamente tenemos uno en común que admira nuestra política, aunque no es alemán sino de origen polaco. Fue él quien me advirtió de su parecido con nuestro admirado Reichminister.

—Supongo que los amigos que tenemos son los que nos merecemos, pero no todos los judíos opinamos lo mismo sobre política —al decirlo no pude evitar una mirada de resentimiento, pues el nombre de David Grun ya resonaba en mi cabeza como el traidor. No hacía falta ser un genio para atar cabos.

Theodor Eicke, por un instante, pareció perplejo. Su rostro tomó una expresión extraña, casi cabría decir de irritación.

—¿Cómo ha dicho? ¡¿De qué habla?! —su actitud se volvió tensa, fría.

—Nada, disculpe, Herr Kommandant —bajé la mirada. No me quedó más remedio que tragarme mis propias palabras.

—Sí, bueno, es lo que me había parecido —manifestó más calmado.

—Gracias, Herr Kommandant.

—¿Sabes? Tengo para ti —comenzó a tutearme— una misión poco habitual.

—Usted dirá —me encogí de hombros al tiempo que observé con malestar aquella mueca dentada que pretendía ser una sonrisa.

—Te vamos a sacar de este campo, vas a ir a un lugar especial y sin reparos harás lo que se te pida. Si todo va bien, espero poder convencer a mis superiores para que cambien de opinión. Me preguntaba si no sería posible olvidar tu origen o tal vez pasarlo por alto. En fin..., se sabe que esas cosas pasan de vez en cuando. ¿Qué te parece?

Sin esperar respuesta, no le importaba lo que pudiera opinar, mostrando hacia mí la misma indiferencia que si se hubiera tratado de un mueble, levantó la mano y los dos esbirros de las SS me sacaron de allí. De nuevo fui a parar al calabozo.

Aquella celda era muy decente, no había bichos y además el camastro era cómodo. Demasiado para lo que habitualmente se daba en Dachau. Me pareció un lujo poder echarme sobre él, y así lo hice. Estaba demasiado inquieto para conciliar el sueño, no podía imaginarse ningún otro motivo que no fuera el cautiverio. Cerré los ojos añorando mi libertad, cuestionándome si sería cierto que me parecía a Rudolf Hess y si sobreviviría para ver de nuevo a mi familia. No supe cuándo me quedé dormido, pero sí recuerdo que me desperté a deshoras empapado en sudor.

Capítulo 27

El SS-Hauptsturmführer Albert Klett, estaba frente a mí. Era un hombre alto, pelirrojo, de mirada aviesa y aguzado rostro. Sus ojos de un azul metálico me diseccionaron como si de un espécimen de rana se tratara. Me indicó con la mano que me pusiera en pie, y así lo hice. Mientras sonreía, me rodeó y dio varias vueltas entorno a mí como las aspas de un molino; a continuación se friccionó el mentón y acabó por exclamar con parsimonia jocosa:

—¡Herr Adolf Jellinek! Me alegro de conocerle. Dicen las malas lenguas que es usted judío y austriaco. ¿Acaso ambas cosas no son incompatibles?

—No tendrían por qué, Herr. Efectivamente soy de Viena, pero no tengo tan claro lo de ser judío —reconozco que no estaba cómodo en medio de tanta atención, sentía una gran opresión en el pecho y por añadidura todas aquellas miradas fijas en mí me abrumaban y sofocaban.

—¿Qué quiere usted decir? —añadió intrigado, con tono seco—. ¿No es cierto que la esencia de un judío, su identidad, se hereda de la madre?

—Bueno, quizá, pero a mí nunca me interesaron esas cuestiones. Perdone, aún no sé por qué estoy en Dachau.

—¡Que no lo sabe...! ¿Acaso no cree que haya suficientes razones? —al decirlo se avivó en su rostro una mueca de desprecio, y se produjo un murmullo de asentimiento a sus palabras por parte de varios suboficiales y oficiales de menor rango que lo seguían.

—Desde luego, Herr, como usted diga —contuve la rabia.

Cuando pareció recobrar el control de sí mismo, anunció pletórico:

—¡Prodigioso! Algo desmejorado, pero asombrosamente parecido.

—Cierto —asintió el SS-Scharführer Gunther, un tipo de cabeza cuadrada, sin cuello y mofletes anaranjados como el pecho de un petirrojo.

—Tuvo usted la oportunidad de irse de Alemania. ¿Por qué no lo hizo, Herr Adolf? Se habría evitado esta situación —insistió el SS Albert Klett.

—Mi mujer estaba embarazada, íbamos a tener un hijo. Sé que parece increíble, pero es la pura verdad.

—Bien, Herr Adolf —adoptó un falso tono paternal—, no puedo decir que me extrañe ni que lo sienta, pero puede ser que busquemos alguna solución a su problema; le sacaremos de aquí con la condición de que colabore y no ofrezca con sus actos la más mínima duda. Lo que se escriba en el informe final dependerá de usted.

—Gracias, Herr. ¿Puedo preguntar de qué va todo esto? ¿Qué tengo que hacer?

—Todavía no, ya se lo explicaremos en... —hizo una pausa mientras tomaba un cigarrillo y lo encendía—, aproximadamente una semana lo entenderá. De momento le trasladaremos a un lugar más acorde con sus nuevas responsabilidades.

¡Increíble! Aquella noche me sirvieron la cena en una bandeja. Había estado varias veces al borde del suicidio, dispuesto a arrojarme al canal que rodeaba el campo para de inmediato saltar sobre la valla electrificada y, sin saber cómo, mi situación parecía haber cambiado. No podía entenderlo, algo importante se fraguaba.

Unos días después, los mismos graciosos vinieron a buscarme.

—Herr Adolf, sentimos molestarle. ¡El SS-Oberschutze Adler tiene la obligación de recordarle que hace un precioso día! —al decirlo soltó una risotada que hizo temblar el techo.

Su compañero, el no menos simpático SS-Schütze Stever, lo acompañó con una risita de hiena y comenzó a gritar:

—¡Muévete saco de mierda! ¡A paso ligero!

Justamente apareció Albert Klett, y un silencio sepulcral se hizo. Ya, Adler y Stever, no parecían tan felices. Ambos se cuadraron en presencia del jefe olvidando su natural encanto.

—¿Todo listo? —preguntó Albert Klett—. ¡Nos vamos, Herr Adolf! En Berlín recibirá las aclaraciones oportunas. Espero que el trayecto sea feliz y no haya lugar para incidentes que debamos lamentar. ¿Está de acuerdo?

—Sí, naturalmente, como usted considere Herr oficial.

—Por favor, llámeme Albert.

—Si usted lo manda... —asentí con inquietud ante tanta familiaridad.

El viaje: dos Gestapo, el SS-Hauptsturmführer Albert Klett y yo, lo hicimos nuevamente en un BMW 1800. El motor rugió y el tubo de escape expulsó una vaharada de humo negro. Salimos al oscurecer de un día gris, sucio, y llegamos cuando casi amanecía a las afueras de Berlín. Una placa de bronce deslustrada, en el pilar de la gran puerta con arabescos de hierro forjado que se abrió ante nosotros, indicaba algo que no alcancé a leer. Dos SS salieron de una garita de piedra, uno de ellos acompañado de un perro, y se acercaron al turismo. El guardia que había abierto la verja saludó con ademán poco decisivo y, tras consultar su lista, nos franqueó el paso.

Atravesamos una alameda de sauces recortados y más tarde recorrimos durante interminables minutos un camino de grava sobre el que crepitaban los neumáticos al rodar, encajado entre altivos álamos que se perfilaban en la oscuridad. Avistamos finalmente a una edificación formidable, alta, elegante, de tres plantas con tejado abuhardillado. El coche acabó por detenerse ante la escalinata de un pórtico acorde con el imponente aspecto de la vivienda. Más allá se distinguía un alto muro de ladrillo rojo cubierto por la hiedra maléfica, perpetua enemiga asociada a la inmortalidad, que había extendido sus zarcillos aprovechando el abandono.

Fui el último en descender, escoltado por los Gestapo y precedidos por Herr Albert. Cuando nos acercábamos a la casa, parecía desierta, no se veía a nadie. Al entrar me sorprendió la enormidad del vestíbulo con un suelo de madera que crujía como cuando pisas el grano. Había libros y pinturas por todos sitios. Pese a su lujo la decoración era impersonal, los paneles de madera oscura que cubrían las paredes estaban hechos de contrachapado. Olía a sándalo y los vitrales ya dejaban pasar la cálida luz anaranjada del amanecer.

De pronto apareció un mayordomo que tenía el semblante blanco como el de un muerto, viejo de edad indefinible, más largo que un día sin pan y arrugado como una pasa; lo hizo de la nada luciendo una levita negra, chaleco y pantalón del mismo color. Sus perezosos movimientos habrían exasperado a cualquiera de no haber tenido la precisión de un cirujano.

—«Guten morgen» —saludó el sirviente en tono pausado, pero firme.

—¡Buenos días Emil! —contestó Herr Albert—. ¿Están preparadas las habitaciones?

—Desde luego Herr. Todo está dispuesto. ¿Desean desayunar los señores?

—Por supuesto, pero antes quiero que acompañe a Herr Adolf a su habitación y que se vista adecuadamente. Ahora —se dirigió a mí—, puede usted ir a su cuarto, quitarse esas ropas y asearse cuanto quiera.

—Herr Adolf, si tiene la amabilidad de acompañarme —dijo Emil en tono cordial.

Estaba realmente asombrado. Seguí a Emil y, tras cruzar el vestíbulo, escalamos una escalera de pulidos peldaños de madera. A cada paso la casa parecía más grande y silenciosa. El anciano iba un escalón por detrás de mí con lo que nuestras caras quedaban más o menos a la misma altura, hasta que llegamos a un amplio pasillo iluminado en donde ningún rincón quedaba a oscuras, flanqueado de habitaciones. Mi guía se adelantó y levitando avanzó por aquel túnel con parsimonia. Al doblar la esquina, abrió bruscamente una maciza puerta que emitió un leve crujido. Después se hizo a un lado para que yo entrase y me señaló una enorme cama con dosel sobre la que habían dispuesto un traje claro acompañado de todos los complementos: camisa, zapatos, y ropa interior. Al instante el repiqueteo acompasado de sus pasos se perdió en el pasillo.

Curioseé desde el gran ventanal buscando consuelo. Con solo una mirada fugaz abarqué todo aquello. A pesar de estar sucio a través del cristal se veían los verdes macizos de césped, y más allá una multitud de arbustos calamitosos surgidos de la desidia y el abandono. Las zarzas se agarraban a sus raíces para aprovechar su corta existencia, como si se dieran cuenta de que tarde o temprano serían guadañadas. Un jardín quebrajoso y descuidado.

Y volvió a mí la zozobra: «¿Qué querrán? Debe de ser muy importante para tomarse tantas molestias. Hasta hace unas horas tan solo era una res dispuesta para el sacrificio, y ahora me agasajan con ropas elegantes. Tal vez todas estas atenciones sean el preludio de una nueva vida». Traté de reconfortarme con aquella idea, era evidente que nada podría hacer en tanto estuviese enclaustrado en un campo de prisioneros; aquí, al menos, tendría una oportunidad. Aun así el dolor me torturaba al recordar a Adele y a mi hijo, que ya tendría casi un año. Seguía sin saber nada de ellos.

Pasados unos minutos, dejé atrás mis consideraciones y me miré al espejo. Advertí que no tenía buen aspecto. Mis facciones se habían reducido a proporciones esqueléticas. Hacía más de un año desde mi detención y la vida entre los subhumanos me había pasado factura: quizá había perdido más de diez kilos, algunas canas ya blanqueaban mi cabeza, los ojos algo hundidos, y los pómulos huesudos habían hecho acto de presencia.

Cuando estuve preparado, me senté junto a un pequeño escritorio y abrí un cajón por pura curiosidad. Había un ejemplar de *Neues Volk*⁶⁴, la revista nazi de propaganda racista. Comprobé que los judíos no eran el único grupo excluido de la visión de la comunidad nacional; el régimen nazi también singularizaba a la gente discapacitada, física o intelectualmente. En la portada de la publicación mensual aparecía la imagen de un guapo enfermero ario junto a un individuo con evidentes rasgos de deficiencia mental. La leyenda decía: «Esta persona con una enfermedad hereditaria le costará a nuestra comunidad nacional durante su vida 60.000 Reichmarks. Ciudadano, este es su dinero».

64. *Neues Volk* fue una revista ilustrada de Mass-Market. Fue la publicación mensual de la Oficina de política Racial de Alemania Nazi, fundada por Walter Gross en 1933.

Estaba con la vista puesta en la escalofriante portada de Neues Volk, cuando llamó a la puerta Emil.

Hacía un día espléndido. El mayordomo había servido un copioso desayuno en el porche, sobre una mesa de cristal con las patas en hierro forjado. Y allí esperaba Herr Albert, sin uniforme. Ahora lucía un atuendo ligero: pantalón de nailon, camisa de tonos cálidos y un pañuelo colorido en el cuello. Anfitrión y huésped nos dispusimos a satisfacer el apetito.

—¡Qué tal se encuentra, Herr Adolf! —apuntó en un tono que me pareció cortés y si cabe afectuoso, como si lleváramos semanas sin vernos y de pronto nos uniese una indisoluble amistad.

—Peor de lo que me temía —respondí a su confianza con sinceridad.

Estábamos sentados frente a frente, separados tan solo por la mesa.

—Bueno..., Herr Adolf, —me miró con sus intensos ojos azules y arrastró las palabras como queriendo dar importancia al momento—, creo que aquí empieza su gran aventura. Pero... ¿qué le parece el alojamiento?

—Perfecto, Herr Albert. Después de más de un año en Dachau se me antoja el paraíso, aunque no deja de ser una prisión.

—Me temo —dejó escapar una leve sonrisa— que efectivamente continúa usted detenido. Quisiera poder decirle otra cosa, pero no soy de los que embaucan. No obstante su vida va a sufrir un cambio sustancial.

—¿Acaso podré ver a mi familia?

—Su familia está bien. Le doy mi palabra de que velamos por ella.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué han de velar por ella?

—¿Lo entenderá si le digo que es usted un importante activo para nuestro gobierno y que la seguridad de su familia va a depender desde hoy de su comportamiento?

—¿Pero...?

—Todo a su debido tiempo. Se le podría considerar un prisionero afortunado y no debe olvidarlo nunca, o el bienestar de los suyos, sintiéndolo mucho, se resentirá.

—¿Y...?

Herr Albert se acomodó en su silla, bajó la mirada y se produjo un incómodo silencio. Era como si estuviera sopesando las posibilidades de un candidato a un trabajo especial y quisiera comprobar si el joven aprendiz era digno de confianza para asumir semejante responsabilidad.

—Herr Adolf, le propongo un trato.

—¡Un trato! —repetí sorprendido.

—¡Sí! Es algo que para usted es muy sencillo, pero que para cualquier otro resultaría casi imposible de lograr.

—Usted dirá.

—Que sea el doble de Rudolf Hess, el perfecto socios, y cuidaremos de su familia.

—¿Si tengo que servir a los que me han quitado la libertad y destruido mi vida, antes prefiero morir!

—Herr Adolf —arrastró las palabras—, no se propase; precisamente usted debería ser comedido en sus acciones y reacciones, somos adultos. Insisto..., los suyos dependen de usted.

—¿Y si no es así y han sido aniquilados? ¿Cómo sé que no estoy siendo engatusado para servir a sus planes sin rechistar?

En ese momento, Herr Albert sacó una cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrajo algo que me mostró.

—Mire esto. ¿Las reconoce? —preguntó mientras daba vueltas a un cigarrillo entre sus dedos.

—¡Es una foto de Adele y un bebé! —exclamé sorprendido, apenas con un hilo de voz trémulo. En ese instante mi aciaga existencia volvió a cobrar sentido.

El bebé parecía una niña, el pelo rubio, algo rizado, y unos mofletes que se acentuaban con lo que parecía una sonrisa. Me quedé paralizado, las rodillas me temblaban y la lengua se adhirió a mi reseco paladar, no podía pronunciar una sola palabra. Me dejé caer en la silla, apoyé los codos sobre la mesa y puse la fotografía sobre ella sin dejar de mirarla. Noté que el corazón me iba a estallar y aunque advertí una opresión en los lagrimales evité llorar. Adele estaba preciosa y mi hijita también.

—Quédese la si lo desea, es para usted. Así siempre las tendrá presentes. Yo no tengo hijos, pero imagino lo que debe ser estar alejado de ellos. Mi padre era militar y apenas le conocí. Sufrí lo indecible con sus ausencias —sus ojos se ensombrecieron al mencionarlo.

—¡Deberá ofrecerme otras pruebas de que mi familia está bien, o de lo contrario no participaré en su juego!

—Hago lo que puedo. Le garantizo que se hallan perfectamente, y si no coopera, entonces y solo entonces correrán verdadero peligro. ¡No me haga más preguntas! Debe tener en cuenta, que solo se le trata con amabilidad porque unpreciado miembro del Partido Nazi necesita un doble. De no ser así, usted sería un despojo más.

—¡Quiero verlas! ¿Qué tengo que hacer? Si no las veo, no creeré lo que me dice. ¡Lo necesito! —no pude evitar levantar la voz más allá de lo que me estaba permitido.

Parece que Herr Albert no era un tipo tan duro como aparentaba, pues no me reprendió por mi salida de tono. Le vi

clavar los ojos en el suelo y después de un silencio mortuorio propuso:

—Bueno..., supongo que para nosotros es muy importante que no le consideremos un preso como los demás, su colaboración debe ser incuestionable. ¿Si promete que se conformará con observarlas en la distancia? Pero tenga en cuenta que jamás podrán comunicarse.

—¿Por qué no podría hablar con Adele, aunque fuese unos minutos?

—Herr Adolf..., es probable que resulte duro oír lo que tengo que decir: usted no existe, oficialmente su muerte se produjo de forma accidental y ni tan siquiera su cadáver pudo ser recuperado. A su familia se le comunicó esta eventualidad, y para evitar reclamaciones se recordó a su esposa que el gobierno y su política podría no ver con buenos ojos su matrimonio con usted y el hecho de tener una hija con sangre judía.

Me levanté de la silla en la intención de arrancar la cabeza del hijo de puta que tenía enfrente. Me contuve al ver que los SS estaban pendientes e hicieron amago de acercarse.

Herr Albert advirtió mi gesto, pero no se inmutó. El color avivó su rostro y con él una expresión de astucia. Era un hombre curtido, aceptó mi ademán con la naturalidad del que sabe observar la impotencia del ser humano sin molestarse por ello.

—No debe sentirse ofendido, Herr Adolf. Le aseguro que no puedo hacer otra cosa. Es necesario que usted siga muerto, y que su esposa, aunque sea por prudencia, no se vea impulsada a realizar gestiones o preguntas inadecuadas. ¿Lo entiende, verdad?

—No, claro que no. Ustedes los nazis... ¿no sé qué pretenden? ¿Adónde quieren llegar?

Estaba claro que debía someterme al chantaje que me habían propuesto si deseaba que mi familia no sufriera las conse-

cuencias, pero a lo que no estaba dispuesto era a no asegurarme de que efectivamente se encontraba a salvo. Necesitaba una evidencia fuera de toda duda.

Y así fue como mi tozudez surtió efecto. El Hauptsturmführer Albert Klett accedió a mi petición. Dos semanas después, una mañana, llegó de buen ánimo; como si hubiera resultado agraciado con el premio gordo de la lotería.

—¡Buenos días, Herr Adolf! —advertí una divertida sonrisa en sus ojos, que ahora me parecieron vivarachos.

Me puse en pie y arrinconé mis pensamientos, que hasta hacía un momento habían estado sumidos en la monotonía.

—Buenos días, Herr Albert —respondí con frialdad, no adivinando lo que se avecinaba.

—¡Por fin ha conseguido lo que pretendía! —exclamó exultante—. He batallado con mis superiores, y dada la importancia de nuestra relación han accedido a que pueda comprobar cómo están su mujer e hija.

La noticia me produjo un repentino mareo, me tuve que sentar para poder asimilarla.

—Las condiciones son las siguientes —comenzó a explicar Albert Klett—: nos jugamos el cuello, y es por eso que lo acompañaré en todo momento y hará exactamente lo que le diga. Cualquier desobediencia o rebelión por su parte, por nimio que sea el desacato, dará al traste con nuestro acuerdo y disolveremos de inmediato esta sociedad con consecuencias imprevisibles para usted. Espero que sea consciente y no intente hacer o decir algo que nos comprometa.

—Desde luego, Herr. Solo pretendo saber cómo están, verlas aunque sea unos minutos.

Anohecía, unas nubes panzudas y oscuras enturbiaban el cielo, cuando subimos al turismo e iniciamos el camino de la

esperanza. Conducía un Gestapo que conocía su cometido sin necesidad de abrir la boca o preguntar lo más mínimo, en perpetuo silencio parecía un muñeco de hojalata.

Al despuntar el día, a pesar de todo un día hermoso, tras unas cuantas paradas por fin llegamos a Bamberg. Todo un regalo para los sentidos. En Bamberg, una preciosa ciudad medieval en el norte de Baviera, tuve la sensación de que todo había sido dispuesto estratégicamente para deleite del viajero, o eso me pareció: aguas que discurrían junto a pintorescas casas, calles empedradas y una catedral con más de mil años de historia. Era una bella ciudad, acogedora y antigua. Los edificios parecían querer retrotraernos al tiempo en que los caballeros de briosos corceles se enconaban en torneos para ganarse el favor de las damas.

El vehículo se adentró en vías estrechas y se oía el repiqueteo de los neumáticos sobre los adoquines, un golpeteo suave y latoso que no calmaba mi ansiedad. Era demasiado temprano para cualquier cosa cuando llegamos; aún en las calles libres del tiberio podían diferenciarse los sonidos: aquí un tranvía que siseaba cadencioso, más allá una bicicleta cuyo ciclista hizo repicar el timbre, y un barrendero absorto que recogía con evidente pachorra algunas hojas que revoloteaban traviesas por las aceras, mientras las perseguía escoba en mano.

Finalmente, nos refugiamos en una cafetería. Herr Albert planteó que debíamos desayunar, y así lo hicimos. A pesar de que me había preparado para apacentar una espera sin desesperación, tenía los nervios a flor de piel. Sin conocer qué haríamos, o qué me deparaba el futuro inmediato, miraba a Herr Albert como un poseso. Este advirtió mi desazón.

—No se preocupe, Adolf, que hoy podrá ver a su mujer e hija —apuntó con un cierto asomo de afecto.

—Eso espero —respondí lacónico.

Llevábamos casi una hora en el local, cuando Herr Albert me advirtió con la cabeza. Miré por la cristallera, y allí estaban: era Adele que se acompañaba de una niñita pequeña rubia como el sol, que como un torpe cervatillo trataba de seguir a su madre. Me quedé prendado de la estampa, completamente embargado por la escena que acababa de tener lugar. Adele, por un momento, fijó su mirada en el escaparate de la cafetería como si me hubiera presentido, pero prosiguió su camino. Tal fue la conmoción, que sentí la tentación de gritar, de llamarlas, pero me habían aleccionado lo suficiente para saber que con ello habría firmado sus sentencias de muerte y la mía; aunque esta última bien poco me importaba.

—Hora de irse, ¿no le parece? —sugirió Herr Albert a los pocos minutos.

—¿Cómo sabía que pasarían por aquí? —Noté que me fallaba el aliento, tragué saliva.

—Simple información. Su mujer acompaña todos los días a su hija a la guardería, pues trabaja para el gobierno y sus padres son muy mayores para cuidar de la menor.

El regreso se hizo eterno, mi entusiasmo con ser grande no lo fue tanto como mi decepción por no haber podido abrazarlas. Pero me había quedado con aquel instante que durante años sería mi sustento, uno de esos recuerdos que guardamos celosamente y sabemos dónde encontrar cuando los necesitamos.

Y sobrevino lo inconcebible, lo aparentemente absurdo: a partir de entonces, Albert Klett y yo, juntos consagramos no pocas veladas a la amistosa charla cuando la ocasión lo requería y siempre evitando los meandros de la política, propensos a discernir sobre la condición humana y su naturaleza miserable.

Capítulo 28

El mes de agosto de 1935 sería capital en mi existencia: llevaba casi dos años privado de libertad, y desafortunadamente otros con menos suerte que yo no podrían contarlos. Necesitaba seguir vivo para proteger a los míos. Me juré que haría lo que fuera con tal de mantenerlos a salvo y evitarles sufrimientos, que algún día los recuperaría.

Faltaban pocos minutos para las nueve de la mañana, cuando Albert Klett dio al traste con mi situación de felicidad. Se presentó de forma inoportuna, entró corriendo en la habitación y casi sin poder respirar me zarandeó.

—¡Despierte! —se detuvo un momento jadeando— ¡Ya viene!

Bostecé, me desperecé, y al fin abrí los ojos de par en par, pues había permanecido embebido en la lectura de un clásico hasta altas horas de la madrugada. Durante unos instantes había oído sus gritos, sin embargo me mantuve inmóvil, somnoliento e inseguro de mi estado de conciencia:

—¿Quién viene? —pregunté al fin.

—¡Rudolf Hess quiere conocerle! ¡Prepárese! En tan solo unos minutos hará acto de presencia.

—¡Bueno, esto sí que es una sorpresa agradable! Descuide, estoy disponible, al fin y al cabo solo espero que una vez juntos no nos confundan —dije con marcada ironía, fingiéndome animoso.

—Ya sabe que Der Reichminister es comedido, pero muy exigente. Por favor, no me decepcione diciendo o haciendo algo estúpido —aseguró inquieto.

—No se preocupe, si como me temo es hombre parco en palabras, nos entenderemos muy bien.

Esperábamos bajo el porche para recibirle, cuando a las diez en punto un automóvil estacionó junto a la alameda. Tras sonar la portezuela bajó primero el ayudante, un hombre de expresión hastiada que solícito abrió la puerta trasera para que al instante lo hiciera Rudolf Hess.

Entonces le vi salir como impulsado por un resorte. No, no se trataba de una ilusión. No albergué dudas sobre su identidad: ancha frente y pobladas cejas. Pensé que era yo el que descendía con uniforme de las SS. Describirlo a él sería como hacerlo conmigo mismo. Me pareció estar frente a un espejo.

Albert Klett levantó el brazo derecho y añadió un Heil Hitler con una mezcla de convicción y costumbre. Rudolf Hess le devolvió el saludo hitleriano. Yo no pude ni deseaba hacer lo mismo, me había paralizado, anclando mi cuerpo al suelo, me limité a dar los buenos días.

Hess no perdió el tiempo en cumplidos, extendió la mano y estrechó la de Albert Klett que parecía terriblemente impresionado. Repentinamente se paró frente a mí y, entre incrédulo y perplejo, acabó por ofrecérmela también.

—Déjennos a solas... —dijo Hess, que parecía no dar crédito a sus sentidos. Aún no había salido de su asombro.

Los escoltas, no muy convencidos, se alejaron. Podíamos verles pasear intranquilos por el jardín, mientras nos sentábamos a la mesa.

—Si me lo permite, Herr..., quisiera ponerle en antecedentes —dijo Albert Klett, frunciendo levemente el entrecejo al tiempo que le dirigía un amistoso movimiento de cabeza.

—No, no es necesario. He leído los informes que me ha enviado, sé lo suficiente. Si no le importa..., necesito hablar a solas con Herr Adolf.

—Por supuesto, como quiera —Albert Klett abandonó la mesa y se dirigió al interior de la casa.

Por un instante pareció ignorar mi presencia, miró contemplativo en mi dirección, pero no a mí, parecía ausente. Finalmente derramó sus palabras sin previo aviso:

—¿Que tal está? —pareció querer romper el hielo.

—No puedo quejarme, y más teniendo en cuenta que mi anterior morada era Dachau —respondí mientras seguía luchando contra el impulso de insultarle, que era lo que más me apetecía.

—Lamento que tuviera que pasar por ese trance, corren tiempos confusos —Rudolf Hess agachó la mirada como queriendo dar tintes de franqueza a sus palabras.

—El mal ya está hecho —añadí con aspereza.

—Desde luego tenemos un parecido fuera de lo común. Creo que no van a tener que hacerle ni tan siquiera unos retoques.

—Realmente sí que nos parecemos... ¡físicamente! —enfaticé tratando de dejar traslucir el fuerte sentimiento de rechazo que sentía.

Aquel tipo era educado y cortés, ni asomo de la tiranía nazi, pero en mi fuero interno algo me decía que no era de fiar. Con el tiempo lo confirmaría.

—Bien..., Herr Adolf. ¿Está dispuesto a cumplir cualquier misión que se le encomiende?

—Si le soy sincero, creo que no me han dejado otra alternativa. Pero debería decirme de qué se trata.

—¡No le veo muy animado! Le adelanto que tendrá que acometer una ardua tarea que conlleva una grandísima responsabilidad y valor poco común.

—Bueno, no pierda cuidado, con frecuencia he hecho cosas de las que estaba poco convencido. No me asustan los retos. Únicamente deseo que garantice la seguridad de los míos.

—Puede estar tranquilo, los suyos no corren peligro. Usted cumpla y de lo demás nos ocuparemos nosotros. Por cierto..., creo que es judío.

—¿Y...?

—Por nada, por nada, pero ya sabe que reina cierto desconcierto. Claro que no todos son iguales. Si se comporta, conseguiremos que algún día pueda reunirse con sus seres queridos y hasta puede que le dejemos marchar a Palestina. Tengo potestad para hacer que usted salga de Alemania e incluso cambiar su identidad sin despertar sospechas.

—¿Y qué le hace pensar que encajaré en este papel?

—En cualquier caso —por primera vez le vi torcer el gesto—, detesto imaginar lo que podría pesarle si me defrauda.

—Mirándole, diría que no es muy probable que esté acostumbrado a que le decepcionen. Sin embargo, si yo estuviera en su lugar no confiaría demasiado.

—Quizá, pero dudo que mi desengaño pudiera compararse ni de lejos con el suyo. Tengo el presentimiento de que nos entenderemos a las mil maravillas. Espero que no haga nada reprobable que pueda provocar mi indignación —recalcó con suspicacia.

—¡Mi vida no importa, solo la de mi mujer y mi hija! No crea que es una bravata. Quiero garantías de que estarán bien.

—Comprendo..., digamos que su familia no correrá más riesgos que la mía. ¿No le gustaría reunirse con ellos?

—¡Yo no puedo seguir por más tiempo aquí! ¡Aún no he podido abrazarlas! —experimenté un súbito arrebató y, aunque traté de que mi respiración siguiera siendo normal, no pude evitar que se me humedecieran los ojos de rabia.

—Ciertamente es una pena, un caso verdaderamente trágico —dijo condescendiente al tiempo que negaba con la cabeza—, pero si no me da lo que quiero de aquí solo saldrá con los pies por delante.

—¿Qué quiere decir? ¿A mi hija solo podré verla a través de un cristal?

Asintió con la naturalidad del que carece de empatía.

Hubo un silencio, y ese instante de ensimismamiento me ayudó a recobrar las fuerzas.

—¡Está bien...! Solo espero que no se olvide de cumplir con su palabra.

Esta vez Hess dio un respingo, me miró arrogante.

—¿Qué quiere decir? Parece mentira, un hombre como usted... ¿Puedo preguntar si sabe ante quién está? Aunque admiro su valentía, no creo que esté en condiciones de exigir.

—Perdone, pero me temo que usted no lo entiende. No soy valeroso, simplemente no tendría razones para vivir. Ya he visto suficiente, tanto que algunos necesitarían varias vidas. ¿Qué quiere de mí?

—Tiene usted que olvidar quién es por un tiempo. Lo hemos organizado para que se familiarice con su nueva identidad; habrá que pulir sus cualidades de actor, pues no dejará de ser eso, una gran representación. Pero todo se andará.

De repente a Hess le entró una gran prisa. Se levantó de la silla e indicó a los escoltas que tenían que marcharse.

—Disculpe —dijo—. Siento interrumpir esta interesante charla, pero el deber se impone. Tengo que regresar a Berlín. Herr Adolf, atienda al Hauptsturmführer Albert Klett. Él le pondrá al tanto de cualquier cuestión de interés. Estoy a su disposición. ¡Buena suerte!

—Lo tendré en cuenta —respondí.

Con las mismas, bajó los escalones con premura y ni siquiera esperó a Albert Klett para despedirse. Subió al BMW, que con un chirrido de neumáticos desapareció. La partida fue todavía más extraña que su llegada.

Al instante, Albert Klett hizo acto de presencia. El rostro sombrío, me miró inquisitivo durante un momento y lanzó un suspiro de alivio cuando vio que el coche de Hess se alejaba.

— ¡Uf! Menos mal —dijo en un tono que en él no era nada usual, sin reparar en mi presencia—. ¡Se larga sin tan siquiera despedirse! ¡Por lo visto el poder da derecho a obviar la educación y buenos modales!

—Sí, es algo muy extendido últimamente —añadí con indiferencia, pues ambos de forma involuntaria ya habíamos establecido cierta complicidad emocional y personal.

—Sí, seguro que sí —repuso Albert Klett.

—¡Dios mío, parece una horrible broma! —exclamé.

—Podría ser, pero tenga la certeza de que si cumple, usted y los suyos tendrán al menos una oportunidad. Le convertiremos en un señuelo lo bastante parecido a Hess...

Capítulo 29

Aunque el interminable ronroneo del motor de doce cilindros del Messerschmitt me tenía hipnotizado, un resquicio de mis pensamientos estaba fuera de la carlinga de aquella aeronave. El infierno no tenía límites para mí.

—¡Atienda! Los mandos del aparato son como los genitales, sensibles a cualquier juego de manos. ¡Delicadeza... delicadeza y precisión, Adolf! —me gritó sin compasión Hans-Joachim mientras volábamos.

—¡No lo conseguiré! ¡Cada día lo hago peor! —vociferé desesperado.

—¡Que va..., está haciendo progresos! ¡No todo el mundo es capaz de dominar este cacharro, y usted lo está logrando!

—¿Usted cree?!

—¡Sin duda!

Regresamos al anochecer y con mal tiempo. Costó aterrizar con la tenue luz del crepúsculo. A medida que el ave fénix encaraba la pista, esta se hacía más y más grande como si quisiera tragarnos.

Llevaba más de dos meses de entrenamiento, pues me habían impuesto la necesidad de aprender a pilotar. Los progresos eran evidentes. El Hauptmann de la luftwaffe, Hans-Joachim Marseille, era un experto; lo había demostrado en la Primera Guerra y ahora había sido de los primeros en probar y dar fe de que el Messerschmitt sería una verdadera amenaza en los cielos. La cruz de hierro avalaba su destreza. La exhibía con orgullo.

Cierto día, anunció ante todos por sorpresa:

—Caballeros, demos la bienvenida al nuevo piloto, ¡Herr Adolf Jellinek!

Debo reconocer que hacía mucho tiempo que no me sentía complacido. En ese momento no puede evitar que un cierto orgullo me asaltase, pero fue tan fugaz la sensación, que la recuerdo con más pena que gloria.

Así fue que día por día, dominando mi constante inquietud, traté de cumplir a conciencia mi misión. Las siguientes semanas las pasé en la sala de cine junto a Albert Klett. De nuevo más reportajes: Hess ante el Führer, Hess dando un discurso en Munich, Hess en familia, Hess... hasta en la sopa. Debía habituarme a sus gestos, a sus modales, e imitar su forma de vestir. De continuo recibía a todo tipo de personajes, que se empeñaban en que me pareciera más y más a él. Conocía a su mujer e hijo por las fotos y rodajes: siempre aparecía un Hess armonioso y amante padre de familia, junto a su rubia y muy aria esposa. ¡Daban ganas de vomitar!

Poco a poco, extrañado por la escasa dificultad, me familiaricé con cada detalle: cómo se movía, hablaba o escribía, y hasta cómo pensaba. Pero lo peor fue que a veces sus gestos me parecían y los sentía como propios, no me eran ajenos sus tics. Cuando no ensayaba, mataba el tiempo yendo de un lado a otro como un paciente en la sala de espera, fumando y leyendo revistas.

Al estudiar la biografía de Hess, para ello disponíamos de un imponente dossier, me sorprendió el hecho de que hubiera nacido en Alejandría. Me quedé petrificado de horror: «Hess o Hoss», me había dicho David Grun. Adina, mi madre, había sido amparada por una familia en Alejandría. Yo también había

nacido allí y más tarde me trasladaron a Viena. «¡Que extraña coincidencia!».

Aunque en principio quise ingenuamente desterrar toda suposición, acabé por decidir que no pararía hasta encontrar respuestas.

Capítulo 30

Las cuentas no se habían saldado y la Segunda Guerra Mundial parecía más sangrienta que la anterior. De nuevo el ejército alemán, la Wehrmacht, arrollaba en Europa. Las victorias nazis no encontraban suficiente oposición.

Me había convertido por necesidad en un animal doméstico. Llevaba demasiados años privado de libertad, antes en Dachau y ahora al servicio de un loco. Hess era poco dado a aparecer en público; él emergía en la tribuna y soltaba los discursos, pero cuando tenía la posibilidad de acercarse a las masas, dar la mano o arriesgarse entre la muchedumbre, ahí estaba yo. Como compensación, aunque solo muy de vez en cuando, permitían que debidamente disfrazado y vigilado pudiera contemplar en la distancia cómo mi hija, que ya rondaba los ocho años, y mi mujer, seguían con su vida diaria en Bamberg.

Aquel día fue distinto a los demás: Albert Klett, la noche anterior, me previno de que mucho antes del amanecer nos esperaba un viaje a Augsburgo. Por fin culminaríamos el plan que se había preparado al detalle durante meses: el vuelo a Inglaterra en un Messerschmitt junto a Rudolf Hess. Todo había sido calculado. Sabía lo que tendría que hacer y decir, tanto al llegar a mi destino como después. Por supuesto que me recordaron las consecuencias de no seguir al pie de la letra cada una de las consignas. Mi familia, sin duda al menor titubeo, sería ingresada en un campo de concentración.

Era sábado, diez de mayo de 1941, cuando llegamos a Augsburgo después de un largo viaje desde Berlín. No recuerdo nada del trayecto de no ser que me pareció excesivamente fastidioso. Mi ánimo dejaba mucho que desear, pero no era mi intención desfallecer.

Sobre las 5:00 p.m, por fin avistamos el campo de aviación privado. Allí, cubierto por una lona de camuflaje, estaba el Messerschmitt Bf 110: un avión biplaza de fuselaje alargado y relativamente estrecho, que en la cola estaba rematado por un estabilizador horizontal de forma muy rectangular y dos derivas verticales en sus extremos. Según Hans-Joachim Marseille, el caza habría sido modificado eliminando las armas ofensivas y defensivas y pertrechado con depósitos de combustible adicionales.

En un hangar del campo, me aguardaba un uniforme de Hauptmann de la Luftwaffe. Trataba de embutirme en él, cuando Hess apareció. Aunque parecía animado, advertí en su mirada cierta melancolía. Todos se cuadraron e hicieron el saludo hitleriano, menos yo. Con una lánguida sonrisa, se dirigió a mí. Afirmó tras ojearme:

—¡No puedo negar que el uniforme le sienta bien!

Hess vestía un mono integral muy holgado y bajo él vislumbré para mi asombro, aún no se había cerrado la cremallera del todo, que llevaba ropa de civil. No calzaba botas militares sino una especie de zapato para caminar por terrenos abruptos.

Me retiraron los efectos personales y sin dilación se me entregó una pequeña mochila con los de Hess, al tiempo que me la hicieron revisar. Comprobé que llevaba varios documentos en una carpeta, algunos medicamentos, un mapa, una Leica,

fotografías familiares y algunas tarjetas de visita del profesor Karl Haushofer⁶⁵ y de su hijo Albrecht⁶⁶.

Subimos al Messerschmitt. Despegamos del aeropuerto sobre las 5:45 p.m. Volamos hacia el noroeste hasta alcanzar la costa holandesa, y por fin nos adentramos en el Mar del Norte evitando los radares británicos en dirección a Escocia.

Aunque Hess estaba pendiente del vuelo y los cinco sentidos puestos en un mapa en el que había trazado la ruta, comentó:

—Tenemos por delante unos mil trescientos kilómetros. ¿Que tal se encuentra?

65. Karl Ernst Haushofer (1869-1946): político, militar, geógrafo alemán, fue uno de los principales ideólogos del *Lebensraum* o *espacio vital*, término acuñado por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904), establecía la importancia de la relación entre espacio y población, asegurando que la existencia de un Estado quedaba garantizada cuando dispusiera del suficiente espacio para atender a las necesidades del mismo. https://es.wikipedia.org/wiki/Karl_Haushofer [Consulta 21/02/2019]

66. Albrecht Haushofer (1903-1945) hijo de Karl Ernst Haushofer, fue geógrafo alemán y diplomático. Se ha especulado con que fue él quien animó a Hess a volar en 1941 a Escocia, tras lo cual su suerte cambió. Como sospechoso de haber ayudado a Hess fue encarcelado durante varias semanas y quedó bajo vigilancia de la Gestapo. Altos miembros del Partido Nazi mostraron su desaprobación ante el hecho de que su madre fuera medio judía. Finalmente llegó a la conclusión de que la única manera de evitar el completo desastre militar y político de su país era eliminar a Hitler. Tras el fallido atentado con bomba de 1944, Haushofer huyó y se escondió, pero fue detenido en una granja en Baviera el 7 de diciembre de 1944. Encarcelado en la cárcel berlinesa de Moabit, escribió 80 sonetos inspirados por su situación. En la noche del 22/23 de abril de 1945, cuando las tropas del Ejército Rojo estaban entrando en Berlín, Albrecht Haushofer y otros prisioneros como Klaus Bonhoeffer y Rüdiger Schleicher fueron asesinados de un tiro en la nuca por soldados de las SS cerca de la *Invalidenstrasse*. Su cuerpo fue encontrado por su hermano Heinz el 12 de mayo de 1945. https://es.wikipedia.org/wiki/Albrecht_Haushofer [Consulta 21/02/2019]

—Bien... de momento —contesté y mis pensamientos volaron lejos como un diente de león arrastrado por una fuerte brisa.

—¿Cómo se llama su hija? —preguntó Hess.

—¿Cómo...? ¡Disculpe! —me había cogido por sorpresa.

—¿Qué cómo se llama su hija? —repitió.

—Adina, como su abuela. ¿Y su hijo? —sin saber por qué le devolví la pregunta en un acto reflejo.

—Hace tan solo unas horas que le he visto y ya echo de menos a mi pequeño Wolf. Siempre me pregunta cuando llego a casa: «¿Cómo ha ido el día, papá?».

Reinaba un silencio solo roto por el cadencioso murmullo de los motores, que acabó por abotargarme. Volábamos bajo y las nubes ocultaban las estrellas del cielo. Me sentía exhausto e intentaba no quedarme dormido, pero de pronto se me ocurrió:

—¿Alguna vez se ha parado a pensar si podría no ser ario?

—¿¿Cómo?! ¿Por qué habría de cuestionarme tal cosa? —objetó Hess tras soltar una ronca carcajada.

—No sé. Desde niño, aunque me he criado y vivido como judío, en realidad jamás me he sentido como tal. Es singular, lo reconozco.

—En absoluto he dudado de mi condición aria, ni de mi lealtad a Alemania.

—¿Aprecia a sus hermanos, Herr Rudolf? —me atreví a seguir indagando.

—Sí, en especial a mi hermano Alfred. También adoro a mi hermana Margaret. ¿Y usted...?

—No, no tengo hermanos. Por cierto... ¿Me parece que nació en Alejandría?

- Sí, así es.
- ¿Y cree en las casualidades?
- Admito que no. ¿Y usted...?
- Tampoco. Yo también nací en Alejandría.
- ¿Usted..., usted no era austriaco?
- Bueno, me crié en Viena, pero...
- Herr Adollf, no sé de qué me habla. ¿Sabe lo que pienso?
- ¿Dígame...?
- Creo que nuestro parecido le inquieta.

Interrumpimos la conversación, cuando sobrevolábamos lo que perfectamente se definía desde el cielo como una pista iluminada por antorchas; supuestamente era Dungavel House, la residencia del duque de Hamilton en Lanarkshire. Permanecimos en silencio, hasta que Hess gritó:

—¡Adolf! ¡Sigue ahí, o se ha dormido! Prepárese. Abriremos la cúpula de la carlinga y voltearé el avión. Recuerde la cazadora, disimulados en el interior del forro lleva los documentos que entregará al Duque de Hamilton. Usted saltará. ¡Suerte!

—¡¡Es complicado, no creo que sea el lugar idóneo!! —me desgañité, cuando ya el viento helado comenzaba a entrar a raudales al abrirse la cúpula.

—¡De todas formas, hágalo! ¡No creo que tengamos otra alternativa!

—¡No, no pasa nada! ¡Ya me las arreglo!

—¡¡Que Dios le ayude!! —volvió a vociferar Hess. Esta vez con una voz que heló aún más el aire gélido.

—¡Gracias Herr! Cuatro..., tres..., dos..., uno... —conté y se oyeron sordos chasquidos, cuando desaté el cinturón. Me

impulsé como un resorte en cuanto el avión estuvo bocabajo, arrastrando conmigo el paracaídas y la mochila que me ayudaría a pasar por Rudolf Hess.

El resto de la historia es bien conocida: a los pocos minutos descendía en las cercanías de una granja en Engleshan, Escocia. Después pude apreciar en la lejanía una gran explosión, supuse que se trataba del Messerschmitt. No sabría decir qué fue de Hess.

Maltrecho por una caída bastante aparatosa, fui hallado por un granjero que tuvo la deferencia de presentarse como David McLean.

—Soy Alfred Horn y busco la casa del duque de Hamilton. Tengo que comunicar una importante noticia a la Royal Air Force. Estoy solo. Voy desarmado... —dije en perfecto inglés.

El granjero como respuesta me acompañó hasta su casa. Poco después, la Home Guard se presentó y se hizo cargo. Las autoridades me consideraron prisionero de guerra y al momento conducido a los cuarteles de Maryhill en Glasgow. En ningún momento fui maltratado, muy al contrario se me trató con deferente rigor.

Al día siguiente, tan pronto como pude, exigí de nuevo entrevistarme con el Duque de Hamilton. Este apareció:

—¿Cómo se atreve...? —dijo el buen señor al advertir que le trataba con cierta familiaridad y se contuvo sorprendido fijando en mí su atónita mirada.

—Me he visto obligado a hacer una ligera alteración en mi aspecto personal, pero soy Rudolf Hess. ¿No me recuerda?

—En absoluto, se ha equivocado de persona. ¿Qué busca? ¿No decía ser Alfred Horn?

—¿No se da cuenta de adónde quiero ir a parar? —insistí al observar su aparente perplejidad.

—Aún no —respondió tajante.

—Tengo un mensaje para usted.

—Pues escúpalo ya. ¡¿Qué demonios quiere de mí?!

—Vengo en misión de paz. El Führer no desea derrotar a Inglaterra, sino suspender la guerra.

—¿Está seguro de lo que dice?, porque en ese caso puedo ayudarle.

Con las mismas me quité la cazadora de aviador y, tras rasgar el forro, extraje los documentos que curiosamente nadie halló a pesar de haberme cacheado, reconozco que sin mucha diligencia. Se los entregué.

Desapareció Hamilton y quedé en manos de la Home Guard, que me recluyó en la Torre de Londres.

CUARTA PARTE

Libertad

La vida es una obra de teatro que no permite ensayos. Por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente cada momento de tu vida antes que el telón baje y la obra termine sin aplausos.

Charles Chaplin

Capítulo 31

10 de octubre de 1945, trasladado a Nuremberg.

1945 fue el año cero para una Alemania en ruinas físicas y morales. Acabada la Segunda Guerra Mundial, Europa intentaba esclarecer la responsabilidad de los jerarcas nazis en los crímenes contra la humanidad. Las potencias aliadas decidieron crear un Tribunal Militar Internacional, para juzgar a los principales responsables políticos y militares del gobierno nazi. El juez Robert Jackson actuaría como Fiscal Principal, y el Tribunal estaría compuesto por cuatro jueces: estadounidense, inglés, francés y soviético, presidido por el juez británico Geoffrey Lawrence. Escogieron como escenario, por su especial simbolismo para el régimen nazi, la ciudad de Nuremberg y su prisión.

Yo, Adolf Jellinek, haciéndome pasar por Rudolf Hess desde 1941 había permanecido encarcelado en la Torre de Londres, hasta que esposado y conducido por soldados americanos fui arrojado a la prisión de Nuremberg el 10 de octubre de 1945.

A los pocos días de estar en la prisión, abrieron la puerta de mi celda y me entregaron el pliego de cargos impreso. Mientras el desalmado responsable, Rudolf Walter Richard Hess, seguía libre, yo tendría que responder por él de las acusaciones de genocidio y demás atrocidades. Otros muchos, estos con razón, también tendrían que rendir cuentas ante la justicia de los vencedores.

A los acusados en Nuremberg a veces se nos permitía pasear durante algunos minutos por un angosto patio, pero nuestro refugio era la mazmorra con su exiguo y grosero mobiliario: una cama, una mesa de cartón desvencijada y una silla que se retiraba cada noche para evitar posibles suicidios. Había en cada puerta una tronera enrejada para que los guardianes, que se turnaban cada dos horas, anduviesen pendientes del más leve movimiento de cada uno de los ocupantes de estas inhumanas estancias. Se nos imponía dormir del lado derecho para dar siempre la cara al guardián, de forma que cuando en medio del sueño el cuerpo daba la vuelta éramos despertados a través del ventanuco con una larga vara. Se hacía insoportable, me hacía sentir incómodo la insistencia de los que vigilaban.

El oficial americano, doctor Gustave Gilbert, me visitó unas semanas después de ingresar en Nuremberg. Su intención era la de averiguar, no escondió la razón, si mi estafalario comportamiento durante el juicio podría deberse a estratagema premeditada o a demencia causada por el largo cautiverio y las terribles acusaciones a que me enfrentaba. Insistió en que no comprendía mi conducta, que pudiendo tildarse de excéntrica, proveniente de una mente desequilibrada, poco después se sorprendía al mostrarme lúcido y brillante.

El doctor parpadeó detrás de sus gafas. Parecía un poco preocupado:

—¿Cómo se encuentra..., Herr Rudolf?

Su voz, me pareció que había en ella un débil tintineo similar al de las campanillas que repican durante la liturgia católica, hacía juego con su rostro redondeado de frente amplia, ojos castaños y esas lentes que le conferían un aire intelectual. Era más bien bajo, pero tampoco demasiado, y lucía un pulcro uniforme americano y una prominente nariz judía.

—Estupendamente —dije—, aunque se empeñan en no dejarme dormir.

—¿Qué esperaba usted? ¡El paraíso!

—En realidad no, solamente una sencilla caja de pino en donde alojar mis huesos.

—No sea tremendista.

—Estoy un poco mareado —y era cierto; sentía que un peso enorme me oprimía el pecho y respiraba con esfuerzo.

—¿Que está usted un poco mareado? —repitió con mirada grave el doctor.

—Sí. ¿Le importaría que atenuasen esa luz que tilila?

Gustave movió la silla y se sentó a mi lado. El centelleo se amortiguó al interponerse entre el foco y mi cara. Fue una bendición.

—No creo que sea usted tan cínico como quiere aparentar —añadió desalentado.

—¿Qué le hace pensar eso? —esbocé una blanda sonrisa.

—¿Sabe?, creo que debería empezar a asumir responsabilidades, quizá eso le ayude a conciliar el sueño.

—Lo único que intento decir... Perdone, pero hay muchos motivos que me impiden descansar. Tengo tantas cosas en la cabeza, tantos enemigos al acecho, que si duermo puede que no regrese.

—¿De dónde teme no regresar? Déjese llevar, libere su conciencia.

—¿Liberar mi conciencia?! —pregunté sorprendido.

—Sí, eso he dicho.

—¡Tonterías!

—Usted verá, pero vigilaremos muy de cerca sus progresos —apuntó en tono resignado.

—¿Sabía que nada tengo que ver con los nazis? —me eché a reír. Esta vez sin remilgos.

—Supongo que habla en broma, usted siempre fue fiel al Führer. Veo que se guarda muchas cosas...

—Una suposición desafortunada —le interrumpí—, pues no recuerdo haberme codeado jamás con ese señor

—Sabemos que no está loco. Quisiera comprender por qué viajó a Gran Bretaña. No pudo participar en las atrocidades nazis que comenzaron hacia 1944, porque desde 1941 estaba cautivo en Inglaterra. ¿Hasta qué punto se implicó en las decisiones de Hitler? Me da la impresión de que siente temor. ¿De qué recela?

—Algún día lo averiguará. Ahora nos escuchan. ¿No los oye? ¿No los oye? ¡Por favor...! —y tuve ganas de añadir: «No puedo contártelas, basta, no me fío de ti, déjame en paz...».

—Cálmese..., Hess. Me han dicho que apenas come.

—¿Quién lo dice? No, no sé. Bueno..., creo que tratan de envenenarme, casi lo han conseguido. Lo primero que hice al llegar nada más ser llevado a la presencia del coronel Burton, jefe mayor de la prisión, fue reclamar unos chocolates que me habían quitado a la entrada.

—¿De dónde los sacó?

—Me los habían dado los británicos. ¡Por supuesto que estaban envenenados! Quería guardarlos para mi defensa en el juicio.

—Haga un esfuerzo por alimentarse adecuadamente, no caiga enfermo, esa actitud no le beneficia —acabó por referir en tono condescendiente el doctor.

Apreciando en sus palabras cierta probidad, me sentí tentado, habría roto mi silencio, pero estaba advertido. No era la

cobardía lo que me llevaba una y otra vez a encerrarme en el caparazón de la locura, sino el recordar las consecuencias que para mi familia tendría el confesar ante mis carceleros. En la periferia de la cordura, lo desterré de mi cabeza. No me era posible hacer públicas las motivaciones de mi desventurada situación, desconfiaba y no advertí que alguien estuviera realmente interesado en conocer la verdad. Creí haber comprendido con el paso de los meses, que mis captores solo escudriñaban carne de horca o presidio. Lo más duro no era el encierro, lo más lacerante era el reproche que me hacía por todo lo indigno que había hecho o consentido. Este aislamiento hacía que quisiera imponerme con rigor la disciplina de la soledad. Muy a menudo acudía, necesitaba el abandono perverso de mí mismo. Me decía: «No lo hagas, no digas nada o sacrificarán a tu familia. No pierdas el tiempo diciendo que eres inocente, se reirán de ti. Pagarla a perpetuidad por un cabrón y encima decir que eres su doble, sería demasiado jocosos. ¡Soy inocente! Lo soy..., pero ¿para quién? Sí, ¿para quién?».

Llegué a estar convencido de que la extinción era el fin que merecía. Había días que perdía toda esperanza, y no creía poder liberarme de la ansiedad que mi alma albergaba. Me ahogaban los reproches en la quietud de mi encierro, sentía avidez por la muerte y justo este era el mejor consuelo que se me ofrecía.

Exhausto, después de tantos años de prisión, remordimientos y miedos, no poseyendo más que un camastro sobre el que desprender suspiros mientras devanaba las horas, aunque lo pretendí me faltó valor para tomar la decisión y aceptar la dulce liberación del suicidio. Aún hoy no comprendo cómo pude reunir la fuerza necesaria para soportar aquel tormento; solo me reconfortaba el pensar que ya nadie por mi culpa sufriría, que los míos estarían a salvo en tanto siguiera representando el papel del chiflado Rudolf Hess. Envidio a los locos de remate.

«Estar chalado te distancia de lo que te rodea, te lleva a aceptar mejor tu destino, dejas de ser consciente de que has despilfarrado tu vida y cómo todos tus empeños se reducen a cenizas».

Debió causar tal impresión mi teatralidad, que hasta yo mismo temí excederme y ser enviado a un frenopático, donde quizá me esperase un fin peor. De hecho, el 26 de noviembre de 1945, la corte de Nuremberg decidió celebrar una sesión para decretar si estaba suficientemente en mis cabales como para ser juzgado. Tuve que dar muestras de que volvía a recobrar algo de memoria y equilibrio, para evitar semejante destino.

Capítulo 32

Juicio de Nuremberg, noviembre, 1945.

—¡Mierda...!

La imprecación atronó en el Palacio de Justicia como si se hubiera pronunciado a voz en grito desde el mismo Nido del Águila, refugio idílico del poder de Hitler y sus secuaces durante la Gran Guerra. Había comenzado el proceso judicial, y los nazis veían cómo su mundo era cuestionado. De la noche a la mañana corrían el peligro de recibir un duro castigo.

Ante el estruendo provocado por el impropio, en la sala del tribunal se hizo un silencio que podía cortarse. Todos los allí presentes dirigieron la mirada hacia Hermann Wilhelm Göring, el que fuese miembro y figura prominente del Partido Nazi, lugarteniente de Hitler, comandante supremo de la Luftwaffe.

Este, desconcertado por su propia acción, con el gesto torvo y mirada desafiante, contempló arrellanado desde su asiento cómo los miembros de la corte, incluido el presidente, parecían esperar a que rematara la frase que con tanta furia había pronunciado. En vez de ello, se encogió de hombros y no supo ni quiso disimular la sonrisa que a sus labios afloró. No había podido evitar el exabrupto, se trató de un acto reflejo. Rudolf Hess acababa de hacerle partícipe de otro de sus excéntricos comentarios al oído: «Todos están hipnotizados, no hay salvación para el Reich, nos han vuelto a vencer».

El Gordo, así le llamaban a sus espaldas, bajó la vista y desdenoso se encerró en su coraza como por otro lado en él era ha-

bitual. Pensaba que Hess estaba perdiendo la cabeza, si es que no lo había hecho ya. No era el hombre que había conocido, ahora su lucidez se había disipado como se diluyeron los ecos del triunfo, el fulgor de los desfiles, las marchas militares y el estrépito apasionado de las gargantas de aquellas gentes que en su día se agolpaban y jaleaban por miles, brazo en alto, en las anchas calles y plazas berlinesas al paso de los estandartes que lucían la cruz gamada, símbolo del renacer ario.

Finalizada esa mañana la vista ante el tribunal, de regreso a su celda custodiado como siempre, Göring caminaba con determinación por el infinito pasillo. Miraba con desdén a sus captores. Cavilaba sobre el hecho de que a pesar de ser cautivo de las potencias vencedoras y tener que soportar la pantomima justiciera con la que aquellos se lavarían las manos de cualquier crimen culpando a los alemanes de todo mal, aun así, trataría de litigar y demostrar al mundo su nobleza del caballero ario y fidelidad inquebrantable al nazismo en contra de la impostura y superchería de sus enemigos. El verdadero pueblo alemán lo entendería y aplaudiría.

Göring vislumbró, tiempo atrás, que el Führer había llegado a apreciar a los británicos, a odiar a los franceses, a menospreciar a los americanos, y a considerar infrahumanos a rusos y judíos. Las disquisiciones más dispares acudían a su mente. Sus voces le gritaban:

«Ahora todos ellos quieren juzgarte. ¡Es de risa! ¿Cómo podía el Führer admirar a estos ingleses? Pero si son un atajo de piratas que han conseguido crear un imperio sirviéndose del robo y exterminio de los pueblos sojuzgados. Ocultan su racismo y peores vergüenzas con moralina victoriana, no exenta de hipocresía estirada y mojugata. ¡Y los franceses! Esos pusilánimes a los que estamos hartos de vencer y hacer correr hasta

París, pero que en el último momento siempre logran sacar tajada de las derrotas. ¡Ah!, los americanos, tan sobrados y pendencieros, sin historia ni tradición, un atajo de analfabetos que se han adueñado del mundo. Los eslavos y judíos, simplemente no cuentan: basura étnica; Europa y la humanidad hubieran estado mejor sin ellos, aunque no queda más remedio que reconocer que los rusos y su tozudez han sido realmente los que han sostenido la guerra y finalmente nos han llevado a la derrota y al ostracismo.»

Lo enclaustraron y el crujir del pestillo pareció amparar su soledad. Por momentos la rabia lo enardecía, se sentía víctima indefensa ante el oprobio de sus enemigos. Durante un instante examinó las paredes que lo aprisionaban e inspiró con fuerza llenando sus pulmones con el aire viciado de la exigua celda para enseguida soltarlo en un largo suspiro. En su cabeza se repetían una y otra vez las palabras que lo acompañarían de manera obsesiva los próximos días:

«¿Cómo sostendrás tu dignidad en estas condiciones? ¡Es increíble que un mariscal del glorioso, aunque vencido ejército alemán, sea acusado de crímenes de guerra! ¿Qué crímenes? ¿Acaso las guerras no son crueles? ¿Cómo es posible que quieran enjuiciarme los que han masacrado a miles y miles de civiles alemanes, buenos arios? ¿Qué defensa han tenido las víctimas inocentes que ellos provocaron? Los aliados han llevado a cabo bombardeos genocidas que destruyeron innecesariamente las ciudades alemanas, pues muchas eran refugios habitados en su mayoría por mujeres y niños. Cientos de miles de inocentes perecieron en el horror de Dresden⁶⁷, el doble de víctimas que

67. Tres días de locura, horror y muerte. El bombardeo de Dresde no tuvo otro nombre. Un crimen de guerra que desgraciadamente no fue declarado como tal porque los que lo realizaron fueron los supuestos “salvadores del

los ataques atómicos en Hiroshima y Nagasaki juntos. ¿Dónde está la justicia, que no reclama esa perversidad?

Hitler no deseaba el sacrificio del buen alemán, no anhelaba la guerra sino que se vio abocado a ella. Qué bien lo expresó Friedrich Wilhelm Nietzsche: ‘los que más han amado al hombre le han hecho siempre el máximo daño. Han exigido de él lo imposible, como todos los amantes’.

¡Cómo se atreven a censurarle!

Para él solo había un pecado..., la deshonra de nuestra estirpe.

Hitler siempre tuvo razón al tratar de imponer una moral original, una ética aristocrática y noble: la de los poderosos, la de los fuertes que repudian la debilidad.

‘El judío fue siempre un parásito en el organismo nacional de otros pueblos’; lo refirió el Führer, que encarnaba un modelo para vidas ajenas, que amaba al ario y anteponía el valor de la raza. Sin duda los judíos son los que han transmutado la moral, los que han envilecido aquello que primigeniamente se consideraba virtuoso y exaltado la maldad hasta el punto de suplantar lo uno por la otra. Para llevar a cabo su labor infame de perversión, se sirvieron de un medio: dieron posibilidad al

mundo”, los que derrotaron y sacaron a la luz todo el maldito holocausto nazi. Pero para ingleses y norteamericanos, Alemania necesitaba un escarmiento. Poco importaba que la guerra estuviera en sus últimos suspiros; que los rusos prácticamente perfeccionaran el asalto a Berlín después de haber cruzado el Oder, o que incluso los occidentales ya hubieran traspasado el Rin. Poco importó que Dresde estuviera llena de heridos y refugiados de guerra que huían del horror producido en otras ciudades, y que intentaban llegar como podían a Berlín buscando un último lugar donde esconderse. Poco importó que aquel no fuera un punto estratégico importante en aquellos momentos, ni un obstáculo importante en el avance de las tropas... En línea <https://factoriahistorica.wordpress.com/2011/08/20/el-bombardeo-en-dresde/> Extraído de la Factoría Histórica [Consulta 10/06/2018]

cristianismo, que niega la vida y acoge a los débiles pudriendo la raza. 'Aquel judío incubó una enfermedad en la humanidad'. La naturaleza nos enseña que hay una selección natural, que los más dotados sobreviven y con ellos el linaje prospera. El impulso natural no debe ser corregido sino sublimado.»

Göring se removió como una bestia enjaulada. Trataba de esquivar su amargura. Acabó por echar mano de su vieja pipa, la llenó con picadura de tabaco y acercó el fuego liberador. Al poco, devolvió las cerillas al guardián sin tan siquiera mirarle. Mas las extrañas sensaciones se avivaron con toda su crudeza:

«Lo que más asquea es la cobardía e indignidad de aquellos que en su día adulaban al Führer, y ante él se exhibían y golpeaban el pecho cubierto de medallas como simios en la jungla. Estos no perdían la ocasión de denigrar al que mostraba una ínfima debilidad, para así reafirmar ellos su fidelidad. ¿Y los que le vitoreaban y le pedían a gritos que salvara a Alemania? Esos, esos eran como un montón de paja seca ante el que uno se pasea con una antorcha encendida. ¿Adónde han ido a parar los alemanes supuestamente honestos, inmisericordes, autoritarios para con los dubitativos en la defensa del nazismo? Los que otrora alardeaban de patriotismo, apostatan y emergen hoy como plañideras para abjurar de sus ideales ante el temor que les infunde el posible castigo del vencedor.»

Cansado, hastiado, se dejó caer en el camastro y terminó por aspirar con fuerza una bocanada de humo que por momentos le satisfizo e infundió algo de la paz interior que tanto necesitaba.

Capítulo 33

El día tres de marzo de 1946, es para enmarcar en los anales de mi historia. Dios sabe que así fue.

Estaba en la silla de mi celda con los brazos apoyados sobre la mesa de cartón, enfrascado en una lectura anodina, cuando un sonido de llaves se escuchó y enseguida crujió el pestillo de la puerta. No me molesté en girarme, pensé que de nuevo el doctor Gustave Gilbert vendría a someterme a un tercer grado. Pero no, se trataba de dos soldados británicos.

Uno de ellos se dirigió a mí:

—¡Señor, tiene que acompañarnos! Revisión médica.

—¿Qué ocurre...? Me encuentro perfectamente.

—Lo siento, cumplimos órdenes. ¿Si no le importa...?

Me hicieron un hueco entre ambos y salí escoltado de allí. Recorrimos los pasillos que conducían al módulo en el que se ubicaba el botiquín y una pequeña consulta con algunos aparatos. No había nadie cuando entramos. Permanecimos de pie, en silencio. Hasta que ocurrió:

—¡Adolf, soy yo! ¡¿Estás bien?! —gritó alguien a mis espaldas.

Me volví y el calor me subió desde las plantas de los pies como si me hubieran enchufado a la corriente. De haber sido un árbol de navidad habría comenzado a destellar y a chispear. ¡David Grun con uniforme británico!

Tan fascinado estaba con la visión, que casi no podía articular palabra. Mi cabeza se embotó como un globo que se hincha con helio.

—¡Adolf... Adolf, espabila! ¿No me reconoces?

—¿Tú qué crees? Aún me queda algo de cordura. ¿Qué... coño haces aquí?

—¡Se acabó, vengo a por ti! —dijo sonriente.

—¿De qué vas? ¡Por el amor del cielo! —exclamé, mientras mentalmente comencé a medir la distancia que mediaba entre él y yo en la intención de saltar y romperle la crisma.

—¡Menos mal! Estaba seriamente preocupado. Se rumorea que habías perdido la cabeza —dijo tan campante.

Los soldados nos dejaron a solas. Las sensaciones eran extrañas: por un lado sentía odio y malestar, por otro una inmensa alegría. ¡Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba por mi nombre!

—Sabes de más..., eres un cabrón. ¡Tú me metiste en este embrollo!

—¡Cierto, cierto! Pero de no haber sido así, ahora estarías criando malvas.

—¿Qué quieres decir? ¡Lo reconoces!

—Lo que estás oyendo. Estabas en Dachau, un campo de concentración en el que han muerto miles de personas. Tú no habrías escapado.

—¿Y qué hiciste? Que yo sepa, no fuiste a buscarme.

—No podía. Decidiste que el sionismo no era tu camino. Pero sí, al menos conseguí que se fijaran en ti.

—¿Cómo?

—De más lo sabes. Conocía el interés nazi por los dobles y les hice saber tu parecido con Hess. Eso te ha salvado.

—¿Y por qué no me sacaste de allí si tanta potestad tenías con tus amigos?

—Jamás he tenido potestad con esos cerdos.

—¿Y mi familia? ¡La matarán!

—Imposible que lo hagan, está a buen recaudo.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillo. Tu mujer e hija están a salvo en Palestina.

Por momentos me sentí mareado, me faltaba el aire, necesitaba a vomitar. Me apoyé contra la pared, y así lo hice. David me acercó entonces un vaso de agua.

Durante unos minutos permanecí sentado, hasta que pude recobrar el aliento. Trataba a toda costa de mantener la sensatez.

—¿Están bien? —insistí perplejo.

—¿Quiénes?

—¡Por favor, no te hagas el imbécil! ¿Quiénes van a ser...? Mi mujer y mi hija.

—Perfectamente —respondió.

—¡Pues sácame de aquí!

—Ahí está el problema.

—¿Cómo que ahí está el problema?! Pero bueno..., ¿dónde te figuras que he estado estos últimos años?

—Adolf, lo siento, de momento tendrás que seguir representando el papel de Rudolf Hess. Ese malnacido debe creer que sus planes siguen en curso. En cuanto le tengamos, obtendrás la ansiada libertad.

—¿Es que sigue con vida?

—¡Desde luego! Se dedica a mandar nazis a Sudamérica, entre otras lindezas.

—¿Dónde está? ¿Qué piensas hacer?

—Bueno, los dos sabemos que no es tan sencillo, pero estamos cogiendo carrerilla en lo referente a este caso y no quiero detenerme. Creemos que se esconde en Madrid, Franco apoya a los nazis. Por eso no hemos dado con él, pero será por poco tiempo. Así que seguirás aquí y aguantarás un poco más.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio.

—¿Desde cuándo sabías que estaba encerrado?

—Desde que lo estuve en la Torre de Londres.

—¡Maldita sea! ¿Y eso...?

—Bien fácil. Los británicos no se chupan el dedo. Aunque tu parecido con Hess es asombroso, hubo detalles que no se les escaparon.

—¿Qué detalles?

—Entre otros, que Hess tenía heridas de guerra que tú no tienes. Disponen de un expediente muy completo.

—¿Y por qué no dijeron nada?

—No interesaba, intentaban cazarlo. Sabían que iba en el Messerschmitt, pero en el último momento se escabulló. Hess trataba de contactar con los nazis británicos, a los que pensaba convencer para que eliminaran a Churchill y así firmar la paz con Gran Bretaña. De esta manera, Hitler tendría las manos libres en el frente oriental y aniquilaría a Rusia. Tú, su doble, eras el cebo que distraería a los ingleses mientras él negociaba. No coló. La estratagema era conocida por el servicio secreto británico, y los pormenores del viaje también. Como el auténtico Hess no aparecía ni desde Alemania se dijo que fuese un fraude su apresamiento, todos callaron y te mantuvieron como cabeza de turco a la espera de mejores noticias.

—Por lo que veo aquí el único necio soy yo, que llevo años haciéndome pasar por ese retorcido a cambio de que mi familia no sea inmolada.

—Bueno, no desesperes, tómalo con calma, ya es cuestión de semanas, tal vez de días. En cuanto a la pena, ha sido pactada. Si Hess no aparece, te condenarán a cadena perpetua. Sigue en tu papel.

—¡A cadena perpetua! ¡Que no desespere! ¿Pero... y si me sentencian a muerte?

—Eso no ocurrirá —afirmó David con rotundidad—. Hess aparecerá. Si por algún motivo no diésemos con él, ya se buscará una solución que no alarme a la opinión pública internacional.

—Acepto con una condición.

—¿Qué condición? Ya sabes que me dan miedo tus propuestas.

—Que cuando lo hayáis atrapado, pueda hablar con él.

El 31 de agosto de 1946 se celebró la sesión de las declaraciones finales en el proceso de Nuremberg. Para entonces, había procurado demostrar mi desacuerdo con los compañeros de cautiverio, que ya me consideraban un excéntrico. A Julius Streicher ni siquiera le dirigía la palabra. Estaba representado mi papel a las mil maravillas, y no quería ni codiciaba hablar con ellos de lo que abominaba o desconocía. Era una víctima del nazismo y no su artífice, pero no debían advertir mi condición de impostor.

Así fue como nadie esperaba que aprovechara mi último turno en el juicio, y por eso, cuando Hermann Göring terminó su propia intervención e hizo el gesto de pasarle el micrófono a Joachim von Ribentropp, fui yo quien lo tomó y hablé como lo

haría el mismísimo Hess. ¡Había escuchado y asistido a tantas de sus arengas, que conocía a la perfección su verdadera naturaleza! Quería que todos supieran lo que realmente pensaba ese canalla, que su aparente locura no diera pie a la misericordia sino a una condena acorde a su culpa.

Empecé el discurso con moderación, pero conforme se desarrollaba, me fui enredando en una diatriba llena de incoherencias en la intención de seguir mostrando un asomo de paranoia y dar verosimilitud a la farsa. Para ello acudí al relato de varias predicciones ya referidas por mí antes de empezar el juicio. Había auspiciado que algunos testigos harían declaraciones sorprendentes o falaces, e incluso insinué que se había manipulado o drogado a algunos declarantes. A los diez minutos de monserga, el presidente de la sala tuvo que decirme que fuera abreviando. Entonces, en un esfuerzo inaudito por mostrar el auténtico talante de mi sosias, dije lo que él mismo habría dicho:

Por muchos años de mi vida pude trabajar bajo el mayor hijo que haya producido mi pueblo en su historia de mil años. Ni siquiera, si lo quisiera, podría borrar este período de mi existencia. Me siento feliz de saber que he cumplido con mi deber para con mi pueblo; mi deber como alemán; como nacionalsocialista; como leal seguidor de mi Führer. No me arrepiento de nada. Si tuviera que comenzar de nuevo, actuaría tal como he actuado, inclusive si supiera que al final me esperase una feroz muerte en la hoguera. No importa lo que me hagan los hombres, algún día estaré ante el trono del Juez Eterno. Ante Él me responsabilizaré y sé que Él, me declarará inocente.⁶⁸

68. (Rudolf Hess en Núremberg, 1946), en su declaración final ante el tribunal de Núremberg. En línea: <http://elcadenazo.com/index.php/fidelidad-hasta-el-final/> [Consulta: 20/02/2017].

Capítulo 34

Madrid, septiembre, 1946.

Una ciudad pobre..., y aun así sus gentes parecían no haber perdido la esperanza: *era el Madrid de las vendedoras de violetas, de los chiquillos ofreciendo agua de botijo en los tórridos días de julio a las puertas de las Ventas, el de las castañeras en los puestos invernales de las esquinas de las calles céntricas o el de las tiendas de helados modernas que ya competían con los tenderetes de refrescos que ofrecían agua de cebada, hielo granizado, horchata y limón helado.*⁶⁹

En ese Madrid se había refugiado Mitzi; apelativo por el que sus amigos nazis conocían a María Josepha Reiter antes y durante la guerra. Ahora los cazadores de nazis no la reconocerían; tenía otra identidad avalada por documentación adecuada y una nueva cara gracias a los contactos de su amigo Josef Mengele.

La penumbra envolvía aquella sala, cuando Mitzi colgó su abrigo y miró al hombre, sonriente. Hizo esfuerzos por adivinar el rostro de su interlocutor, pero se hacía casi imposible interpretar sus facciones. Las gruesas cortinas cernían la luz del amplio ventanal que había tras ellas, y la escasa claridad que dejaban traslucir la cegaba.

—Muy buenos días, Frau Mitzi. ¡Cuánto me place volver a verla! Por favor, tome asiento —Hess hizo crujir su silla girato-

69. En línea: <http://umer.es/wp-content/uploads/2015/05/n41.pdf> [Consulta 15/03/2017] El Madrid de la posguerra, Recopilación y redacción de José Ángel García Ballesteros y Fidel Revilla González. Página 19.

ria, al tiempo que la invitaba señalando con el dedo una butaca frente a su escritorio.

La voz cadenciosa de aquel personaje evocaba tiempos mejores, cuando el Reich se imponía. Ahora, aunque el tono era adusto y severo, carecía de la misma dignidad.

—Dejémonos de formalismos. ¿Un trago? —preguntó con amable frialdad. Con las mismas sacó una petaca plateada del bolsillo de su chaqueta y llenó una copa hasta arriba.

—No, gracias —replicó ella sin pensarlo.

—Mitzi, querida, ¿va todo bien? —preguntó Hess frunciendo el entrecejo.

—De momento sí —afirmó con rotundidad tratando de despejar cualquier duda.

—Buena chica. Me tranquiliza oírlo.

Hess se inclinó hacia atrás, exhaló un suspiro y dejando traslucir cierta emoción prosiguió:

—¡Es vergonzoso! Según dicen, la pantomima de Nuremberg está llegando a su fin. Como las relucientes sílfides de antaño que conducían a los viajeros hasta precipicios, así están conduciendo a nuestros camaradas hasta un indigno final. La guerra se llevó a muchos hombres nobles y a otros les espera un destino perverso.

—¿Quiere que vaya a Nuremberg? —sugirió Mitzi con entereza.

—Sin duda... —Hess hizo un imperceptible gesto con la cabeza, su aflicción parecía auténtica—, pero que quede claro, no la mando de vacaciones. Quiero que observe el panorama y me informe de todo lo que vea o averigüe, ¿entendido? No haga nada sin contar con mi consentimiento expreso. El sucesor de Hitler, comandante en jefe de la Luftwaffe y estimado mariscal

del Reich, merece un final decoroso. Hay que evitarle la humillación de la horca.

—Por supuesto. ¿Algo más, Herr...? —al decirlo deseó que los temblores que le recorrían el cuerpo no se le notaran en la voz.

—Nada más. Ya conoce el resto de instrucciones.

Finalizada la entrevista, Mitzi se puso en pie y de forma mecánica levantó el brazo derecho, lanzó luego un Heil Hitler y sin pausa abandonó la sala cerrando tras de sí la puerta.

Poco después estaba sola, trataba de acurrucarse entre aquellas sábanas ásperas. Sus emociones la asolaban, la asaltaron sus temores. Aunque necesitaba sumergirse en el sueño, solo conseguía al cerrar los ojos un trasiego de recuerdos que acudían en tromba y la atormentaban, un martirio. Su pecho era una cámara de tortura para su corazón afligido.

Habían pasado muchos años desde el día en que por primera vez pudo hablar con su Lobo, como cariñosamente llamaba a Adolf Hitler. Cuando lo conoció ella no era más que una chiquilla, pero ahora era toda una mujer y aún se reconfortaba al revivir sus cartas de amor:

Querida niña, me gustaría mucho tener tu gracioso palmito delante para decirte de viva voz lo que tu fiel amigo no puede escribirte. Luego me gustaría tanto estar cerca de ti, mirarte a los queridos ojos y olvidarme de todo lo demás...⁷⁰

Las imágenes, vívidas, acudían incesantes a su mente como los fotogramas de una tira de celuloide. Mitzi, a sus dieciséis años, era una hermosa jovencita rubia que cumplía la aparien-

70. En línea: <https://chrismielost.blogspot.com/2013/12/las-mujeres-de-hitler-un-viaje-por-el.html> [Consulta 12/07/2017].

cia del ideario nazi y trabajaba en la tienda de su padre en Berchtesgaden, cuando conoció y se enamoró de Hitler que rondaba los treinta y siete. Pero su Lobo se casó con Alemania y de ella tan solo quería que fuese su amante. Mitzi aspiraba a más, pero jamás lo obtuvo.

Más tarde vendría la conflagración y con ella la derrota, la huida de Alemania. Gracias al cirujano, su rostro había cambiado y rejuvenecido. No se reconocía al mirarse en el espejo. Muchas veces no podía contener el llanto y en la garganta se le formaba un nudo al esforzarse por evitarlo. Ya no creía en la inmortalidad de los mil años del Reich, aunque antaño sí se había sentido ilusionada, seducida y creído firmemente en tales cosas. Antes de marcharse debía saldar su deuda con los nazis, pues les debía los mejores años de su vida. Cumpliría su misión, y luego, con todo el dolor de su alma, desaparecería rumbo a Sudamérica e intentaría rehacer su vida.

Nuremberg, octubre, 1946.

Nubes de acre humo flotaban en el club Ludwigs, estaba a rebosar; especialmente de soldados británicos y americanos, que hacinados charlaban entre copa y copa. Trataban de aliviar sus carencias cuando el servicio que prestaban en la prisión lo permitía, era como una terapia. Allí se llegaba pronto a la conclusión de que si uno no tiene un amigo con el que hablar, lo mejor que podías hacer era buscar uno.

Herbert Lee Stivers, de aspecto aniñado, como siempre que podía estaba en el local y si se topaba con su buen colega Robert, mataban el tiempo en banales conversaciones.

—Göring parece un tipo agradable —afirmó Stivers, tratando de mantener el equilibrio entre la soldadesca que llenaba el establecimiento.

—¡Qué dices! ¡No te jode...! La verdad sea dicha es realmente patético que opines así —replicó Robert.

—Que va... ¿Sabes que también era aviador y me habla de Lindbergh? ¿Antes de la guerra, Göring entregó una medalla a Lindbergh!

—¿Y... quién es Lindbergh?

—¡Demonios! Ese americano que fue el primer hombre que cruzó el Atlántico en un vuelo sin paradas.

—¡Chorradas! Me alegro de que ese cabrón haya sido condenado a muerte. Seguro que no hay error posible.

—Además, le gusta charlar sobre deportes y béisbol y su inglés es bastante correcto —agregó Stivers, haciendo como que no había oído el comentario despectivo de su colega.

—¡Estupendo! ¡Cojonudo! —afirmó Robert achispado, apagando el cigarrillo en el cenicero—. A mí me ha tocado Rudolf Hess: otro que está como una cabra. Bueno, Stivers, aquí te quedas, me voy a dormir la mona, he bebido demasiado —se alejó a trompicones.

Stivers saboreaba un bourbon. Aquel vaso de vidrio entre sus manazas lo alentaba. ¡Con tan sólo diecinueve años y viviendo momentos tan increíbles! Quién le hubiera dicho que conocería a Göring, y además... «¡qué cojones!», pensó para sus adentros, tenía motivos para estar contento, pues acababa de hacer el amor con su chica: una joven alemana muy alegre aunque poco agraciada, pero había que conformarse. No había tenido muchas novias, de hecho era la primera mujer a la que había tocado sin rubor y le había devuelto las caricias.

—¡Qué diablos! ¡Solo se vive una vez! —dijo en voz alta mirando al camarero y tratando de animarse. Con las mismas

le mostró el vaso vacío, que pedía a voces ser rellenado con el néctar de la alegría.

De súbito, al girar la cabeza apenas un cuarto de vuelta, descubrió que una mujer se había sentado a su lado y cómo tras sacar un pitillo necesitaba fuego. Bueno..., no tuvo que pedirselo. Stivers, nada más ver que asomaba el cigarrillo entre sus dedos, se apresuró a ofrecérselo. La miró de soslayo mientras ella inclinaba levemente la cabeza para recibir la llamarada de su mechero, y sin poder evitarlo su vista recorrió el generoso escote que dejaba entrever unos pechos firmes y desafiantes. Apreció de paso su amplia frente entre aquel cabello rubio con intrincadas volutas y cómo unas sedosas y largas pestañas asomaban bajo las cejas escuetas y armoniosas. El suyo era un rostro nítido, lleno de fuerza, con unos ojos muy grandes. Luego, con una imperceptible sonrisa, dejó escapar un delicioso «danke sehr» y desvió su atención hacia la copa que acababan de servirle.

«No está nada mal. No me importaría pasar la noche con ella. La llevaría a un hotel para desnudarla y echarle un buen polvo». Caviló Stivers.

Pausadamente, aunque se sentía cohibido, consiguió echarle valor y se irguió cuan largo era tratando de impresionar con sus más de seis pies de altura. Se situó frente a la chica.

—Disculpa, pero...

—¿Es a mí? —sus bonitos ojos azules lo miraron con hosca desconfianza.

—Sí, claro, ¿estás sola?

—¿Tú qué crees..? ¡Eh! De momento no busco compañía si es lo que quieres saber.

—Perdona, no quiero ser impertinente, ¿puedo invitarte? Pensaba si tendrías inconveniente en tomar una copa conmigo. Sin compromiso.

—¿Nos conocemos? Lo siento, pero ya tengo una.

—¡No me importaría pagar otra!

—Si insistes..., pero no soy una de esas que se van con todos —anunció con desparpajo, al tiempo que se encogía de hombros y lanzaba al aire una gran bocanada de humo. Apuró su vaso de un certero trago y lo empujó vacío hacia el camarero. Este, sin rechistar, solícito, lo volvió a llenar con el líquido ambarino ante su mirada desinteresada.

—No te había visto nunca por aquí —perseveró Stivers un tanto inquieto.

—Vengo poco, y por favor no vayas a preguntar qué hago en este lugar —apuntó con una complacida mirada, que hizo que su sonrisa resultase todavía más encantadora.

—¡En absoluto, creo que deberías venir más a menudo! —Stivers trató de imprimir jovialidad a sus palabras.

—¡Oh, vaya, muchas gracias! ¿Te gustaría? Se nota que eres todo un experto en mujeres —su voz se hizo casi un susurro.

Stivers se ruborizó, pero aun así fue capaz de responder:

—¡Ya lo creo!, una chica como tú...

—Bueno, en realidad no sé, pero hoy me apetecía salir. ¡Por cierto!, no he podido evitar oír lo que hablabas con tu amigo.

—Nada en particular. ¡Que me aspen si consigo acordarme! —titubeó Stivers.

—Sí, que conocías a Göring.

—¿Y eso es bueno? ¿Es que te atraen los nazis?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Nooo... en absoluto, pero es todo un personaje y ayer fue condenado a muerte. Me parece interesante que te relaciones con él.

—Bueno..., no debería hablar de estas cosas con nadie, pero sí, sí que puedo verle casi a diario —repuso con una sonrisa feliz porque había sido capaz de ofrecerle una información que ella apreciaba. Se sintió importante.

—¿Cómo te llamas? Puede que después de todo me resultes un chico agradable —Mitzi pareció arrullar las palabras, tenía a su presa al filo de la trampa.

Stivers abrió los ojos como platos. Los efluvios etílicos estaban surtiendo efecto, a su alrededor las cosas se desdibujaban al mirarlas. Era un bellezón que no podía escapársele. Percibía que los labios de aquella mujer se movían como hojas mecidas por el viento. Sus ojos despedían el fulgor del mar, era una diosa.

—Sí, ¿que cómo te llamas? —repitió Mitzi, coqueteando con un mechón de largos cabellos dorados y rebeldes que acariciaba el lóbulo de su oreja.

—Stivers..., me llamo Stivers —respondió sobresaltado.

—¿Y tú?

—Llámame Mona —respondió Mitzi, mientras abría un bolso que tenía al lado y sacaba un pañuelo pequeño. Luego se miró en un espejito de mano y se retocó ligeramente la pintura de los labios.

—¿Y qué nombre es ese? —preguntó Stivers, que torpemente extraía otro cigarrillo del paquete.

—¡Un nombre como otro cualquiera!

—Bien, Mona, ¿de dónde eres? —por un instante recuperó algo de entereza. Excitado aplastó el pitillo contra el suelo.

—De aquí. ¿Por qué...? ¿Acaso no es buen sitio?

—No sé, hay tanta gente.

El alboroto fue arreciando y Stivers se afanaba en pedir dos copas, cuando al volverse hacia la chica, ésta ya se había desvanecido.

Pasaron tres largos días y se prodigaba por el Ludwigs, siempre con la mente puesta en aquella mujer. Constantemente se devanaba los sesos: «seguro que volverá», se decía sin mucha convicción mientras dormitaba de mala manera sentado en un pequeño taburete a la espera de que le sirvieran.

Esa noche, al llegar, la desazón que lo había acompañado seguía estando allí a su lado murmurándole al oído con voz casi tangible, que no sería diferente. Pero, cuando menos lo esperaba y más rumiaba su pesar, la vio reflejada en el espejo alargado de la pared tras el mostrador. Olió entonces su perfume, cuando ella, como si no le hubiera visto, lo rodeó y se sentó a su lado.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó precipitadamente Stivers, insinuando una sonrisa ambigua.

—Al contrario, te recuerdo muy bien —replicó, y antes de que él pudiera atraparla obligándola a recordar su primer encuentro le ofreció su pitillera; lo que exigió que Stivers callara mientras encendía el cigarrillo.

Poco después Mona se levantó, y él, caballeroso, le sostuvo el abrigo. Llevaba un vestido muy ajustado que se le pegaba al cuerpo como una piel de sirena e insinuaba su increíble figura. Cuando dejaban el club se cruzaron con varios conocidos de Stivers, quienes tras saludarlo con gesto risueño se le quedaban mirando. Él, orgulloso, se sabía envidiado y se crecía aún más. No podía saber de qué forma cambiaría su vida a partir de esa noche.

Aquella habitación era indigna y la cama demasiado blanda, como arenas movedizas, pero Mona no había puesto reparos y tampoco había mucho donde elegir.

Su ropa cayó como lo haría el telón de un escenario, resbaló sobre su piel tersa y suave. Nada había bajo aquel vestido, salvo un cuerpo de infarto.

Stivers no pronunció una sola palabra, su alma crepitaba de deseo. No necesitaba preguntar, no precisaba de nada salvo poseerla. Ya no era tan bisoño, no se apresuraría; sería cauto con aquella mujer que aparentaba ser mayor que él, mas no le importaba. ¿Quién sabe si volvería a verla? Quería que el momento se grabase a fuego en su alma. ¡Era tan bella!

Poco a poco, se fue sumergiendo en la voluptuosidad de aquel cuerpo hecho para ser acariciado. Su lengua se deslizó torpemente como un patinador novato sobre el hielo. Ella gemía. Así respondía aquella hembra a sus caricias, solo leves gruñidos, mientras con ambas manos se aferraba a su cabello. Y cuando sus labios penetraron entre los tibios muslos con sabor a canela y resbalaron sobre el sexo húmedo, Mona se agitó, pero no fue una queja desgarrada, si acaso un suave estertor casi apagado al principio, que se tornó convulsivo mientras apretaba su nuca.

Después, Mona se dedicó a él. Le acarició y mordisqueó arrastrando el cabello por su pecho hasta alcanzar su virilidad. Fue como si le aplicara electrodos con suaves descargas, que hicieron estremecer a Stivers. Enseguida se sentó a horcajadas sobre él y mansamente se acopló. Cuando lo hacían a Stivers se le enloquecía la sangre, le hervía, y el corazón le latía como un bombo. Ciego de anhelo no pudo más, la volteó con furia desbocada, la montó y acometió por detrás, una y otra vez hasta que se desvaneció su ardor y se dejó caer entre gemidos.

Durante unos minutos permanecieron mudos, hasta que ella se levantó ajustándose la sábana alrededor del pecho y se paseó de un extremo a otro de la habitación.

—No temas soldadito, no te preocupes, no soy de las que causan molestias. Me largo —comentó presurosa.

—¡No! ¡No quiero que te vayas! —Stivers la miró con deleite.

—Sí, que no quiero que te encariñes. Pronto tendrás que volver a tu tierra, y no es bueno dejar amores en el camino.

—¡No, por favor! ¿Volveré a verte?

—¡Nunca! —respondió Mona, y exhibió una sonrisa pegajosa que se evaporó tan rápido como se había formado.

—¡Nunca...! —repitió Stivers sin poder creerlo.

—Ya lo veremos... Si tú quieres —añadió con voz esponjosa.

—¡Claro que sí!

—Bien, tendrás que conocerme mejor —Mona sonrió graciosamente—. Digamos... ¿mañana a las cinco?

—¡A las cinco pues!

Con las mismas ya se había vestido y salió por la puerta. Cerró suavemente y una vaharada de perfume llegó a Stivers, que selló sus ojos y la aspiró con fuerza. Se sentía feliz al tiempo que creyó haber soñado, un sentimiento de culpa lo asaltó por no haberla sabido retener más tiempo.

Mona se había transformado en una droga. Cada noche se veían en el club Ludwigs, y sin apenas darse un respiro se encerraban en aquella guarida y repetían las sesiones de sexo para dar rienda suelta a sus extravagantes apetencias.

Tras uno de aquellos encuentros, en el que como siempre ella se había mostrado muy dulce y relajada, con énfasis preguntó a Stivers:

—Bueno, ¿y él cómo está?

—Si te refieres a nuestro amigo, no va bien de salud.

—Deberías llevarle su medicina, aliviaría sus padecimientos.
¿Lo harías por mí?

—Haré lo que tú quieras —replicó Stivers.

Los amantes, excitados por la complicidad, rieron y se fundieron en un lascivo abrazo.

—¡Por Göring! —exclamó Stivers—. Bebamos a su salud aunque sabemos que pasado mañana será ajusticiado —agarró una botella de ginebra que había junto a la cama.

Mona bebió un pequeño sorbo y en sus labios se avivó una mueca. Stivers recuperó la botella para él solo.

Capítulo 35

15 de octubre, 1946.

El sector del edificio que comprendía la cárcel de Nuremberg estaba rodeado de patrullas armadas. Ante las entradas se encontraban permanentemente coches blindados y posiciones de ametralladoras bajo el control del coronel americano, Selby Little. El excepcional despliegue de fuerzas parecía justificado ante el temor de un posible asalto de los nazis al Palacio de Justicia de Nuremberg para liberar a los condenados. Ya estaban probando los patíbulos y las cuerdas en el antiguo gimnasio de la cárcel situado dentro del recinto, que distaba solo unos metros de la galería de la muerte donde estábamos encerrados los criminales de guerra nazis. Los funestos preparativos se llevaban a cabo con total sigilo.

Aquella tarde, como siempre, en la puerta de cada una de las celdas de los condenados había un soldado. Era el turno de los americanos, y Stivers como estaba previsto al llegar a la número cinco lo primero que hizo fue comprobar a través de la mirilla cómo se encontraba el prisionero.

Göring, al verle, esgrimió una gélida sonrisa.

—Hola Stivers ¿qué tal? —dijo el reismarschall acercándose con su habitual talante a la puerta.

—Estupendamente, Herr.

—¿Y esa chica alemana? La sigues viendo ¿no?

— Sí, así es —Stivers sonrió a su vez sin proponérselo.

—Deduzco por la respuesta, que debe irte bien. ¡Ah...! Las mujeres alemanas.

—Es muy guapa.

—Me alegro. Ojalá puedas disfrutar de una vida plena, te lo mereces.

—Gracias Herr —respondió Stivers enarcando las cejas y volviendo a sonreír.

—Hoy me he hecho afeitarse y cortar el pelo —prosiguió Göring con su animada charla—. Al barbero le he dejado en herencia mi navaja y mi brocha. Bueno..., ya sabes lo que me espera, no cabe la menor duda de que están preparando algo, se ven muchas caras nuevas por los corredores y tienen más lámparas encendidas que de costumbre.

—Sí, Herr. Lo sé..., lo sé. Pero no entiendo cómo han podido condenarle a la horca.

—A mí no me sorprende nada.

—¿Por qué?

—Porque vivimos en un mundo desquiciado, como si hubiera sufrido un tremendo terremoto. Ellos creen que con ahorcarnos tras habernos exhibido como a bestias en un circo, nos han derrotado; pero no, esto no acaba aquí.

—¡Pero Herr, perdieron la guerra! —aseguró Stivers en su cándida ignorancia.

—No amigo, la guerra no, tan solo una gran batalla. Los venideros intuirán nuestro sacrificio y las razones, seremos la inspiración de generaciones futuras. Siempre habrá quien nos recuerde. Perdona, pero ahora necesito partir.

—¿Está seguro?

—En mi vida lo estuve más —la sonrisa de Göring se amplió, esta vez hasta llegar a ser casi un rictus.

—Herr, he traído la pluma estilográfica que me pidió —con disimulo la introdujo por la rejilla y la puso a su alcance.

Göring la tomó, quitó la tapa y desenroscó el cuerpo. Extrajo de su interior una pequeña cápsula de cristal.

—¡Ah, mi medicina! —exclamó en un susurro y devolvió de nuevo la estilográfica a Stivers—. Me vendrá bien descansar. Si no te importa, esperaré al cambio de turno para tomarla.

Stivers se la guardó en el bolsillo del uniforme. Una sensación agridulce lo envolvió.

Cuando se produjo el cambio de turno, Göring se sentó y escribió escogiendo con deleite cada una de sus palabras antes de plasmarlas en la cuartilla:

*No habría mostrado ninguna objeción a morir de un disparo. Pero no pienso permitir la ejecución del reismarschall de Alemania en la horca. Por el bien de Alemania, no lo permitiré. Por otro lado, no siento ninguna obligación moral de rendirme ante el castigo de mis enemigos. Por esta razón, he elegido morir como el grandioso Aníbal.*⁷¹

Al acabar, apartó la nota y se dejó caer en el camastro, exhausto, muy cansado..., cuando de nuevo escuchó aquella aquella voz que últimamente le hacía compañía:

»¿Acaso te estas escondiendo? ¿Quieres ampararte en la cobardía del suicidio? ¿Has perdido la fe?

—¡Vaya..., ya estamos otra vez! ¿La fe en quién? —murmuró Göring en voz baja.

71. Sentenciado a morir en la horca el 1 de octubre de 1946, más de un año después de abrirse la causa, Goering se adelantó al verdugo quitándose la vida, al ingerir el contenido de una capsula de cianuro, el día 15 del mismo mes, pocas horas antes de la ejecución. En línea: <http://elsecretodezara.blogspot.com/2008/07/juicio-y-muerte-de-hermann-Göring.html> [Consulta 08/12/2017].

»En ti mismo. No creas que así vas a escapar. ¡Este no era el trato!

—¡Déjame en paz! Por fin he reunido el suficiente valor. He vencido. El Mariscal del Reich logrará evitar la ignominia de la horca.

»¿Estás loco? Cuando hay victoria sin batalla, ¿quién habla de bravura?

—¿Con quién habla? —preguntó el guardia asomando la nariz por la tronera.

—Con nadie..., con nadie —respondió Göring.

Al poco le vio llevarse la mano a la boca y tragar algo a continuación. Al hacerse evidentes los primeros síntomas de su envenenamiento, el soldado gritó pidiendo asistencia médica, pero cuando esta llegó, el reismarschall de Alemania había muerto.

Entretanto, Stivers buscó a Mona. Deseaba más que nunca hacerle el amor, pero jamás la halló.

Unos días antes, tras la exposición por parte de la acusación y la defensa de todos los alegatos, el tribunal de Nuremberg después de doscientas dieciséis sesiones había dictado sentencia contra los dirigentes alemanes culpables de crímenes contra la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial. Doce de ellos habían sido condenados a muerte, tres a prisión perpetua y cuatro a diversas penas de cárcel. Once de las penas capitales se llevaron a cabo el dieciséis de octubre. Göring no pudo acudir a su cita con la horca.

En cuanto a Hess, perdón..., quizá debería decir su álter ego, fue declarado culpable de conspiración para lanzar una guerra de agresión y otros crímenes contra la paz. La Unión Soviética

pidió para él, y digo para mí, la pena de muerte; pero los otros tres aliados vencedores: Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, impusieron la cadena perpetua, dado que de la supuesta iniciativa de volar a Gran Bretaña, nadie supo dilucidar si fue provocada por la buena fe o por un desequilibrio mental.

Capítulo 36

El dieciocho de julio de 1947, tras el juicio y las ejecuciones, nos trasladaron e ingresamos en Spandau. Solo siete prisioneros nazis fuimos enviados a esta prisión militar aliada para cumplir sentencia: Baldur von Schirach, ex jefe de las juventudes hitlerianas, que entonces tenía cuarenta años y que había sido condenado a veinte; el almirante Karl Doenitz, el hombre que heredó el mando sobre Alemania tras el suicidio de Hitler, excomandante en jefe de la marina alemana, de cincuenta y seis años, que lo había sido a diez; el Barón, Konstantin von Neurath, diplomático de setenta y cuatro años, antiguo jefe del Reich en Bohemia y Moravia, sentenciado asimismo con diez; Erich Raeder, de setenta y un años, antiguo almirante general de la Armada, sancionado con cadena perpetua; Albert Speer, de cuarenta y dos años, arquitecto de Hitler, el hombre llamado a construir el Gran Berlín del nazismo y más tarde su ministro de Armamento, al que se le impusieron veinte; Walter Funk, antiguo presidente del Reichsbank, con cincuenta y siete años, castigado con cadena perpetua; y por último, yo, al que ahora todos conocían como el preso número siete, que me pudriría para siempre.

Entré en mi nueva celda, de unos nueve pies de ancho por otros diez de largo, y desde entonces solamente se produjo el meticuloso cambio de los guardias: ingleses en enero, mayo y septiembre; rusos en marzo, julio y noviembre; franceses en febrero, junio y octubre; norteamericanos en abril, agosto y di-

ciembre. Cada determinado tiempo la misma transmisión de poder, el mismo ceremonial, la misma sujeción a diario, cada hora. Nos levantaban a las 6:30 de la mañana. A las 7:15 desayuno; a las 8:20 limpieza de la celda; a las 10:30 paseo; a las 11:45 almuerzo; a las 13:30 siesta; a las 14:30 paseo; a las 17:00 comida y, a las 22:00 horas, a la cama.

Trataba a diario de no perder la paciencia y seguir los últimos dictados de David Grun: mantener las apariencias y negarme rotundamente a cualquier contacto con la familia Hess, para no desvelar el secreto. Así lo hice y así siguieron las cosas, hasta que el uno de mayo de 1948 de nuevo dos soldados británicos irrumpieron en mi celda.

—Señor Hess. ¡Revisión médica! —anunció el que parecía llevar la voz cantante.

La intuición me decía que por fin había llegado el momento. Las piernas se me aflojaron como cuando se destensa una cuerda. Apenas podía ponerme en pie y situarme, como ya lo había hecho otras veces, entre los soldados de impertérrita figura.

Despacio pero con resolución, atravesé amparado por mi escolta los pasillos desnudos, silenciosos. Solo el claqueteo de las botas militares rompían la monotonía. Las luces, al pasar las contemplé en el techo, me parecieron fúlgidos diamantes.

Finalmente, llegamos a aquella sala impersonal, fría, en donde me esperaba David Grun. Su sonrisa destellaba, su uniforme inglés semejava un halo traslúcido. Mi corazón repiqueteó incesante.

—¿Ha ido bien el paseo? ¿Por fin le tenemos! —exclamó al verme con el entusiasmo de un chiquillo.

—¿Dónde está? —pregunté en tono apagado, mortecino, de calmada ansiedad.

—Ahora lo traen. Voy a cumplir tu deseo: tenéis cinco minutos para hablar a solas. ¡Cuídate de que no ocurra nada!

En ese instante otros dos soldados británicos accedieron a la sala con Rudolf Hess. No tenía mal aspecto, muy al contrario aunque cabizbajo gozaba de buen color. En su mirada, al verme, pareció reflejarse un odio indefinible.

—¿Qué tal, Adolf? —apostilló Hess desdeñoso, altivo.

—Estoy bien —dije sin ser cierto—. Es curioso, pensé que tendría ganas de matarte, pero no, en mi ánimo no queda lugar para el reproche. ¡Me das tanta lástima!

—¡Lástima! —repuso incrédulo.

—Sí, llámalo como quieras, pena en definitiva.

—¡Estás de broma! ¡Cabrón impostor! Cómo puedes decir eso, tú que has pasado sin dejar huella. Pero ¿cuál fue tu sueño!? —vociferó Hess con una risita nerviosa y mirada emponzoñada—. Te aconsejo que guardes tu compasión para los ingenuos. He hecho lo que tenía que hacer..., hermano.

—¡Hijo de perra! —estallé— ¡Ah, lo sabías!

—¡Tuve esa certeza desde el primer momento en que te vi! —levantó la cara desafiante.

—¿Y cómo pudiste vivir con ello?

—Ya, bueno..., fue duro al principio, pero el desprecio que sentía por ti al conocer que habías sido educado en el judaísmo me hizo sobrellevarlo. Más tarde, aunque no cambié de parecer, acabé por concluir que tener un hermano con el nombre de nuestro amado Führer podía ser una señal. Acepté en tu descargo que a veces un hombre es lo que el destino le impone y no lo que él quisiera ser.

—¡Y tu destino era ser un nazi, un asesino de judíos! —en ese instante, juro que percibí un aroma de putrefacción que se elevaba desde el suelo. Me sobrevino una náusea.

—No lo niego, nunca tuve estima por los judíos, pero no participé en su exterminio. Ni tan siquiera lo consideré necesario. Eso sí, si tengo que elegir entre la gloria de Alemania y la supervivencia de ellos, no me temblará el pulso.

—Lo que tú digas. Pensándolo bien, en verdad... ¿sabes?, no te considero mi hermano. No me siento ni emocionado ni conmovido, nada. Hermanito, estás en un buen atolladero. ¡Que te den...!

Cuando salía de allí, lo hice considerando que un hombre puede ser lo que quiera si con franqueza lo desea y lucha por ello, que su suerte la traza él con cada decisión y no el destino.

Por cierto, tan solo unos días después, el catorce de mayo de 1948, se produjo la declaración de independencia de Israel.

Capítulo 37

Berlín, julio, 1948.

Hacía calor en Berlín, el calor húmedo y bochornoso de muchas ciudades en verano. Saqué un pañuelo y me limpiaba las palmas de las manos, me sudaban, cuando tras más de quince años volví a ver aquel banco de madera en la estación de ferrocarril Anhalter. Sí, la misma estación que estaba en las cercanías de la Potsdamer Platz. Por un momento me quedé mirándolo fijamente, aterrorizado. Se me encogió el estómago.

Tiré el cigarrillo al suelo y lo pisé. Me preguntaba si realmente tendría alguna razón para estar allí. Quizá no la tuviera, y si la había estaba anclada en lo más profundo de mi ser. Mis pensamientos eran confusos, pero lo cierto es que no estaba dispuesto a dar por zanjada una parte de mi pasado sin una explicación convincente.

—¿De verdad eres tú? —musitó ella nada más verme.

—Sí —respondí.

—¿Aquí fue, Adolf? —me miró a los ojos.

—Sí, aquí fue. En esta estación se separaron nuestras vidas. ¡Ese chiflado de Hitler! —al nombrarlo se me puso en la garganta un nudo más grande que un puño.

—¿Sabes?, te esperé —susurró Adele tratando de ocultar unas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Lo sé... lo sé. No hace falta que te disculpes. Me siento tan idiota.

—¿Qué podía hacer? Una mujer sola no estaba bien vista. Me aseguraron que habías muerto. Me amenazaron con quitarme a la niña. ¡Fue terrible! ¡No puedes imaginarlo!

La miré de nuevo. Estaba inmóvil, con su pálido rostro congestionado y sus grandes ojos celestes vacíos como barriles.

—De todas formas, me alegra que hayas venido.

—Iba a venir de todos modos, no creas que solo lo he hecho porque tengamos una hija en común —aclaró con firmeza.

Siguió un silencio y aunque no entraba en mis planes sacarlo a relucir, solté lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Te trata bien?

—¿Quién?

—¡Heydrich!

—¡Ah!, sí. Es un buen hombre.

—¿No será un nazi?

—¡Dios mío, no! Vamos Adolf. ¿Estás disgustado?

—Perdona, no pretendía recriminarte.

De nuevo se produjo un vacío, un momento inerte, una eternidad sin palabras, y vi cómo Adele se sentía incómoda.

—¿Por qué le pusiste el nombre de mi madre?

—Bueno..., pensé que te habría gustado.

—A-di-na —lo pronuncié separando cada sílaba—. ¡Suena bien! Te lo agradezco. ¿Le has hablado de mí?

—Siempre. Además, ella lo necesitaba. ¿Sabes?, hemos estado más de dos años en Palestina. Tu hija dice que en cuanto cumpla los dieciocho volverá.

—¿Y qué sabe de mi regreso?

—Nada. Y al menos de momento no veo razón alguna para que las dos tengamos que sufrir.

—¿Se lo dirás?

—Desde luego, es casi una mujer, pero lo haré a mi manera, descuida.

—Esperaré unos días, hasta que ella pueda asimilar la nueva situación. Te llamaré. Por cierto..., estás muy guapa.

—Tú tampoco estás mal. Eso sí, el pelo más blanco —en sus labios centelleó una sonrisa.

Nos abrazamos. Fue un abrazo torpe, poco natural. No recuerdo que me dijera nada. Si hubiera dicho: «¡Oh, cariño, qué alegría que estés en casa!», o, «¡Te quiero, Adolf!», habría dudado y tal vez mi corazón habría retrocedido en el tiempo. Pero no, ya no sentía por ella la pasión que un día me arrastró a sus brazos. ¡Qué lejano estaba todo aquello!

Al apartarse de mí un frío melancólico me asaltó. Miré de nuevo el reloj, habían pasado más de dos horas y tenía que volver al hotel solo y con cicatrices en el alma.

Una semana después no pude resistirme más, la llamé por teléfono. Quería ver a mi hija.

Y Adina se reía a carcajadas. ¡La niña de mis ojos!

Yo la miraba a ella y sonreía también. No pude evitar que las sensaciones me apabullaran. Aún oigo mi risa y el eco de la suya.

—¡Papá! ¡Papáito! —gritaba arrojándose sobre mí, abrazándome. Fue como si al verla reír hubiera comprendido plenamente lo que había pasado. Se echó una y otra vez en mis brazos para besarme.

—¿Qué te creías?, que había muerto —le dije al oído.

—¡¡Nunca lo he creído!! —gritó ella y rompió a llorar. Respiraba agitadamente.

—¿No lo has creído, cariño?! —con un breve susurro traté de consolarla.

—¿Sabía que no era verdad! ¡Lo sabía! —y cogiendo mi mano que acariciaba su cara, apretó la palma contra su boca y la cubrió de besos.

Ginebra, septiembre, 1948.

Se había previsto por las grandes potencias la creación en Palestina de un Estado árabe y otro judío, que Jerusalén quedase bajo jurisdicción internacional. El plan no fue aceptado por los árabes.

El 14 de mayo de 1948, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte cesó su mandato sobre Palestina y se proclamó el Estado de Israel. Al día siguiente los palestinos, ayudados por los Estados árabes, iniciaron las hostilidades. Ese mismo mes se creó, por resolución del Consejo de Seguridad, el Organismo de las Naciones Unidas para la Vigilancia de la Tregua en Palestina. Desde sus inicios estaban preocupados por la situación en el Oriente Medio.

Gracias a David Grun, había pasado a trabajar precisamente para el ONUVT. La experiencia me avalaba, se había creado por primera vez una misión de observadores desarmados en Oriente Medio y yo formaría parte de la misma.

Al respecto, tuve que viajar a Ginebra y visitar las Oficinas de las Naciones Unidas junto a Abdel Hadi, un palestino con mi misma vocación y preocupación.

Estando allí...

—Adolf, te presento a Goran Bregovic, de la delegación yugoslava.

Mi colega árabe, Abdel Hadi, un dechado de cortesía y buen hacer, hacía amigos por doquier y no dudaba en presentármelos.

—Un placer —dije al tiempo que aquel coloso rubio me estrechaba la mano sin compasión, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Su mano era firme, cálida, de piel seca.

El gigantón se acompañaba de una mujer, que casualmente nos daba la espalda en ese momento, vestida con un elegante traje gris carbón que dejaba traslucir un soberbio cuerpo. Me causó la impresión de tener todo el tiempo del mundo, mientras se agitaba alegremente entre un grupo de polacos que parecían muy interesados en su parloteo. Una espesa cabellera negra le caía hasta los hombros.

Nos disponíamos a seguir nuestro periplo, cuando ella se volvió.

—¡Hola! Mi nombre es... —titubeó—, Biljana Ilic.

Justamente al decirlo había levantado los ojos, pues no era muy alta, y se clavaron en los míos. Se le iluminó la cara, avanzó con paso ligeramente vacilante hasta que se detuvo frente a mí.

—¡No es posible! ¡Adolf Jellinek! —pronunció mi nombre con un grito ahogado y se sonrojó.

—Así es —repuse no menos aturdido que ella.

—¡Perdona, pero no me lo puedo creer...!

Entonces comenzó a asentir con la cabeza, perdida la mirada, murmurando palabras que no pude entender. Hasta que por fin su mano tropezó con la mía y la estrechó con fuerza.

—¡Ah! ¿Se conocen? —preguntó Abdel Hadi.

—¡Oh, ya lo creo! Adolf.. ¡qué sorpresa! —volvió a exclamar Biljana al tiempo que insinuaba una deliciosa mueca.

Fue como hallar un pétalo perdido hacía mucho tiempo entre las páginas de cualquier libro. Me erguí cuan largo era y

sonreí a mi vez, no pude evitarlo... ¿Qué nuevo prodigio me insuflaba tanto ánimo? Aquella mujer seguía teniendo un semblante irresistiblemente simpático, una cara bronceada y aunque surcada por alguna arruguita, mantenía esa chispa de picardía juguetona y atracción magnética, seductora, que recordaba. Y volví a sentir calambres en las piernas; síntoma evidente de que seguía enamorado.

Esa misma noche quedamos. Nos reunimos ambos en el vestíbulo del hotel, y cuando subíamos a mi habitación la miré imaginando qué aspecto tendría sin nada de ropa. Debíamos de haber estado pensando en cosas parecidas los dos, aunque comenzó a hablar ella.

—¿Estás casado?

—Noo..., ya no. ¿Y tú?

—Por supuesto que no —Biljana se encogió de hombros.

—¡Por qué no me sorprende que sigas soltera! —dije arrastrando las palabras e hice un guiño.

—¡Qué cosas tienes! —se le escapó una risita nerviosa, mientras se acariciaba el cabello.

Ya en la habitación en medio de las risas me disculpé, fui al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Me eché agua a la cara y por un instante me miré al espejo. Me preocupaba si aún era atractivo. Tragué saliva, respiré hondo, salí del lavabo, y sí, ella aún seguía allí.

Aquel encuentro tuvo algo irreal, y si aún pienso en ella la veo envuelta en un aura extraña. Me desprendí de mi timidez y me asaltó un vendaval de sentimientos que había escondido, que uno no liquida sin más, aunque pase mucho tiempo. Se me soltó la lengua y fueron surgiendo los recuerdos vividos en su ausencia, algunos nimios y otros no tan pueriles, mis penas

y alegrías. Casi al amanecer se dejó caer suavemente en mi regazo, me incliné sobre su rostro y empecé a besarla. Percibí la esencia de mil aromas subyugadores. Comenzó a acariciarme el rostro, el cuello, los hombros..., me dio besos de mariposa en las mejillas. Y supe entonces que las cosas del corazón son como las crisálidas, que cuando menos lo esperas eclosionan.

Aunque aborrezco envejecer y soy un tipo corriente que a diario tiene que tomar pastillas para reanimar su débil corazón, ahora lo veo todo más claro que nunca: un hombre tiene derecho a vivir su propia vida, y es lo que trato de hacer desde que recobré la libertad.

Epílogo

A modo de reflexión

Carta de un amigo.

Mi querido Juan Miguel:

Hace unos meses que recibí las notas, las que de tu puño y letra tomaste en relación con lo narrado por el que decidiste llamar: Adolf Jellinek. Su emocionante y sorprendente testimonio ha servido para crear esta novela en la que ficción y realidad se dan la mano con reveladores datos históricos de cómo se fraguaron aquellas terribles persecuciones y guerras, que han marcado la juventud de nuestros padres y abuelos. Espero, por tanto, no haber desvirtuado una información tan valiosa y dejado constancia fidedigna de tu encuentro con tan singular personaje al transcribirlas.

Como apasionado de la historia, que eres desde hace mucho tiempo, celebro que este intrépido hombre de mundo se haya cruzado en tu vida. Es una pena que no haya querido hacer pública su verdadera identidad. A nosotros solo nos queda respetar su intimidad. Puede que nuestra intervención haya sido providencial, porque ya sabes el dicho: «Todo pueblo que ignora su historia está condenado a repetirla». Así que espero que con esta obra podamos

contribuir a que muchos conozcan no tanto la verdad de unos hechos históricos, por otro lado sucedidos antes de ayer en comparación con el reloj que la humanidad puso en marcha desde la prehistoria, sino la parábola que de ellos trasciende.

Lo que más me sorprendió es la determinación del protagonista por hacer lo correcto, su empatía. Un hombre solo tratando de forjarse un porvenir, con un profundo sentido de la amistad, la lealtad y la justicia. Un ser humano con criterio y conciencia, que en lugar de callar se rebela. Atributos peligrosos en un mundo de violencia, ambición y egoísmo.

Jellinek y sus sueños, a veces, se acomodan bajo el paraguas protector de aquellos en los que cree y, cuando reconoce la verdad e interés subyacentes, se siente utilizado, pero no reniega de sus ideales, de lo que estima justo. Adolf, un quijote que lucha contra molinos de viento, que llega a la conclusión de que sus propias convicciones son más valiosas e importantes que la pertenencia a clanes que tejen los hilos a costa de esquilmar vidas ajenas. Nuestro misterioso confidente, tras haber estado tantos años privado de libertad, decide volver y tratar de convencer con la bondad y el consenso que dos enemigos irreconciliables pueden llegar a pactar. Porque es el diálogo y la capacidad de cooperar lo que ha hecho progresar a la humanidad en muchas ocasiones.

Parecía un sueño que Mandela llegase a ser presidente de Sudáfrica. Que los descendientes de Luther King pudiesen votar, que los alemanes volviesen a ser un solo pueblo, que las dos Españas pudiesen llegar a un entendimiento...

Es cierto que la balanza de la humanidad cae del lado del holocausto, del exterminio, de la contienda como única solución para dirimir conflictos, aun a sabiendas de que la guerra es el fracaso del homo sapiens, pero a veces la luz se filtra por escuetas rendijas.

Tengo curiosidad por saber qué impacto va a tener esta obra en la vida aquellas personas que tienen criterio, que pueden reflexio-

nar sobre si su existencia tiene sentido, si hacen lo correcto o lo más conveniente para su seguridad...

¿Y qué me puedes decir de tu experiencia vital? Te conozco bien, y sé que nunca te has contentado con la mediocridad. Que al igual que Jellinek, has mirado siempre la vida de frente y has sacrificado tal vez muchos sueños por hacer lo correcto y por proteger a tu propia familia.

Amigo mío, esto de tener conciencia es una pesada losa que unos pocos tenemos. Te confieso que a veces dudo si se trata de un don o una maldición. Pero creo que ya estamos demasiado viejos para cambiar o aparentar lo que no somos. Te conozco demasiado bien y tienes la habilidad de poder retomar al segundo una amistad interrumpida por las circunstancias de la vida, como si nos hubiésemos visto ayer, aunque hayan pasado treinta años desde la última vez que coincidimos.

La vida de Jellinek y su actitud corrobora mi fe en el ser humano, capaz casi siempre de lo peor y a veces de lo mejor. Si con esta obra logramos despertar una sola conciencia, habremos triunfado.

Un fuerte abrazo, de tu amigo...

Antonio Manuel.

ÍNDICE

PREFACIO.....	11
PRIMERA PARTE Génesis.....	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	23
Capítulo 3	29
Capítulo 4	37
Capítulo 5	42
Capítulo 6	55
Capítulo 7	72
Capítulo 8	77
Capítulo 9	81
Capítulo 10	84
SEGUNDA PARTE La guerra	91
Capítulo 11	93
Capítulo 12	104
Capítulo 13	107
Capítulo 14	117
Capítulo 15	126
Capítulo 16	135
Capítulo 17	146
Capítulo 18	153
Capítulo 19	165
Capítulo 20	172
Capítulo 21	177

Capítulo 22	182
Capítulo 23	191
Capítulo 24	200
Capítulo 25	208
TERCERA PARTE Locura	217
Capítulo 26	219
Capítulo 27	229
Capítulo 28	242
Capítulo 29	248
Capítulo 30	251
CUARTA PARTE Libertad	259
Capítulo 31	261
Capítulo 32	267
Capítulo 33	272
Capítulo 34	278
Capítulo 35	290
Capítulo 36	295
Capítulo 37	299
Epílogo. A modo de reflexión	307

